



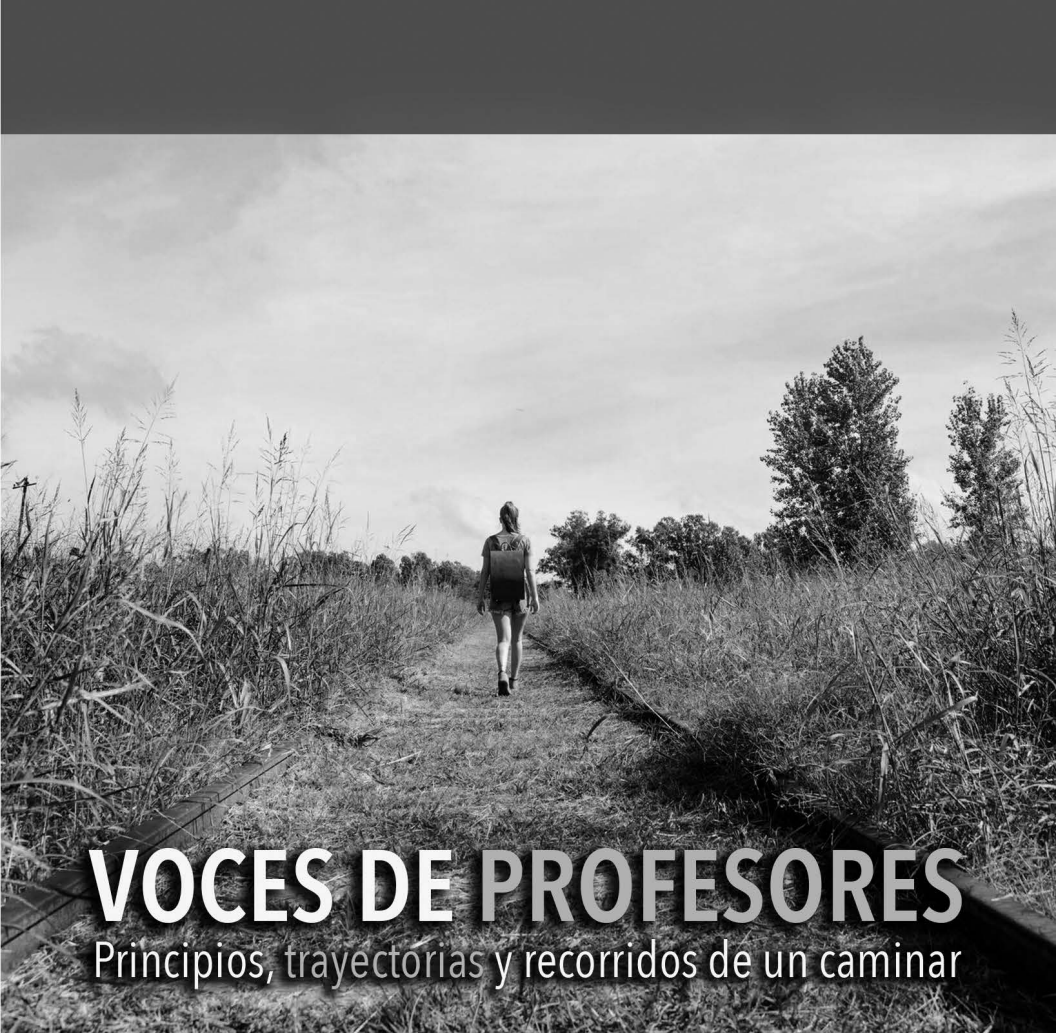
VOCES DE PROFESORES

Principios, trayectorias y recorridos de un caminar

Griselda Hernández Méndez
Edith Hernández Méndez
Lucrecia Mondragón Sosa
COORDINADORAS

Voces de profesores. Principios, trayectorias y recorridos de un caminar se integra por 19 capítulos escritos por docentes universitarios y normalistas, principalmente, aunque también se incluyen de otros niveles educativos. Cada autor, por medio de su narrativa, nos traslada a otra época, a otro lugar, a otra cultura, a otros niños o jóvenes, a otras aventuras y desventuras. Cada capítulo nos sumerge en recuerdos y memorias que marcaron la vida de este grupo docente. Y, sin duda, todos ellos han dejado huella en la vida de muchos estudiantes que han pasado por sus aulas. *Voces de profesores* invita a la reflexión, a la concientización y a la transformación de la docencia. También ofrece material de riqueza excepcional para la investigación sobre la práctica docente al escuchar las voces de aquellos que trabajan para la educación en México.





VOCES DE PROFESORES

Principios, trayectorias y recorridos de un caminar

Griselda Hernández Méndez
Edith Hernández Méndez
Lucrecia Mondragón Sosa
COORDINADORAS



El tiraje digital de esta obra: “Voces de profesores: Principios, trayectorias y recorridos de un caminar” se realizó posterior a un riguroso proceso de arbitraje doble ciego, llevado a cabo por expertos miembros del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores (SNI) del Consejo Nacional de Humanidades Ciencias y Tecnologías (CONAHCYT) en México y otros expertos internacionales, así como revisión anti plagio y aval del Consejo Editorial del Fondo Editorial para la Investigación Académica (FONIEA). Primera edición digital de distribución gratuita, septiembre de 2024.

El Fondo Editorial para la Investigación Académica es titular de los derechos de esta edición conforme licencia Creative Commons de Reconocimiento – No Comercial – Compartir Igual (by-nc-sa). Las coordinadoras: Griselda Hernández Méndez, Edith Hernández Méndez, Lucrecia Mondragón Sosa, así como cada uno de los autores y autoras son responsables del contenido.

Imagen de portada recuperada de Pixabay: www.freepik.es
Requerimientos técnicos: Windows XP o superior, Mac OS, Adobe Acrobat Reader.

Diseño editorial y portada: Cristina Carreira Sánchez
Editor: José Francisco Báez Corona
Sello editorial: Fondo Editorial para la Investigación Académica (FONIEA). www.foneia.org consejoeditorial@foneia.org, 52 (228)1383728, Paseo de la Reforma Col. Centro, Cuauhtémoc, Ciudad de México.

ISBN: 978-607-5905-15-0





Dra. Griselda Hernández Méndez

Doctora en Filosofía y Ciencias de la Educación. Es Investigadora del Instituto de Investigaciones y Estudios Superiores Económicos y Sociales de la Universidad Veracruzana. Coordinadora del Doctorado en Investigaciones Económicas y Sociales y miembro del Núcleo Académico Básico del mismo. Líder del CA-UV-78 Estudios en Educación. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores y de la Red Procesos Educativos, Práctica docente y Cultura escolar. Autora de libros, capítulos de libro y artículos de revistas indexadas. Sus campos investigativos de interés son: educación y complejidad, práctica docente y ética profesional.



Dra. Edith Hernández Méndez

Doctora en Lingüística Hispánica por la Ohio State University. Profesora-investigadora de la Universidad Autónoma del Estado de Quintana Roo. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores del CONAHCYT. Sus líneas de investigación son la adquisición de lenguas, la sociolingüística y la didáctica de la lengua española. Ha dirigido y participado en proyectos de investigaciones nacionales e internacionales en estas áreas.

Sus publicaciones consisten en libros, capítulos de libros y artículos en revistas indexadas nacionales y extranjeras. Recientemente ha coordinado los libros *Narrativas de profesores de educación superior: experiencias, acciones y sentires ante la pandemia covid-19* (Universidad Autónoma del Estado de Quintana Roo, 2021) e *Investigación y praxis contemporáneas en torno a las lenguas modernas* (Universidad Autónoma del Estado de Quintana Roo, 2017).



Dra. Lucrecia Mondragón Sosa

Es Profesora de Centenaria Escuela Normal Ignacio Manuel Altamirano. Co- coordinadora de los libros: *"Transformar la enseñanza Travesías y re-virajes"*; *"Relatos autobiográficos de Cuerpos Académicos. Oscilaciones en el camino hacia la transcendencia"*; *"Ser Buen Docente. Retos, posibilidades y perspectivas"*.

ÍNDICE

Descubriendo la felicidad en la docencia: mi camino al andar como profesora Edith Hernández Méndez	9
En búsqueda de la humildad y generosidad docente Griselda Hernández Méndez	24
Acerca de mis dos grandes pasiones: la filosofía y la docencia. Coraza para la resistencia Remedios Álvarez Santos	41
Una maestra en el Coco Rocío Anthinea Cortés Díaz	54
Travesía de transformación: mi camino en la educación Fabiola Eleonora Muñoz Reyes	63
Descubriendo mi voz en el aula y el desafío de la pizarra Aime Samara Flores Hernández	74
Entre la frustración y la esperanza. Reflexiones de una educadora en un aula inclusiva trazando caminos de inclusión: el desafío diario en el aula Alejandra Carrera Rosas	84
Creciendo como maestro: el camino hacia una autoridad compasiva Abel Ortiz Virgen	98
Así me hice docente Marlene Alejandra Landa Jácome	109
Experiencias en el aula universitaria: enseñanza desde lo cotidiano Julieta Arcos Chigo	119

El cine y la construcción de una conciencia histórica en el contexto de la pandemia del covid-19 Jorge Rodríguez Molina	126
Entretejiendo mis luces y sombras María Antonia Martínez Déctor	142
Mis inicios, mis procesos y mi situación hoy Blanca Margarita de la Cruz Domínguez	157
Mi historia de vida en la docencia: pasado y presente Itayetzi Cortés Díaz	167
Docencia y vida: contrapesos de una práctica compleja Silvia Ivette Grappin Navarro Yadira Rivera Ortiz Frankcis Maryna Gallardo Romagnoli	182
La soledad transformada en procesos de acompañamiento de la práctica docente Ma. Lourdes Santana Salgado	197
Retos de la práctica docente universitaria en el contexto de la emergencia de la justicia epistémica Roberto Lara Domínguez	215
Diálogo sobre las experiencias y los retos de aprender y de enseñar física en dos épocas tan diferentes Adrián Arturo Huerta Hernández Melissa Yaeth Paredes Cabrera	226
La niña y el abuelo del hogar: narrativa escolar de una integrante de la generación z Elizabeth Bastián Gómez	243

INTRODUCCIÓN

La práctica docente, generalmente, es concebida desde una visión simplista que la reduce al mero acto de dar clases en un aula de cuatro paredes, en la que el profesorado enseña y el estudiantado aprende; como si en ese proceso no hubiera dificultades, matices, vivencias, emociones, que lo convierten en experiencias que se sienten, disfrutan o encaran con distinta actitud. De manera común, los estudiantes que se forman para ser docentes han sido enseñados bajo los preceptos de una pedagogía romántica, en la que se presenta al alumnado como seres endebles, prestos a aprender, y a la didáctica, como especie de varita mágica solucionadora de todos los problemas de aprendizaje.

En realidad, si todo fuera tan sencillo, no habría personal docente que busca con ansias cómo hacerse escuchar y lograr que aprendan esos alumnos que parecieran no querer aprender, a pesar de aplicar las más sofisticadas técnicas de enseñanza. Y es que la práctica docente es una praxis social objetiva en la que el docente se encuentra cara a cara con un cuerpo de estudiantes diferentes a los de antaño y diferentes a él o ella, y frente a un proyecto político de país, e incluso de mundo, que lo o la condiciona. Además, convive con colegas y personal directivo que, de gran manera, lo o la determinan, así como también se encuentra con reglas institucionales y preceptos pedagógicos que le prescriben cómo enseñar y tratar a los alumnos. En síntesis, todo docente está determinado por lo social-institucional, valoral, institucional, pedagógico-didáctico y esfera personal. (Hernández, 2011), la cual ha sido poco abordada en cursos de formación o en libros dedicados a esta profesión.

Por todo lo anterior, concebimos este libro como un espacio para conjuntar una serie de narrativas que recojan experiencias docentes como principiantes, medio experimentados y expertos. Los autores pueden narrar todo su andar docente en este libro, desde sus inicios hasta su presente, o solo enfatizar alguno de los trayectos. Lo importante es que relatan vivencias, emociones, dificultades

y retos que experimentó o experimenta dentro del aula y en la escuela, así como con estudiantes, colegas, directivos, sindicatos o reglas institucionales y burocráticas. En este sentido, también se cuenta con narrativas sobre sus itinerarios profesionales y de vida, pues la esfera personal está presente en el recorrido profesional. Así, elementos como la edad, vocación, madurez para la toma de decisiones, autoestima, autoeficacia, entre otros, cobran importancia en los itinerarios profesionales y de vida. Hemos denominado esta obra *Voces de profesores*, justamente porque queremos escuchar y sensibilizarnos con esas voces sosegadas, manipuladas o poco escuchadas.

Voces de profesores se integra por 19 capítulos escritos por docentes universitarios y normalistas, principalmente, aunque también se incluyen de otros niveles educativos. Cada uno, con su estilo propio y a partir de su experiencia en las aulas, nos comparte sus ideologías, sus motivaciones y desmotivaciones, sus alegrías y tristezas, sus éxitos y fracasos, sus logros y frustraciones en su camino como docentes. Nadie nace docente; se hace. Y en el proceso hay retos y desafíos de diferente índole: familiares, personales, laborales, culturales, pedagógicos, de salud, entre otros.

Cada autor, por medio de su narrativa, nos traslada a otra época, a otro lugar, a otra cultura, a otros niños o jóvenes, a otras aventuras y desventuras. Cada capítulo nos sumerge en recuerdos y memorias que marcaron la vida de este grupo docente. Y, sin duda, todos ellos han marcado la vida de muchos estudiantes que han pasado por sus aulas. Por lo tanto, los invitamos a leer cada capítulo de *Voces de profesores*. Con seguridad, se quedarán con un aprendizaje o una reflexión con la cual se identificarán. También puede ser de interés para la investigación sobre la práctica docente al escuchar las voces de aquellos que trabajan para la educación en México.

Griselda Hernández Méndez y Edith Hernández Méndez

DESCUBRIENDO LA FELICIDAD EN LA DOCENCIA: MI CAMINO AL ANDAR COMO PROFESORA

Edith Hernández Méndez¹

Cada fin de ciclo escolar he recibido evaluaciones cuantitativas y cualitativas como estas a lo largo de ya casi 30 años de mi carrera como docente: “No tiene mucha experiencia”, “No parece profesora; no se viste bien”, “Excelente profesora; conoce todos los temas, planifica y siempre está la clase preparada”, “Una persona muy empática y comprensiva”. Al inicio, abría los reportes de las evaluaciones de mis estudiantes con cierta angustia; a veces, me temblaban las manos por la preocupación. Años más tarde, ya con archivos digitales enfrente de mi cara, aprendí a relajarme y a tomar las evaluaciones como insumos para crecer en alguna área de mi quehacer docente (planificación, evaluación de aprendizajes, manejo de grupo, uso de TIC, relaciones interpersonales, etc.).

Actualmente, reconozco que, como profesora, una nunca deja de formarse y siempre hay que mantenerse actualizada, pues el mundo cambia, las formas de trabajar y convivir mudan, las tecnologías se aceleran a una velocidad vertiginosa y cada día hay nuevos hallazgos de la investigación que nos llevan al uso de metodologías, técnicas, estrategias e instrumentos novedosos y más eficaces para nuestro trabajo en las aulas.

Para ti que lees este texto y apenas escogerás una carrera, ¿alguna vez has pensado en ser docente? O para ti que ya eres profesor iniciado, ¿te has preguntado cómo sortear esos problemas que se presentan o si siempre será así? Y para ti profesor experto, ¿ya te sientes cansado o feliz de llegar a tu clase día a día? Con esta

¹ Profesora investigadora de la Universidad de Quintana Roo.

narrativa, me propongo compartir con todos ustedes mi camino recorrido como docente para reflexionar sobre esta difícil, pero satisfactoria carrera. Para ello, parto de experiencias significativas que, con su carga emocional inherente, me llevaron a cambios en mí pensar y actuar, y, consecuentemente, me forjaron como la persona y docente que ahora soy.

Espero que, a través de mi voz contándote mis aventuras, mi formación, mis encuentros y desencuentros, mis tropezones y caídas, mis esfuerzos y victorias, puedas comprender que ser docente es hacerse alguien día a día; que no es fácil como muchos equivocadamente piensan; que requiere de mucha constancia, perseverancia, interés por aprender, motivación para continuar y, sobre todo, amor por el otro. Ya cuando termines de leer estas páginas, sacarás tus propias conclusiones.

Una mañana, hace casi 30 años, desperté y al correr la cortina de la ventana, me sorprendió la impresionante vista: un verano espectacular con un sol radiante y unos jardines hermosos, con jóvenes estudiantes caminando a sus clases o haciendo ejercicios otros. Era mi último año de la carrera en Lengua Inglesa y tuve la oportunidad de estudiar becada en Estados Unidos. Nunca había salido de Veracruz, mi estado natal, y fue mi primera experiencia internacional como estudiante y también como docente. Fue en una universidad privada en Indiana donde empecé mis pininos en un aula. Y todo fue por azares del destino.

Una profesora de español, que también era la directora del Centro de Asuntos Internacionales, me pidió sustituirla, en algunas ocasiones, en sus clases de español. La verdad, me sentí halagada por esta invitación y así fue como empecé mi andar por la docencia. Ella me dejaba todo listo (planeación didáctica y materiales) y yo leía y repasaba bien todo lo que tenía que hacer. Disfruté mucho dar estas mis primeras clases porque todo me salía muy bien: yo me sentía, como hablante nativa, toda una autoridad en la clase y aunque los estudiantes eran casi de mi edad, mostraban mucho respeto, interés y compromiso en la clase. Así son los estudiantes norteamericanos; la educación allá es muy cara y tienen que aprovechar las clases al máximo.

Este primer acercamiento al mundo de la docencia me ayudó a confirmar mi selección del área de docencia en la Facultad de Idiomas de la Universidad Veracruzana, pues ya tenía algunas bases sobre educación y docencia. Yo me sentía confiada y segura de que, con mis conocimientos de la licenciatura, estaba ya lista para ser profesora. Tengo que aclarar que yo disfrutaba mucho ser estudiante. Y aún ahora lo disfruto. Era muy responsable, perseverante, constante, con mucho interés y curiosidad; era muy inquisitiva en mis clases y también una aprendiz independiente y autónoma. Estas son algunas características que me han ayudado en mi carrera en el magisterio.

A mi regreso a México, en los primeros años, dividí mi trabajo como asistente administrativa en la Escuela para Estudiantes Extranjeros de mi *alma mater*, y como docente de inglés y de español como lengua extranjera. Desde mis inicios, di clases en el nivel universitario, tanto en el sector público como privado. A esta etapa la llamo “tiempos de sembrar” porque fue un tiempo de arduo trabajo (incluso de fines de semana); de concursar para conseguir asignaturas -y a veces sin lograrlo-; de correr de una universidad a otra; de una reunión a otra; de preparar clases; de recibir sueldos raquíticos y sin prestaciones. Y, por si fuera esto poco, decidí estudiar una maestría en la Enseñanza del Español como Lengua Extranjera. Esto último no fue un capricho; fue una decisión que surgió de las condiciones contextuales y de mi necesidad de formarme en esta área, en particular. La Escuela para Estudiantes Extranjeras en coordinación con la Universidad de Alcalá de Henares (España) ofrecieron esta maestría para formar al profesorado de la misma Escuela y representó para mí una oportunidad de estudiar un posgrado y profesionalizarme.

Además de estas circunstancias favorables, en realidad, yo necesitaba esta maestría porque reconocía algunas carencias de conocimientos o estrategias para impartir mis clases de manera más efectiva. Cuando los estudiantes me preguntaban “¿y por qué se usa “para” en vez de “por”?”, “¿por qué usamos el tiempo imperfecto y no el indefinido?”, no sabía la respuesta con claridad y solo les decía “lo investigaré y en la siguiente clase les explicaré”.

Eso me incomodaba, pero prefería ser honesta con los estudiantes y no decirles algo erróneo. Obviamente, los estudiantes no siempre son empáticos o comprensivos con el profesorado. Hay algunos universitarios exigentes, y más los extranjeros. En las evaluaciones estudiantiles recibí unos comentarios que me hicieron llorar un día: “No tiene mucha experiencia”; “No explicó muy bien algunos temas”. Esto fue determinante para emprender el posgrado. Entendí que ser docente significa, en primer lugar, ser una autoridad en los temas que enseñas.

Este primer principio de mi propio “decálogo del buen docente” (que he desarrollado a lo largo de mi carrera) lo aprendí también con un evento inesperado en una universidad privada donde impartiría clases de inglés. Era mi primer día de clases. Llegué puntual y me presenté con los estudiantes (casi de mi edad todos). Uno de ellos se levantó de su lugar y se aproximó a mí con actitud arrogante, extendió su mano y me dio un casete: “Si eres capaz de sacar la letra de esta canción con nosotros, te aceptaremos como maestra; si no, no nos impartirás la clase”. Me quedé estupefacta y pensé ágilmente “si rechazo su reto, nunca me respetarán”. Así que le respondí: “De acuerdo. Pon el casete”. Yo nunca había escuchado esa canción y no niego que sí tuve temor de no poder comprender todo, y en mi mente le pedí ayuda a Dios.

Cuando menos me imaginé, ya estábamos terminando. Comprendí cabalmente la canción y, al final, los muchachos me aplaudieron y el joven arrogante, con una amplia sonrisa, me dijo “Bienvenida, maestra. Somos tus estudiantes”. Fue una prueba dura, no solo por la cuestión del conocimiento de la lengua sino por el ambiente que se creó en el aula: una actitud de superioridad y arrogancia por parte de los estudiantes (jóvenes de familias acomodadas) y esa posición en la que me dejaron a mí: ser evaluada de manera inesperada; ser juzgada por ellos. Hasta cierto punto, fue humillante. No obstante, sentí que debía demostrarles que me había ganado la materia por mis esfuerzos y no por “palancas” o conexiones. Después de ese primer suceso, las clases fluyeron muy bien y tuve una relación respetuosa y armoniosa con el grupo.

En estos primeros años de mi carrera, debo reconocer que, para mi práctica docente, echaba mano de mi aprendizaje vicario en la universidad. Realmente, hay algunos maestros que te comparten mucho más que conocimientos, habilidades y actitudes propias de la disciplina; también te enseñan cómo enseñar, cómo desempeñarte bien como profesor/a. En particular, yo agradezco mucho a mi maestra de español y educación, Nadia Medina Muro, por todo lo que aprendí con ella; era una experta en los temas, muy organizada, comprensiva, empática, exigente, responsable y le interesaba que aprendiéramos de verdad. Yo la admiraba mucho y se convirtió en mi modelo de una buena docente; así que, en esa etapa inicial, trataba de ser como ella. Su excelente ejemplo fue, sin duda, una útil guía para mi quehacer docente. También la maestría en Enseñanza del Español como Lengua Extranjera y un Diplomado en Educación Intercultural me ayudaron a tener los conocimientos y habilidades necesarias para mi desempeño frente a grupo.

No obstante, aunque a veces tienes la mejor disposición para trabajar en el aula con excelencia, las vicisitudes de la vida obstaculizan tu ejercicio docente. Cuando eres joven, tienes que trabajar mucho (dos o tres trabajos); tienes que desplazarte de una escuela a otra viajando de extremo a extremo en la ciudad; tienes que ayunar obligatoriamente (porque no tienes tiempo de una buena comida); tienes que estudiar para el posgrado, y nunca hay tiempo para el ocio o hacer vida social. Quitas tiempo a tus horas de sueño para planificar y preparar tus clases, para evaluar y calificar. Te enfermas por tanto estrés y tu rendimiento ya no es el mismo (yo sufrí de parálisis facial por estas circunstancias). Las condiciones laborales no son buenas porque no tienes una plaza; no tienes prestaciones y los salarios son cada vez más bajos.

La realidad es que la docencia no es bien remunerada pecuniariamente, ni se cuenta con todas las prestaciones que la ley establece cuando no se tiene un trabajo permanente (base o plaza). Si bien la educación tiene el potencial de transformar el futuro de la humanidad y de nuestro planeta, por lo menos en México, no se le concibe así o, aun pensándola así, no se valora; por tanto,

no se apreciaba la labor docente. Esto debe cambiar y nosotros los docentes debemos ser esos agentes de cambio.

La siguiente etapa, “cuidados de los cultivos”, está integrada por dos momentos: 4 años de trabajo con plaza y 5 años de estudios de doctorado y trabajo docente en Estados Unidos. Esta casi década estuvo marcada por momentos de mucha felicidad, de grandes satisfacciones y también algunos sinsabores que acompañaron mis labores como docente.

Después de cinco años con un cargo administrativo, con clases en tres instituciones, de haber cursado una maestría, y de haber sufrido parálisis facial y otras enfermedades por causa del estrés, se me presentó la oportunidad de una plaza de tiempo completo en la Universidad de Quintana Roo, la cual gané. En poco tiempo, ya estaba en Chetumal, una ciudad totalmente desconocida para mí. Me mudé con muchas ilusiones y deseos de volverme una mejor profesionista. Obviamente, a veces los cambios no están exentos de problemas o circunstancias inesperadas: tormentas, huracanes, dengue, gente no muy amable (egoísta y envidiosa), y soledad. No obstante, me sentía feliz de estar más relajada, de poder dedicarme a un solo trabajo (un solo patrón) y tener tiempo de preparar mis clases, de preparar materiales y de evaluar a tiempo. También seguí actualizándome, pues tomé un diplomado en Formación Docente y cursos de docencia. Además, fue una temporada de descubrimientos y crecimiento personal.

Como profesora de tiempo completo también debo realizar otras tres funciones sustantivas: investigación, gestión y extensión y vinculación; y debemos formar recursos humanos por medio de la dirección de tesis y seguimiento de trayectorias académicas. Para mí, casi todo era novedoso y muy interesante. Me di a la tarea de emprender proyectos y trabajaba con entusiasmo. Era puntual en mis clases y trataba de emular a mis profesores usando técnicas y estrategias que me habían gustado o que me parecían efectivas. También intercambiaba materiales con algunas colegas y trataba de usar la tecnología disponible: hojas de acetato con proyector y audios. También invitaba a algunos expertos en algún tema y

sentía que los estudiantes disfrutaban mis clases, pues terminado el ciclo escolar, aún tiempo después me saludaban con afecto y me preguntaban “¿cuándo nos vuelve a dar clases?”. Fueron años de satisfacción como docente en los que sentí que era una mejor maestra.

Como eran tiempos de cambios también en la SEP por implementación de nuevas políticas educativas, empezamos a integrarnos en cuerpos académicos para hacer investigación; y también empezó a fomentarse la obtención del perfil idóneo (el doctorado) en todo el profesorado en México, con el propósito de elevar los indicadores de la calidad educativa. Así que me sentí motivada a estudiar un doctorado.

Por conflictos y malentendidos en la universidad, no se me asignó a mí la beca PRODEP (beca por parte de la SEP para estudios de posgrado). Sin embargo, dos de las tres universidades norteamericanas donde solicité ingreso me aceptaron con beca completa. Renuncié a mi plaza en la universidad y escogí Ohio State University (OSU) para mis estudios de posgrado, donde me había planteado el reto de estudiar Lingüística Hispánica. Siendo profesora de inglés y de español como lengua extranjera, descubrí el fascinante mundo de la lingüística y tenía curiosidad e interés por esta disciplina. Esta era mi gran oportunidad de especializarme para dar clases del área de lingüística y de investigar al respecto. Esta estancia en OSU fue un parteaguas importante en mi vida académica.

Agosto de 2004. Viajaba nuevamente a la Unión Americana para estudiar, ahora, un posgrado. Esta vez ya no iba temerosa; era una mujer segura, confiada y con grandes expectativas y optimismo. Como siempre, Dios me puso en el camino a muchos ángeles que me ayudaron durante toda esta estancia: mi asesor y otros profesores, y mis entrañables ahora amigos Asela, Carolina y Manuel. También, por supuesto, hubo otras amigas con las que nos reuníamos y pasamos bellos momentos: Magdalena, Marissa, Daniela y Juliana. Fueron años de mucho trabajo también y de crecimiento intelectual, de madurez emocional y de muchos y ricos aprendizajes académicos y personales.

En OSU estudié una maestría y un doctorado en Lingüística Hispánica. Antes de iniciar el ciclo escolar, a todos los nuevos estudiantes de posgrado nos capacitaron por dos semanas para dar clases en esta universidad. El curso incluyó todo tipo de temas: desde metodología para la enseñanza de lenguas, planeación didáctica, preparación de clases, manejo de grupos, evaluación, hasta ética y conducta en el aula. Fue un modelo de curso de capacitación que me sorprendió por su excelente organización, la *expertise* de los instructores, los efectivos recursos materiales y tecnológicos, y también la calidez y humanismo demostrados. Además, ¡nos pagaron un 50% de la beca! Fue un curso intensivo: de 8 am a 4 pm por dos semanas. También tuvimos microenseñanza y charlas sobre cuestiones administrativas. Fue un curso que nos preparó totalmente para dar excelentes clases de acuerdo con su enfoque de enseñanza elegido. No podíamos cuestionar u objetar algo porque el plan de cada clase ya había sido diseñado por un grupo de expertos; contábamos con los libros y materiales que se usarían, así que nosotros solo teníamos que implementar lo planeado en el aula.

Con mi previa experiencia como profesora de español como lengua extranjera, yo me sentía “como pez en el agua” en los cursos. No me costaba ser puntual porque siempre lo había sido y tenía experiencia diseñando materiales o llevando a la práctica lo sugerido en los libros. Con mis amigos intercambiábamos materiales didácticos o ideas y eso facilitaba impartir las clases; además, compartíamos un banco de materiales con todos los demás compañeros y era una maravilla descargar presentaciones PPT bien diseñadas y completas, materiales de práctica novedosos y efectivos.

El trabajo colaborativo fue, sin duda, lo que nos ayudó a ser mejores profesores. Desafortunadamente, en México nuestra cultura no incentiva el trabajo colaborativo en las escuelas; contrario a ello, cada uno trabaja de manera aislada, en general, y esto no resulta tan eficaz ni efectivo. En OSU, colaboramos y compartimos materiales, ideas, instrumentos de evaluación y planificaciones, lo cual ayudaba a lograr mejores clases.

Adicionalmente, aprendí a ser organizada, a administrar mi tiempo (tenía que estudiar para mis clases y también era tutora de español), a planificar todo, a ser disciplinada, a estar sana física y emocionalmente, y a disfrutar también mi tiempo de ocio. De igual manera, aprendí a respetar el tiempo de los demás (siendo yo puntual y organizada), a compartir, a ser generosa con mis conocimientos, a ser humilde, a aceptar mis errores y mis deficiencias.

También aprendí algo muy importante: a pensar, a leer y a escribir. Sí, aunque suena ridículo, reconozco que tenía problemas de comprensión lectora y de escritura académica. Mis habilidades de pensamiento complejo no estaban del todo desarrolladas y todo esto me llevó a redoblar esfuerzos y aprender de manera autodidacta a ser crítica y creativa. Este proceso dialógico entre criticidad y creatividad propició que resolviera problemas con flexibilidad y adaptabilidad, y aplicando estrategias cognitivas y metacognitivas. Por ello, ha sido este lustro una de las etapas más enriquecedoras intelectualmente en mi vida.

Las exigencias en un posgrado en Estados Unidos son muchas: debes mantener un promedio alto para mantener la beca y, además, debes ser una excelente docente en el curso que se te asigna. Lo primero se evidenciaba con la boleta cada ciclo; lo segundo, con evaluaciones de estudiantes y del supervisor, quien de manera no anunciada se presentaba en tu clase y la observaba de una a tres veces por ciclo, y después de la observación te citaba para discutir contigo los aciertos y desaciertos de tu desempeño en clase. Con dos evaluaciones negativas por parte de la supervisión, perdías la beca. Este temor por quedarse sin la beca presiona a cualquiera para ser siempre mejor estudiante y docente.

Con orgullo, ahora puedo compartirles que tanto estudiantes como supervisores siempre me felicitaron en estas evaluaciones y, como reconocimiento de mi desempeño, me dieron un trabajo con beca adicional para elaborar los exámenes del Departamento de Español. Igualmente, tuve la fortuna de trabajar dos años como asistente de investigador con uno de mis profesores; de esta manera, también desarrollé mis habilidades investigativas.

De todos estos aprendizajes se derivan varios principios de mi propio decálogo de un buen profesor que fui construyendo en mi andar como docente: la colaboración con colegas ayuda a lograr mejores y más efectivas clases; el aprendizaje es arduo y permanente (nunca dejamos de aprender) y necesitamos actualizarnos; la evaluación (retroalimentación) de mi enseñanza, ya sea por estudiantes u otros agentes educativos, representa oportunidades para mejorar o seguir haciendo las cosas bien; las actitudes y valores como el respeto, la puntualidad, el compromiso, la empatía, la responsabilidad, la dedicación, la honestidad, el entusiasmo y pasión por la enseñanza y el aprendizaje deben ser nuestra guía cada día en el aula.

Volaba a México en 2008 para solicitar mi reingreso a la Universidad de Quintana Roo. Pensaba en mi futuro y en los nuevos retos académicos que enfrentaría, en las diferencias culturales y en los cambios en mi vida personal, en lo que había aprendido, en las horas de desvelo diarias en OSU (a veces solo dormía unas 3 o 4 horas), en la biblioteca (mi lugar favorito), en los momentos agradables y no tan agradables (enfermedades a causa del estrés y la presión). También repensé en la posibilidad de quedarme en Estados Unidos, pero decidí que era mejor estar en mi país con mi familia.

Aún tenía pendiente la tesis doctoral y mi reincorporación a la universidad fue inmediata. No tuve ninguna descarga ni consideración por estar escribiendo la tesis y tenía que desempeñar todas las funciones requeridas. Fueron casi dos años que me recordaron mis inicios: llenos de tareas institucionales, mi tesis y mi vida personal. Me “novatearon” con horarios extremos (clases a las 7 am y a las 8 pm.), gestión de sobra, investigación conjunta con colegas del Cuerpo Académico, actividades de tutorías, asesorías, extensión, etc. Mi docencia se veía afectada porque no podía preparar con excelencia mis clases; o porque entregaba las evaluaciones (tareas calificadas) con demora. Aun así, hacía esfuerzos para cumplir con mi decálogo del buen docente en proceso. No está de más decir que todo esto afectaba mi salud: parecía un fantasma con ojeras bastante pronunciadas, muy delgada, estresada y, a veces, un poco neurótica.

Con todo lo anterior, llegar al aula y fingir que todo estaba bien me resultaba difícil; sin embargo, antes de llegar al salón siempre pensaba: “deja todo allá afuera y da tu mejor versión adentro”. Con una sonrisa saludaba a mis estudiantes y les daba la bienvenida. Me apasionaba enseñar ahora cursos del área de lingüística y disfrutaba verdaderamente mis clases. Ver las caras de sorpresa de mis estudiantes por aprender algo nuevo; verlos desarrollar habilidades nuevas y adquirir nuevos conocimientos y actitudes me llenaba de emoción y me motivaba a esforzarme a ser mejor profesora. Las evaluaciones de mis estudiantes eran siempre alentadoras: “Excelente profesora”, “Conoce todos los temas”, “Nos motiva a aprender verdaderamente”, “Nos contagia con su entusiasmo”. Esta era la mejor recompensa y me sentía satisfecha con mis clases.

En medio de estos éxitos como docente, hubo un suceso que me hizo reflexionar sobre mi relación con los estudiantes y el personal administrativo en México. Hubo una estudiante que reprobó una de mis clases; las causas fueron ausentismo y deficiencias en su desempeño, en general. En la evaluación, al final del curso, puso un comentario inesperado que me sorprendió: “No parece profesora; no se viste bien”. Acostumbrada a la informalidad del norteamericano (incluso de profesores) en la universidad, yo vestía también informal en la universidad mexicana: jeans, blusas o playeras, sandalias o tenis; no me maquillaba ni me peinaba de manera sofisticada. Esto pareció ir en contra de los cánones del “buen vestir del profesorado” en las creencias de esta chica (y quizás de otros estudiantes que no se atrevieron a decirlo) y de algunos administrativos en la institución.

A partir de haber leído este comentario, empecé a poner atención en cómo la gente me veía y se relacionaba conmigo por mi forma de vestir. Me di cuenta de que el personal administrativo me tuteaba y me trataba sin mucho respeto cuando ignoraban que yo era profesora. “¿Qué quieres, nena?”, me preguntaban cuando llegaba a una oficina. En cuanto me presentaba, cambiaban hasta el tono de voz y me trataban con más cortesía y respeto: “Dígame, doctora, ¿en qué le puedo servir?”. Estas muestras

de discriminación me molestaron mucho y, con la intención de demostrar que yo y todos valemos no por la ropa o la apariencia sino por nuestros conocimientos, habilidades, valores y actitudes, continué con el mismo estilo de vestir. Algunos años más tarde, cambié mis atuendos a una versión más formal.

Y aquí quiero hacer un paréntesis porque, como docentes, la sociedad demanda de nosotros “seres ideales”. Con un fuerte clasismo y racismo anclados en la cultura mexicana, la percepción del maestro es influida por estos y otros aspectos: color de piel, altura, complexión, origen étnico, forma de vestir, comunicación verbal y no verbal. Incluso, pueden perdonar que no tengas los conocimientos necesarios, pero son implacables, a veces, con estas otras cuestiones superficiales que no mantienen relación con el quehacer docente. No obstante, debemos reflexionar que estas percepciones y actitudes pueden ser dinamizadas a positivas si nosotros, como educadores, las trabajamos en el aula. Obviamente, la familia y la sociedad en conjunto tienen un papel fundamental para estos cambios, pero recordemos que nosotros los educadores somos agentes de cambio. Y esta función es un principio más de mi decálogo del buen docente.

Continuando con mi relato, tomé algunos créditos faltantes en OSU en verano de 2008, y en otoño de 2009 defendí mi tesis doctoral. En mi institución, en México, me dieron una licencia sin goce de sueldo para poder realizar estas actividades. Como suele ocurrir en nuestra cultura, la discrecionalidad en las licencias con goce de sueldo es “pan de todos los días”; si no eres amiga del/a director/a en turno, no obtienes algunos beneficios. No me importó, pues aun con estrecheces económicas concluí con éxito mi doctorado, y todo gracias a Dios.

2010 pintaba nuevos horizontes en mi vida académica y, a partir de este año, considero esta nueva etapa “La cosecha”, la cual no significó descansar; para nada. Había mucho trabajo, pues ahora las expectativas eran mayores: ingresar al Sistema Nacional de Investigadores (SNI del CONACYT), crear posgrados, coordinar proyectos de investigación, publicar, organizar eventos académicos

nacionales e internacionales, entre otras cosas de gestión, docencia y actualización docente. Así ha sido mi vida durante estos últimos 14 años. Como profesores-investigadores, tenemos todas estas responsabilidades.

La universidad, preocupada por la docencia, ha diseñado varias medidas para elevar su calidad: cada año ofrece al profesorado cursos de actualización en diferentes áreas (currículo, TIC, evaluación, valores, entre otros). También se cuenta con evaluaciones por parte del estudiantado cada ciclo escolar; con supervisión y autorización de las planeaciones didácticas de cada curso; con asesorías y apoyo al profesorado que no obtiene buenas evaluaciones. Además, contamos con internet y proyector en todos los salones. Todo esto ha contribuido a hacer nuestro quehacer docente mejor, más efectivo y con perspectiva humanística.

La llamo “Cosecha” a esta etapa porque ahora ya podía ver frutos producto de todos mis años anteriores: reconocimientos, incentivos, cargos administrativos, promociones. Obviamente, todo esto acompañado de una buena dosis de trabajo en la institución y en casa. Con respecto a la docencia, mis frutos son diversos: he seguido aprendiendo de mis estudiantes porque cada grupo es diferente y he aprendido a amar ser profesora. Me siento feliz cuando compruebo que están aprendiendo verdaderamente y lo festejo con ellos. Me gustan esos grupos que se contagian de mi entusiasmo y pasión no solo por los conocimientos y habilidades propias del curso en cuestión, sino por la vida, por aprender, por ser mejores personas.

Comparto en clase también valores y me gusta fomentar en ellos el pensamiento complejo. Me encanta escucharlos en los debates o en sus presentaciones cuando ponen en práctica todo lo aprendido en clase y me llenan de orgullo. He llegado a descubrir que el primer principio de mi decálogo es amar ser profesora, amar esta profesión y desempeñarla con entusiasmo, entrega y pasión.

Cada agradecimiento al final del semestre o ciclo escolar, cada sonrisa y cara de orgullo y satisfacción de mis estudiantes me

motiva a ser mejor cada día como docente y como ser humano. Es importante saber que, a veces, con algunos grupos o con algunos estudiantes, no te van a funcionar algunas estrategias o no les vas a caer bien a todos. Cada grupo tiene sus propias peculiaridades y también nosotros los maestros somos humanos y no robots que trabajan en automático; también tenemos altibajos, problemas, nos cansamos y tenemos sentimientos y emociones como cualquier otra persona. Sin embargo, no debemos dejar que las cuestiones negativas de la vida nos transformen en seres amargados y frustrados y nos desquitemos con nuestros estudiantes. También los profesores debemos gozar de una buena salud física y mental; si no es así, ¿qué les vamos a compartir a los jóvenes?

En estos últimos años, y a partir de la pandemia COVID-19 reciente, la educación en línea o a distancia nos ha alcanzado y nuestra forma tradicional de enseñar se ha modificado. Por ello, he tomado un diplomado en “Mediación docente en ambientes virtuales de aprendizaje” y cursos de TIC en el aula. Un buen maestro nunca deja de actualizarse ni de aprender (este es otro principio de mi decálogo). Si bien para los migrantes digitales como yo el uso de la tecnología no es nuestro fuerte, hago mi mejor esfuerzo y estoy intentando ser una buena facilitadora en mis cursos. Disfrutar los retos que impone la docencia y buscar superarlos es otro motor de motivación en esta carrera como docente.

A lo largo de todos estos años, he aprendido también que debo centrarme en el aprendizaje y que mi enseñanza se valora en los aprendizajes de mis estudiantes, en los logros con ellos (otro principio de mi decálogo). Como buenos planificadores, debemos aprender a desarrollar las diferentes fases de diagnosticar, planificar, implementar y evaluar los aprendizajes, pero también conocer bien a nuestros estudiantes (sus conocimientos, habilidades y actitudes) es indispensable para tener clases exitosas.

Ya con casi 30 años de compartir con tantos jóvenes en las aulas universitarias, puedo cerrar esta reflexión resumiendo los principios de mi decálogo del buen docente, el cual he construido durante toda mi carrera y, por supuesto, puede ser modificable:

Amar ser profesor/a, amar esta profesión y desempeñarla con entusiasmo, entrega y pasión.

- a. Ser autoridad en la disciplina que se comparte. (Conocer bien los temas).
- b. Ser excelente planificador, administrador y organizador.
- c. Ser agente de cambio en valores y actitudes.
- d. Centrarse en el aprendizaje de los estudiantes.
- e. Colaborar con colegas ayuda a mejores éxitos en el aula.
- f. Aprender, formarse y actualizarse debe ser permanente y constante.
- g. Recibir la evaluación (retroalimentación) de mi enseñanza por estudiantes u otros agentes educativos como áreas de oportunidad.
- h. Desarrollar actitudes y valores como el respeto, la puntualidad, el compromiso, la empatía, la responsabilidad, la dedicación, la honestidad, el entusiasmo y la pasión por la enseñanza y el aprendizaje en el aula.
- i. Disfrutar los retos que impone la docencia y buscar superarlos.

Cada docente, con sus experiencias, va creando su propio decálogo o principios del buen docente que sirven de guía para nuestro trabajo en las aulas. Vale la pena revisarlo y actualizarlo, pues a veces hace falta reinventarnos o, incluso, empezar de nuevo para desempeñarnos mejor. Lo más importante es amar tu trabajo como docente y los frutos que produce: nuevos profesionistas, personas pensantes, reflexivas, críticas y con valores personales, sociales y culturales positivos.

Finalmente, ser una buena docente no ha sido fácil para mí, pues se me han presentado muchos retos de diferente índole, sobre todo, al inicio de mi carrera. Sin embargo, he tratado procurarme motores, de motivos que me impulsen a seguir, a superarme, a fijarme metas y a alcanzarlas. He aprendido a disfrutar mis clases cada día y en ese andar como profesora he descubierto la felicidad.

EN BÚSQUEDA DE LA HUMILDAD Y GENEROSIDAD DOCENTE

Griselda Hernández Méndez ¹

Romper con esquemas ha sido algo que siempre me ha gustado, aunque debo reconocer que he tenido temores por mi tendencia a cumplir con las reglas, pero como pedagoga crítica que intento ser, me atrevo a abrir mis horizontes y buscar nuevas alternativas y veredas con mesura. Es así como me decanto por hacer mi autobiografía que, para quienes no confían en este tipo de trabajos, la rechazan por default como una forma legítima de hacer investigación, por la subjetividad y la nula confiabilidad que suponen. Sostengo que, a pesar de que, desde la mirada de los empíricos analíticos, la autobiografía no reúne los cánones de ciencia, puede aportar mucho más que una limitada indagación empírica que solo contribuya con datos numéricos a validar hipótesis.

La autografía, como relato, conlleva al narrador a develarse a sí mismo, a quedar desprovisto de tapujos y caretas, y eso da miedo, sin embargo, mi sinceridad, que hasta cierto punto es un notorio defecto, al mismo tiempo es un valor ético que me precede. Gracias a la autografía he logrado reflexionar a conciencia, profundizar en mis acciones, valorar lo que he logrado y admitir mis equívocos y emociones más sensitivas. En ese tenor, el objetivo de este capítulo es compartir mi recorrido hacia y por la docencia, a través del cual se entretujan experiencias agradables y otras todo lo contrario, para dilucidar que no todo es color de rosa en el trayecto de una estudiante y de una profesora.

¹ Investigadora de la Universidad Veracruzana. Integrante del CA-UV-78.

Espero que mi narrativa deje alguna enseñanza para los profesores, principalmente para los noveles que sufren el shock de la realidad docente y sienten desistir en lugar de reanimar bríos. De esa manera, la he dividido en cuatro fases que son cruciales en mi transitar hacia y por la docencia. En ese recorrido, desarrollé -y sigo haciéndolo- talentos de generosidad y humildad que quiero compartir porque creo firmemente que deben ser las cualidades de toda persona y, en particular, de quienes se dedican a la docencia.

Compartir lo que aprendo a la brevedad

Siendo muy chiquita, de apenas cinco años, cuando aprendía a leer en primero de primaria, enseguida de que llegaba a casa, mi hermanita Edith “pagaba los platos rotos” -como coloquialmente se dice-, porque yo quería compartir todo lo que había aprendido esa mañana. Siendo menor que yo por un año y medio, tenía que aprender a leer, pues yo la regañaba. Ella quería jugar, pero yo necesitaba enseñarle lo que creía importante o interesante. Así que Edith antes de entrar a la primaria ya sabía leer, escribir y muchas cosas más que compartía feliz con ella, así como mis mejores dibujos y creaciones, pues ella mostraba una sonrisa de emoción que para mí era mi mejor regalo, por lo que no me importaba consagrar mi único chocolate para verla feliz.

Es, en esta etapa, que inicia en mí la generosidad de compartir saberes sin reservas, a pesar de sacrificar mi tiempo y descanso, siendo las caritas de sorpresa o de curiosidad de mis alumnos mi máximo trofeo. Cada que aprendo algo lo llevo al aula, ya sea la letra de una canción, un cuento, un chiste, una noticia o la lectura de un libro; incluso experiencias. Por supuesto, siempre que se relacionen o abonen a la materia y sin salirme de los contenidos temáticos, puesto que afianzan los saberes mediante el interdiálogo.

Creo que esa cualidad de compartir que desarrollé desde muy pequeña puede ser llamada generosidad; sin embargo, no siempre fue apreciada y muchas veces sufrí de abusos de compañeros y compañeras; momentos desagradables que más adelante retomaré.

Mi ingreso a la Facultad de Pedagogía. ¿Pedagoga por convicción o por accidente?

Antes de narrar cómo decido enrolarme en la docencia, quiero comenzar expresando que mi estadía como estudiante de pedagogía no fue del todo placentera. Los maestros y las maestras me estimaban porque era una estudiante ejemplar, responsable y muy participativa, justo como esos alumnos que ahora los docentes anhelamos tener en las aulas. Jamás olvidaba la tarea y leer para mí era un placer. Sin embargo, eso no era aplaudido por mis compañeras, al contrario, asumían mis acciones como arrogancia y se volvió en ellas un hábito vociferar que yo era una nerd infeliz, a pesar de que invertía tiempo ayudando a muchas de ellas cuando les costaba comprender algunas materias. Estudiar me hacía feliz, pero era algo que no comprendían. Aunque ahora que analizo mi actuar, creo que sí era algo soberbia, les platico el porqué.

Resulta que yo no quería estudiar pedagogía, por lo que primero ingresé a la Facultad de Sociología con el afán de ayudar a las personas, pero los profesores de esta dejaban tantas lecturas que me iba a dormir todos los días hasta la madrugada, y yo era y soy débil visual. Mi madre comenzó a penetrar en mi cabeza la idea de que esa carrera me dejaría más ciega de lo que ya estaba, así que decidí abandonarla, no sin sufrir enormemente por esa triste decisión. Solo estuve hasta el tercer semestre en Sociología, tiempo suficiente para adherir ciertos comportamientos propios de esta. Los estudiantes, al menos de mi grupo, eran críticos, casi todos leían y debatían las ideas. Una tenía que defenderse o te iba mal. Ya podrán imaginarse lo que sucedió cuando entré a Pedagogía.

Para empezar, el profesor que me daba epistemología enseñaba como para niños de secundaria y es que lo comparaba con el profesor de Sociología que me dio esa materia y yo me ponía a llorar. Pensarán que exageraba, pero extrañaba esas clases tan sistemáticas y con alto nivel de sistematicidad y de tecnicismos. El de Pedagogía intentaba ser didáctico y bajaba el nivel del conocimiento a la máxima potencia y las compañeras de pedagogía ni así le entendían. El colmo fue que el maestro volvía a poner

el mismo examen para quienes reprobaban o querían subir las calificaciones, ¡y las compañeras no elevaban sus notas!

A lo mejor me mostré arrogante sin querer, pues en todos los exámenes saqué diez a la primera aplicación, porque había aprendido en la Facultad de Sociología, pero, sobre todo, porque siempre estudiaba para sacar el máximo promedio. Las compañeras no estudiaban o no sé cómo lo hacían porque cuando les preguntaban los maestros qué habían leído, no participaban. En cambio, yo todo el tiempo levantaba la mano para expresar lo que había leído y eso les molestaba, me hacían muecas y cuchicheaban todo el tiempo. Sinceramente, me agradaba leer y participar, entonces mejor las ignoraba.

La carrera de Pedagogía se me hacía más fácil, los profesores y las profesoras eran accesibles y amenos para impartir sus clases. En un principio los critiqué para mis adentros, pero ahora que valoro la didáctica sé por qué enseñaban así. Sin embargo, no dejé de desvelarme pese a que la carrera no se me hacía complicada, porque los profesores dejaban lecturas y reportes, y había que cumplir y bien.

Sí, casi todos los profesores me querían, pero hubo excepciones, por ejemplo, a una maestra le molestaba que siempre participara y que en las exposiciones me tardara un tiempo considerable, lo cual demostraba haciéndome muchas más preguntas que a las demás compañeras, y su enojo era más evidente cuando las respondía todas. Otra profesora una vez me dijo que cuando fuera yo docente iba a ser muy autoritaria y exigente y que eso estaba mal. Si viera que soy todo lo contrario; bueno, un poquito exigente tal vez, pero nada que ver con el autoritarismo.

Con la pesadez del ambiente, me concentré en encontrarle el gusto a la Pedagogía y egresé con escasas amistades, pero feliz porque obtuve el promedio más alto de la generación, medalla al mérito académico y contaba con el apoyo de mi maestro, “mi mentor”, de quien aprendí a investigar y, sobre todo, a ser mejor persona siendo su becaria en el Instituto de Investigaciones en Educación

(IIE); una persona de las tres “h”: humilde, humanitaria y honrada. Yo creo que ya lo era, pero con él reafirmé esos y otros valores.

Mi maestro mentor, Gilberto Domínguez, era y es una bella persona que me enseñó con el ejemplo a respetar, escuchar, aceptar errores, ser generosa y comprensible con el desvalido, ser humilde, pues hacíamos paquetes y los llevábamos a correos o jalábamos sillas, o limpiábamos el piso de las aulas porque no había personal de limpieza. “No se caen las manos por limpiar”, decíamos y sonreíamos. Él era el director del IIE, y me parece que ha sido la persona más humilde que he conocido.

¡Me encantaría ser investigadora! Mi encuentro con la investigación

Un día, un maestro de pedagogía solicitó que fuéramos al IIE a entrevistar a alguno de los investigadores; yo opté por entrevistar a una de las investigadoras luego de revisar la sinopsis curricular de algunos. Con miedo disimulado me acerqué para preguntarle, recuerdo muy bien que no sabía acotar mis preguntas y ella me lo dijo. Me dio pena, sin embargo, ella, la maestra Lyle Figueroa, me trató bien, aunque con algo de desdén. A mí me impresionó su sapiencia y pensé para mis adentros “me gustaría llegar a ser como ella”.

Cuando decidí hacer prácticas y servicio social en el IIE, por fortuna, el maestro Gilberto, siendo director, me consiguió una beca como asistente de investigador, debido a que ya me conocía al haberme dado clases. Allí aprendí mucho. Iba a todas las conferencias y seminarios de investigación. En medio de los investigadores, a quienes admiraba, me idealizaba como investigadora. Admito que la investigación me apasionaba más que la docencia, pero incursionar en la investigación era más difícil.

En ese tiempo, yo acababa de titularme de Pedagogía y de ingresar a la Especialidad en Docencia que ofrecía el mismo IIE y cada semestre había exámenes de oposición para dar clases en la Universidad Veracruzana, por lo que el maestro Gilberto me

animó a concursar. Obvio que perdí ante profesoras que incluso me habían dado clases, pues carecía de experiencia docente, la cual valía mucho en el puntaje. Estoy convencida de que, sin la motivación del maestro Gilberto, yo no me hubiera atrevido a concursar contra maestros, él me decía “no importa que pierdas, el chiste es foguarse, medir fuerzas y tú eres buena”.

Recuerdo que la directora de Pedagogía reconoció el papel que hice en mi primer examen de oposición a pesar de haber perdido, así que me dio la oportunidad de impartir la materia de Paradigmas de investigación. Estaba feliz porque la investigación me encantaba. Ella me dijo “si tienes dudas, pregúntales a los investigadores, tú estás allá con Gilberto”. Nunca tuve que preguntarles, a mí se me hacía fácil, siempre estuve atenta en aquellas clases, de la maestra Elvira Castillo, en las de Alfredo Zavaleta e incluso hasta en las de Atanasio García; yo embelesada escuchaba atenta y respetuosamente todas las clases de investigación. Y cuando notaba la falta de dominio de saberes de profesores o profesoras, no se los hacía saber, prefería disipar mis dudas por mi cuenta.

Recuerdo que, en esas fechas, fui a presentar examen de oposición en la carrera de Ciencias de la Educación de la Universidad de Xalapa; como parte del jurado estaba conformado por estudiantes, no gané el examen porque mi discurso era muy elevado, según me dijo el coordinador de la carrera. Sin embargo, al igual que la directora de Pedagogía de la UV, me solicitó que impartiera la materia de investigación porque reconocía el dominio mostrado, pero me pidió que fuera más didáctica y bajara mi nivel. Eso para mí fue de mucho aprendizaje.

Ser maestra no es tan fácil como creía...

Antes de presentarme ante el grupo que la directora me había asignado en Pedagogía, evoco lo que ella sabiamente me dijo: “vístete y péinate de otra forma porque te ves muy chiquita”. Le hice caso y me puse zapatillas y un vestido que me incomodaba, pero ni modo, había que verse un poco más grande; no obstante, aún con eso, los estudiantes notaron mi evidente juventud, y el

acabose fue cuando un estudiante que ya tenía otra carrera y, por supuesto, era mayor que yo, me interrogó enérgico, decía que no entendía a los autores y que le volviera a explicar.

Sinceramente, al principio, me estaba dando temor esa actitud, sentía que el calor se subía a mis orejitas, lo bueno es que el cabello me cubría, y pensé que la voz me temblaría. Sin embargo, no se me notaron los nervios, siempre he confiado en Dios y pedido su ayuda, yo creo que eso me ha librado en varias situaciones. Cada vez que entraba a dar clases decía “Señor habla tú por mí” y así empezaba a dar mi clase, confiando en él, y los alumnos me escuchaban. Por supuesto, preparaba todas las clases con dedicación, pues la escasa experiencia limita a todo profesor novel.

Una vez concursé para dar una materia que requiere de experiencia, Evaluación curricular, y la gané, pero admito que la falta de experiencia hizo que me costara impartirla, pues requería relacionarla con la práctica, ¿y cómo?, ¡si nunca había hecho una evaluación curricular! Por más empeño que puse, siento que les quedé a deber mucho a mis alumnos; eso me entristeció y decidí jamás dar alguna materia que no dominara.

Entre las vicisitudes que recuerdo que me hicieron ver que ser docente no es tan fácil o, dicho de otra forma, que no todo en la docencia es color de rosa, se encuentra lo vivenciado dando la clase de Filosofía de la ciencia. A mí me gustaba esta materia, pero hay que admitir que se les complicaba a los alumnos. Yo, de estilo serio, no quería “vulgarizar el conocimiento”, y consideraba que el nivel en Pedagogía era bajo y que para subirlo había que solicitar más lecturas y hablarles con mayor nivel, sin embargo, iba yo contra la marea, porque la mayoría de los profesores hacen tan accesible el conocimiento que terminan propiciando que los estudiantes no tengan discurso propio de un científico en pedagogía.

Pero siempre hay excepciones, esos estudiantes que me seguían, leían, participaban y a la fecha me agradecen por haberles enseñado, y esos otros que no le entendían a los textos, no leían, no hacían tareas y no participaban, ni por pena cuando yo les preguntaba.

Para mí esos alumnos eran desesperantes porque cuando una inicia como docente, crees que están dispuestos –motivados- al aprendizaje, y no es así. Se sufre el shock con la realidad.

No olvido a aquella niña, Adriana, que siempre llegaba maquillada a la clase, fumando, pues en ese entonces no se les prohibía el cigarrillo cerca de la ventana; nunca tomaba nota, en apariencia me escuchaba, pero no participaba, y en los exámenes no llegaba ni al tres de calificación, y escribía en su examen “por favor, no diga en voz alta mi calificación”, y es que sabía que no iba salir nada bien. Ella era repetidora, había reprobado con una filósofa, titular de la materia, y tanto la directora como la secretaria académica me habían anticipado que era una chica problemática, pues había acusado a la filósofa de acoso, por eso me aconsejaron poner exámenes objetivos, para que ella no tuviera elementos.

Como lo imaginan, ella reprobó y a mí como profesora novata me dolió, le dije que fuera al IIE a verme y le di una guía para que estudiara. Di un repaso y allí me di cuenta de que no tenía apuntes y que no sabía nada, como si mis clases no hubieran existido. Me afligí, pues no pasó el examen y tuvo que abandonar la carrera. Para serles sincera, no quería reprobarla -aunque en realidad ella reprobó, yo no la reprobé-, pero la secretaria me acompañó al calificar el examen y recuerdo muy bien que me dijo “ella no merece que te preocupes, el examen está fácil y no lo pasó porque no tenía el mínimo interés”; sus palabras me alentaron, pero no dejaron de entristecerme.

Dando esa misma clase, al siguiente año me encontré con el grupo 202, que me exigía les pusiera juegos y que hiciera más didácticas las clases. Con incertidumbre lo hice, pero me di cuenta de que les costaba entrarle a las lecturas y que preferían jugar antes que analizar los textos. Ese evento lo noté siendo estudiante de Pedagogía. Mis compañeras querían jugar en lugar de leer, y juegos que no son útiles para el aprendizaje; por ejemplo, cantar como gallo o saltar como rana. De forma que las maestras que solían poner juegos eran apreciadas y a mí me molestaba hacer “ridículos” y, con tal de no ser irrespetuosa, prefería decir que me dolía el estómago para

evitar participar en esos juegos. Ahora como docente trato de ser empática, sí pongo juegos divertidos siempre y cuando abonen al aprendizaje, y permito que quien no quiera participar solo observe, pues cada cabeza es un mundo y somos tan diferentes.

Son muchas las experiencias que me mostraron que la realidad supera las teorías. Considero que, en la Facultad, forman bajo una pedagogía romántica; al menos, a mi generación así nos formaron. Se presenta a la didáctica como varita mágica solucionadora de cualquier problema de aprendizaje, basta con moverla para elevar los ánimos de los alumnos y hacer que se impliquen entusiastamente en sus tareas y responsabilidades, pero la realidad es otra. La desidia, apatía y poco compromiso estudiantil se presentan en todas las instituciones. Yo leía a Rogers con frenesí y me detractaba de usar conductismo porque eso me habían enseñado en Pedagogía; de hecho, tenía confusiones serias entre esta perspectiva y el tradicionalismo, que disipé más adelante. Apliqué, según yo, la teoría humanista de Rogers, dándome topes en la cabeza porque cómo iba a formar bajo esta teoría a alumnos que toda la vida han estado aprendiendo a recibir órdenes, a ser castigados o reforzados de acuerdo con sus comportamientos.

Entre ensayo y error aprendí a ser maestra. Una vez, dando clases de Principios de la Educación I y II, en la Facultad de Idiomas -porque han de saber que concursé en varias Facultades antes de llegar a ser investigadora-, les di a los estudiantes lecturas de autores críticos y pedí que hicieran una ponencia original y con sentido crítico y reflexivo. Por supuesto, yo enseñaba a despertar el espíritu crítico, pero, al menos en ese tiempo, los alumnos de esta Facultad no eran críticos, por varias razones que no voy a tocar. Lo cierto es que me metí en grandes aprietos porque hicimos un evento abierto y allí expusieron sus ponencias llenas de reflexión y de crítica.

Externaron críticas al sistema, a la administración de la Facultad y a los malos maestros, y aunque no decían el nombre de nadie, las críticas fueron mal tomadas por la directora y los docentes. Ella me reclamó y como yo era novata no supe cómo responderle. Los

alumnos me apoyaron y agradecieron, pues yo había dedicado mucho tiempo para que sus ponencias quedaran bonitas, hasta los sábados trabajábamos. Recuerdo a Roberto que le daba pánico hablar en público y cuando trabajamos en eso para reconocer sus experiencias vividas en donde se gestó ese miedo, supe que la directora tuvo que ver, ya que ridiculizaba a los alumnos cuando exponían y él le tenía miedo. Para no hacerla más larga, Roberto pudo exponer muy bien, recurriendo a teorías psicológicas y, al final, daba sugerencias de cómo superar los nervios al exponer. Me sentí orgullosa de él y de los y las demás estudiantes.

Mucho tiempo estuve concursando para poder dar clases; los concursos que ganaba eran como interina, pues las materias de base estaban “arregladas”. No olvido un concurso justamente para la materia de Metodología de la investigación. En aquella ocasión estaba una profesora que me había dado clases y era muy buena, además de contar con maestría y doctorado, por lo que yo imaginé que ella ganaría, pero no fue así; ganó la que menos formación y conocimientos tenía. Creo que yo hice un muy buen papel porque todas las preguntas que me hacía el jurado, especialmente “el padrino de la que ganó”, las respondía y eso hacía que su cara se pusiera roja y lanzara otra pregunta, y para mí mejor porque yo hice gala de manejo de conocimientos. Uno de los jurados, apenado, un día le dijo al maestro Gilberto que yo había estado excelente, pero les habían pedido que le dieran el gane a esa maestra que no merecía ganar. Eso era lamentable, y como esta situación viví muchas.

Una jurado antes del examen me pidió que no me presentara al examen porque yo iba a perder. Otra vez, la secretaria de Pedagogía retiró mi título de doctorado - según ella no lo entregué- porque el concurso era para plaza de profesora de tiempo completo y estaba “arreglado” para que ganara la directora. Lloré mucho y la líder del sindicato me dijo “no te preocupes, tú perfilas más para investigadora que para profesora”.

Más adelante gané la plaza de investigadora, aunque antes padecí de chismes de las colegas de Pedagogía de que yo era sangrona porque no les hablaba, pero era por mi timidez, no por otra cosa;

prefería ser reservada, daba mi clase y me retiraba al IIE. Entonces buscaron poner al maestro Gilberto en mi contra, lo bueno es que él, sabio, no hizo caso a esos chismes. Pero sí dolían los bártulos y más el saber que de cierta manera me rechazaban. Lo bueno de todo era que disfrutaba enseñar y aprender de mis alumnos, porque la docencia es así; uno aprende mucho de ellos.

Mi ingreso a la investigación

Fui afortunada al entrar al mismo instituto en el que había estado como becaria y luego como asistente de la dirección. No me la creía cuando me asignaron un cubículo. Yo había hecho investigación como alumna, pero ahora era investigadora y, en realidad, me daba cierto miedo; más porque había colegas que me veían con recelo, pues estaban acostumbrados a mirarme como becaria o asistente. Retomé el tema que trabajé en la tesis de doctorado y concursé en la convocatoria de apoyo a profesores de Tiempo completo; gané una beca y apoyo para equipar mi cubículo, ir a dar ponencias e incluso fui a Estados Unidos para dar una charla. Todo iba bien tanto en la investigación como en la docencia porque la pedagogía y el hecho de que tomara como línea de investigación a la práctica docente, me han permitido analizarme como profesora, ver mis errores y enmendarlos.

Cuando experimentaba con alguna propuesta o invento didáctico, anotaba mis aciertos y equívocos y trataba de mejorar. Así, puedo decir que aunque he dado la misma materia, siempre ha sido diferente porque reinvento. Sin embargo, ha habido tiempos en que, por tanto trabajo, he caído en la monotonía cotidiana y, cuando me doy cuenta, me resulta estresante, porque reconozco que no estoy poniéndole esfuerzo a la docencia.

Momentos desagradables con colegas

Los peores momentos que he experimentado no han sido con o por los estudiantes, sino con colegas. Cuando recién gané la plaza de investigadora, le comenté al secretario académico y a la coordinadora de Lengua Francesa que ya no podría dar clases

en Idiomas porque había ganado la plaza y en la Universidad sólo permitían dar diez horas de clases, las cuales ya impartía en la Facultad de Historia. Ella se rio y me dijo que no soñara, que me iba a quedar “como el perro de las dos tortas”. Me volvieron a asignar los grupos a pesar de que ya les había dicho que no podía hacerme cargo.

Recuerdo este hecho con tristeza y créanme que lo he soñado como pesadilla varias veces porque los estudiantes estuvieron esperándome y sin profesor por mucho tiempo, y tanto ella como el secretario me trataron como delincuente porque “me había llegado el cheque y yo no había dado clases”. Me disculpé con las alumnas, di clases como pude, pero fui a ver a la directora y le dije que no podía ir más, que en serio me había ganado la plaza. Esa maestra, coordinadora de la carrera de francés, se encargó de decirle a medio mundo que yo era una corrupta; de verdad que los rumores pesan y más cuando van acompañados de veneno letal, puesto que la secretaría académica de la Universidad le creyó y debieron pasar muchos años para que mi imagen quedara limpia. Les juro que nunca le hice nada y siempre la traté muy bien, pero ignoré las razones de su odio hacia mí.

Una vez, una colega egresada de Idiomas y ya investigadora en la Universidad de Quintana Roo vino a hacer estancia bajo mi acompañamiento. Antes de llegar a mi instituto fue a Idiomas y allí encontró a esta profesora que les comento, quien aprovechó para hablarle cosas horribles de mí. Cuando la colega me platicó, no voy a negar que me dio mucho coraje, pero respiré y le dije “debo ser muy importante para ella para que se tome tanto tiempo hablando de mí”. Mi hermana Edith, ya doctora en Lingüística, argüía que la encontraría en algún congreso o actividad y se las vería con ella, pero yo le dije “no vale la pena ni gastar saliva en ella” y desde entonces no volvemos hablar del tema. Siempre he creído que la gente venenosa no es feliz y por eso necesita escupir su veneno.

Mi seriedad y aislamiento han sido como camuflaje para pasar desapercibida y evitar dificultades con colegas. No obstante, poco me sirvieron, pues al año de haber ingresado como investigadora,

el reciente director del IIE comenzó a hostigarme; primero, insistía en que me cambiara a su Cuerpo Académico y dejara al de la maestra Lyle; hablaba mal de ella y de otra de las colegas -ambas ya fallecidas de cáncer durante la pandemia covid-19-. "Son malas, solo maestras que no merecen respeto, pues no tienen el grado de doctoras. Tú eres doctora, qué haces allí, vente con nosotros que necesitamos a alguien joven para que nos alegre".

Le dije que me quedaría en ese Cuerpo por empatía temática y porque allí me recibieron siendo estudiante y aprendía mucho, especialmente de la maestra Lyle, a quien siempre había admirado. Se molestó mucho, al grado de que no me permitió participar en el programa de productividad académica; convenció al Consejo Técnico de que no me aprobaran mi proyecto de investigación, lo cual me inhibía a participar. Para colmo, una de las miembros del Consejo que era integrante del Cuerpo que dirigía la maestra Lyle votó en mi contra. Esa situación me dejó triste e impotente. Fui a ver a las autoridades del programa de estímulos a la productividad y fue peor, dijeron que no podía participar porque el Consejo sostenía que yo no sabía investigar.

El maestro Gilberto ya no estaba en el IIE, se había ido a la UVI, pero en una llamada telefónica me aconsejaba que me cambiara a otro instituto porque tanto el director como algunos miembros del Consejo Técnico eran malas personas. La maestra Lyle y la maestra Marisela (que en paz descansen) me defendieron, pero la situación se tornaba pesada. A cada rato me mandaba a traer el director para regañarme y me amenazó con restricción de contrato si le contaba a alguien más lo sucedido, pues Alfredo Zavaleta le había reclamado su trato hacia mí. Tanto él como la maestra Lily habían revisado el proyecto que no querían aprobarme.

Hay mucho que contarles que recuerdo y aún siento esas lágrimas que rodaban por mis mejillas, pero para hacerlo más corto les narro que fui a ver al Dr. Emilio Gidi Villareal, representante y defensor de los derechos de los universitarios, quien leyó con cuidado mi proyecto y me dijo que había notoria aversión hacia mi persona, pero que, desde la defensoría, lo único que podía hacer es una

recomendación al director que bien podía atender o hacer caso omiso. Al igual que el maestro Gilberto, me dijo que me cambiara a otro instituto. “Te quedan más de 25 años de trabajo, ¿vas a soportar las cuchilladas de esos cabrones?”, fueron las palabras del maestro Gilberto.

Gidi me ayudó a cambiarme. De manera diplomática, logró que el director del IIE firmara el oficio para que me fuera con la plaza al Instituto de Investigaciones y Estudios Superiores Económicos y Sociales (IIESES), que es mi instituto en el presente. Yo estaba muy triste, el IIESES estaba muy lejos y llegaría con gente desconocida, y mis colegas del Cuerpo Académico estaban igual de tristes. Yo le preguntaba a Dios por qué me sucedía esto a mí si yo trataba siempre de hacer lo correcto. Más tarde supe que la respuesta era que todo cambio es para beneficio. Estaba embarazada y no lo sabía, por ende, más sensible de lo normal, por eso no pude defenderme; además de que no quería, eran ya muchos oficios y maltratos de este personaje soberbio.

En el IIESES sentí temor de que algo parecido me aconteciera. Fui a una comida de navidad y allí me acerqué a dos mujeres que eran Técnicos académicos para estar en su mesa, sin embargo, me dijeron que me retirara porque yo no fumaba ni tomaba. Lo bueno es que hubo colegas que me recibieron bien.

A manera de conclusión

Hay tantas experiencias que contar, lamentablemente tristes, que pasé con colegas, pero quiero centrarme en decir por qué la humildad me ha salvado de la arrogancia. Hubo mucha gente que me quiso dañar; sin embargo, felizmente no guardo rencor en mi corazón y, por tanto, no albergo el mínimo interés de venganza, y yo creo que por eso Dios me ha ayudado y quizás sea eso que llaman karma lo que he percibido.

Les platico algunos ejemplos: Alumnos de doctorado que me evaluaron mal en el programa de estímulos a la productividad con la intención de que quedara en el nivel más bajo, después

me pidieron perdón por haber sido convencidos por maestros de actuar mal contra mí, y yo pude vengarme porque les volví a dar clases, o les hubiera reclamado o regañado, y no lo hice porque mi ética y humildad están bien afianzadas. Y es que me pusieron 1 y 0 de calificación y hablaron mal de mí; incluso el director me pidió explicación de cómo enseñaba porque había quejas de alumnos. Por fortuna, solo fueron dos, justamente tutorados de dos profesores que no simpatizaban conmigo. No me afectaron en el nivelaje porque los demás alumnos me calificaron alto.

Más adelante me asignaron como sinodal de una de esos alumnos, pude no aprobarla, y tanto ella como su directora de tesis pensaron que me podía “desquitar”, porque le solicitaron al líder del Cuerpo académico, y amigo mío, que me pidiera que no tomara represalias, pues ellas se dejaron llevar por uno de los profesores. Actué bajo el principio de ética; la tesis tenía fallas y yo la recibí en mi cubículo para explicarle y hacerle recomendaciones de mejora. La chica estaba sorprendida con mi actuar.

Otro ejemplo es cuando, estando ya en el IIESES, recibí la llamada de una de las maestras de ese departamento que me dijo: “Doctora, Dios es justo, usted recibirá su estímulo porque es perfil deseable y está en las reglas de esta rectoría que en automático los perfiles entran al programa”, después de que el jefe del departamento de productividad no me permitió participar en el programa de estímulos a la productividad académica. Sí pude participar y realicé un proyecto sobre reprobación en matemáticas, aquí tomé el tema que quise porque no me restringían como en el otro instituto; integré a nuevos colegas y ganamos recurso para echarlo a andar. Y también ingresé al Sistema Nacional de Investigadores.

El rector en turno otorgaba reconocimiento a los académicos más destacados y solo unos cuantos lo recibían de su mano, y para mi sorpresa y la de ese director que me hostigó, me llamaron para pasar a recibir mi reconocimiento como una de las mejores académicas por mis logros. Recuerdo a Zavaleta diciéndome “con guante blanco golpeaste”. Para colmo, me llamaron como investigadora del IIE y yo ya era del IIESES, y nadie del IIE fue reconocido entre

esos pocos académicos. Sin embargo, eso no me hizo ser soberbia, siempre me he esforzado en hacer bien el trabajo, manteniendo mi sencillez.

El karma le llegó a ese director que no solo a mí me acosaba, ya que luego lo hizo con la maestra Marisela, con las profesoras de Pedagogía, a quienes les cerró la maestría que abrieron con esfuerzo, mientras fue director del área de humanidades. Ellas se manifestaron con carteles contra él, luego el titular de la Secretaría de Educación de Veracruz escribió en el periódico que este “académico” se dedicara a escribir y no a hacer “investigación de banqueta”. En fin, hay mucho para contar, pero, siendo breve, puedo decir que nunca le guardé rencor, incluso un día lo saludé porque se fue a sentar en mi mesa en un evento en Ciudad de México.

Como este hay muchos ejemplos de colegas que por azares de la vida terminaron reconociendo que no han sido buenas personas conmigo. Yo sigo pidiendo a Dios protección contra este tipo de gente que, desafortunadamente, me encuentro. Actualmente, coordino un doctorado en donde la mayoría de los profesores son hombres y mi liderazgo les ha pesado a algunos; me han contrariado, retado, criticado, pero yo sigo en la lucha porque la coordinación requiere de mucho esfuerzo, tiempo y responsabilidad que no estoy segura de que alguno de ellos quiera asumir. Sobre mi espalda está mantener el doctorado en el Sistema Nacional de Posgrados (SNP) para que los estudiantes tengan beca. He dejado de hacer mis tareas por estar pendiente de los alumnos, pero vale la pena porque me alegra ver que todos estén contentos cuando llegan sus becas, o porque aprenden mucho.

Voy a cerrar con esta reflexión: la generosidad no es solo donar algo material, sino también el compartir tiempo; el tiempo es un valor, así como las energías y el conocimiento. Me restrinjo para darles a otros porque creo que necesitamos vivir en empatía, comprensión y apoyo solidario. Así como la humildad es una virtud que debemos esforzarnos en generar, porque como humanos somos imperfectos, ignorantes ante los enigmas de la vida, el vasto conocimiento y la inexistencia de verdades absoluta, e infecundos ante la enfermedad y la muerte.

ACERCA DE MIS DOS GRANDES PASIONES: LA FILOSOFÍA Y LA DOCENCIA. CORAZA PARA LA RESISTENCIA

Remedios Álvarez Santos ¹

Inicio esta narración situándome en mi infancia, cuando, supongo, estaba destinada a perpetuar el eterno femenino del cual habla Rosario Castellanos: tener esposo, hijos y una cómoda casa administrada por mí, según mi familia; sin embargo, desde niña, supe que eso no era para mí. Así que esta mujer que sabe latín, sin esposo ni hijos, sí ha tenido un buen fin; hasta ahora. Jugué mucho, no me obligaron a hacer labores domésticas, las hacía por mi gusto, y no me inculcaron el hábito del estudio ni de la lectura; de hecho, no tuve un referente que me motivara a hacerlo. Saqué mis estudios sin reprobar, pese a que nadie estaba ahí para que cumpliera con mi responsabilidad como estudiante, pues mi madre siempre trabajó para poder proveer económicamente a la casa. Si tenía dudas en torno a mis tareas, debía resolverlas por mí misma. Fui una alumna por momentos regular, pero cuando decidía que no quería “ser burra”, cambiaba mi estatus al de excelencia; en casi todos los niveles educativos transité de esa manera, excepto en mis estudios profesionales, donde sí me aboqué a estudiar.

Pero quiero aludir a un período significativo cambio durante el bachillerato. Estaba cansada de estudiar, sin embargo, debía tener el certificado de prepa como requisito para hacer los exámenes y poder ser sobrecargo; apliqué en dos ocasiones para ello y, por fortuna, no fui aceptada. Era mi sueño de adolescente. También quería irme a vivir a Estados Unidos; igualmente, por fortuna, no se logró. En retrospectiva, solo quería alejarme de mi estado natal y de mi familia, pues siempre me sentí extranjera ahí. Pero durante

¹ Profesora de la Facultad de Filosofía de la Universidad Veracruzana.

ese mismo periodo -en el tercer semestre de bachillerato-, el primer día de clase de filosofía, el profesor Sedano empezó a hablar de la teoría de la reminiscencia de Platón con tanta pasión, que atrapó por completo mi atención, logrando que mi apatía se disolviera en totalidad. Recuerdo que dijo: “en otra vida, yo fui director de sinfónica”, y actuó como si lo fuera. Sin duda, me prendió del todo y en ese momento me dije: “¡quiero estudiar filosofía!; ¡a ello quiero dedicarme en mi vida!”.

Nunca me acerqué al profesor Sedano, mi *ethos* introvertido me lo impidió. Muchos años después, toqué a la puerta de su casa y, al verme, su expresión fue de extrañeza; quería reconocermme, pero no me hacía en el mundo. Yo, por lo contrario, desde esos días lo llevo en mis recuerdos y en mi corazón. Me presenté y le regalé el primer libro que escribí. Ambos estábamos muy conmovidos. Le expresé lo agradecida que estaba, pues él y la filosofía transformaron mi existencia. Yo, en ese entonces, vivía como una pluma al viento; sin sentido. Paradójicamente, la vacuidad llenaba mi existencia. Mi vida giraba en torno al deseo de obtener bienes materiales, es decir, la banalidad. La filosofía ha sido mi brújula desde entonces, mi perenne amiga, mi consuelo y un bálsamo ante las vicisitudes que he debido sortear.

Pero regreso a aquellos momentos en los que me aventuré para encontrarme de lleno en el mundo de la filosofía. Así, pues, me dispuse a hacer todo el proceso para el examen de admisión. Recuerdo que iba todos los días a comprar el periódico para ver en qué fecha sería el examen, y lo presenté sin ningún contratiempo. Ya hace algún tiempo que rememoré esos eventos y lo que puedo decir es que mi autodeterminación se impuso al hecho de transitar por todo ese proceso completamente sola; en contraste, había grupos de aspirantes que llegaban acompañados por sus padres o amigos que, de igual manera, harían el examen. Largas filas, debajo del recalcitrante sol, que parecían no terminar. Después de ese día, la espera para conocer los resultados se hacía cruenta.

Obvio que en esos momentos no sabía que la matrícula de filosofía era reducida y, por lo mismo, que todo aspirante era aceptado.

No olvido la dicha que me embargó cuando vi mi nombre en la lista. En mi familia no fue un evento relevante, pues solo cinco primos, de muchos que la integran, tienen estudios superiores; nadie más ha estudiado una carrera humanística; de hecho, soy la única en mi pueblo que ha estudiado filosofía y suelen decir: “¡carrera para locos!”; aunque esa concepción no es solamente local. Así, pues, decido trasladarme a una ciudad que no conocía y con unos familiares igual de desconocidos, pero que me acogieron con mucho amor.

La inseguridad me invadía, debido a que creía que mis estudios durante el bachillerato eran deficientes, pese a que egresé con honores (¡debo presumir mis logros!). Ya incorporada en la facultad, comprobé que los contenidos eran muy abstractos, pero cada día me enamoraba más de la filosofía. No importaba el no dormir a causa de la carga académica y la complejidad de la disciplina. Recuerdo que en ocasiones me invadía la frustración al no poder, durante considerable tiempo, comprender un pequeño párrafo, más mi pasión y dedicación lo vencían todo; incluso el malestar por encontrarme en el ambiente poco afable que ya existía en la facultad. Ingresamos 24, la generación más numerosa de la que se tenía registro; egresamos 5, y no éramos precisamente amigos.

Muchos años después, las circunstancias no han cambiado, pues este 2024 ingresaron 38 estudiantes. Como sabemos, las humanidades no se caracterizan por una cantidad cuantiosa de estudiantes en sus filas, esto a nivel mundial y de manera histórica. Lo anterior, constituye un permanente estado de resistencia para que no desaparezcan las *Geisteswissenschaften* (ciencias del espíritu), dentro de un orden cultural marcadamente mercantilista desde siglos atrás. Justamente ahora, aglutinaron a las humanidades y a las ciencias sociales en el nuevo modelo educativo, mismo que lleva por título “La nueva escuela mexicana”. Considero que es muy pronto para poder emitir juicios en cuanto a los resultados, mas no así en cuanto al sinsentido de desaparecer todas las ramas de la filosofía, incluyendo la lógica. Simplemente no se comprende cómo pretenden que las nuevas generaciones se aboquen a la ciencia de la naturaleza sin la base de esta, que es precisamente

la lógica; y qué decir del aspecto ético de los futuros estudiantes de nivel superior. Pero se trata de “innovar”. El desprecio por la filosofía se entendía como ideología de los gobiernos neoliberales, pero se supone que el actual gobierno no lo es. Al parecer, la innovación está motivada por una miopía intelectual.

Pero me detengo en el ambiente inhóspito de la facultad en aquellos años, lo cual no ha cambiado en la actualidad; más bien, se ha exacerbado. Aunque esto será narrado más adelante. Ahora quiero centrarme en mi época de estudiante, donde la matrícula de las cuatro generaciones no llegaba a 30 alumnos. Éramos como islas. Seres inmersos en la reflexión que, prácticamente, no interactuaban entre sí; mucho menos, con la figura de autoridad que representaban los académicos, quienes no esbozaban ni una tenue sonrisa. Eran a lo mucho 7 profesores quienes impartían todos los cursos, así que teníamos que tomar muchas horas de clase con cada uno de ellos. En repetidas ocasiones, cuando solo asistía yo, la clase se impartía en el cubículo del profesor, a veces durante 4 largas horas, viendo esas expresiones adustas. Pero, eso sí, eran profesores muy entregados a la docencia; así hubiese tempestad, asistían siempre. Pero lo ríspido se generaba cuando con sus comentarios ejercían cierta violencia simbólica, es decir, verbal.

En cuanto a la comunidad estudiantil, el individualismo era lo que permeaba, así como la competitividad y cierta envidia; incluso, clasismo. Tengo muy presente que un profesor y un grupo de alumnos adherido a él, afirmaban: “¡Remedios es una burguesita que viene a darse una barnizada de cultura!”. No sé qué los llevaba a sostener tal cosa. La realidad es que mi madre tenía que trabajar doble turno para poder solventar mis estudios. El clasismo y elitismo presente. No fue hasta sexto semestre cuando, de los cinco integrantes del grupo, fui la única que aprobó el examen, que me concedieron el honor de reconocer mi capacidad intelectual. El espacio se tornaba aún más tenso, pues la relación entre dos de los académicos era muy tirante; así que el simple hecho de que uno de ellos nos viera platicando con el otro, era suficiente para que sus rencores se vertieran en el estudiante que osaba hacer ello. Sí, esa

era la facultad de filosofía, pero eso es una pálida de sombra de lo que es hoy, pues las cosas siempre pueden ser peores.

Después de concluir mis estudios de licenciatura, tomé la decisión de trasladarme a la hoy llamada CDMX, para realizar estudios de posgrado. Mi deseo era ingresar a la UNAM, pero en aquel momento estaba en huelga y, después de un año, era incierto cuándo terminaría; así que me di a la tarea de buscar y hallé una maestría en humanidades en la Universidad Anáhuac del norte. Con solo llamar por teléfono para pedir informes, fue suficiente para que el buscador de clientes me contactara casi diariamente. Sin duda, hizo buen trabajo... me inscribí. Fue de lo más fácil entrar al posgrado, pues no solicitaron proyecto de investigación, ni acreditación de idioma en lengua extranjera; es más, ni cartas de recomendación. Debo señalar que no tenía idea que la institución fuera religiosa y, menos aún, de Los legionarios de Cristo; cuando lo supe, ya había pagado algunos meses de colegiatura. Mi tránsito por esos lares fue ambivalente. Por un lado, los cursos llenaban mis expectativas, debido a que los catedráticos eran, casi en su totalidad, profesores de la UNAM; por el otro, el ambiente era denso, dada la superficialidad que caracterizaba a todas las alumnas matriculadas. Sin entrar en muchos detalles, eran esposas o hijas de políticos o empresarios que tenían mucho tiempo libre.

Después de dos años, escribí mi tesis sobre hermenéutica analógica. Tuve el honor de ser dirigida por el creador de dicha propuesta filosófica: el filósofo mexicano Mauricio Beuchot, a quien conocí personalmente en su cubículo del Instituto de Investigaciones Filológicas en la UNAM. Me lo presentó mi entrañable amigo el Dr. René Barffusón, con quien aún me une un gran amor, pese a la situación delicada de salud por la que cursa ya desde hace 6 años. A él lo conocí durante mis estudios de licenciatura. Iniciamos juntos la carrera, pero él se daba de baja temporal y luego retomaba los estudios. Desde los primeros días en la facultad, nos unió un lazo de amistad, hasta ahora inquebrantable. Siempre motivándonos en lo profesional y lo personal ¡Agradezco tanto a la vida por haberlo conocido! Pero regresando a Beuchot, ya lo conocía, pues cuando fui estudiante en la facultad de filosofía, el Dr. Benigno Zilli

lo invitó a participar en eventos. En esa época, era aún más tímida que ahora y nunca me acerqué a platicar con él; tuvieron que pasar muchos años para que se diera la oportunidad de entablar comunicación. Recuerdo que, estando en su cubículo, aquel día en el que me lo presentó mi amigo René, me regaló su libro *Tratado de hermenéutica* analógica, yo le dije que quería hacer mi tesis sobre su propuesta y le entusiasmó saberlo. He de ser sincera, yo no sabía casi nada del tema. Poco tiempo después, lo vi en un evento que se realizó en la Facultad de Filosofía de la Universidad Veracruzana y aproveché para solicitarle que fuera mi director de tesis. Recuerdo que estaba muy nerviosa y esperaba con vehemencia que el gran Mauricio Beuchot aceptara mi propuesta.

Cuando escuché: “¡Acepto encantado!”, casi brinco de felicidad. Podría decir que, desde ese momento, Mauricio se convirtió en un padre putativo para mí. Siempre apoyándome y dándome su incommensurable cariño. En la actualidad, lo llevo en mi corazón y mi mente, sin embargo, me he alejado espacialmente de él. Una de las cosas que he aprendido de Nietzsche, es que un auténtico maestro debe educar para la autonomía, de tal manera que el aprendiz debe alejarse de su mentor como muestra de libertad y autarquía, es decir, de autogobierno.

Durante mis estudios de maestría, conforme transcurría el tiempo, era más pesado poder pagar las mensualidades, por lo que durante el último semestre decidí buscar trabajo. Es así como llegué al senado de la república a trabajar como asistente de un senador del PRD, nacido en Catemaco. Mi madre tenía amistad con un amigo de aquel... sí, ahí se tiene acceso solo por recomendación. Me presenté, hablé con el senador y enseguida me incorporé a las labores. Solo cuatro meses estuve allí, pues lo mío no era ser asistente de un senador. Puedo decir que la experiencia no fue desagradable, pues lejos de lo que se podría pensar, la gente a mi alrededor fue respetuosa. Entre ellas y ellos las relaciones eran tirantes, pero conmigo fueron afables. Sin embargo, decidí partir porque consideré que, en el orden de lo moral, no había mucho que hacer. De manera que tomé la decisión de trabajar en mi tesis de maestría. Durante seis meses me aboqué a investigar y a escribir

sobre mi tema de investigación: ética y hermenéutica analógica. El viaje, de la mano de Mauricio, fue sumamente satisfactorio. Ya con mi título de maestría, en un momento de mucha tristeza al sentir que no estaba haciendo algo útil, es decir, durante una de esas crisis existenciales me pregunté: “¿y ahora qué hago? Siento que debo dar mayor sentido a mi vida”. Una toral cuestión filosófica. En ese momento recordé lo que pensé cuando trabajé en el Senado, eso de que no se podía hacer mucho ahí en el campo de la ética, y me dije: “¡quizá en el ámbito docente sí se puede incidir para transformar existencias!”. Sin más, me presenté en la Universidad del Valle de México, Campus Roma, en la ahora CDMX, para solicitar empleo como docente. Realicé todos los trámites y fui contratada. Esto fue en nivel bachillerato. La experiencia fue muy enriquecedora, aunque en igual proporción agotadora. Eran cuatro grupos con numerosos estudiantes, casi 50 en tres de los cuatro. De aquella etapa, recuerdo algunas anécdotas, mismas que ahora comparto.

Los primeros días de clases fueron pesados, pues me encontré con la típica resistencia de los alumnos al estudiar filosofía. Los comentarios: “¡no le veo la utilidad!”, “¡es muy difícil y no le entiendo nada!”, “¡no me gusta leer!”, “¿por qué debo leer esto si voy a una carrera técnica?” y más. Pasadas unas semanas, la actitud de la comunidad estudiantil cambió, excepto de un alumno que, si bien dejó de ser altanero, quedaba claro que las humanidades no eran para él. Cuando apliqué el primer examen, casi todos reprobaron. Ante ello, estaban sorprendidos. Les pregunté si nunca habían reprobado. En ese momento, comprobé la hipótesis que sostenía al comenzar a trabajar en una escuela privada: ¡los alumnos no reprueban! Ya en el segundo parcial, aprobó casi la totalidad. Fue fácil, eran inteligentes, sabían que, si no estudiaban, simplemente tendrían que repetir el curso. Ya para el tercer mes, se me acercó una alumna, quien me dijo: ¡quiero estudiar filosofía! Realmente me conmovió mucho.

Esta otra experiencia la recuerdo con frecuencia y la relato en mis cursos. Por la tarde, impartía solo un curso en el que estaban matriculados pocos estudiantes. Desde mis inicios como docente,

me desagradó el condicionamiento de pasar lista, por lo que no es algo que acostumbre a hacer, hasta la fecha; considero que solo quien desea ser menos ignorante, se da a la tarea de materializar ese deseo sin coerción alguna. Había un estudiante que no entraba a clases y prefería quedarse a jugar solo en la cancha de basquetbol. Un día, no sé por qué, decidió entrar a clases, estuvo atento, y los días subsecuentes seguía presente en las clases. Recuerdo que estaba explicando la duda metódica de Descartes, cuando el chico, en un tono un tanto seco, aseveró: “yo antes era más feliz, pues no tenía que estarme cuestionando nada, ni dudando si lo que estoy viviendo es parte de un estado de vigilia o de un estado onírico!”.

Realmente no me esperaba que ocurriera algo así. Sentí una grata emoción y respondí: “¡bienvenido al mundo de la filosofía!, gracias a su enorme bondad y belleza, ahora puedes advertir la diferencia que existe entre ese objeto llamado “pelota” y tu propio ser. La pelota no se preocupa por su ser, dado que es un ente, pero tú eres un ente con ser y, como tal, te preguntas y preocupas por tu propia existencia”. En esos meses que la docencia me llamó, la amé, tanto como la sigo amando hoy. Una nueva compañera de viaje, aparte de la filosofía, se sumaba a mi ser-siendo: la docencia. En estos momentos una imagen se presentó a mí: me veo transitando en el mundo, de la mano la filosofía y de la docencia. Sí, hasta el día de hoy, son mi tierra y mi brújula.

Ya para cuando concluí mi investigación de la maestría y presenté el examen, no quise tomar descanso, así que apliqué para ingresar al doctorado en la UNAM. El proceso fue arduo. ¡Hasta ahora sigo pensando que el mundo de la burocracia es tan kafkiano! El suplicio era cada seis meses que me tenía que inscribir. Realmente estudiar el doctorado fue muy satisfactorio, mas no así toda la burocracia que lo circunscribía. Estudiar en la UNAM es algo que aún ahora me llena de orgullo. No fue nada fácil ingresar, por eso valoro tanto ser egresada de esa, mi otra *alma mater*.

Durante mis estudios de doctorado, de nuevo me embargó la vacuidad existencial, pues, aunque el doctorado me producía mucha satisfacción, sentía que debía hacer algo más. Así que

de nuevo la docencia me cobijó entre sus brazos. En esa época, cambié de residencia a Metepec, Edo. de México, debido a la enorme inseguridad en la capital de la república: sufrí cuatro asaltos y un intento de violación. El doctorado era cien por ciento en investigación, ello me permitió trasladarme a otro lugar sin mayor problema, dado que prácticamente solo tenía que ir a la UNAM dos veces al semestre: una para presentar avances ante mi asesor de tesis y mis lectores; la otra, para inscribirme. Ah, un dato relevante que estaba omitiendo... mi querido Beuchot fue parte de mis lectores, pues mi investigación doctoral versó de nuevo sobre la hermenéutica analógica y el lenguaje como retórica en Nietzsche.

Ya instalada en Metepec, bajo la constricción de la tristeza, decidí presentarme en el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Toluca (lo que divide a Metepec de Toluca es una avenida). Llamé a la institución, me agendaron una fecha y presenté mi clase muestra. Debo mencionar que fue muy sencillo ingresar a las filas del Tec. Ahí estuve impartiendo clases el tiempo que duró el doctorado. Pocas clases, pues debía titularme del posgrado en tiempo y forma, así como cumplir con el reglamento de posgrado del entonces Conacyt, lo cual hice. Mi estancia en esa institución fue muy satisfactoria. El ambiente laboral era excelente. Existía una atmósfera de respeto que se agradecía profundamente. Esta era transversal: tocaba lo académico, lo administrativo y el espacio estudiantil. Ese campus se caracteriza por otorgar el 40% de becas, por ello mismo es que la mayoría de los alumnos son muy estudiosos. Son jóvenes que provienen de un estrato social bajo o medio, así que se abocan a estudiar para no perder sus becas. Aunado a ello, era tan reconfortante sentir su calidez. Tan dedicados, responsables y respetuosos... ¡Todo lo que un académico desea!

De mi estancia por el Tec. tengo muy buenos recuerdos. Impartí ética para todas las carreras y semiótica para la licenciatura en comunicaciones. Sin duda, tuve oportunidad de conocer a estudiantes brillantes y con corazón. Recuerdo tres anécdotas en particular. Las dos primeras tienen que ver con la maravillosa

injerencia de la ética en la vida de los estudiantes. los primeros días me ocurrió lo que en la preparatoria: actitudes escépticas y apáticas; conforme transcurrieron las primeras dos semanas ya sus rostros eran otros. Realizaban las lecturas y dialogaban mucho.

Un estudiante al principio me dijo: “¿y esto para qué sirve?”; le respondí: “la vida se trata de hacer cosas que no nos gustan y justo así es como medimos nuestra fortaleza”. Recuerdo perfectamente el rostro del muchacho, pues era el más atento de la clase. En otra ocasión, una estudiante me dijo que sus compañeros de otro grupo la vieron correr por el pasillo y le preguntaron que dónde iba tan apurada y les respondió que a su clase de ética y que ellos se sorprendieron y le dijeron: “¡pero es ética!”. Otra estudiante, al final del semestre, le pregunté qué le había aportado el curso y me respondió que ella antes de tomar el curso tenía como meta ser una profesionista exitosa, pero que su perspectiva había cambiado y que ahora quería ser una persona con calidad humana. Todo ello lo atesoro porque justo eso es: tesoro. Obviamente yo no hice nada, fue la magnificencia de la ética quien los zarandeó y transformó.

Pero también experimenté algunos casos nada gratos: tres estudiantes entregaron trabajos plagiados; al reportarlo, fue muy satisfactorio encontrar el apoyo por parte del director de carrera, pues en ningún momento me trató de disuadir para “apoyar” a los estudiantes. Y es que, en este mundo al revés, quien reprueba a un estudiante “obstaculiza” su desarrollo. Recuerdo que un par de profesoras dijeron que ellas nunca los hubiesen reprobado y les habrían dado otra oportunidad; una de ellas incluso aseveró que les diría a sus alumnos que tuvieran cuidado con mis cursos.

Sí, a la profesora le urgía un curso de ética y de lógica, pues en su argumento incurrió en falacia de énfasis, la cual quedaría así: ¡no plagies en el curso de Remedios, pero en los otros sí! Pobre mujer. Aquellos sucesos tenían mucha relevancia en la vida académica de los estudiantes, pues el reglamento de la institución estipulaba que una falta de probidad como el plagio debía quedar asentada en su certificado de estudios; ello, obviamente, tenía implicaciones serias en su futuro campo laboral, por ese motivo es que el profesor debía

tocarse el corazón para “no perjudicar” al estudiante. Sin duda, no se tiene idea de lo que es la *praxis* de la ética. Existe un reglamento creado para el buen funcionamiento de una institución, pero, lo de siempre, este solo queda en papel.

Recuerdo con tanto cariño a muchos estudiantes de esa institución. He de mencionar que siempre me sentí conflictuada al impartir clases en instituciones de educación privada, pues considero que es una desgracia que se lucre con la educación. Sabemos que es un derecho humano y al obtener usufructo por cultivarse, se corrompe el fin intrínsecamente bueno de la educación. Mercantilizar la educación es precisamente un antivalor; equivale a colocarla al mismo nivel de los objetos que se compran y venden, convirtiéndose en un superfluo medio. El valor se devalúa, pues se confunde con el vulgar precio. Así que cuando concluí el doctorado, decidí dejar de laborar en el Tec. y tomé la decisión de regresar a mi amada facultad de filosofía en mi amada Xalapa. Sentía una profunda necesidad de dialogar entre pares... ¡No tenía idea de lo que viviría!

Me incorporé a la Facultad de Filosofía de la Universidad Veracruzana en agosto de 2010, y en esa misma fecha inicié una estancia posdoctoral en el Instituto de Filosofía de la Universidad Veracruzana. Digamos que mi transitar por mi *Alma mater*, ahora ya como docente e investigadora, se ha caracterizado por claroscuros; momentos de mucho desconsuelo y otros de mucho consuelo. ¿Y qué es lo que me ha permitido mantenerme erguida? Una vez más, la filosofía. Esa perenne amiga que me ha ayudado a amar y a tener esperanza. A resistir ante el poder que contamina a nuestras instituciones educativas, pues, como asevera Derrida, ese es el peligro que la acecha y ante el cual debemos, como comunidad universitaria, resistir. En su libro *Universidad sin condición*, afirma que las humanidades y, principalmente la filosofía, tienen el compromiso de construir esa universidad que no esté condicionada por factores que la destruyan. Una universidad en la cual la parresia sea una práctica regular y que ello no sea motivo de marginación y exclusión.

Sabemos que esa universidad no existe, pero precisamente quienes pertenecemos a las humanidades tenemos la obligación de construir. Celebro el optimismo de Derrida, de hecho, acabo de señalar que la esperanza es un sentimiento que me acompaña y me motiva para imaginar una política del futuro, una educación del futuro, unos filósofos y filósofas del futuro, que se mantengan impasibles ante la seducción del poder, del éxito y de cualquier banalidad o vulgaridad. Pero mi optimismo no es ramplón, pues me sitúo en el aquí y ahora, y ese contexto es muy inhóspito. La práctica de la *parresia* tiene implicaciones muy desfavorables, al grado de condenar al exilio académico a quien se atreva a decir la verdad. Es cierto que ello no es privativo de nuestra época, sabemos que la marginación es un castigo impuesto a quien ose dudar, escudriñar y objetar toda verdad impuesta.

Ahora bien, no es nada alentador que las humanidades se encuentren aletargadas y anquilosadas en la misma inercia del *laissez faire, laissez passer* (dejar hacer, deja pasar) propio del liberalismo. Ideología exacerbada en la continuación de aquel: el neoliberalismo. La salvaje competencia y el culto al nuevo dios: el dinero, han contaminado a nuestras instituciones educativas, y ello ha generado espacios donde la violencia es una constante. Violencia que, por cierto, cada día se normaliza a unos niveles dramáticos e inverosímiles. La corrupción y la impunidad como constantes en nuestro país permean en nuestra cotidianidad sin eximir ningunos de nuestros espacios más vitales.

En páginas anteriores, aludí al periodo en el que laboré en el Senado de la República y dejé ver cómo me resultó mucho menos inhóspito ese entorno que el educativo. En efecto, el espacio en el cual estamos para edificarnos y edificar, para formar y formarnos, está muy contaminado por poderes que la corrompen. Quien lea estas páginas y pertenezca al ámbito educativo sabrá perfectamente que no estoy hipostasiando; no sería tan dramático si ello fuera así. El darwinismo social con sus fauces parece engullir lo que a su paso encuentra. Los cotos de poder, equivalentes a cerberos postrados en el panóptico, se encargan de vigilar y castigar. Todo tiene que ser legitimado, o no, por dicho poder. Cualquier conducta,

lenguaje, y hasta pensamiento, no habitual, despierta sospecha y, por lo mismo, debe ser erradicado. La norma así lo exige. Hay un orden natural que no puede ser socavado. Duele escribir esto. Duele ver cómo nuestras instituciones educativas se han convertido en incubadoras de cuerpos dóciles. Exangües. Dicho lo anterior, y, sin ser políticamente correcta, de manera escueta diré que por ser blanco de violencia institucional tuve que interponer una queja en la CEDH en 2017.

Casi 4 años de investigación debieron transcurrir para que la comisión emitiera una recomendación a la Universidad Veracruzana. La entonces rectora, aceptó ofrecerme disculpas públicas, mismas que fueron clara expresión de violencia en mi contra. Por ello me inconformé y entonces la queja fue remitida a la CNDH. Un año después esta ratificó lo investigado por la CEDH. En esta segunda ocasión, la recomendación fue aceptada por el actual rector, quien, en apego al protocolo, me ofreció disculpas públicas. He de señalar que, si bien las agresiones han cesado, la Universidad Veracruzana ha procedido de una manera nada halagüeña, pues no sancionó a mis agresores y agresoras, dejando el mensaje a la comunidad universitaria de que todo aquel o aquella que violente a una académica, no recibirá sanción alguna, con lo cual se cumple la máxima: jejerzo violencia simplemente porque quiero, puedo y porque sé que las autoridades serán omisas!

Pese a todo lo anterior, en el derrotero llamado docencia, he encontrado personas maravillosas que han coadyuvado a que yo siga creyendo en la humanidad y en mi quehacer. Soy infinitamente afortunada de transitar de la mano de la filosofía y de la docencia... mis pasiones. No hay día que no agradezca el haber sido encontrada y rescatada por ellas. Sé que mi ser daría de tumbos si no me cobijaran con tanto amor. Y precisamente con amor es como debo retribuirles. Es un imperativo.

Hallarme en el salón de clases y observar el rostro de sorpresa de los estudiantes es algo inconmensurable. Sentir su calidez y el placer que se genera en el diálogo y en la gestación de sus propias ideas, no tiene parangón. Ellas y ellos impiden el solipsismo

acechante; así como cualquier atisbo de escepticismo. Gracias a ello, se impone la esperanza para pensar que las cosas pueden ser de otra manera. Sin ella, sin la esperanza, no podría caminar erguida y sonreír. ¡Sí, sonreír, a pesar de...!

UNA MAESTRA EN EL COCO

Rocío Anthinea Cortés Díaz ¹

Soy Rocío Anthinea Cortés Díaz, docente del Centro Regional de Educación Normal, CREN de Iguala Gro. Estoy cumpliendo 40 años de ser docente. Siempre he dicho y seguiré diciendo que yo nací para ser maestra, tengo en mis venas sangre de maestra, cuando nací, mi mamá, sin duda alguna, una extraordinaria maestra, daba clases en una Escuela Primaria, y por coincidencia nací un 16 de mayo, precisamente al otro día del día del maestro.

Al cumplir 3 años, me fui con mi mamá a su nueva escuela, por cierto, aun lo recuerdo, la escuela de mamá era muy grande, era una Escuela Normal, ubicada en el Mexe, Hidalgo; pronto nos fuimos a otra Escuela Normal Rural de Tamazulapan, Oaxaca. Y cuando yo cursaba el tercer grado de primaria, cambiaron a mamá a trabajar al CREN de Iguala, Gro., precisamente, la Escuela Normal donde estudié para formarme como maestra y donde trabajo actualmente.

La vida me llevó a ser maestra a “El Coco”, una hermosa comunidad rural del municipio de Puente de Ixtla del Estado de Morelos. Ahí conocí a las niñas y niños que me esperaban para aprender la ciencia, niños que me necesitaban para que les enseñara a leer y a escribir, a sumar, restar y multiplicar, y sí, todo lo que marcaban los programas de estudio lo aprendieron. Sin embargo, atravesamos las fronteras del saber y lograron impregnarse de la ciencia, los valores, las habilidades y destrezas para convertirse en los niños y niñas que siempre quise tener como alumnos míos.

¹ Maestra del Centro Regional de Educación Normal. CREN de Iguala, Gro.

Ni el bullicio de la gente, ni el pasar de los años, nada, absolutamente nada, logrará que yo te olvide mi amada Escuela “Juan F. Corzo”. En una pequeña comunidad rural llamada “El Coco” Municipio de Puente de Ixtla, Morelos, se encuentra la Escuela Primaria Rural Multigrado “Juan F. Corzo”. “Las escuelas multigrado son aquellas en las que niños de diferentes edades o grados aprenden juntos, están organizadas de tal forma que el conocimiento se construye de manera integral y no por asignaturas” (Rosas 2018, 48). Sin duda alguna, yo, una joven maestra, en aquel entonces, viví experiencias educativas formidables, todas impregnadas de amor. Ahí, en esa primaria fui la maestra durante ocho maravillosos años.

Antes de llegar a trabajar a “El Coco”, había trabajado en una escuela primaria urbana en Tlalnepantla, Estado de México; un lugar con un clima muy frío, por lo que tenía que usar abrigo, zapatos cerrados, botas de tacón, guantes y bufanda. Los medios de transporte para llegar eran el metro y las peseras. Por el contrario, “El Coco” es un pequeño pueblo con un clima tan agradable como agradable es su gente; así que, para poder llegar al lugar, tuve primero que guardar mi ropa del frío, mi ropa de ciudad, y prepararme para conocer mi nueva escuela ubicada en una comunidad rural, en la que, para llegar, tenía que caminar; ya no más metro como medio de transporte.

Un día antes de mi llegada a la comunidad “El Coco”, busqué a quien sería mi director, un hombre guapo, por cierto, con un buen humor para tratar a toda la gente; me dijo que, al otro día, temprano nos veíamos en la parada del transporte para irnos a la primaria. Me anticipó que los niños estaban ansiosos de conocerme, ese comentario me alegró la vida. Efectivamente, muy temprano, nos fuimos al pueblo en la combi que viaja de Puente de Ixtla a Tehuixtla y en la carretera a la mitad del camino, el maestro director pidió la parada, nos bajamos y fue ahí donde inició mi caminar entre el campo lleno de flores. Qué sensación tan hermosa caminar a la orilla del río, sintiendo cada mañana la brisa matutina que salía del mismo como un manto de seda transparente y tocaba mi cara para cubrirla con la belleza natural que brotaba de las aguas danzarinas con movimientos cadenciosos y apresurados; como si sintieran que se acercaba la hora de llegar a la escuela.

Todos los días, los niños que vivían por ahí, donde me bajaba de la combi, esperaban mi llegada para irnos camino a la escuela juntos. Éramos muy felices, las niñas cortaban flores amarillas, y me las iban regalando, yo las recibía en mis manos, como estas fueran unos floreros. Me dijeron que las flores amarillas, eran de una planta llamada Acahual y otras de una planta llamada Tepechicle. En cambio, los niños iban a mi lado cuidando que no me fuera a resbalar con el lodo que había en la vereda por la brisa que alcanzaba a llegar del río.

No olvido que, al ir caminando también íbamos cantando algo así: “Estoy contenta, yo no sé qué es lo que siento, voy cantando como el río, como el viento, me gusta cantar, no puedo explicar que es lo que siento, que reviento por las ganas de cantar”. Como era la hora en que comenzaba a salir el sol, también cantábamos algo así: “Hoy todo me parece más bonito, hoy canto más alegre mi Señor, y siento la canción del arroyito y siento cómo brilla más el sol”. No sé de dónde saqué esas canciones, tampoco sé su nombre, nunca las había cantado, creo las saqué de la nada. Cantábamos muy fuerte, nos acompañábamos con el trinar de las aves y llegué a pensar que nos escuchaban las mariposas porque lográbamos verlas bailar al ritmo de nuestras melodiosas voces. Aclaro que, antes de llegar a “El Coco”, yo nunca había cantado.

Mis días como maestra en la escuela “Juan F. Corzo” de esta comunidad fueron siempre llenos de felicidad. Éramos tres maestros, Hugo que era el director y el maestro de cuarto y quinto grado; Jaime que era el maestro de segundo y tercer grado y yo, la única maestra mujer en la escuela. Yo me encargaba de ser la maestra de primero y sexto grado. Por ello, me vi en la necesidad de diseñar actividades para desarrollarlas precisamente en la escuela primaria multigrado. Al respecto, Leyva menciona que: “En las escuelas multigrado el entorno condiciona las actividades que puede realizar el docente con sus alumnos. El maestro debe limitar los recursos físicos y materiales que requieren las actividades” (2018, 53). Si bien la primaria “Juan F. Corzo” es una escuela con muchas necesidades, con muchas carencias, no me quejo porque, físicamente, es una escuela pequeña, con flores y árboles frutales,

pero sobre todo es una escuelita con su gente maravillosa que siempre brinda una amistad sincera.

El trabajar en la comunidad de El Coco fue una gran experiencia. Yo era la maestra, pero también llegué a ser la conserje, la amiga de todos los niños y madres de familia de la comunidad. Aprendí a dar clases a dos grupos al mismo tiempo, aprendí a ser maestra de unos niños que no tenían los recursos económicos para comprar sus útiles escolares, pero sobre todo aprendí que el cariño sincero de un alumno lo encuentras en esos lugares donde verdaderamente la patria te necesita, en una escuela de una comunidad de muy escasos recursos, pero con un gran valor social. Sin duda alguna, en “El Coco”, fui muy feliz.

Cuando llegué a la primaria, tuve la sensación de que a esa escuela le faltaba yo. Le dije al director que me iba a auto comisionar en algunas cosas y él aceptó. Así que, a partir del primer día en la “Juan F. Corzo”, me encargué de organizar la limpieza de toda la escuela, de mantener los jardines con flores, de que se hiciera el periódico mural, de la guardia para tener orden en la hora de llegada, el recreo y en la hora de salida de los alumnos. Es más, me tuve que encargar de la puntualidad, pues la campana de entrada no se utilizaba antes de que yo llegara a trabajar ahí. Todos pensaban que la campana era solo un adorno de la escuela y me costó trabajo acostumbrar a todos los niños sobre que, a las 8 de la mañana en punto, que tocaba la campana, también cerraba la puerta de la entrada de la escuela, y a eso, le llamábamos puntualidad. Lo logré y a eso yo le llamaba felicidad.

Al volver un día, de unas vacaciones, nos encontramos con la sorpresa que la vereda que conectaba la carretera con el pueblo la estaban haciendo carreta de terracería. Justo en el momento de comenzar nuestra caminata, entró una máquina amarilla y el señor que la manejaba nos gritó muy fuerte: “Les echo raid profes”, ese grito, no lo olvido, me subí como pude a la maquinaria, que por cierto no tenía asientos y mis otros dos compañeros profes se subieron colgados en la parte de atrás de la máquina. Mis compañeros decían que ese día nos parecimos a unos changuitos colgados,

pero, en realidad, nos veíamos como todos unos agentes del saber que llevábamos volando los conocimientos. Recuerdo muy bien, y no se borra de mi mente, la imagen de cómo extendíamos los brazos para sentir la libertad de ir viajando en un transporte que de la nada nos había llegado.

En muy poco tiempo fui guardando a todos mis alumnos de la comunidad en mi corazón, y sí, aquí siguen, muy, muy adentro de mi corazón. ¿Cómo olvidar a Yenderina? que, para poder aprender a leer, me pedía que le diera un zoquete, - “¿qué es un zoquete?”, le preguntaba yo, - “pues que me pegue en la cabeza me insistía”, y aprendimos que para que pudiera leer le tendría que pegar en la cabeza, pero pegarle mis caricias. Y en varias ocasiones pegarle hasta mis labios; qué delicia la mía, pegar mis labios en esos cabellitos desgreñados de mi Yenderina, ¿El resultado? Simplemente fue que sí aprendió a leer.

Willy y Ñoño, dos niños traviesos que, en menos de una semana, lograron entrar en mi corazón. No puedo negarlo, me conquistaron con ciruelas y, cada día en la hora del recreo, se trepaban en los ciruelos del patio de la escuela para cortar mi regalo; Ñoño me regalaba ciruelas rojas, Willy, ciruelas amarillas e hicimos un trato: yo les recibiría el regalo a cambio de su buen comportamiento en las clases y su cumplimiento en las tareas escolares. Ellos lo aceptaron y puedo afirmar que las ciruelas además de tener un sabor delicioso también ayudan a las maestras en la educación de sus alumnos.

A cada uno de mis alumnos los tengo presentes en mi mente y en mi corazón: Chato, Marisol, Viridiana Joel, Pedro, Delia, Luis, Elmer, Adela, Benito, Abigail, Berenice, Sergio, Eduardo, Willy, Ñoño, Yenderina, por nombrar algunos. Vivimos días encantadores, nos atrevíamos a ir a participar en concursos de entonación del Himno Nacional Mexicano, de danzas regionales, de bailes con la cuerda, y también concursos de conocimientos. Por ser la primaria “Juan F. Corzo” una escuela multigrado, además muy pequeña, realmente no teníamos muchas posibilidades de obtener los primeros lugares, pero siempre regresábamos a nuestra primaria con la felicidad de haber participado y, sobre todo, de haber ido a pasear.

Recuerdo una ocasión en la que, al finalizar el concurso de Entonación del Himno Nacional, uno de los maestros del jurado, les explicó a mis alumnos que no habíamos ganado porque nos faltó el matiz. De inmediato mi alumno Chato puso sus manitas en la cabeza y exclama: - “Es verdad, no nos trajimos el matiz, ya me acordé, lo dejamos en el patio de la escuela”. El maestro del jurado soltó a reír al ver la espontaneidad y seguridad con la que habló Chato y nos dijo que, para el siguiente concurso, no olvidáramos el matiz. “El matiz musical expresa los distintos grados intensidad con la que se debe abordar una obra musical” (Gutiérrez s.f.). y seguramente sacaríamos uno de los primeros lugares. Con esa consigna, regresamos felices a nuestra escuela primaria.

El día 10 de mayo se acercaba. - “A preparar el programa” dijo el director. ¿Cómo hacer bailar a esas pequeñinas? Pues, se logró, puse en escena la danza titulada “Xochipitxahuatl”, un baile en el que participan puras mujeres y requiere el uso de listones de colores, pasar una danzante por delante y por atrás de las demás danzantes para formar una estrella multicolor. Mis niñas se sentían unas verdaderas bailarinas y, en realidad, sí lo fueron. Con sus huipiles color fucsia con azul celeste se veían como unas flores danzarinas revoloteando en el patio escolar festejando a mamá. También hubo canto y poesía, tuve la oportunidad de poner en escena una poesía titulada “Madre del hombre” de la poetisa guerrerense Catalina Pastrana, y en la parte musical no pudo faltar Denise de Kalafe con su tan conocida canción “Señora, señora” que, por cierto, en aquel año, estaba muy de moda.

Al ejercer como maestra en “El Coco”, tuve que accionar verbos que en mi escuela de trabajo anterior no los había utilizado; acciones como: brincar la cuerda, atrapar mariposas, cortar ciruelas y huamúchiles, arrancar de la tierra rábanos, hacer patitos con piedras en el río, pero el que me costó trabajo, mucho trabajo, confieso, es el verbo despiojar o espulgar que era lo mismo. En poco tiempo, me alié con las madres de familia y me hice experta en eso de quitar liendres y piojitos de la cabecita de mis alumnos, afortunadamente yo nunca me empiojé.

Algo que aprendí de los niños de sexto grado fue a darle significado y un buen uso a lo que yo enseñaba y ellos aprendían. Tendría que trabajar con aprendizajes significativos para ellos. David Ausbel aborda en la Teoría del aprendizaje significativo que el niño debe utilizar y dar significado a lo que aprende. Rodríguez Palmero afirma que: “El aprendizaje significativo es el proceso según el cual se relaciona un nuevo conocimiento o una nueva información con la estructura cognitiva de la persona que aprende de forma no arbitraria y sustantiva o no literal” (Rodríguez 2010, 11). Así que, no quedaba de otra, más que lograr aprendizajes significativos en cada una de mis clases.

Un día llegué al grupo conformado por quinto y sexto grado y les dije: “hoy aprenderemos los nombres y características de los planetas”, y al unísono me dijeron: “¿y, *pa’qué?*”. Muy cierto, ¿*pa’qué* les serviría aprender ese tema? Confieso que no supe qué responder, y la misma pregunta con los temas de: sujeto y predicado, adverbios, tiempos verbales tan complicados como el pluscuamperfecto, la raíz cuadrada, multiplicaciones y divisiones de quebrados, la geografía en el continente Euroasiático Africano... ¿*pa’qué?*, ¡Oh, Dios! yo también me cuestionaba ¿y *pa’qué* les servía lo que yo les tenía que enseñar?

En mis clases, tuve que dosificar contenidos, “la dosificación de contenidos es crucial, para poder planear adecuadamente el proceso de enseñanza-aprendizaje, considerando los objetivos educativos” (Ediintec 2021) en aquel entonces les llamaban temas y así pues, una vez que hacía la dosificación de los contenidos del programa, les enseñaba temas que les servirían a contar, a reflexionar, a ser limpios, a poder ayudar en su casa, a entender lo que leían y sobre todo, les enseñé a vivir. Confieso que en ese enseñar a vivir, aprendí a vivir junto con ellos en un mundo maravilloso como solo en “El Coco” se vive. Ahí disfruté de los niños que, muchas veces, en lugar de decirme maestra, me decían mamá; ahí disfruté al máximo de la naturaleza. En fin, ahí me enamoré, encontré el amor. A partir de entonces, mi vida la divido como antes y después de mi estancia en “El Coco”.

El trabajar en esa comunidad me permitió enseñar a leer y escribir, a sumar, restar, multiplicar y dividir a los niños de ocho generaciones. Durante los ocho años que fui maestra en la primaria “Juan F Corzo”, en lo personal, aprendí a dar clases a niños de primero y sexto grado al mismo tiempo, aprendí a dosificar contenidos, a planear y trabajar en una escuela multigrado y, sobre todo, aprendí a vivir en la sencillez de un contexto de una comunidad rural con gente maravillosa, como solo en “El Coco” pude encontrar. Y sin duda alguna, juntos, mis alumnos y yo, aprendimos a vivir la vida, tomados de la mano de los conocimientos escolares, en fin, aprendimos a ser felices.

Ha pasado mucho tiempo que dejé de trabajar en la primaria “Juan F. Corzo” y, por ninguna razón, podría vivir sin recordar esos maravillosos años de mi vida. Después de 30 años de haber dejado “El Coco”, he vuelto a la primaria y encuentro una escuela físicamente cambiada, pero igual de bonita que cuando la dejé; la campana de la entrada sigue en el mismo lugar. Al verla, recordé la primera vez que la toqué; mis alumnos han crecido y todos son ahora unas personas de bien. Yo siento que ser maestra en la primaria “Juan F. Corzo” fue parte esencial de mi vida docente. Soy feliz de haber sido una maestra en “El Coco”.

Ahora, soy maestra en la Licenciatura en Educación Normal, (CREN) de Iguala Gro. Imparto clases a jóvenes que, al egresar, se van a trabajar a una escuela primaria a diferentes lugares de la República Mexicana. Algunos, a escuelas primarias de organización completa ubicadas en un medio urbano; otros se van al medio rural a ser el maestro o la maestra de una Escuela Rural Multigrado como lo fui yo: “una maestra en “El Coco”.

Reflexiones finales

Una maestra en el Coco es una parte maravillosa de mi vida profesional. Me encontré con la felicidad al ser maestra en una escuela primaria rural multigrado en una comunidad rural en la que, para llegar cada día a dar las clases, tenía que caminar al no haber otra forma de llegar. Solo mis pasos al andar eran los que iban haciendo camino en mi vereda profesional. Lograr que mis alumnos aprendieran cada día algo nuevo fue mi reto diario. Todas las tardes, al estar preparando mis clases para el siguiente día, pasaban por mi mente todas esas caritas de los estudiantes de la Escuela Primaria Rural “Juan F. Corzo” y me preguntaba ¿Qué deben aprender mañana mis alumnos? ¿Para qué les servirá lo que aprendan? ¿Cómo lograr en mis estudiantes un aprendizaje significativo? Estas y muchas preguntas más que me hacía, las tenía que contestar yo misma.

El ser una maestra rural me permitió crecer enormemente como una docente de esas que México necesita. Siempre tuve bien claro en mi mente que yo tenía en mis manos a la niñez que representaba el futuro de nuestro país. Tengo la gran satisfacción de haber puesto mi granito de arena en una comunidad rural, pues enseñé a leer y a escribir a muchos niños, les enseñé también a vivir la vida de una forma honesta, positiva y, sobre todo, feliz.

Ahora que soy maestra en una escuela normal formadora de docentes, en el Centro Regional de Educación Normal CREN de Iguala, Gro. Así que, ahora, me corresponde preparar a los futuros maestros de México, para que logren alcanzar a desarrollar todos los rasgos del perfil de egreso y tengan las habilidades para ser los maestros que las escuelas primarias en cualquier lugar del país requieren. Preparar a los estudiantes normalistas para ser los mejores maestros o maestras de México es mi compromiso actual; tengo que prepararlos para que sean como la maestra feliz que fui al ser “Una maestra en “El Coco”.

TRAVESÍA DE TRANSFORMACIÓN: MI CAMINO EN LA EDUCACIÓN

Fabiola Eleonora Muñoz Reyes ¹

Nací el 19 de mayo de 1981 en la vibrante ciudad de Veracruz, Ver., un lugar cuyas raíces y tradiciones han impregnado cada fibra de mi existencia. Soy hija de Roberto Muñoz Silva, oriundo de la hermosa Orizaba, y de Margarita Muñoz Reyes, proveniente del mismo Veracruz que me vio nacer. Mi vida se ha enriquecido al crecer en una familia numerosa y diversa, siendo la menor de siete hermanos. Mis hermanos mayores, Juana Margarita, Gloria Esther, Marco Antonio, Diego de Jesús y Luz Iris llevan el apellido Campos Reyes, una mezcla de los apellidos de nuestros padres que simboliza la unión de nuestras historias familiares. Sin embargo, Vanessa Monserrat, mi hermana gemela, y yo compartimos un lazo aún más especial, ya que ambas llevamos el apellido Muñoz Reyes. Esta distinción en nuestros apellidos no hace sino resaltar la riqueza de nuestro legado familiar. Crecer en esta gran familia, entre la unión y la diversidad de Veracruz, me ha enseñado el valor de la unidad, la riqueza de nuestras diferencias y el profundo amor que nos une.

Desde mi infancia, siempre fui conocida por mi alegría, mi tendencia a reír y mi extroversión, cualidades que definitivamente influenciaron mi interacción con el entorno. La mayoría de mis juegos consistían en dar clases, revisar documentos y organizar biografías, entre otras actividades similares. Afirmaba querer ser maestra, aunque no estoy segura de decirlo con plena conciencia o simplemente por decir algo.

¹ Docente de telesecundaria con funciones de ATP y Doctorante en Educación del CEVECP

Toda mi formación académica, desde el preescolar hasta la maestría, transcurrió en el Puerto de Veracruz, un escenario que no solo me brindó conocimientos, sino también una vasta gama de experiencias que moldearon mi carácter y mi visión de la vida. Desde los primeros pasos fuera del umbral del bachillerato, la vida me había preparado un camino repleto de desafíos y enseñanzas valiosas. La determinación y la persistencia se convirtieron en mis compañeras fieles cuando, al no quedar en la Universidad Veracruzana en la carrera de Pedagogía, opté por una ruta alternativa que me llevaría a realizar mi sueño de contribuir a la educación. Con el apoyo inquebrantable de mi abuelita (vivía en esa época con ella), encontré mi camino en la “Normal Superior para Cursos Intensivos en Veracruz”, donde me embarqué en la aventura de formarme como Licenciada en Educación Secundaria con especialidad en Historia.

El viaje no fue fácil. Las mañanas eran maratones de trabajo para financiar mis estudios de tarde. Entre la venta de dulces a mis compañeros y zapatos, cada día era una carrera contra el tiempo, un desafío que abordaba con fervor y dedicación. A pesar de las dificultades, siempre mantuve buenas calificaciones, aunque el agotamiento del último año amenazó con desviar mi curso. La determinación de graduarme y cumplir mi vocación de ser maestra, junto con el deseo de hacer feliz a mi madre y abuelita, me mantuvieron firme en mi camino y pude graduarme. De entre siete hermanos, fui la primera en obtener un título universitario, un logro no solo personal sino familiar. Ver la alegría y el orgullo en los ojos de ellas, quienes deseaban compartir esta noticia con el mundo, fue uno de los momentos más gratificantes de mi vida. Su felicidad era un reflejo del esfuerzo, sacrificio y apoyo de toda mi familia, y me reafirmó en la creencia de que todos los desafíos y obstáculos enfrentados valían la pena.

Conseguir una plaza como docente representó el siguiente gran desafío. Sin conexiones familiares en la educación ni medios económicos para influir en mi destino, dependía únicamente de mi esfuerzo y la fe en un sistema que a menudo parecía inalcanzable. Sin embargo, la perseverancia y un golpe de suerte me llevaron a

obtener una oportunidad como maestra de un kínder particular y aunque no se alineaba perfectamente con mi perfil, me abrió las puertas a la experiencia docente. Esta etapa inicial me enseñó sobre la adaptabilidad y el valor de aceptar oportunidades, incluso cuando no se ajustan exactamente a nuestros planes.

Después de dos años, decidí renunciar a mi puesto en el kínder porque no era realmente lo mío y decidí aplicar en la empresa Yakult como Auxiliar Administrativo en busca de un mejor salario. Fue en este contexto donde proclamé antes mis jefes con fe que solo dejaría mi puesto en Yakult si el gobierno me «regalaba» una plaza de telesecundaria, un evento que veía como altamente improbable dada la naturaleza competitiva y las dificultades inherentes al sistema. Esta declaración no era meramente una expresión de deseo, sino un testimonio de mi fe y resiliencia, un reconocimiento de que, a pesar de los obstáculos, me mantenía firme en mi propósito de servir como educadora.

El momento de inflexión llegó cuando, animada por una amiga y con el apoyo de mi familia, decidí participar en la convocatoria del gobierno para plazas docentes. A pesar de mis reservas y escepticismo sobre el proceso, me embarqué en esta etapa con la determinación que había caracterizado mi recorrido. La inscripción, llena de ansiedad y contratiempos técnicos, y el viaje hacia el examen, marcado por la incertidumbre y la prisa, fueron solo el preludio de la prueba más significativa de mi fe y esfuerzo.

Al ver mi nombre entre los seleccionados, se confirmó mi creencia y la declaración audaz que había hecho: el gobierno, en efecto, me «regaló» una plaza de telesecundaria. Sin embargo, lejos de ser un regalo no merecido, este logro fue el fruto de mi persistencia, dedicación y las habilidades y capacidades que había desarrollado a lo largo de los años. Este marco no solo simbolizaba un triunfo personal sino también la materialización de mi sueño de contribuir significativamente a la educación.

Mi primera asignación se dio en enero del 2008, en el Valle de Uxpanapa, un lugar remoto y desprovisto de lujos modernos

como el internet, pero rico en calidez humana y solidaridad, marcó el comienzo de mi verdadera formación como educadora. La escuela era la Telesecundaria “Gustavo Díaz Ordaz” ubicada en la comunidad de La Horqueta. Esta fue una de las etapas más formativas y reveladoras de mi carrera. Al llegar, me encontré con un ambiente que, aunque carecía de ciertas comodidades, estaba lleno de calidez humana y solidaridad comunitaria. La bienvenida que recibí fue algo que jamás olvidaré.

La comunidad, consciente de que llegaba sin sueldo debido a los retrasos burocráticos habituales en esos años, se organizó para asegurar que no me faltara alimento. Los padres de familia, en asamblea, decidieron turnarse para proporcionarme desayuno, comida y cena. Recuerdo mi primer desayuno con especial cariño: un humilde pero delicioso plato de frijoles de la olla, tortillas y un trozo de queso. Buscando algo más sustancioso y no encontrándolo, inicialmente sentí frustración, pero al probar aquellos frijoles, experimenté uno de los sabores más exquisitos de mi vida. En ese momento, mi corazón se llenó de gratitud y pedí perdón internamente por mi inicial ingratitud, dándome cuenta de que esos padres me estaban ofreciendo lo mejor que tenían. Esta experiencia me enseñó sobre la humildad, la gratitud y el valor inmenso de la comunidad.

Al inicio de mi jornada en la comunidad de La Horqueta, mi enfoque pedagógico estaba en gran medida moldeado por las tradiciones y los modelos educativos que tanto había experimentado en mi formación estudiantil. En esos días, mi enseñanza se inclinaba más hacia métodos convencionales, en los que el maestro desempeñaba el rol central en el aula, dirigiendo el aprendizaje y proporcionando el conocimiento desde una posición de autoridad.

Esta aproximación inicial estaba marcada por un énfasis en la memorización y la reproducción de información, con una estructura de clases que priorizaba la transmisión de contenidos académicos sobre la participación activa de los estudiantes. En este contexto, las evaluaciones se basaban principalmente en pruebas escritas que medían la capacidad de los estudiantes para recordar y recitar

lo que se había enseñado, más que su comprensión profunda de los temas o su capacidad para aplicar el conocimiento de manera crítica.

A pesar de seguir estos métodos tradicionales al principio, rápidamente comencé a observar las limitaciones de un enfoque tan unidireccional y la necesidad de adaptar mi enseñanza a las realidades y necesidades específicas de mis estudiantes. Me di cuenta de que, para hacer una diferencia significativa en su aprendizaje y desarrollo, necesitaba ir más allá de los esquemas establecidos y explorar estrategias pedagógicas que fomentaran un aprendizaje más activo, crítico y significativo.

Este reconocimiento marcó el comienzo de un proceso de transformación en mi práctica docente. Comencé a incorporar métodos que promovían la participación de los estudiantes, el trabajo en equipo, y el desarrollo de habilidades y resolución de problemas. Mi enfoque se desplazó hacia una educación más holística, que no solo buscaba el éxito académico, sino también el crecimiento personal y social de cada estudiante.

Es importante señalar que, en este entorno, me enfrenté a la tarea monumental de no solo educar en términos académicos sino también de contribuir positivamente al desarrollo personal y social de mis alumnos. Uno de los retos más significativos fue el machismo arraigado y la prevalencia del embarazo adolescente, fenómenos que requerían una intervención cuidadosa y considerada.

Para abordar estos desafíos, como bien lo señalé antes, me alejé de los esquemas tradicionales de enseñanza, que a menudo se centran exclusivamente en la transmisión de conocimiento académico, y adopté un enfoque más integral y humanista. Esto significó no solo enseñar historia o ciencias, sino también fomentar un espacio de diálogo y reflexión sobre temas de género, respeto mutuo y toma de decisiones responsables. A través de talleres, pláticas y actividades que promovían la igualdad y el empoderamiento, buscaba inspirar a mis estudiantes a cuestionar las normas sociales dañinas y a imaginar un futuro diferente para sí mismos.

No obstante, este cambio de paradigma no estuvo exento de dificultades. La resistencia por parte de algunos miembros de la comunidad educativa, incluidos colegas y, en ocasiones, padres de familia, fue un obstáculo constante. La tradición y la costumbre pueden ser fuerzas poderosas y cambiar perspectivas arraigadas requiere tiempo y paciencia. A pesar de estos retos, mantuve firme mi compromiso con una educación que no solo informa, sino que transforma.

Recuerdo muy bien que organizar la graduación de mis alumnos en la escuela fue uno de los retos más emocionantes y satisfactorios que enfrenté. A pesar de la resistencia inicial del director, ya que él era apático para estas actividades, perseveré con el apoyo inquebrantable de los padres, especialmente de «Don Joaquín», el presidente de la sociedad de padres, quien creyó en mi visión y no me dejó sola en este empeño. La celebración fue un éxito rotundo, marcando no solo un hito académico para los graduados, sino también un momento de unión y orgullo comunitario. Con mesas decoradas, flores, bebidas para el brindis, bailables, vals y, finalmente, un baile, dimos vida a una ceremonia inolvidable que reflejaba el espíritu de colaboración y cariño que habíamos fomentado juntos.

En diciembre de 2009, mi camino como docente me llevó a una nueva comunidad llamada Suchilapan, donde me integré a la Escuela «Ignacio Zaragoza». Esta etapa se convirtió, sin duda, en la cúspide de mi carrera docente, marcando cuatro años de experiencias inolvidables y aprendizajes significativos.

En Suchilapan, tuve el privilegio de guiar a un grupo extraordinario de estudiantes durante tres ciclos escolares. Juntos, construimos una relación basada en el trabajo en equipo, la complicidad, el apoyo mutuo y, sobre todo, un profundo cariño. Esta conexión única nos permitió alcanzar un nivel de excelencia en todas nuestras actividades, tanto académicas como extracurriculares. Nuestra dedicación era tal que, si era necesario volver a la escuela para clases de refuerzo por la tarde o asistir a ensayos los sábados, lo hacíamos sin dudar. Siempre estábamos dispuestos a ir más allá por el bienestar y el progreso del grupo y de la escuela.

En esta comunidad, mi práctica docente evolucionó significativamente. Me alejé aún más de los castigos y métodos tradicionales que había conocido como estudiante y, en cambio, adopté un enfoque más colaborativo, buscando siempre construir un ambiente de aprendizaje donde cada estudiante se sintiera valorado, escuchado y motivado a explorar su potencial. La complicidad y el apoyo mutuo entre nosotros permitieron que trabajáramos juntos excepcionalmente bien, creando una atmósfera de aprendizaje dinámica y positiva que iba más allá del aula.

Mi integración en la vida de la comunidad fue total. Doña Queta, la dueña de la casa donde viví, me acogió como si fuera una hija más. Me convertí en hermana de su hija Lucy, quien ahora es mi comadre, y fui madrina de Emireth, su nieta, a quien aconsejé y regañé cuando fue necesario. Hoy, me llena de orgullo saber que Emireth es una exitosa maestra de Telesecundaria, al igual que yo. Además, llegué a conocer a casi todo el pueblo, participando activamente en sus festividades, cumpleaños y cualquier celebración a la que mis alumnos me invitaran. Esta cercanía me granjeó un lugar especial en el corazón de la comunidad; cada año, me sorprendían con fiestas y serenatas que reafirmaban el cariño y respeto mutuo que habíamos cultivado.

Sin embargo, este idílico escenario enfrentó cambios con el tiempo. La partida de algunas compañeras alteró la dinámica del equipo docente, recordándome la importancia vital de construir y mantener lazos de compañerismo. En Suchilapan aprendí que más allá de la enseñanza, la construcción de una comunidad educativa unida y comprometida es fundamental para el éxito escolar. Estos años marcaron el pico de mi carrera, no solo por los logros académicos, sino por el impacto duradero que tuvimos en la vida de cada uno, forjando lazos que trascienden el tiempo y el espacio, una verdadera hermandad en el corazón de la escuela.

Pero como todo docente foráneo, siempre había soñado con regresar a mi lugar de origen. Sin embargo, cada vez que iba a presentar una solicitud de cambio a mi sindicato, me decían que nunca llegaría directamente al Puerto de Veracruz; primero

tendría que aceptar lugares aledaños. Mi respuesta siempre era que yo no debía seguir «rancheando» después de muchos años en la comunidad. Algunas personas me sugerían que debía estar siempre cerca de los líderes y hacerles favores para que me notaran y así cambiarme a donde yo quisiera, a lo cual yo respondía que no me gustaba andar “lamiendo pies” y que tenía derechos como trabajadora.

Todo cambió en diciembre de 2013, cuando un querido amigo, el maestro «Nino», quien era el secretario general de nuestra delegación, me llamó por teléfono y me dijo: «Güerita, hay una opción de cambio para ti en Ángel R. Cabada, pero debes responder ya». Yo no sabía dónde quedaba ese lugar, así que le pedí cinco minutos para devolverle la llamada porque necesitaba consultarlo con mi mamá. En ese momento, un tío que escuchó la conversación comentó que Ángel R. Cabada era un lugar muy violento, conocido por las constantes balaceras que salían en las noticias, lo que inicialmente me desmotivó.

Le comuniqué mi decisión a Nino: «Amigo, no me voy». Él me respondió que era la última oportunidad que tenía para ayudarme, ya que pronto terminaría su período en ese puesto. -»Piénsalo», insistió. Acepté a regañadientes y colgué, pero cinco minutos después lo llamé para decirle que, después de todo, no quería el cambio. -»Te doy hasta mañana a las 8 de la mañana para que lo pienses. Estaré en el sindicato; es tu última oportunidad», me dijo. Esa noche no pude dormir y al amanecer, con el corazón latiendo a mil por hora y rogando a Dios que me guiara, le marqué y acepté el cambio. Y es así como, tras los años enriquecedores en Suchilapan, mi trayectoria me llevó a un nuevo destino en febrero del 2014: Ángel R. Cabada. Este cambio marcó el inicio de un capítulo distinto en mi vida profesional, enfrentándome a realidades y desafíos nunca vistos. A pesar de mis deseos iniciales de trasladarme a Veracruz Puerto, el destino me tenía reservado este lugar, aquí encontré el amor, quien también es maestro, con el cual comparto mi pasión por enseñar y que incondicionalmente me apoya y motiva en cada proyecto que emprendo. También he conocido personas maravillosas que me han brindado su amistad y que hoy considero

parte de mi familia. Con el tiempo este lugar se convirtió en mi hogar y en el escenario de un significativo crecimiento personal y profesional. Con esto reafirmo mi creencia de que los planes de Dios son Perfectos y siempre son planes de bien.

Al llegar a la zona escolar me asignaron la escuela “Alfonso Arroyo Flores”, ahí me encontré con estudiantes que, a pesar de su juventud, mostraban una madurez precoz en temas de sexualidad y adicciones, reflejo de las distintas realidades sociales que enfrentaban. Este contexto me exigió adaptar mi enseñanza y orientación, abordando sus inquietudes y guiándolos con empatía y dedicación. Fue un reto que asumí con la convicción de que cada estudiante merece una educación que lo prepare para la vida, no solo en lo académico, sino también en lo personal y social.

Un nuevo desafío y cambio en mi enfoque docente, se dio durante el COVID-19, ya que enfrenté numerosos retos, incluyendo la escasez de recursos, la diversidad de necesidades de los estudiantes, y la urgencia de adaptarme a metodologías educativas innovadoras. La pandemia aceleró este proceso, obligándome a abandonar temporalmente el aula física y a embarcarme en la enseñanza a distancia, una modalidad completamente nueva para mí y mis estudiantes.

Inicialmente, la transición a la enseñanza en línea fue abrumadora. La falta de acceso a tecnología y conectividad en mi comunidad planteó un gran desafío tanto para los estudiantes como para mí. Sin embargo, este obstáculo me impulsó a explorar métodos de enseñanza creativos y flexibles, como paquetes de aprendizaje impresos y lecciones transmitidas a través de radios locales, o la televisión, asegurando que la educación continuará a pesar de las circunstancias.

La Zona 23 de Telesecundarias perteneciente a Ángel R. Cabada, se reveló como una bendición inesperada. La comunidad educativa reconoció mi potencial y me brindó oportunidades para liderar Consejos Técnicos Pedagógicos e impartir cursos desde el principio de mi estancia. Este reconocimiento y la confianza depositada

en mí por mi supervisora escolar, la profesora María del Carmen Viveros Ortega, me impulsó a salir de mi zona de confort y a asumir responsabilidades que enriquecieron mi desarrollo profesional. Contrario a quienes veían mi dedicación adicional como un esfuerzo no recompensado, siempre supe que el verdadero valor de mi trabajo se mediría con el tiempo y el impacto positivo en mis alumnos y en la comunidad.

Hoy, después de 16 años de servicio, llevo la responsabilidad de apoyar los trabajos técnico-pedagógicos de la zona escolar, una tarea que me llena de orgullo, pero también me exige un equilibrio entre mi desarrollo profesional, mi formación continua (incluyendo un doctorado) y mi vida personal. Aunque este equilibrio resulta agotador, es también lo que me motiva a seguir creciendo y aprendiendo cada día.

En Ángel R. Cabada, descubrí el lugar donde mi aportación a la vida de los estudiantes y a la comunidad educativa realmente marca una diferencia. Este recorrido me confirma constantemente que, pese a los obstáculos, la educación es un recurso precioso capaz de transformar individuos y sociedades. Hasta la fecha, numerosos exalumnos se han puesto en contacto para expresar su gratitud, reconociendo cómo mi insistencia en que se esfuercen al máximo y persigan sus sueños ha marcado una diferencia significativa en sus vidas. Me enorgullece decir que la mayoría son ciudadanos ejemplares; muchos han proseguido estudios universitarios y han logrado insertarse con éxito en el ámbito laboral, desempeñándose como docentes, ingenieros, abogados, entre otros. Creo firmemente que, a través de estos esfuerzos, he contribuido modestamente a la construcción de un mundo mejor.

Reflexionando sobre mi viaje, me doy cuenta de que mi evolución como educadora ha sido radical. He pasado de una enseñanza basada en métodos convencionales a adoptar un enfoque más integral, humanista y adaptativo, siempre con el objetivo de satisfacer las necesidades y realidades de mis estudiantes. La transformación más significativa en mi práctica docente ha sido la transición de un rol autoritario a uno más colaborativo y empático,

donde el aprendizaje se construye en conjunto, y cada estudiante es visto como un individuo único con sus propios sueños, desafíos y capacidades.

Mis experiencias me han enseñado que la educación es mucho más que impartir conocimientos académicos; es sobre forjar carácter, alimentar sueños y preparar a los jóvenes para enfrentar la vida con confianza, respeto y una comprensión profunda de su papel en la sociedad. He aprendido que ser educadora significa ser un faro de esperanza, un guía que no solo ilumina el camino académico de los estudiantes, sino que también les enseña a navegar los mares tumultuosos de la vida con gracia y determinación.

La resistencia encontrada, ya sea en forma de desafíos institucionales, barreras culturales o limitaciones personales, nunca ha mermado mi convicción en el poder transformador de la educación. Cada obstáculo superado ha reforzado mi compromiso con mi vocación y ha profundizado mi comprensión de que educar desde la complejidad implica reconocer y valorar las múltiples dimensiones de la experiencia humana.

En resumen, mi viaje en la educación ha sido una travesía de transformación, no solo para mí como individuo sino también para las numerosas vidas que he tenido el honor de tocar. Ha sido un camino lleno de alegrías, desafíos, despedidas y reencuentros, todos los cuales han tejido el rico tapiz de mi carrera docente. A medida que miro hacia el futuro, lo hago con la firme convicción de que la educación es el vehículo más poderoso para el cambio social y personal, y me siento profundamente agradecida por cada momento de este viaje extraordinario. La educación, en su esencia más pura, es una travesía de corazón a corazón, y es en este viaje donde he encontrado mi verdadera vocación y propósito.

DESCUBRIENDO MI VOZ EN EL AULA Y EL DESAFÍO DE LA PIZARRA

Aime Samara Flores Hernández ¹

*"Si sus padres no lo cuidan, ojalá tenga un familiar
que le cuide, y si no hay un familiar, ojalá tenga un amigo,
y si no hay un amigo, ojalá tenga un maestro,
y ojalá ese maestro seas tú".*

En el comienzo de mi carrera docente, como una aprendiz en el arte de la enseñanza, me encontré con diferentes hojas en blanco y de colores llenas de promesas y desafíos, y cada día se convertía en una aventura, una exploración de territorios desconocidos donde mis estudiantes y yo éramos los dibujantes de un viaje hacia el conocimiento y el crecimiento mutuo. Mis primeros pasos, aunque temblorosos, resonaban por los pasillos con la emoción y el nerviosismo de alguien que se enfrenta a lo nuevo, a lo desconocido. Cada estudiante nuevo que se cruzaba por mi camino era una oportunidad, una historia esperando ser escrita en mi libro de mi experiencias y aventuras como maestra.

Mis primeros días en el aula estuvieron marcados por la incertidumbre y la búsqueda constante de mi voz como guía y facilitadora del aprendizaje: ¿cómo podría transmitir mi pasión por el conocimiento de una manera que inspirara a mis alumnos a ser mejores?, ¿cómo podría navegar por las aguas turbulentas del aula, equilibrando el deber de impartir lecciones con la capacidad de fomentar la imaginación, la curiosidad y la creatividad en ellos?

A medida que el tiempo avanzaba, descubrí que mi mayor fortaleza como maestra no residía en mi dominio de los contenidos

¹ Profesora en la Facultad de Pedagogía de la Universidad Veracruzana. Doctorante en Investigaciones Económicas y Sociales.

académicos, sino en mi capacidad para conectar con mis alumnos en un nivel humano; aprendí que, con amor, podemos mover muchas cosas y que vale más una sonrisa que un regaño, vale más un abrazo que un golpe. También aprendí a escuchar las historias que emocionan a los estudiantes, los hacen crecer y ser mejores; lo que sueñan, lo que quieren lograr y lo mucho que les ha costado llegar hasta donde hoy están.

Descubrí esa parte humana de mí que estaba dormida y que, al convivir con mis estudiantes, volvió a activarse y me permitió conocerlos, amarlos como son, divertirme con sus chistes, entender sus preocupaciones y celebrar sus triunfos como si fueran propios. En cada sonrisa, en cada mirada de comprensión, encontré la validación de mi elección de carrera y la motivación para seguir adelante, incluso en los momentos de mayor desafío y temor.

Esta narrativa es un testimonio de mi viaje como maestra, una carta de amor a la profesión que elegí y elegiría al pasar de los años, algo de lo que jamás me arrepentiría y que ha sido mi mejor elección de vida; dedicada a los estudiantes que han dejado una huella imborrable en mi corazón, mente y alma, que serán recordados siempre.

A través de altibajos, risas, lágrimas, miedo, ansiedad y nervios, he descubierto que ser maestro va más allá de impartir conocimientos; es cultivar el crecimiento de cada persona, inspirar el cambio y sembrar semillas de esperanza en las mentes y los corazones de las futuras generaciones de profesionales, pues al final del día ellos serán nuestro futuro, y lo mejor es que sea un futuro lleno de cambios y mejoras para este mundo. No sé si a lo mejor en alguna de mis clases tengo entre mis alumnos al futuro presidente de México, al doctor que encuentre la cura al cáncer o quizás a un futuro astronauta. En mis manos está la futura personita que va a revolucionar y comprender el mundo de diferente manera.

Desde que era pequeña, siempre supe que mi corazón latía al ritmo de la enseñanza. Mis días estaban llenos de juegos con mis muñecas y pizarrones donde explicaba lecciones a una audiencia

de peluches y amigos imaginarios. Para mí, ser maestra no era simplemente una profesión, era una vocación, un llamado que resonaba en lo más profundo de mi ser; sabía perfectamente cuál sería mi destino y cuál sería mi camino. Acompañé a mi madre a dar clases en la escuela primaria donde trabajaba y veía a niños más grandes que yo siendo mis amigos, amando a mi madre y llenándola de pequeños detalles como si fuera un familiar suyo; ahí entendí que mi mamá no solo les iba a compartir su conocimiento, sino que iba a quererlos y criarlos como un hijo más. Crecer dentro de ese entorno me enseñó que no precisamente deben formar parte de tu familia para compartirles tu amor, tu cariño y tu sabiduría, y que todo el mundo se merece la mejor parte de ti, y cada persona merece ser amada como te aman a ti.

El amor que mi madre le tenía a la educación era emocionante. Desde el momento en que se abría la puerta de nuestra casa, comenzaba a compartir su conocimiento con mis vecinos ayudándoles a redactar sus tareas o simplemente guiándolos. No era solo una pasión, era una fuerza que impregnaba cada rincón de nuestras vidas, iluminando nuestros días con el resplandor del conocimiento y la sabiduría.

Mi madre me inculcó la importancia de la educación como el camino hacia un futuro mejor. Cada noche me hablaba de cómo había preparado su clase para el siguiente día, lo cual alimentaba mi imaginación y mi sed de un día ser como ella y contar con esas herramientas para poder transmitir el aprendizaje. Su amor por la educación trascendía las palabras y los libros. Era una educadora en el sentido más amplio de la palabra, enseñándonos lecciones valiosas sobre el mundo que nos rodeaba a través de su ejemplo y su dedicación. Nos mostraba cómo el conocimiento podía empoderarnos, cómo la curiosidad podía ser nuestro motor y cómo el aprendizaje continuo era la clave para alcanzar nuestros sueños. Recuerdo con cariño las tardes en las que nos sentábamos juntas en la mesa de la cocina mientras mi madre corregía los exámenes y preparaba las lecciones para sus estudiantes. Su compromiso con su trabajo era inspirador, y su pasión por ayudar a otros a alcanzar su máximo potencial era evidente en cada gesto y cada palabra,

era algo con lo que ella soñó de pequeña y me lo transmitía día tras día.

Pero más allá de su papel como educadora, mi madre era mi guía y mi inspiración. Me enseñó a valorar el poder de la educación como una herramienta para el cambio, como un medio para derribar barreras y construir un mundo más justo y equitativo. Su amor por la educación nos enseñó que el aprendizaje nunca termina, que siempre hay algo nuevo por descubrir y que cada experiencia, ya sea grande o pequeña, es una oportunidad para crecer y evolucionar. Mis tías fueron las siguientes arquitectas de mi pasión por la docencia, las artesanas que moldearon mi amor por el aprendizaje y la enseñanza desde una edad temprana; se convirtieron en mis mentoras, guiándome con su sabiduría y su amor por la enseñanza. Con paciencia y dedicación, compartieron conmigo sus conocimientos y su entusiasmo por el aprendizaje, sembrando las semillas de la curiosidad y la pasión en mi corazón.

A medida que crecía, seguí los pasos de mis tías, embarcándome en mi propio viaje hacia la docencia. Su influencia me acompañó en cada paso del camino, infundiéndome en mí la confianza y la determinación para seguir mis sueños y perseguir mi pasión por la enseñanza. Ya no se trataba de un entorno de niños pequeños que aprendían a leer o a dividir, sino que se estaban formando los futuros profesionistas, pero en ese momento era pequeña para entender las diferentes áreas que estudiaban para ser administradores, historiadores, antropólogos etc.

Era un mundo totalmente nuevo para mí, pero vi el mismo amor hacia la enseñanza, el mismo cariño que mi mamá le tenía sus alumnos, solo que con ellas ya no eran niños que te hacían una carta y se la pasaban detrás de ti; eran jóvenes maduros con ganas de aprender y compartir experiencias. Eran dos mundos totalmente diferentes, pero enseñados con la misma pasión y el mismo amor para compartir. Ahí fue donde nació mi nueva mirada por la enseñanza, luego de conocer a esas personas que me mostraban que no solo se trataba de ir a dar una clase, sino de compartir, aprender y divertirse.

Hoy, cuando entro en el aula como maestra, veo el reflejo de mis tías en cada interacción con mis estudiantes. Su legado vive en mi compromiso con la excelencia educativa, en mi dedicación a inspirar y motivar a cada joven que pasa por mis manos, y en mi firme creencia en el poder transformador de la educación para cambiar vidas. Mis tías me enseñaron mucho más que las habilidades y los conocimientos necesarios para ser maestra. Me enseñaron a amar la docencia con todo mi ser, a verla como una vocación noble y gratificante que trasciende las paredes del aula y deja una huella imborrable en el mundo.

Sabía qué decisión tomaría cuando fuera mi turno de llegar a la licenciatura: estudiar en la Normal o estudiar Pedagogía. Al paso del tiempo se fue haciendo más grande el sueño y la decisión cada vez se acercaban más; una de esas dos carreras definiría si iba a ser docente para niños pequeños o docente para jóvenes, y como buena persona creyente que soy, tomé la decisión de presentar en las dos y que la suerte decidiera mi destino.

Algo que jamás había contado es que presenté para ser normalista, pero mi futuro no era ese, ya que mi solicitud para entrar fue rechazada. El miedo y la incertidumbre me invadieron y pensé que todo estaba perdido, que el sueño que por muchos años había cultivado se había roto por no ser aceptada. Fueron días de depresión al no saber qué iba a pasar conmigo, pero salieron los resultados de la otra universidad en la que también había apostado mis sueños, donde sí me aceptaron. Y así nació esta pedagoga.

Comencé estudiando Pedagogía sin saber qué me esperaba el destino. Aunque sabía que era lo que quería y conocía a lo que me tenía que enfrentar, siempre estuvo dentro de mí el miedo al pasar enfrente a exponer y sentir todas las miradas sobre mí, a que mi voz se escuchara, a equivocarme, a no poder alcanzar todo lo que quería. Fue una travesía de cuatro años estudiando y pensando que el miedo lo podría superar cuando yo quisiera.

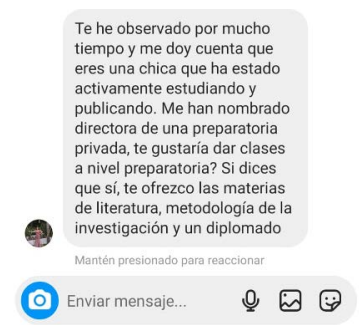
Tiempo después se me brindó la oportunidad de poder cubrir una clase en el nivel básico, para niños de segundo año. Jamás voy a

olvidar sus caritas, sus palabras, sus cartitas, sus regalos. Fueron el grupo con el que trataría de demostrar que sí estaba hecha para la docencia, pero me topé con que no es tan fácil ser maestra de niños pequeños. Llegué a mi salón con mucha ansiedad y felicidad de poder enseñar todo lo que había aprendido a través de los años y para lo que me había preparado, y me encontré con el reto más grande que he enfrentado en mi vida; el que me abrió los ojos y me hizo ver que no solo es ir a dar una clase sino tener el temple para poder controlar a cuarenta niños que están en una edad en la que son curiosos, les gusta hablar, les gusta salir y se distraen con mucha facilidad.

Era una maestra nueva sin experiencia, soñadora y temerosa al mismo tiempo. Cuando comenzaba a revisar tareas y me distraía por un momento, ya tenía a cinco o seis niños en el campo jugando, y cuando quería ir por ellos, los que tenía en el salón ya se habían peleado o se habían pasado las actividades. Así entendí que ser docente de nivel básico no es fácil y me nació una nueva admiración a los que se dedican a ello. Ser docente de niños es una labor muy grande, ya que tienes la responsabilidad de pequeños que no saben aún el grado en que pueden afectar sus actos; para ellos es juego el asistir a clases y sí es muy bonito estar con ellos porque te comparten la felicidad y la emoción de enseñarles, jugar con ellos y hacer actividades. Te muestran un amor, cariño y admiración que no lo ves en otro lado. Solo estuve con ellos un año, en el que me estresé, amé y compartí experiencias con chiquitos que los voy a llevar toda la vida en mi mente.

Pero entendí que no estaba hecha para un nivel básico como mi madre; aunque fue duro de afrontar, entendí que no tenía esas habilidades ni capacidades como ella y entonces las incógnitas comenzaron a surgir y los miedos brotaron nuevamente, ¿y si no soy buena maestra?, ¿y si lo mío no es ser docente?, ¿me equivoqué acaso de carrera?, ¿creí ser buena para esto y en realidad no es lo mío? Pasó un tiempo y no podía contestarme esas preguntas, por lo que decidí entrar a estudiar una maestría para prepararme aún más y no vencerme tan rápido. Quizás sí era mi destino, pero no era el momento y la vida tenía preparado para mí otra cosa más grande.

No me di por vencida y comencé a escribir artículos, capítulos de temas que me gustaba investigar del ámbito académico, porque me di cuenta de que, si no podía ser profesora, entonces podría dedicarme a la investigación. Un día como cualquiera me llegó un mensaje de texto a mi bandeja de entrada en Facebook, de parte de una conocida de la universidad, en el que me decía:



¿Y si era el destino diciéndome que no todo estaba perdido? Tenía una segunda oportunidad de poder saber si estaba hecha para ser docente o simplemente era un sueño con el que había crecido y, en realidad, no tenía las habilidades para serlo. Con miedo a lo desconocido, acepté el trabajo, pero ya no me iba a enfrentar a niños pequeños sino a adolescentes que estaban en la edad de rebeldía.

Me compré mis primeros plumones para pizarrón y llegué a dar clases enfrentándome a mis mayores miedos: estar enfrente del grupo, escribir en el pizarrón, equivocarme; sin embargo, esos temores fueron desapareciendo cuando las pláticas con ellos se hacían más amenas. Al estar con ellos, no solo yo les enseñé, sino que ellos también me enseñaron a mí; aprendí cómo ser una buena maestra, ya que al principio la falta experiencia se hacía visible porque sólo me concentraba en los chicos que me prestaban atención, los que me hacían la tarea exactamente como se las pedía, los que me hablaban más. Pero un día abrí los ojos y me

dije a mí misma “no solo tienes diez alumnos, tienes veinte y los veinte son iguales”, por lo que me levanté del escritorio y comencé a caminar entre ellos, a platicar con los que no se me acercaban, con los que no llevaban las tareas, y mi interés por ellos creció más y más hasta que me acoplé y entendí que como maestra debía estar al pendiente de todos y enseñar para todos, no solo para los que me ponían atención.

Al ser una maestra joven y estar rodeada de adolescentes, no faltó el alumno que me mandaba cartas y flores, con lo que me sentía apenada y no sabía cómo manejar la situación. De igual manera, tenía al alumno que siempre se la pasaba retándome y diciendo que para qué le serviría lo que les enseñaba. Son retos que una como docente se encuentra en el camino, pero que afronté con mis chicos de prepa; ellos me ayudaron, me enseñaron y me hicieron madurar en mi manera de enseñar y de guiarlos.

Por otro lado, considero que el mejor aprendizaje que les pude haber enseñado es que la fuerza la hace el grupo si están unidos, que es bueno trabajar de manera individual, pero que en equipo se pueden mover ciertas cosas que no les gusten. También les enseñé que todos persiguen el mismo sueño y meta, por ello todos son importantes, pues como grupo pueden ayudarse a cumplirlos.

Siempre voy a llevar en mi corazón a todos mis chicos de preparatoria, sobre todo, a tres de ellos: Luis Gerardo, con esa simpatía, carisma, inteligencia que lo caracteriza para hacer las cosas; Fernando, con esa calidez humana, inteligente, talentoso para tocar la guitarra; y Blanquita, con su ternura, amabilidad, esmero para hacer las actividades y siempre dar lo mejor de ella. Ellos contribuyeron a convertirme en lo que soy ahora y con ellos viví mi primer día del maestro; aún recuerdo ese día y nunca lo voy a olvidar, pues me sacaron del grupo que teníamos de WhatsApp para ponerse de acuerdo entre ellos, a lo cual no supe cómo reaccionar, y sentí miedo e incertidumbre al no saber qué había pasado; sin embargo, al otro día cuando llegué a darles clases me tenían una gran sorpresa: cada alumno preparó algo para comer y me compraron un pastel con la dedicatoria “feliz día del maestro a la mejor maestra, gracias por su enseñanza y su amor”.

No puedo explicar con palabras lo grande que me sentí; el miedo y las dudas se fueron y entendí que con ellos me había encontrado. Volví a encontrar mi camino y fue gracias a ellos que seguí adelante. Terminamos el semestre y continúe dándoles clases en otras materias y creciendo juntos; el miedo a usar el plumón desapareció y encontré mi voz como maestra de bachillerato.

Así fue como gradué a mi primera generación de preparatorianos, y por cada abrazo que ellos me daban al entregarles sus diplomas, las fotografías, y estar en el estrado me quitó todos los miedos que algún día tuve. Aún recuerdo las palabras de mis chicos agradeciéndome por todo lo que les había enseñado, ante lo que no pude contener lágrimas. Les di el último abrazo y mis bendiciones para que entraran a la universidad y que siguieran sus sueños sin rendirse.

Después de ellos decidí dar clases en nivel maestría, al cual no estaba acostumbrada, pero me sentía más segura de mí misma, más decidida a que mi voz fuera construida por nuevos saberes y nuevas personas, pero que también fuera escuchada, ya que tenía muchas cosas que decir y enseñar. El primer día como maestra de posgrado se convirtió en un hito inolvidable en mi viaje educativo, un mar de emociones que abarcaba desde el nerviosismo hasta la emoción palpable. Mientras caminaba por los pasillos del campus universitario, el peso de la responsabilidad se asentaba en mis hombros, pero también sentía una chispa de entusiasmo por el desafío que se avecinaba.

La sala de clases parecía más grande de lo que recordaba, cada silla vacía era una invitación a la oportunidad, pero también un recordatorio de la tarea que tenía por delante. Con cada paso hacia el frente del aula, una mezcla de emoción y aprehensión llenaba mi pecho, pero me aferraba a la certeza de que estaba preparada para enfrentar este nuevo capítulo en mi carrera como educadora. Los rostros expectantes de mis estudiantes miraban hacia mí en busca de orientación y conocimiento, y en ese momento supe que debía estar a la altura del desafío. Tomé una respiración profunda, dejando que la confianza en mí misma se elevara para

Llenar el espacio entre nosotros, y comencé mi primera clase con determinación y pasión. A medida que avanzaba la sesión, me sentí cada vez más cómoda en mi papel de guía y facilitadora del aprendizaje. Mis palabras resonaban con una autoridad tranquila mientras compartía mi experiencia y conocimiento con mis estudiantes, pero también fomentaba un ambiente de colaboración y diálogo abierto donde todos éramos aprendices.

Hubo momentos de incertidumbre, por supuesto, y preguntas a las que no tenía todas las respuestas, pero descubrí que la clave estaba en la honestidad y la humildad. Admití mis limitaciones y errores con franqueza, pero también mostré mi disposición para aprender y crecer junto a mis estudiantes, construyendo un puente de confianza y respeto mutuo.

A medida que la clase llegaba a su fin, una sensación de gratitud y realización me invadió. Había superado el primer obstáculo en mi camino como maestra de posgrado, demostrando a mí misma y a mis estudiantes que estaba lista para asumir el desafío con valentía y determinación.

El primer día como maestra de posgrado fue solo el comienzo de un viaje emocionante y gratificante, un camino de aprendizaje y crecimiento tanto para mis estudiantes como para mí misma. Y mientras miro hacia el futuro con esperanza y anticipación, sé que cada día en el aula será una oportunidad para inspirar, motivar y dejar una marca indeleble en las vidas de aquellos a quienes tengo el privilegio de enseñar, descubriendo mi voz y el poder de pizarrón.

**ENTRE LA FRUSTRACIÓN Y LA ESPERANZA.
REFLEXIONES DE UNA EDUCADORA EN UN AULA
INCLUSIVA TRAZANDO CAMINOS DE INCLUSIÓN:
EL DESAFÍO DIARIO EN EL AULA**

Alejandra Carrera Rosas ¹

La mañana se desplegaba con una luminosidad suave, apenas filtrada por las cortinas del aula. Desde mi lugar, observaba con ternura a los veinte niños que llenaban el espacio con sus risas y susurros, cada uno con su propia personalidad y necesidades únicas. Entre ellos destacaban Miguel y Sofía, dos pequeños que demandaban una atención especial debido a sus condiciones específicas: Miguel, con hiperactividad, y Sofía, con autismo.

Miguel, un niño en constante movimiento, parecía tener una energía inagotable que lo llevaba a explorar cada rincón del aula incansablemente. Sus movimientos rápidos y su dificultad para mantener la atención en una sola actividad representaban un desafío constante para mantener el orden en el ambiente educativo. Por otro lado, Sofía, con autismo, se sumergía en su propio mundo interior con facilidad, a menudo abrumada por la estimulación sensorial del entorno. A veces, se retiraba a un rincón tranquilo, buscando refugio de las luces brillantes y los sonidos de su alrededor, lo que requería una delicada comprensión de sus necesidades para ofrecerle un ambiente seguro y tranquilo donde pudiera sentirse cómoda.

Estos dos pequeños, con sus condiciones particulares, no solo presentaban desafíos individuales, sino que también requerían enfoques pedagógicos adaptados y una atención constante para

¹ Profesora de preescolar y Doctorante en Educación del CEVECP.

garantizar su participación plena en las actividades educativas. Sin embargo, eran solo parte de los desafíos a los que me enfrentaba en mi labor como educadora.

En una de las reuniones recientes con el director, se enfatizó la importancia fundamental de garantizar una atención equitativa para todos los niños. Las palabras del directivo resonaron en el salón, reafirmando el compromiso de la institución con la igualdad de oportunidades para cada alumno. *«Todos merecen la misma oportunidad»*, fueron las palabras que resonaron en la sala, destacando la necesidad de brindar un trato justo y equitativo a cada niño, independientemente de sus circunstancias individuales. Sin embargo, para mí, como maestra, estas palabras encerraban un desafío mucho más complejo de lo que podía parecer a simple vista. Sabía que atender a cada alumno de manera equitativa no significaba tratar a todos de la misma manera, sino adaptar mi enfoque para satisfacer las necesidades específicas de cada uno. Esto requería una atención especial para niños como Miguel y Sofía, quienes necesitaban apoyo adicional debido a sus necesidades educativas especiales.

Por un lado, debía asegurarme de brindar el apoyo necesario para el progreso académico y personal de Miguel y Sofía, sin descuidar las necesidades de los demás niños. Esto significaba encontrar un equilibrio delicado entre la atención individualizada y la dinámica general del aula. Además, era crucial mantener un ambiente inclusivo donde todos los niños se sintieran valorados y comprendidos, independientemente de sus diferencias.

El recordatorio del director sirvió como un llamado a la acción, instándome a redoblar mis esfuerzos para garantizar que cada niño recibiera la atención y el apoyo que necesitaba para alcanzar su máximo potencial. Aunque sabía que el camino sería desafiante, estaba determinada a cumplir con este compromiso y a trabajar incansablemente para crear un entorno educativo inclusivo y equitativo para todos.

En mi experiencia como educadora, enfrentar las necesidades específicas de niños como Miguel y Sofía representaban uno de

los desafíos más grandes que debía superar. La falta de apoyo adicional en el aula añadía una capa adicional de complejidad a mi labor diaria. Al ser la única responsable de la enseñanza y el cuidado de los niños, tenía que encontrar formas creativas e innovadoras para satisfacer las necesidades individuales de cada niño, incluidos Miguel y Sofía.

Una de las estrategias más importantes que implementé fue la inclusión activa en todas las actividades del aula. En lugar de separar a Miguel y Sofía del resto de la clase, buscaba integrarlos en todas las actividades, adaptándolas según fuera necesario para que pudieran participar plenamente. Por ejemplo, en lugar de exigirles que se sentaran quietos durante la clase, les permitía moverse dentro de ciertos límites mientras participaban en las actividades. Esto no solo les brindaba la oportunidad de mantenerse activos y comprometidos, sino que también reducía la sensación de exclusión que podrían experimentar.

Además, fomentaba un ambiente de comprensión y empatía entre todos los niños. Organizaba actividades que promovían la colaboración y el trabajo en equipo, animando a los niños a apoyarse mutuamente y a entender las necesidades especiales de sus compañeros. Esto no solo fortalecía los lazos entre los niños, sino que también ayudaba a crear un sentido de comunidad en el aula donde cada uno se sentía valorado y aceptado.

A pesar de los desafíos y obstáculos que enfrentaba, estaba comprometida a proporcionar a Miguel, Sofía y a todos mis alumnos un ambiente de aprendizaje inclusivo y enriquecedor. Cada día, me esforzaba por encontrar nuevas formas de adaptar mi enfoque pedagógico para satisfacer las necesidades individuales de cada niño, sabiendo que su éxito y bienestar eran mi prioridad absoluta. En mi compromiso por crear un ambiente inclusivo en el aula, me propuse diseñar actividades que permitieran a los niños comprender y respetar las características únicas de Miguel y Sofía. Para lograrlo, desarrollé diversas actividades que destacaban las diferencias individuales de cada niño y promovían la empatía y el apoyo mutuo entre los compañeros.

El objetivo principal era que los otros niños comprendieran que Miguel y Sofía tenían necesidades diferentes y, por lo tanto, no siempre podrían participar en las mismas actividades de la misma manera que ellos. En lugar de señalarlos o excluirlos, animé a los niños a ofrecerles su apoyo y comprensión.

Por ejemplo, en una actividad grupal, si Miguel tenía dificultades para concentrarse en una tarea específica, en lugar de ignorarlo o reprenderlo, los demás niños aprendieron a ofrecerle ayuda o a brindarle un espacio tranquilo para que pudiera enfocarse mejor. Del mismo modo, si Sofía se sentía abrumada por el ruido o la estimulación sensorial, sus compañeros aprendieron a reconocer las señales y a ofrecerle un lugar tranquilo donde pudiera relajarse. Esta dinámica no solo fomentaba el respeto y la autonomía de todos los niños, sino que también promovía un sentido de solidaridad y comunidad en el aula. Todos comprendían que apoyar a Miguel y Sofía no era solo una responsabilidad de la maestra, sino de todos como parte de un equipo.

Además, enfatiqué que, como parte del grupo, Miguel y Sofía también tenían obligaciones y derechos. Esto significaba que tenían la responsabilidad de participar en las actividades en la medida de lo posible, pero también tenían derecho a recibir el apoyo y la comprensión de sus compañeros cuando lo necesitaran. Esta experiencia demostró la importancia de promover un ambiente inclusivo donde todos los niños se sintieran valorados y aceptados, independientemente de sus diferencias. Al alentar el apoyo mutuo y la comprensión entre los niños, logramos crear un espacio donde Miguel y Sofía se sintieran verdaderamente parte del grupo y donde todos los niños aprendieron a valorar la diversidad y la inclusión.

La mañana comenzó con los honores a la bandera, un momento de solemnidad y respeto que marcaba el inicio del día escolar. Conducir esta actividad requería una combinación de seriedad y participación, ya que buscaba involucrar a todos los niños, adaptando las actividades para que fueran accesibles para cada uno de ellos.

Desde el momento en que los niños comenzaban a entrar al salón, mi atención estaba dividida entre diferentes necesidades. Observaba a los niños inquietos, asegurándome de mantener su atención enfocada en la ceremonia. Al mismo tiempo, estaba atenta a los más tímidos, alentándolos a participar y levantar la mano para saludar durante el momento adecuado.

Sin embargo, entre todas estas responsabilidades, no podía dejar de prestar especial atención a Miguel y a Sofía. Miguel, con su energía desbordante, a menudo necesitaba una guía adicional para mantenerse enfocado en la actividad. Por otro lado, Sofía, con autismo, podía sentirse abrumada por la estimulación sensorial de la ceremonia, lo que la llevaba a retirarse a un rincón tranquilo para encontrar algo de calma.

Cuando Sofía se retiraba, sentía la presión adicional de garantizar su bienestar mientras continuaba con la actividad. Afortunadamente, mis compañeras y la directora estaban atentas a la situación y se acercaban para ofrecer apoyo, pero la responsabilidad final siempre recaía en mí. Intentaba mantener la calma y la compostura, pero a menudo me encontraba luchando contra el caos que amenazaba con desbordarse en esos momentos.

A pesar de estos desafíos, este momento también representaba una oportunidad para fortalecer los lazos entre los niños y fomentar la comprensión y la empatía. Mis esfuerzos se centraban en crear un ambiente en el que todos los niños se sintieran incluidos y valorados, independientemente de sus diferencias individuales. En la clase de cantos y juegos, me esforzaba por crear un ambiente inclusivo donde todos los niños, incluyendo a Miguel y Sofía, se sintieran valorados y participaran plenamente. Seleccionaba cuidadosamente canciones que celebraban la diversidad y promovían la inclusión, asegurándome de que cada niño se viera reflejado en la música y las letras.

Sin embargo, para Miguel y Sofía, la dinámica de estas actividades requería una atención constante y adaptaciones específicas. Miguel, a menudo necesitaba orientación adicional para

mantenerse enfocado y participar de manera constructiva en los juegos y canciones. Su energía desbordante podía ser desafiante de manejar, pero buscaba canalizarla de manera positiva para que se integrara armoniosamente con el resto del grupo.

Por otro lado, Sofía, requería un enfoque más delicado. La sobreestimulación sensorial podía abrumarla fácilmente, así que adaptaba las actividades para garantizar que se sintiera cómoda y segura. Esto significaba reducir el ruido, la cantidad de estímulos visuales y proporcionarle un espacio tranquilo donde pudiera participar de manera más relajada.

A lo largo de la clase, mi atención estaba dividida entre todos los niños, pero especialmente en Miguel y Sofía. Observaba de cerca sus reacciones y necesidades, ajustando mi enfoque y brindándoles el apoyo necesario para que pudieran disfrutar plenamente de las actividades. Esto implicaba ofrecerles instrucciones claras, proporcionarles estímulos adicionales si era necesario y asegurarme de que se sintieran incluidos en todo momento.

A pesar de los desafíos que enfrentaban, tanto Miguel como Sofía lograban participar en las actividades, gracias al esfuerzo conjunto y a la comprensión y solidaridad de sus compañeros de clase. Esta experiencia no solo fortalecía los lazos de amistad y empatía entre los niños, sino que también promovía una cultura de aceptación y respeto hacia la diversidad.

Durante la hora del desayuno, mi atención se enfocaba en garantizar que cada niño recibiera una alimentación adecuada. Sin embargo, era especialmente importante para mí observar de cerca a Miguel y Sofía, asegurándome de que también recibieran el apoyo necesario para desarrollar habilidades de alimentación independiente. Para muchos niños, la hora del desayuno era un momento de independencia y autonomía, donde aprendían a atenderse y a comer por sí mismos. Sin embargo, para Miguel y Sofía, este proceso podía resultar un poco más complicado. Con Miguel, mi tarea era ayudarlo a mantenerse enfocado y tranquilo mientras comía. A menudo requería de instrucciones claras y aliento

constante para recordarle que debía comer de manera pausada y adecuada. Por otro lado, con Sofía, era crucial crear un ambiente tranquilo y libre de distracciones para que pudiera concentrarse en su comida. A veces, requería de adaptaciones en la forma en que se le presentaba la comida o en el ambiente en el que comía para que se sintiera cómoda y relajada.

A lo largo de este proceso, mi objetivo era no solo asegurarme de que recibieran la alimentación adecuada, sino también ayudarlos a adquirir habilidades de autocuidado y autonomía. Les brindaba el apoyo necesario, ya sea físico o emocional, para que pudieran aprender a alimentarse por sí mismos de manera independiente. Esta hora del desayuno no solo era crucial para satisfacer las necesidades nutricionales de los niños, sino también para promover su desarrollo y crecimiento personal. A través de mi acompañamiento y apoyo, esperaba ayudar a Miguel y Sofía a ganar confianza en sí mismos y a desarrollar habilidades que les permitieran participar plenamente en esta actividad diaria.

Durante el recreo, mi atención se extendía a cada rincón del patio escolar, asegurándome de cuidar cada área que me correspondía y estar atenta a cualquier necesidad que pudiera surgir entre los niños, incluidos Miguel y Sofía. Era un momento crucial para garantizar que todos los niños pudieran disfrutar de un tiempo de juego seguro y divertido. Mientras vigilaba a los niños que naturalmente eran más inquietos, también estaba pendiente de aquellos que podrían necesitar un estímulo adicional para participar plenamente en las actividades recreativas. Para Miguel, con su energía desbordante, esto significaba brindarle opciones de juegos que le permitieran liberar su energía de manera positiva y segura. Para Sofía, esto implicaba crear un ambiente tranquilo y estructurado donde pudiera sentirse cómoda y segura mientras exploraba y jugaba. Además del recreo, durante el transcurso del día, me esforzaba por no perder de vista los detalles más pequeños que podrían marcar la diferencia para todos los niños, incluyendo a Miguel y Sofía. Esto incluía acompañar a los niños al baño y garantizar un ambiente seguro y acogedor en el aula en todo momento.

Cada gesto, cada interacción, estaba impregnada de mi compromiso con la igualdad y la inclusión. Trabajaba incansablemente para crear un ambiente donde todos los niños se sintieran valorados y aceptados, donde cada uno tuviera la oportunidad de participar plenamente y desarrollarse en su máximo potencial, independientemente de sus habilidades o necesidades individuales.

A través de mi dedicación y atención a los detalles, esperaba fomentar un sentido de pertenencia y comunidad en el aula, donde cada niño se sintiera apoyado y respetado, y donde la diversidad fuera celebrada como una fortaleza. Estas vivencias con Miguel y Sofía, así como con todos los niños, me recordaban constantemente la importancia de crear un entorno inclusivo donde todos pudieran florecer y crecer juntos.

A lo largo de la mañana de trabajo, cada momento estaba impregnado de mi compromiso con el bienestar y el desarrollo integral de cada niño en mi aula. Me esforzaba por cumplir con todas mis responsabilidades como maestra, pero mi enfoque iba más allá: buscaba crear un ambiente donde cada niño se sintiera valorado, comprendido y capaz de alcanzar su máximo potencial. Sabía que este camino no sería fácil, pero estaba decidida a perseverar, consciente del poder transformador de la educación inclusiva. Cada sonrisa, cada logro, era una confirmación de que estábamos en el camino correcto, y eso me impulsaba a continuar con renovado vigor.

Con ese pensamiento en mente, continuaba mi jornada, guiando a los pequeños hacia un futuro lleno de posibilidades. Cada interacción, cada actividad planificada, cada momento compartido era una oportunidad para sembrar semillas de conocimiento, comprensión y empatía en el corazón y la mente de mis alumnos. Ya sea al enseñar una lección, resolver un conflicto entre compañeros o simplemente escuchar las preocupaciones de un niño, mi objetivo era siempre el mismo: promover un ambiente donde cada niño se sintiera seguro para ser quien es, donde pudiera aprender y crecer en un entorno de aceptación y apoyo mutuo.

A pesar de los desafíos y obstáculos que enfrentaba a diario, encontraba fuerza y motivación en el progreso y el bienestar de mis alumnos. Cada pequeño paso hacia adelante, cada victoria, me recordaba el impacto positivo y duradero que la educación inclusiva puede tener en la vida de los niños y en la sociedad en general. Con ese pensamiento como mi guía, seguía adelante, comprometida a construir un futuro más brillante para todos mis pequeños estudiantes.

Intentaba seguir el plan de actividades meticulosamente diseñado para la jornada, pero desde el principio, me di cuenta de que Miguel y Sofía requerirían una atención constante y especial. Sus dificultades para concentrarse, comunicarse o seguir instrucciones representaban desafíos considerables que probaban los límites de mi paciencia y capacidad de adaptación como maestra.

Miguel, con su constante necesidad de movimiento, a menudo se encontraba en un estado de agitación que dificultaba su concentración en las tareas asignadas. Era como si su energía desbordante no pudiera ser contenida por el entorno del aula. Constantemente buscaba maneras de canalizar su energía de manera constructiva, pero esto requería una atención constante y una creatividad sin fin.

Por otro lado, Sofía, presentaba desafíos diferentes. Su dificultad para comunicarse verbalmente y su sensibilidad a los estímulos sensoriales a menudo la llevaban a retraerse o a manifestar comportamientos desafiantes cuando se sentía abrumada. Adaptar las actividades para satisfacer sus necesidades específicas requería una atención individualizada y una comprensión profunda de su experiencia única.

A medida que avanzaba el día, me encontraba dedicando más tiempo y energía a atender las necesidades de Miguel y Sofía que a llevar a cabo las actividades planificadas para el resto del grupo. Esto significaba ajustar constantemente el ritmo y la dinámica de la clase para dar cabida a sus necesidades individuales, lo que a menudo resultaba en desviaciones significativas del plan original.

A pesar de los desafíos que enfrentaba, estaba determinada a brindar a Miguel y Sofía el apoyo que necesitaban para tener éxito en el aula. Cada momento dedicado a trabajar con ellos, cada pequeño avance que lograban, era un recordatorio de la importancia de la paciencia, la comprensión y la dedicación en la educación inclusiva. Aunque pudiera ser agotador y desafiante, sabía que valía la pena invertir en su desarrollo y bienestar.

Mi compromiso con mis alumnos me impulsaba a esforzarme al máximo para cumplir con las expectativas, pero no puedo negar que a menudo me sentía abrumada por la intensidad de las demandas del aula. La frustración se apoderaba de mí cuando los planes meticulosamente trazados no se desarrollaban como esperaba, cuando la realidad del aula desafiaba mis mejores intenciones.

Los días en los que la energía inagotable de Miguel parecía desbordarse o cuando Sofía se sumía en su propio mundo, requerían de una paciencia y comprensión infinitas. En esos momentos, me enfrentaba a la realidad de que cada niño tenía su propio ritmo de aprendizaje y su manera única de interactuar con el mundo que lo rodeaba. Era un recordatorio constante de la diversidad y complejidad de mis alumnos.

A través de estos desafíos, aprendí a adaptar mis expectativas y enfoques pedagógicos para satisfacer las necesidades individuales de cada niño. Reconocí la importancia de encontrar un equilibrio entre el desafío y la comprensión, entre fomentar el crecimiento y respetar el proceso único de cada niño. Esta adaptabilidad me permitió manejar mejor la diversidad en el aula y responder de manera más efectiva a las necesidades cambiantes de mis alumnos. A pesar de los momentos de frustración y agotamiento, cada desafío superado representaba una oportunidad de crecimiento tanto para mis alumnos como para mí misma. Aprendí a valorar la capacidad de adaptación y la flexibilidad como herramientas fundamentales en mi labor como educadora, recordándome constantemente que la verdadera enseñanza va más allá de los planes de lecciones y los resultados académicos, abrazando la complejidad y la diversidad de cada individuo en mi aula.

La frustración se convertía en una carga pesada que pesaba en mi pecho como una losa. Cada mañana, entraba al aula llena de esperanza y con planes meticulosamente elaborados para el día, pero rápidamente me enfrentaba a la realidad de las necesidades insaciables de los niños con requerimientos educativos especiales. La frustración se intensificaba cuando veía a los otros niños esperando impacientes, mientras mi atención se centraba en ayudar a Miguel a mantenerse enfocado en una tarea simple o en Sofía a comunicar sus deseos. Los momentos de enseñanza individualizada se multiplicaban, dejando poco espacio para las actividades grupales que había diseñado con tanto entusiasmo. A medida que el tiempo pasaba, la sensación de que nunca sería suficiente, de que siempre habría más por hacer, se arraigaba más profundamente en mi conciencia. Me esforzaba por cumplir con las expectativas, pero la realidad del aula a menudo ponía a prueba mi capacidad para hacerlo.

Sin embargo, a pesar de la frustración y el desafío, cada día también traía consigo pequeños momentos de triunfo y conexión. Cada avance, por pequeño que fuera, era una victoria que me recordaba por qué había elegido ser maestra en primer lugar. A través de estas experiencias, aprendí a encontrar equilibrio entre la frustración y la gratitud, entre los desafíos y las recompensas, sabiendo que cada paso adelante era un paso más cerca de ayudar a mis alumnos a alcanzar su máximo potencial.

Las lágrimas de frustración amenazaban con escaparse cuando me encontraba una vez más frente a la dura realidad de no lograr completar todo lo planeado para ese día en el aula. Las expectativas que con tanto esmero se habían formado y las metas que se habían establecido parecían desvanecerse ante las incesantes necesidades de mis alumnos.

Cada vez que miraba mi lista de tareas pendientes, sentía un nudo en la garganta al darme cuenta de que el tiempo y los recursos nunca serían suficientes para abordar todas las necesidades individuales de cada niño. La lucha constante por equilibrar las demandas del plan de estudios con la atención necesaria para atender las

necesidades de los niños con requerimientos especiales me dejaba sintiéndome agotada y desalentada.

La frustración se intensificaba cuando me enfrentaba a la inevitabilidad de tener que dejar algunas actividades o lecciones sin completar, sabiendo que esto impactaría en el progreso académico y emocional de mis alumnos. Sentía una profunda sensación de impotencia al ver cómo las expectativas se desmoronaban frente a la realidad, dejándome con un sentimiento de culpa por no poder hacer más.

Sin embargo, en medio de esta frustración abrumadora, también encontraba fuerza en el conocimiento de que, a pesar de los obstáculos y desafíos, seguía comprometida con el bienestar y el éxito de mis alumnos. Cada lágrima derramada era un recordatorio de mi pasión y dedicación a la educación, impulsándome a buscar soluciones creativas y estrategias innovadoras para enfrentar los desafíos que se presentaban en el aula. Aunque el camino fuera difícil, sabía que cada esfuerzo valía la pena por el bienestar y el futuro de mis alumnos.

Frecuentemente me encontraba luchando contra sentimientos abrumadores de incompetencia y desánimo que parecían acecharme constantemente. ¿Acaso no estaba haciendo lo suficiente? ¿Por qué resultaba tan difícil equilibrar las necesidades tan diversas de todos los niños en el aula? Estas interrogantes perturbaban mi mente, sembrando semillas de duda y autocrítica. La sensación de impotencia me invadía con fuerza, haciendo cuestionarme mi capacidad como educadora y generando una profunda inseguridad sobre mi eficacia en el aula. A pesar de todos mis esfuerzos, parecía que nunca era suficiente. Me encontraba atrapada en un ciclo de autosabotaje, donde cada pequeño obstáculo parecía magnificarse, alimentando mi creencia de que no estaba a la altura de la tarea.

Cada vez que me enfrentaba a las dificultades y los desafíos en el aula, me sentía como si estuviera constantemente luchando contra una corriente implacable, luchando por mantenerme a flote en medio de la tormenta de expectativas y responsabilidades.

Aun así, en medio de esta lucha interna, también encontraba pequeños destellos de esperanza y perseverancia. A pesar de la duda y la incertidumbre, seguía comprometida con mi misión de proporcionar a mis alumnos el mejor apoyo y orientación posible. Aunque el camino fuera difícil y tortuoso, me aferraba a la convicción de que cada desafío era una oportunidad para crecer y aprender como educadora, recordándome a mí misma que incluso en medio de la adversidad, seguía siendo capaz de marcar una diferencia en la vida de mis alumnos.

En medio de la densa niebla de frustración y desaliento que a menudo me envolvía, encontraba un rayo de esperanza que iluminaba mi camino. A pesar de los desafíos y obstáculos aparentemente insuperables, cada pequeño avance que presenciaba en Miguel y Sofía, cada sonrisa o gesto de complicidad entre ellos y yo, me recordaba el profundo valor y propósito de mi trabajo como educadora.

Aunque las actividades cuidadosamente planificadas a menudo quedaban en segundo plano frente a las demandas inmediatas de atender las necesidades específicas de mis alumnos con requerimientos especiales, el impacto de mi dedicación y compromiso en la vida de los niños era innegable. Cada paso adelante, por pequeño que fuera, resonaba como una victoria tanto para ellos como para mí.

Ver a Miguel concentrarse en una tarea por unos minutos adicionales o a Sofía expresar sus deseos de una manera más clara y efectiva eran pequeños milagros que renovaban mi determinación y me recordaban que mi trabajo estaba haciendo una diferencia tangible en sus vidas. A pesar de las frustraciones y contratiempos, estos momentos de progreso y conexión eran la verdadera esencia de mi labor como educadora.

En esos momentos, me sentía fortalecida por el conocimiento de que mi esfuerzo y dedicación no se perdían en vano, sino que estaban sembrando semillas de crecimiento y aprendizaje en el corazón y la mente de mis alumnos. Aunque el camino fuera arduo y lleno de obstáculos, seguía adelante con renovado vigor

y convicción, sabiendo que cada paso que daba en el proceso educativo era un paso hacia un futuro más brillante y prometedor para mis alumnos.

Con una determinación renovada, me preparaba para enfrentar cada nuevo día en el aula. Reconocía que, aunque las cosas no siempre saldrían como lo había planeado, mi compromiso con el bienestar y el progreso de mis alumnos nunca flaquearía.

Cada mañana, me levantaba con una determinación renovada, lista para enfrentar los desafíos que el día pudiera presentar. Sabía que el camino sería difícil y que habría obstáculos en el camino, pero eso no me detendría. Con el firme propósito de hacer una diferencia en la vida de mis niños, me comprometía a dar lo mejor de mí cada día.

A pesar de las dificultades, mantenía viva la esperanza y la fe en el poder transformador de la educación. Recordaba que cada pequeño paso hacia adelante, cada logro, por mínimo que pareciera, era un paso en la dirección correcta. Mi determinación era inquebrantable, alimentada por el amor y la pasión por mi trabajo como educadora.

Con esta mentalidad, enfrentaba cada día con valentía y determinación, sabiendo que mi compromiso con mis alumnos era más fuerte que cualquier obstáculo que pudiera surgir en mi camino. Aunque las cosas no siempre salieran como lo había planeado, estaba decidida a seguir adelante, confiando en que mi dedicación y esfuerzo no serían en vano, y que cada pequeño paso que diera contribuiría al bienestar y al progreso de mis alumnos.

CRECIENDO COMO MAESTRO: EL CAMINO HACIA UNA AUTORIDAD COMPASIVA

Abel Ortiz Virgen ¹

Desde mis primeros días como docente, me enfrenté a un desafío formidable que puso a prueba mi enfoque pedagógico y mi habilidad para equilibrar la cercanía con la autoridad en el aula: la disciplina escolar. Al principio, me inclinaba hacia la accesibilidad y la amistad con mis estudiantes, deseando construir relaciones sólidas basadas en la confianza y la camaradería. Creía firmemente que al ser uno más de ellos, ganaría su respeto de manera natural y efectiva.

Pronto me vi inmerso en un torbellino de desafíos cuando los primeros signos de problemas comenzaron a surgir. Mis alumnos, quizás confundidos por mi enfoque inicialmente permisivo, empezaron a desafiar mi autoridad en el aula. La falta de límites claros y la ausencia de una estructura definida llevaron a un ambiente de desorden y falta de respeto que amenazaba con socavar los cimientos de mi labor educativa.

Recuerdo que, con mi primer grupo, me permitía decir palabras altisonantes y trataba de encubrirlos si cometían alguna falta, intentaba ser uno de ellos. Aunque llegué a llevarme muy bien con muchos de ellos, hubo algunos otros que, debido a la inmadurez propia de su edad, rompieron ese lazo de amistad. Uno de ellos me confrontó frente a toda la clase, desafiándome directamente, lo que me obligó a subir el tono de voz y cambiar mi actitud.

En otro momento, al querer dejar una actividad para casa, un

¹ Profesor de Telesecundaria y Doctorante en Educación del CEVECP.

alumno me insultó en voz baja. Escuchar ese insulto me hizo darme cuenta de que estaba permitiendo una falta de respeto inaceptable, pero al mismo tiempo, yo la generaba. Aprendí que un docente no puede permitir que los alumnos le falten el respeto.

Fue entonces cuando me encontré en una encrucijada emocionalmente agotadora: ¿mantener mi postura amigable pero vulnerable ante el desafío constante de mis estudiantes o ajustar mi enfoque y establecer límites firmes que pudieran devolver el orden y el respeto en el aula? Tras reflexionar sobre mis valores como educador y las necesidades de mis alumnos, decidí abrazar el cambio y asumir un papel más definido como autoridad en el aula.

El proceso de transición no fue fácil ni exento de dudas. Sentí cómo se tambaleaba mi identidad como «maestro buena onda» mientras me adentraba en un territorio desconocido donde la seriedad y la firmeza debían prevalecer sobre la camaradería. Comencé a enfatizar la importancia del respeto mutuo y la responsabilidad personal, recordándoles a mis estudiantes que el aprendizaje florece en un ambiente donde se valora tanto la libertad como los límites.

Una de las primeras medidas que tomé fue abrazar la idea de enseñar desde la complejidad. Entendí que el mundo no puede reducirse a simples categorías o conceptos aislados, como disciplina, amistad o conocimiento. En lugar de segmentar el conocimiento en disciplinas separadas, busqué integrar diferentes áreas del saber para ofrecer una visión más completa y contextualizada de la realidad. Esto implicaba fomentar el pensamiento crítico, la interdisciplinariedad y la comprensión de las conexiones entre diferentes fenómenos y disciplinas.

Además, decidí incorporar el arte como una herramienta fundamental en mi enseñanza. Creía firmemente en su poder transformador para explorar y expresar ideas, emociones y experiencias de manera única y significativa. Utilicé el arte como un medio para fomentar la creatividad, la expresión personal y la apreciación estética en mis estudiantes.

Ya fuera a través de la música, la pintura, la danza o el teatro, integré el arte en todas las áreas del currículo, permitiendo a mis alumnos explorar y expresarse de manera artística, de esta manera también buscaba que me vieran como alguien que de verdad quería que aprendieran por otros medios, y eventualmente ganarme su respeto.

La integración de estrategias de educación física y educación socioemocional en mi enfoque pedagógico ha sido una decisión fundamental para enriquecer la experiencia educativa de mis estudiantes. Al igual que el arte, considero que estas herramientas ofrecen un potencial transformador que va más allá de la mera adquisición de conocimientos académicos.

En primer lugar, la educación física desempeña un papel crucial en el desarrollo integral de los estudiantes. No solo promueve la salud física, sino que también fomenta habilidades como el trabajo en equipo, la cooperación y el liderazgo. A través de actividades deportivas y recreativas, mis alumnos aprenden a respetar las reglas, a enfrentar desafíos y a superar obstáculos, fortaleciendo así su autoestima y confianza en sí mismos.

Además, la educación física proporciona un espacio para la expresión corporal y la exploración del propio cuerpo. Mediante el movimiento, los estudiantes pueden canalizar sus emociones, liberar tensiones y desarrollar una mayor conciencia de sí mismos y de los demás. Esto contribuye a cultivar habilidades socioemocionales como la empatía, la autoaceptación y el control emocional, fundamentales para una convivencia saludable y respetuosa en el aula y más allá.

Sé que hay muchos compañeros, sobre todo en mi subnivel (telesecundaria), que condicionan la clase de educación física al comportamiento de los estudiantes, es decir, lo ven como un premio si su actitud en general ha sido “buena”. Quiero decirles a estos colegas que eso es un grave error, no debemos condicionar lecciones de clases tan fundamentales en la educación integral de nuestros estudiantes. A través de esta asignatura además de

trabajar los beneficios y las habilidades antes descritas, también se fortalece el vínculo estudiante-docente.

No debemos olvidar nuestro tiempo de alumnos. Como adolescentes es difícil poner atención a las clases durante todo el día. Resulta necesario realizar una pequeña actividad entre clases para despertar a nuestros estudiantes, claro estoy hablando de las famosas pausas activas. Seguramente a estas alturas más de uno ya las dio por olvidadas, es por eso por lo que considero que quizá nunca se reflexionó realmente sobre la importancia y los beneficios que nos dan a nuestras clases.

La implementación de pausas activas durante las clases es fundamental para promover un ambiente de aprendizaje saludable y productivo. Estas breves interrupciones en la actividad académica permiten a los estudiantes desconectar temporalmente de las tareas cognitivas intensas y recargar tanto su mente como su cuerpo.

Durante estas pausas, los alumnos tienen la oportunidad de estirarse, moverse y activar su circulación sanguínea, lo que ayuda a mejorar su concentración, su estado de alerta y su capacidad para retener información. Además, las pausas activas ofrecen un espacio para liberar tensiones y reducir el estrés, lo que contribuye a un ambiente más relajado y propicio para el aprendizaje.

Además, las pausas activas fomentan la interacción social y el trabajo en equipo entre los estudiantes. Al participar en actividades físicas o recreativas durante estos descansos, los alumnos tienen la oportunidad de relacionarse con sus compañeros, fortalecer lazos de amistad y desarrollar habilidades sociales clave, como la comunicación y la cooperación.

Estas interacciones positivas contribuyen a crear un sentido de comunidad en el aula y promueven un clima escolar inclusivo y colaborativo. Asimismo, las pausas activas pueden servir como un momento para celebrar los logros académicos o reconocer el esfuerzo de los estudiantes, lo que aumenta su motivación y su autoestima.

En cuanto a la educación socioemocional, considero que es un pilar fundamental en la formación integral de los estudiantes. Esta disciplina les brinda herramientas para comprender y gestionar sus emociones, así como para establecer relaciones saludables y constructivas con los demás. A través de actividades de autoconocimiento, resolución de conflictos y desarrollo de habilidades sociales, mis alumnos aprenden a comunicarse de manera efectiva, a trabajar en equipo y a desarrollar la empatía y la compasión hacia sus compañeros.

La educación socioemocional también les proporciona estrategias para afrontar los desafíos y adversidades de la vida, promoviendo la resiliencia y el bienestar emocional. Al enseñarles a identificar y expresar sus emociones de manera adecuada, contribuye a crear un ambiente de apoyo y comprensión mutua en el aula, donde cada estudiante se siente valorado y escuchado.

El buen uso de la tecnología es otro recurso que me ha ayudado a entablar relaciones saludables con mis estudiantes. Buscar actividades lúdicas que despierten su interés y que aprovechen las herramientas tecnológicas disponibles se ha convertido en una estrategia fundamental en mi práctica docente.

El uso de la tecnología en el aula va más allá de simplemente mostrar videos en la televisión o utilizar diapositivas en el proyector. Se trata de aprovechar las herramientas digitales para crear experiencias de aprendizaje inmersivas y participativas. Un ejemplo concreto de cómo he utilizado la tecnología de manera efectiva es a través de la gamificación. En lugar de impartir lecciones tradicionales, he diseñado actividades interactivas que involucran a los estudiantes de una manera divertida y estimulante.

Un caso específico es la implementación del popular juego de trivia «Jeopardy» en mis clases. Utilizando plataformas en línea o incluso creando mis propias versiones personalizadas, he organizado sesiones de Jeopardy que abordan temas específicos del plan de estudios. Los estudiantes compiten en equipos para responder preguntas y acumular puntos, lo que no solo refuerza el contenido

académico, sino que también promueve el trabajo en equipo y la colaboración.

Además, he creado juegos regionales adaptados a la cultura y contexto de mis estudiantes, como «100 mexicanos dijeron». Este juego se basa en el formato de un programa de televisión popular y presenta preguntas relacionadas con la historia, la geografía, la cultura y otros aspectos relevantes de México. Al utilizar referencias familiares y cercanas a los estudiantes, logro captar su atención y motivarlos a participar activamente en el aprendizaje.

Estas actividades no solo hacen que el aprendizaje sea más interactivo y entretenido, sino que también fortalecen la relación entre los estudiantes y yo. Al participar juntos en juegos y desafíos, creamos un ambiente de camaradería y colaboración en el aula. Además, el uso de la tecnología para crear estas experiencias educativas innovadoras demuestra a los estudiantes mi compromiso con su éxito y mi disposición para adaptarme a sus intereses y necesidades.

La introducción de juegos educativos, aplicaciones interactivas y plataformas de aprendizaje en línea ha permitido enriquecer el proceso educativo, haciendo que mis alumnos se sientan más motivados y comprometidos con el aprendizaje. Además, el uso de la tecnología ha facilitado la personalización del contenido educativo, permitiéndome adaptar las actividades según las necesidades e intereses individuales de cada estudiante.

La tecnología también ha abierto nuevas puertas para la comunicación y la colaboración entre mis alumnos y yo. A través de herramientas como correos electrónicos y plataformas de mensajería instantánea, hemos podido mantener un contacto más fluido fuera del aula. Esto ha creado un ambiente de confianza y cercanía, donde los estudiantes se sienten cómodos expresando sus inquietudes, compartiendo sus ideas y solicitando ayuda cuando la necesitan. Asimismo, el uso de tecnología ha facilitado la retroalimentación rápida y efectiva sobre el progreso académico de los estudiantes, lo que ha fortalecido nuestra relación y ha contribuido a su desarrollo integral.

También fomenta su autorregulación, ya que a través de apps como Additio y su filial Edvoice, los estudiantes y sus familias son conocedores en todo momento de su progreso, los instrumentos de evaluación y retroalimentaciones oportunas. Es así como se forman estudiantes más conscientes de sus fortalezas y áreas de oportunidad.

Otro aspecto destacado del uso de la tecnología en mi práctica docente ha sido su capacidad para ampliar el alcance del aprendizaje más allá de las paredes del aula. A través de recursos en línea como videos educativos, simulaciones virtuales y conferencias en línea, mis alumnos tienen la oportunidad de explorar nuevos conceptos, descubrir diferentes perspectivas y acceder a información actualizada de manera rápida y sencilla.

Esto les permite desarrollar habilidades de investigación y pensamiento crítico, así como fomentar su curiosidad y creatividad, fortaleciendo así nuestra relación y enriqueciendo su experiencia educativa al proporcionarles un entorno estimulante y desafiante. Además, el uso de la tecnología ha permitido diversificar las formas en que mis estudiantes pueden demostrar su aprendizaje.

Desde la creación de presentaciones multimedia hasta la realización de proyectos colaborativos en línea, mis alumnos tienen la oportunidad de utilizar una variedad de herramientas digitales para expresar sus conocimientos de manera creativa y original. Esto no solo les permite desarrollar habilidades tecnológicas relevantes para el mundo actual, sino que también les brinda una sensación de empoderamiento y autonomía en su proceso de aprendizaje, lo que fortalece nuestra relación y su compromiso con la educación.

Por último, pero no menos importante, me comprometí a promover el humanismo en mi práctica docente. Reconocí la importancia de poner a los estudiantes en el centro del proceso educativo, valorando sus necesidades, intereses y habilidades individuales. Esto implicaba crear un ambiente de aprendizaje que promoviera el respeto mutuo, la empatía y la inclusión, donde cada estudiante se sintiera valorado y apoyado en su desarrollo integral.

Para alcanzar estos objetivos, implementé cambios significativos en mi enfoque pedagógico. Incorporé metodologías activas y participativas que fomentaban la reflexión crítica y el diálogo constructivo en el aula. Además, busqué oportunidades para colaborar con otros docentes y profesionales de otras ciencias y la educación, enriqueciendo así mi práctica y explorando nuevas formas de enseñanza y aprendizaje.

A medida que implementaba estos cambios, experimenté una montaña rusa emocional. La incertidumbre y el temor inicial se transformaron gradualmente en una sensación de propósito renovado y determinación inquebrantable. Observé cómo la dinámica del aula comenzaba a cambiar lentamente: mis estudiantes respondían positivamente a los límites claros y al nuevo tono de autoridad que emanaba de mí.

A pesar del sacrificio de mi cercanía emocional, comprendí que era necesario para cultivar un ambiente propicio para el aprendizaje genuino. Acepté con humildad que ser un maestro efectivo no consiste en ser el mejor amigo de tus estudiantes, sino en ser un guía compasivo pero firme que les enseña no solo conocimientos académicos, sino también valores fundamentales como el respeto mutuo y la responsabilidad compartida.

En cada interacción con mis alumnos resonaba una nueva melodía: una mezcla armoniosa de seriedad y calidez, autoridad y empatía. Aprendí a mantener un equilibrio delicado entre establecer límites claros y mantener una actitud accesible pero firme. Descubrí que la verdadera grandeza radica en encontrar esa armonía entre ser un educador respetado y un mentor apreciado por sus alumnos.

A medida que me sumergía más profundamente en este viaje de autodescubrimiento docente, me di cuenta de que cada desafío superado era una oportunidad para crecer no solo como educador, sino también como ser humano. Aprendí a valorar la importancia de la flexibilidad sin perder de vista la necesidad de mantener una estructura sólida en el aula.

Cada día se convertía en una lección viviente sobre la importancia de adaptarse al cambio sin perder la esencia misma de lo que significa ser un maestro comprometido con el crecimiento integral de sus alumnos. A través del proceso de redefinir mi rol docente, descubrí nuevas facetas tanto de mí mismo como de mis estudiantes.

En medio del caos aparente, encontré un orden renovado basado en el respeto mutuo y la responsabilidad compartida. Mis alumnos comenzaron a valorar no solo mis conocimientos académicos, sino también mi capacidad para guiarlos con firmeza, pero con compasión por el camino del aprendizaje significativo. En cada mirada, cada palabra pronunciada, cada gesto compartido, se forjaba una conexión profunda basada en el respeto mutuo y la confianza recíproca.

A través del prisma cambiante del tiempo y la experiencia, llegué a comprender que ser un maestro efectivo va más allá de impartir conocimientos; implica sembrar semillas de respeto, responsabilidad y empatía en el corazón mismo de cada estudiante. Cada desafío superado se convirtió en una oportunidad para crecer no solo como educador, sino también como guía espiritual para aquellos cuyas vidas tocan la mía cada día.

En este viaje sin fin hacia la excelencia educativa, abracé con gratitud cada obstáculo como una oportunidad para aprender, crecer y evolucionar tanto personal como profesionalmente. Descubrí que la verdadera magia reside en encontrar ese equilibrio perfecto entre ser accesible emocionalmente pero firme en tu autoridad; entre ser un mentor respetado, pero también un amigo comprensivo para tus alumnos.

Al inicio de mi vida como docente, tenía la convicción de querer ser el mejor maestro. Hoy con humildad y aceptación puedo decir que he abandonado ese sueño, ya no quiero ser el mejor. En cambio, mi sueño actual es que mis estudiantes sean mejores personas, que aprendan lo necesario para desarrollarse en esta vida. Abrazar esa esperanza significa dar lo mejor de mí en el aula, y más allá. En cada paso dado hacia adelante, recordé las lecciones aprendidas

en las trincheras del aula: que ser un maestro va más allá del dominio del contenido académico; implica cultivar relaciones auténticas basadas en el respeto mutuo y la confianza recíproca. Cada palabra pronunciada resonaba con una nueva profundidad; cada gesto compartido irradiaba una luz renovada sobre el camino hacia una educación transformadora.

Aprendí que la verdadera grandeza de un maestro radica en encontrar el equilibrio entre la cercanía y la autoridad, entre la amistad y el respeto. Descubrí que ser accesible emocionalmente no implica renunciar a tu autoridad, sino más bien enriquecerla con empatía y comprensión. Entendí que establecer límites claros no es un acto de rigidez, sino una muestra de amor y cuidado hacia mis estudiantes.

Recomiendo a mis colegas docentes que se atrevan a abrazar el cambio, a desafiar sus propias creencias preestablecidas sobre el rol del maestro. Les insto a cultivar relaciones auténticas basadas en el respeto mutuo y la confianza recíproca, recordando siempre que somos guías en el viaje educativo de nuestros alumnos, no solo transmisores de conocimientos.

Los animo a mantenerse flexibles en medio de la adversidad, a aprender de cada desafío y a crecer tanto personal como profesionalmente. Que nunca olviden que ser un maestro va más allá del aula; es un acto de amor hacia el aprendizaje y el crecimiento integral de cada estudiante que cruza su camino.

A lo largo de mi trayectoria como docente, he aprendido que la autenticidad es clave para establecer relaciones significativas con mis estudiantes. Al ser honesto y transparente sobre mis propias experiencias y desafíos, creo un ambiente de confianza y empatía que fomenta el crecimiento tanto académico como personal.

Descubrir el equilibrio entre la firmeza y la comprensión ha sido un proceso de aprendizaje continuo para mí. A través de la práctica reflexiva y la autoevaluación constante, he aprendido a adaptar mi enfoque según las necesidades individuales de mis estudiantes,

manteniendo siempre en mente el objetivo fundamental de su desarrollo integral.

Uno de los mayores desafíos como educador es encontrar formas creativas de involucrar a todos los estudiantes en el proceso de aprendizaje. Al reconocer y valorar la diversidad de habilidades, intereses y experiencias de mis alumnos, puedo diseñar actividades y recursos que promuevan la participación y el éxito para cada uno de ellos.

La colaboración con colegas y la búsqueda de oportunidades de desarrollo profesional son aspectos esenciales para seguir creciendo como educador. Al intercambiar ideas, compartir experiencias y aprender de otros, amplió mi perspectiva y adquiero nuevas herramientas y estrategias para enriquecer mi práctica docente.

Al continuar abrazando estos principios y comprometiéndome con mi crecimiento personal y profesional, sé que puedo seguir siendo un guía compasivo y efectivo para mis estudiantes, ayudándoles a alcanzar su máximo potencial y a convertirse en personas seguras, responsables y respetuosas. Mi mayor satisfacción como docente proviene de ver el impacto positivo que tengo en la vida de mis estudiantes. Cada logro alcanzado, cada obstáculo superado y cada momento de crecimiento compartido son recordatorios poderosos de la importancia y el valor de mi labor como educador. En última instancia, les invito a abrazar con valentía la dualidad inherente al rol docente: ser un faro de luz y guía para sus alumnos, al tiempo que cultivan una conexión auténtica basada en el respeto mutuo y la responsabilidad compartida. Que cada día en el aula sea una oportunidad para sembrar semillas de sabiduría, compasión y respeto que florezcan en corazones ávidos de aprender y crecer.

Que estas palabras sirvan como faro en la oscuridad, como recordatorio constante de la nobleza y la grandeza del oficio docente. Que cada desafío sea una oportunidad para crecer, cada obstáculo una piedra angular en la construcción de un legado educativo duradero. Que nunca olviden que ser maestro es más que una profesión; es una vocación sagrada que transforma vidas y moldea mentes para un futuro lleno de promesas y posibilidades infinitas.

ASÍ ME HICE DOCENTE

Marlene Alejandra Landa Jácome ¹

Introducción

La elección de aquello a lo que queremos dedicarnos en nuestra vida adulta impacta en todo nuestro proyecto de vida y es muy común que sigamos un patrón o una línea familiar, no porque nos sesgue a ello sino porque durante nuestra infancia, todo deja una marca casi imposible de borrar.

He conocido familias que durante varias generaciones se dedican a lo mismo; a proteger un negocio familiar que requiere poner todo su empeño, esfuerzo y dedicación, pero sobre todo aprendizaje en aquello a lo que se dedicarán, por ejemplo, los ebanistas, lauderos, carpinteros, panaderos, asimismo, con las familias de docentes, donde se sabe de manera superficial que será una profesión que permitirá tener un trabajo estable, vacaciones, prestaciones, y tiempo para la familia. La realidad es todo lo contrario, principalmente en las mujeres y no quiero adentrarme en un tema de género pues sería un mar de argumentos en mencionar las diferencias o dificultades que enfrentan las mujeres docentes. Decir que la docencia es una profesión muy noble, deja muchos hilos sueltos, ya que dependiendo desde dónde y cómo se interpreta esa nobleza realmente se determina una realidad muy dura. Se tienen referentes de que no es una profesión de las mejores pagadas o al menos así es en nuestro país, donde hay una aparente estructura con el equilibrio necesario, pero sufrimos el día a día con nuestro sistema educativo, donde la realidad en una comunidad es devastadora. Y aún con ello existimos muchas personas que encontramos complicidad en ese contexto de escuela, alumnos, padres de familia y maestros.

¹ Profesora de la Universidad Pedagógica Veracruzana

Con un sin fin de retos personales, académicos, económicos y familiares, estamos en el viaje de hacernos maestros; algunos inexpertos, medio experimentados y expertos. Lo más interesante es cómo al encontrar esa identidad docente todo se vuelve posible en lo más adverso.

Desarrollo

¿Por qué soy docente?

La influencia familiar es tan fuerte que difícilmente se logra esquivar. Desde niña disfrutaba jugar en casa a los exámenes profesionales; aquellos que en los años 88-90 escuchaba realizarse por parte de una universidad dentro de la Plaza Macuiltepec en Xalapa, Veracruz. Mientras estos se realizaban, permanecía en una sala contigua donde jugaba con los trajes regionales de un ballet a cargo de un reconocido Mtro. de danza, y como dato curioso los trajes eran reparados por una Mtra. egresada de la facultad de pedagogía, pero su habilidad en la costura la había puesto en el lugar que disfrutaba.

Años más tarde, principalmente los sábados de 7:00 a 17:00 horas, permanecía en una jornada donde escuchar mencionar a Piaget, Vygotsky o Montessori era muy frecuente pues me sentaba en la parte de atrás del salón donde esperaba a mi madre quien daba clases en una universidad formadora de docentes. Esos salones eran los más bonitos, con enormes ventanas y pizarrones dobles color verde y lo más importante eran esas personas quienes llenaban esos salones, pues conocí un modelo de maestro muy distinto al actual. Quizá eso me acabó de conquistar y querer ser como ellos; creo que de manera inconsciente supe que ahí se encontraba mi proyecto de vida; había algo en este edificio y aulas que me hacían sentir segura y feliz. A lo mejor era por sus jardines, por la primera alberca que habían visto mis ojos, o la bandera más hermosa que ondeaba en la explanada central; para mí era la más grande del mundo. Así transcurría mi vida mientras cursé la escuela primaria.

Al entrar a la secundaria todo cambió: además del tormentoso trayecto de esta etapa del ser humano donde no se comprende absolutamente nada y se cree saber todo al mismo tiempo, llegó un cambio de rutina, y nuevamente una marca difícil de borrar. Mi mamá fungía como orientadora vocacional en una secundaria con pocos años de haber sido fundada. El escenario no era tan bonito como el del otro edificio, ya que se encontraba en una periferia de la ciudad donde se percibían carencias muy marcadas, calles sin pavimentar, áreas montosas, calles oscuras, pero había que permanecer ahí los jueves y viernes de 16:00 a 21:00. Lo más incómodo era tener que pasar un retén de policías dentro de un taxi con mi madre. La mayor parte del tiempo estaba fuera del cubículo que medía 3x4 metros cuadrados donde apenas cabía un locker, el escritorio de mi mamá y dos sillas una para ella y otra para el acusado, o al menos así lo percibía en ese momento. Por lo regular ese acusado-adolescente no tenía nada que decir en su defensa más que morderse las uñas y mirar hacia abajo, pues llegaba por incumplimiento recurrente en sus materias, mala conducta o inasistencias frecuentes. Algo que recuerdo es que estos alumnos etiquetados como problemáticos encontraban en dos o tres maestros refugio, atención, escucha y uno de esos maestros era mi mamá que, sin pensarlo mucho, tocaba la puerta del domicilio de ese chico de secundaria, actividad que creo se ha suspendido un tanto por la seguridad del maestro o el orientador vocacional.

Definitivamente no era un lugar agradable a excepción de los ensayos de la Banda de Guerra que me parecía fascinante y no había mejor lugar para escucharlos que desde el balcón donde se encontraba el cubículo de mi mamá. Con lo anterior quiero referir que esas vivencias fueron detonantes para pensar en ser maestra de secundaria y decretar que los alumnos me apreciaran o encontraran un apoyo emocional, jamás quise ser de los maestros a los que les tienen miedo o no hay respeto por ellos.

Por diversas circunstancias antes de entrar al bachillerato obtuve mi primer trabajo en una cadena de alimentos muy reconocida en nuestro país y por la falta de fuerza para aguantar las charolas el

sitio más apropiado fue ser botarga: vestir de un pollo gigante que pareciera estar feliz. Comparto este dato ya que fue determinante en mi decisión de ser maestra, pues veía pasar a mis maestros de la secundaria en sus vehículos los cuales sí lucían más felices que yo. Con ellos reafirmaba que no quería un trabajo como ese para toda mi vida, sino un día ser como ellos.

Al salir del bachillerato en el año 2001, ingresé al Instituto de Educación Superior Simón Bolívar donde cursé la Normal Superior Incorporada a la Dirección de Educación Normal en la Cd. de Xalapa, Veracruz. En ella se ofertaban, en aquellos años, las nueve especialidades, (español, matemáticas, geografía, historia, cívica y ética, biología, inglés, física y química). Elegí la especialidad en español que, con mi insípido análisis crítico, a los 18 años pensé que sería la más fácil y resultó todo lo contrario. Sin embargo, ahora sé que fue la mejor opción para mí. Durante los primeros tres semestres de la licenciatura recibí un listado de autores que, si bien leíamos en miles de fotocopias, los sentía alejados de mi realidad, de mi contexto, en pocas palabras de mi mundo. Los pensaba ajenos a personas normales o correctamente dicho a personas regulares. Algunos de ellos son Rosa María Torres, Silvia Schmelkes, Daniel Cassany, Cesar Coll, Namo de Melo, Emilio Tenti Fanfani, Max van Manen, entre otros, pero estos dos últimos son los que más recuerdo. En los últimos años, he visto a algunos a lo lejos en algún congreso y otros hasta responden a un comentario que les hago en redes sociales, ¿esto es posible? Aún me sorprende y emociona. Bertely (2002) decía que nos aproximábamos a los libros, en mi caso fotocopias, de manera mecánica, pensando que todo lo que escriben son conocimientos únicos e incuestionables, listos para reproducirse en nuestra práctica docente. Quiero aclarar que los autores anteriormente enlistados no son mis autores favoritos, pues si de escritores se trata, José Emilio Pacheco es el número uno para mí.

La fortuna de conocer a compañeros con una gran diversidad de origen, a pesar de ser del mismo estado de Veracruz, recompensó las primeras contradicciones de la formación normalista. Por ejemplo, la rigidez en la apariencia que debe mostrar un maestro

frente a grupo de nivel secundaria, que si bien no entendía en ese momento ahora creo en la urgente orientación que necesitan los jóvenes que deciden vivir en las aulas la mayor parte de su tiempo.

Ahora tengo la certeza de que un docente contagia en absolutamente todo, desde su perspectiva ante la vida, su apariencia, su manera de ver al mundo, cómo actuar ante los imprevistos, pero sobre todo su tacto en la enseñanza. Es ahí donde hago énfasis por este texto que fortaleció a cada uno de mis compañeros normalistas y a mí en lo particular siendo un antes y después de su lectura. El tacto en la enseñanza. *El significado de la sensibilidad pedagógica*. (Manen: 1998). En él, se nos da esa herramienta para los maestros inexpertos o ya con un largo trayecto en la docencia al cuestionarnos si estamos haciendo bien las cosas o necesitamos de ese “algo”, mejor dicho “tacto” que hace la diferencia en la enseñanza; cómo y desde dónde se encuentra situado, y cómo se construye entre su alumno y él la complicidad para el binomio de enseñanza-aprendizaje. Aclaro que ambos son actores en el mismo proceso, ya que como maestros nunca dejamos de aprender principalmente de nuestros alumnos. Pues como se menciona en el Horizonte Educativo de la Universidad Pedagógica Veracruzana Velasco, Toro. M. (2016) vivimos un aprender en el aprender, que se genera en todo momento aun estando dormidos, ya que aprendemos con el cuerpo.

En poco tiempo viví desencantada de la formación docente en el nivel de la segunda enseñanza ya que, en mis primeras prácticas de observación, no era paciente con los chicos de secundaria, concluía la jornada triste y deprimida. Salía del salón de clases y pensaba “¡por qué elegí esto!, no me hace feliz llegar al salón y ver a 40 adolescentes de segundo grado, salir con mi pantalón como si hubiera jugado fútbol”. Esto me aterrorizó y decidí interrumpir el inicio del tercer semestre de la licenciatura para perseguir el sueño americano sin imaginar lo que me esperaba.

Perspectiva migrante de un sujeto en formación docente

Se había vivido una tragedia mundial: la caída de las Torre Gemelas el 11 de septiembre de 2001, noticia que circulaba en todos los medios y con esto una vigilancia extrema a todas las líneas fronterizas principalmente en el norte de nuestro País. sin embargo, esto no impidió la decisión de intentar un proyecto distinto lleno de peligro e incertidumbre. Había un trasfondo familiar de rebeldía y violencia en casa que pedía alejamiento.

En algún momento, quiero detallar la travesía de un viaje de Xalapa, Veracruz a Chicago, Illinois, mas ahora sólo me evocaré en el sentir del abandono a la Licenciatura en Educación Secundaria con especialidad en español, que, si bien fue en parte un desencanto por el ambiente generado en la institución, también fue por esta necesidad de buscar un mejor ingreso económico de forma inmediata alejada de cualquier tipo de violencia. Lo curioso es que después de mi trayecto en dos ocasiones por el desierto, no sé si llamarlo mi destino o gusto por enseñar, me orillaban a la docencia o a recordar de manera inconsciente textos que en apenas tres semestres se habían cristalizado en mi pensamiento.

Después de trabajar como obrera, mesera, limpia vidrios y en limpieza doméstica, por fin llegué al lugar donde me sentí segura y apreciada, aun estando presente la discriminación debo aclarar. Sin embargo, era distinto a los demás trabajos; llegué a una tienda de ropa, yo le llamo mi primera vuelta en U, ya que, al querer enseñar español a una niñita de 7 años, nieta de una de las dueñas, recurría a reproducir lo que durante años mis maestros me habían enseñado, y repetía lo que tanto me decían: un idioma no se aprende si no hay constancia, curiosidad y a la vez necesidad. Este consejo también iba para mí, la niña de 7 años y yo de 18 nos entendíamos por ese amor y tacto con el que le enseñaban a pronunciar pequeñas palabras, y es ahí donde retomé la idea de continuar estudiando.

Frente a la tienda de ropa estaba muy cercana una escuela llamada “Rosario Castellanos” en la zona sur de la Cd. de Illinois. Si bien el nombre de la Escuela no me era aún tan familiar, pensaba en

cómo serían las clases ahí, con salones más iluminados, ventilados, recursos de primer mundo en tecnología y por supuesto un maestro con mejores condiciones laborales, remunerado justamente, aspecto que impacta en gran medida el desempeño frente a sus alumnos. Fue ahí donde regresó como un chispazo en mi mente la idea de ese plan de vida que *di-soñé* en mi infancia. Así, cada día al llegar a la tienda mientras limpiaba los vidrios, pensaba que en esa escuela estaba la felicidad; esa felicidad plasmada en los rostros de los adolescentes que veía pasar en la mañana mientras yo estaba arriba de una escalera acompañada de una cubeta con vinagre lista para dejar los cristales como espejos.

La vida pasaba en segundos, la nieve se iba con ella en el mes de marzo y yo seguía aparentemente perdiendo tiempo. Llegaba la ansiedad en las noches, pensando, acompañada de mi soliloquio “-ya estaría cerca de pasar al cuarto semestre”. Un buen día de extremo calor visité por primera vez el lago Michigan y vi correr a mi lado a varias personas disfrutando de ese sol y siendo felices, cosa que anhelé como nunca. Algo recorría mi sangre: era una sensación que me es compleja describir a tantos años de ese día, pero sí recuerdo que en mi mente pasó algo y sabía lo que tenía que hacer inmediatamente.

El regreso no era tan sencillo, la presión social es como un yunque difícil de tirar al mar. Por ello decidí ir a trabajar a una zona hotelera en Isla Mujeres. Eso me permitió no llegar con los bolsillos vacíos, pues había un pequeño detalle: quedaban las cuentas pendientes de los gastos de esos tres semestres en la normal que la contraloría familiar, es decir mi madre, reclamaba. Era o devolverlos, o bien culminar esos estudios; la segunda opción fue la más viable.

Una vez incorporada en la normal, entré al sistema abierto a estudiar pedagogía. Al concluir ambas licenciaturas, cursé diplomados que fortalecieron el trabajo frente a grupo. Una licenciatura en educación preescolar y la otra en primaria para el medio rural e indígena, definitivamente fue el vinagre que más he disfrutado; curtieron parte de mí y limpiaron el alma. Sus historias, frente a grupo en las escuelas bilingües de las comunidades de Xochiojca,

Xometla, Mixtla de Altamirano, Tequila, Tehuipango, Macuilca entre otros me dieron un mundo de conocimientos, donde la interculturalidad se vivía de otro modo.

En uno de los diplomados, tuve el privilegio de como tener como maestra a una socióloga, en realidad filósofa de nacimiento. Con ella, la frase para enamorar al grupo fue “hablemos de los romanos”. Fue en ese salón donde descubrí que podemos interesarnos o no por la sociología, pero no podemos vivir sin ella, que es simplemente una ciencia atemporal.

Tres años después egresé de una maestría con enfoque inclusivo. Debo decir que me apropié del enfoque mucho después de haber egresado y una vez que logró tatuarse en mí, me daban oportunidad de dar una clase, y no había otro camino que buscar a esa mujer filósofa y socióloga que en un café me volvió a cautivar con una palabra “fenomenología” y contagiarme de esa alegría al enseñarme y explicarme todos sus esquemas en esa libreta de reuso. Pero lo que más me enseñó fue a luchar por mis sueños, por mis metas y a saber lidiar con las injusticias.

La docencia y el miedo por escribir

Pocos son los docentes que estando frente a grupo escriben ¿por qué? Yo pienso que hay un miedo a la crítica, al rechazo y a la burla que entre colegas o compañeros es difícil no encontrar y al pensamiento erróneo que quien escribe sólo son aquellos investigadores que ya han transitado una formación doctoral. Lo anterior, sin reconocer que en el día a día nos convertimos en investigadores sociales, aquellos que sin imaginar tenemos una función camaleónica, pues, además de ser el frente de los niños y jóvenes, somos los psicólogos, terapeutas, administradores, trabajadores sociales y por supuesto con habilidades de plomería, carpintería, electricistas, modistas, coreógrafas etc., siempre buscando mejorar las condiciones de nuestra escuela y el aula que acoge un sinfín de historias e hitos en cada uno de los actores que transitan ella. Pero ¿quién enseña a escribir? ¿A quién se le debe

esta magnífica posibilidad de lograr trasportarnos a cualquier lugar? Ahora puedo encontrar una lógica para que en el bachillerato no inventaran otra cosa como trabajo final que no fuera un ensayo: el escrito más difícil de elaborar desde mi punto de vista. Aclaro que esto fue en los años 1998-2001, ahora ya habrá otras innovaciones. Los maestros tienen o tenemos el mal hábito de no registrar, de confiarnos tanto a esta parte de ser o sentirnos expertos en algo y hacer todo de manera improvisada. Segura estoy de que, si fuéramos formados en la etnografía, otra sería nuestra historia, que permitiría desechar mil y un temas para escribir, ya que, cada niño, adolescente o adulto es una historia con una posibilidad de proponer de analizar de reflexionar y autoevaluar.

¿En qué momento se enseña a escribir de manera forma? ¿Quién determina los estilos? ¿Parte solo de la falta del hábito lector o hay algo más oculto en este ejercicio? El poeta chileno Roberto Bolaño decía que leer es una actividad placentera, pero escribir es masoquismo. Sin duda, lo que sí se encontrará al escribir es un desnudo del alma y de contrastes en el pensamiento, que nos harán tener pena, miedo a la burla o a la opinión. Cuando el agobio llega es muy difícil continuar escribiendo; escribir implica primero gusto, ganas, condiciones, habilidades, tiempo que nunca sobrá. Por ello se debe convertir en una prioridad o más que eso en una necesidad que deje satisfecha el alma.

Conclusión

Ser maestro es vivir en el horizonte, el que nunca culmina, pero cada vez se ve todo más cerca y mientras más cerca se está, más ganas e intensidad ponemos a lo que realizamos. Hoy creo y confirmo que mi decisión de ser maestra fue la mejor, no porque haya logrado estar como un día lo soñé en la primaria sino porque me ha mostrado la felicidad en pedacitos y completa; la aceptación al otro, el respeto a la diversidad, a enfrentar con el menor miedo posible las tormentas que azotan sin aviso previo, a saber, cómo empezar a reconstruir mejorando cada parte destrozada.

Hoy sé que el desencanto nunca desaparecerá de las cosas que amamos pero que siempre estará la manera de encontrar la pasión de aquello que nos hace feliz, ser mejores seres humanos y mejores en el trabajo en comunidad.

Hay fórmulas no secretas para no perdernos y una de ellas es la formación y profesionalización docente. Esa que nos dice en qué momento volvemos a confirmarnos con la vocación de servir, de sentir paz al ayudar y guiar al que no encuentra su norte. Permite desnudar el pensamiento, desmenuzar que es lo que vive un profesor en su día a día, su trato y relación con sus pares y superiores.

Cuando decidí empezar este escrito empezaba un proceso difícil en mi actual cargo, más allá de las situaciones vividas, reflexioné en las reacciones que un ser humano puede tener, la falta de ética, criterio, honestidad entre otros aspectos. Ser Mtro. no tiene un gramo de facilidad, todo lo contrario, pues más que el dominio de los contenidos es el saber compartir aquello que deseamos sea apropiado por el otro. Algo importante que quiero compartir es que no existe el momento adecuado para escribir; cada idea es el momento adecuado con sus trabas y sus candados. Para mí esta convocatoria fue una linterna en la cueva del lobo que dio posibilidad de éxito o tan solo de sobrevivir.

EXPERIENCIAS EN EL AULA UNIVERSITARIA: ENSEÑANZA DESDE LO COTIDIANO

Julieta Arcos Chigo ¹

Preludio

El aula es un espacio diverso donde además de experimentar los procesos de enseñanza-aprendizaje encontramos una serie de intersubjetividades que dotan al desarrollo cognitivo de diferentes relieves, aportes, obstáculos y retos para quienes nos involucramos en este proyecto que sucede en cada curso que se inicia. Mi relato tiene como objetivo destacar los elementos que constituyen la experiencia áulica desde una experiencia personal como profesora universitaria en un periodo que involucra la ruptura del paradigma de la escuela y la educación, a raíz de la pandemia de covid-19; y, posteriormente, la organización y la enseñanza que se integraron a la llamada nueva normalidad que trajo vientos distintos para redirigir el barco de la formación de los jóvenes universitarios para la construcción de saberes, a partir de la importancia de las relaciones personales, físicas y afectivas que promueven la creación de valores y conocimientos.

El desgarre de la cotidianidad y las desigualdades educativas

Como lo expresaron los expertos, la pandemia de covid-19 evidenció y agudizó las asimetrías que desde hace tiempo se habían identificado en el campo educativo, debido a lo poco adecuado de las políticas educativas en un país como México, caracterizado por su diversidad cultural y desigualdad social. Se manifiesta con contundencia la carencia de espacios educativos adecuados, escasez de herramientas para la enseñanza y, desde luego, la

¹ Profesora de la Facultad de Historia de la Universidad Veracruzana e integrante del Cuerpo Académico 78 Estudios en Educación.

desigualdad en el acceso a las tecnologías de la información y la comunicación; obstáculos que fueron “el pan nuestro de cada día” para sacar adelante los procesos educativos ante una crisis sanitaria mundial.

Cotidianamente, estudiantes y profesores nos reunimos en las improvisadas aulas virtuales. En el camino apresuramos nuestra alfabetización digital, para que la escuela se trasladara a las pantallas de las computadoras y celulares; no obstante, las condiciones sociales de crisis sanitaria, económica y social provocaron una brecha en el acceso a la educación y el conocimiento. Acuña Ortigoza, y Sánchez Acuña (2020).

La incertidumbre se respiró por largo tiempo ante el contagio de una sepa desconocida y letal que entraba silenciosa a dejarnos sin aliento y con pocas esperanzas de sobrevivir, pues el acceso a la atención médica disminuía ante un sistema de salud inoperante y saturado de enfermos. La salida fue el cierre de los espacios públicos, el aislamiento era la esperanza del mañana; una contradicción para muchos que perdieron sus empleos, su salario, su salud, sus seres queridos. Un ambiente tenso que llevó a los hogares los movimientos y las luchas sociales pendientes, que se detuvieron por la llegada de este virus; entre ellos, la educación formal que tuvo que salir de las aulas para incorporarse a la red digital.

Este escenario fue el telón de fondo del sistema educativo que debía dar repuesta a los distintos niveles y ofrecer certeza de que el ciclo escolar seguiría; su alternativa fue implementar o afianzar el sistema de educación en línea, virtual o híbrido para mantener desde el confinamiento el delgado hilo entre los educandos y sus profesores. La ansiedad que nubló el camino durante ese tiempo, debe ser un motivo para reflexionar respecto al papel que la educación y sus actores tenemos para trabajar por sociedades más justas.

Mi papel como profesora desde la pantalla fue generar conexiones no solo cognitivas sino de fraternidad; un reto difícil ante un muro de

recuadros con letras que solo se dejaban sentir a través de un lejano y tenue audio -en ocasiones entrecortado-, voces titubeantes, otras más fuertes y claras, alguna con ruidos de fondo que daban fe de su vida cotidiana, como las pláticas de sus hermanos y familiares, el radio o la televisión informando de lo acontecido en cada momento, o, bien, el silencio, el espacio más quieto de su casa era el lugar para tomar sus clases. Así empezamos a reconocernos de lo físico a lo virtual.

Esta experiencia me llevó no solo a la era digital, además, usé mi voz para subrayar la importancia de la escuela como un espacio significativo y signifiante. Las posibilidades de comunicación se multiplicaron acercando a todos, no solo a otras universidades, pensamientos y lugares, sino también a modificar la manera de ver el mundo, en donde los hechos se aceleran, pasan de prisa y no permiten reflexionar en las razones de su existencia, así como el impacto que provoca la urgencia de vivir el hoy, y lo inquietante que es no tener tiempo de pensar en el mañana. Las olas interminables de información nos inyectaban ciertas dosis de paranoia que son propias de esta era de la información.

En este contexto, debo indicar que de acuerdo con Acuña Ortigoza y Sánchez Acuña (2020), la escuela no solo es un espacio de creación y libertad que sobrevivió en esta fase de desmaterialización del proceso de enseñanza-aprendizaje que provocó la pandemia, sino que debemos mantener ese aprendizaje social para no perder las intersubjetividades construidas por generaciones; es decir, en el encuentro físico, sensorial y afectivo que forma parte de la creación de saberes y permite la construcción de entornos más igualitarios y de reconocimiento a las diferencias.

Experiencias en el aula universitaria. Una mirada desde la enseñanza de la Historia

La enseñanza de la Historia es muy importante en la concientización de las sociedades, es fundamental conocer las narrativas históricas de los hechos, sus ópticas y sus formas de dar sentido a sus relatos. Este proceso es complejo porque debemos dotarnos de

herramientas que nos ayuden a decodificar los discursos históricos y, al mismo tiempo, a construir narrativas integrales, escribir a contrapelo de los argumentos para construir la nueva historia.

Este proceso cognitivo va acompañado por múltiples factores que se presentan en el aula; esta es el escenario de los debates, la arena de discusión y reformulación de saberes. El aula es un espacio privilegiado que reúne una multiplicidad de ideas y posturas relacionadas con un ejercicio específico de conocimiento histórico, que reconstituye las relaciones entre sus integrantes. Por ello me parece esencial retomar las experiencias que ahí suceden y que dan sentido a la Historia, pero también a los que integramos cada curso, cada asignatura, cada Experiencia Educativa (EE).

La fase del regreso a las escuelas, en general, fue un momento de nerviosismo y emoción que nos devolvió al espacio físico de la escuela; para ese momento, nos sentíamos transformados, nos veíamos como sobrevivientes a un virus que recorrió los distintos rincones del globo.

En este sentido, resulta esencial, en este punto de partida, afirmar que a partir de ahí se planteó y se comenzó a edificar una cultura escolar, tal como la definió Julia (1995), al integrar nuestras experiencias de pandemia y nuestros saberes aprendidos en confinamiento con prácticas escolares que se afianzaron durante el regreso presencial, y que dotaron a nuestro proceso cognitivo de miradas diversas para reconocernos.

Es ahí que mi experiencia en el aula, en ocasiones sin percibirlo, cambió, y ahora debo registrar esas modificaciones. La enseñanza de la Historia en un contexto universitario como es el de la Universidad Veracruzana se caracteriza por contar con un número de estudiantes que oscila entre los 15 y los 25 estudiantes por EE; esto permite contar con una interacción constante y la organización de actividades en donde participan como equipos y de manera individual.

Las sesiones son versátiles porque intervienen y atienden las sesiones, y hay integración de los estudiantes, incluso a pesar de haber tres generaciones reunidas en cada curso, debido al sistema de créditos que prevalece en la universidad; lo cual nos enriquece ya que encontramos participación de distintos niveles en formación y, desde luego, también hacen que el profesor intervenga de forma horizontal en este proceso, porque ellos lo han aprendido desde su ingreso.

Experiencias digitales y cotidianas en el aula

La situación reseñada nos invita a preguntarnos ¿cómo las características de los estudiantes son importantes para mostrar cambios en las prácticas escolares en el aula?, ¿qué elementos son los que se identifican como integrados a la cultura escolar de la enseñanza de la Historia? Esas preguntas nos ayudan a identificar nuestros procesos cognitivos, y, al mismo tiempo, la vida cotidiana hace lo propio con sus expresiones de nuevas intersubjetividades.

Para responder a estas interrogantes, desde mi experiencia personal, primeramente, debemos retomar los elementos institucionales que trasformaron las prácticas escolares de la enseñanza. En el caso de mi alfabetización digital, esta no se centró solo en usar las plataformas de comunicación, sino que generé otros elementos para integrar una práctica docente que diera cuenta del proceso de enseñanza-aprendizaje de manera natural al espacio físico integrando. Ejemplo de ello fue retomar las plataformas de *EMINUS* para dar seguimientos a las actividades académicas de los estudiantes. Asimismo, encontramos que las aulas híbridas acercaron a los especialistas a la comunidad escolar, por lo que ahora podemos invitar a nuestras sesiones de clase a académicos de otras universidades, lo cual enriquece nuestros cursos. Estos cambios institucionales se van afianzando con la capacitación de los profesores en ecosistemas digitales propios de la institución, que promueven la creación de materiales que estarán al alcance de nuestros estudiantes.

Esta parte formal se ha integrado como un proceso de retroalimentación y de aprendizaje de estudiantes y profesores. Por otro lado, los resultados de esta interacción modifican los trabajos de evaluación, pues ahora, además de sus ensayos, deben utilizar su experiencia para integrar contenidos visuales que dan otra vuelta de tuerca sobre la enseñanza y la difusión de la Historia. Estos medios y espacios para mejorar la comunicación a partir de los ecosistemas y las redes de la universidad transformaron nuestra vida cotidiana en las aulas; ahora los espacios son un microcosmos, y desde ahí podemos integrar nuevos contenidos a través de los celulares que ingresan a las sesiones de clase con una serie de herramientas y plataformas. Más allá de los logros tecnológicos debo subrayar que hoy la enseñanza de la historia en la universidad está premiada por un esfuerzo para reconstituir las relaciones interpersonales y cotidianas, aunque los procesos son lentos, pero constantes. En mi cotidianidad, integro actividades que tejen los espacios deshilvanados por la vertiginosa modernidad para dar sentido a un espacio cercano, donde los saberes se construyan a partir del reconocimiento y la inclusión, de manera que logremos rescatar esa sensación de pertenencia para dar sentido a la sociedad y aportar a la necesidad de hacer comunidad.

Mi experiencia en el aula me mostró la necesidad de reconstituir relaciones, restablecer lazos de sentido a nuestra cotidianidad, discutir la necesidad de romper con la idea de la eficacia en un mundo donde faltan oportunidades y la toma de decisiones en un espacio que no es el mismo, dejan al descubierto las profundas desigualdades. El aula se ha convertido en un espacio donde se interpela a esos argumentos y se pretende construir una narrativa que rescate primeramente nuevos saberes que integren la necesidad de comunidad, de una sociedad más justa y del reconocimiento a las diferencias.

De esta forma, mi experiencia ha sido de aprendizaje a través del análisis y las demandas que mis estudiantes expresan en el aula, donde coinciden por continuar con las agendas pendientes y detenidas que van acompañadas por disminuir la incertidumbre del mañana, resolver la falta de oportunidades y las libertades ciudadanas.

Este recorrido es muy rápido, pero desde luego marca un antes y un después en las aulas que se ha transformado no solo con los nuevos implementos tecnológicos, sino que asistimos a otro cambio que se observa en las prácticas escolares y en la formación de nuevos lineamientos ante las demandas de equidad e inclusión. También se observa que la cotidianidad está integrada por nuevas aristas, una nueva agenda que se deja ver en las acciones y reacciones de nuestro estudiantado.

Me interesa mostrar cómo desde mi aula, un espacio pequeño, en momentos se tejen historias de cambio que involucran saberes de múltiples instituciones, regiones, personas, conviviendo en un laboratorio de nuevos saberes. Por último, respecto a este reconocimiento de las transformaciones en el aula a través del tiempo, resulta necesario registrar que cada generación no solo tiene su propia currícula o formas de aprendizaje, sino que los procesos históricos que lo marcaron a través de sus generaciones pasadas le dan un nuevo sentido a las aspiraciones y, desde luego, a las luchas para transformar el mundo que les tocó; eso observo a través de la oportunidad de compartir la escuela y vivirla con nuevas generaciones. Ahora es un momento difícil para el mundo, no solo por el cambio climático y las guerras, lo que demuestra la necesidad de observar más de cerca la reconstitución de la vida cotidiana en comunidad.

EL CINE Y LA CONSTRUCCIÓN DE UNA CONCIENCIA HISTÓRICA EN EL CONTEXTO DE LA PANDEMIA DEL COVID-19

Jorge Rodríguez Molina ¹

La conciencia histórica, clave para entender una pandemia

De acuerdo con Sánchez Quintanar (2002), los elementos que constituyen la llamada conciencia histórica son:

- a) La noción de que todo presente tiene su origen en el pasado.
- b) La certeza de que las sociedades no son estáticas, sino mutables y, por tanto, cambian, se transforman constante y permanentemente mediante mecanismos intrínsecos a ellas e independientemente de la voluntad de los individuos que la conforman.
- c) La noción de que, en esa transformación, los procesos pasados constituyen las condiciones del presente.
- d) La convicción de que yo -cada quien-, como parte de la sociedad formo parte del proceso de transformación y, por tanto, el pasado me constituye, forma parte de mí, hace que yo -mi ser social- sea como es.
- e) La precepción de que el presente es el pasado del futuro, que yo me encuentro inmerso en todo ello y, por lo tanto, soy parcialmente responsable de la construcción de ese futuro.
- f) Finalmente, la certeza de que formo parte del movimiento histórico y puedo, si quiero, tomar posición respecto de este; es decir, puedo participar de manera consciente, en la transformación de la sociedad (p. 220)

¹ Profesor de la Facultad de Historia de la Universidad Veracruzana e integrante del CAC 78 Estudios en Educación.

Cuando escuché en los medios de comunicación, en diciembre del 2019, que una epidemia había aparecido en China, me parecía demasiado lejos; antes de las vacaciones trataba de conocer si era posible empezar a trabajar con los estudiantes de otra manera. La Unidad Académica de Humanidades de la Universidad Veracruzana (UV) estaba en remodelación por lo que ya veníamos tomando clases con mis alumnos en cualquier lugar, menos en las aulas. Un día estábamos en la “Biblioteca de la Ciudad” y otro en la Biblioteca “Carlos Fuentes”, pero no siempre se podía por falta de espacio, por lo que traté de que tomáramos clases en la Unidad de Servicios Bibliotecarios e Informáticos (USBI), pero no se pudo, pues los estudiantes estaban de aquí para allá y no podían seguir de esa manera.

En el periodo intersemestral anterior estuve en un curso referente al *Eminus 3*, la plataforma virtual de nuestra universidad, que en mi muy particular opinión no fue muy grato, pues no aprendí mucho y mucho menos consideré que tenía utilidad alguna pues nos decían, al mismo tiempo, que ya venía una nueva versión, *Eminus 4*, por lo que esta excluiría a la anterior; se pensaba así, siguiendo la lógica de los avances de la informática, pero fue algo que no sucedió en nuestra universidad, pues la versión no terminó por dejar de utilizarse, ni la otra se utiliza en su máxima capacidad. No sé si fue lo acertado enfocarme a utilizar con mayor profundidad estas herramientas digitales en su momento; sin embargo, el tiempo me alcanzó, pues en este momento estoy como profesor en una especialización en donde utilizo *Eminus 4* para poder desarrollar el curso; claro, no sin dificultades.

Pasó el fin de año del 2019, y parecía que ya se acabaría el proceso de remodelación de la unidad en 2020; todo muy bien. Pero, al mismo tiempo, había noticias cada vez más alarmantes del virus desconocido, que ya tenía un nombre: Covid-19; sin embargo, yo seguía pensando en mis cursos de febrero-julio y cómo trabajar con mis estudiantes, cuando nos dieron la noticia de que seguiríamos sin aulas, pues las obras se retrasaron. No sé por qué me molesté, pues esto es algo común en México, sea en obras públicas, privadas o de otra índole; siempre se retrasan. Tal y como está pasando hoy

día en la ciudad de Xalapa, obras por donde quiera, pero todas inconclusas; qué fastidio atravesar la ciudad en automóvil.

La eficiencia y la eficacia llegaba a mi mundo y espacio educativo a través del Internet, con la presión de las autoridades para su uso en las aulas; sin embargo, aun cuando desde los años noventa del siglo pasado en varios países desarrollados el uso de la tecnología se convirtió en la punta de lanza de la modernización de la educación en sus distintos niveles, en el caso nuestro, poco a poco fuimos convirtiéndonos en usuarios y aprendientes para su aplicación en nuestros espacios de trabajo, pero no en consumidores y reproductores de la educación en línea hasta que llegó la Covid-19, la cual provocó el confinamiento.

De repente, ocurrió el golpe; el virus ya estaba en varias partes del continente americano, particularmente en los Estados Unidos de Norteamérica, y, al parecer, pronto llegaría a México. La situación era alarmante, temor e incertidumbre, hasta que llegó la triste noticia: en marzo el país entraría en confinamiento, todos aislados y refugiados en nuestras casas. Mi hijo mayor, quien estaba en la Ciudad de México regresó inmediatamente al conocerse la noticia; de pronto, este problema mundial de salud se convirtió en un conflicto político en nuestro país.

La información que fluía no era fiable, especialmente por el surgimiento de súper expertos de la llamada "sociedad civil" que anteriormente habían sido ingenieros, licenciados en derecho y hasta odontólogas, expertos y expertas en epidemias. A quién creerle, si los medios de comunicación se la pasaban cuestionando la información oficial. Yo pensaba en cómo daría las clases, mis estudiantes apenas tuvieron contacto conmigo cuando estábamos por iniciar clases, no los había visto bien; apenas tuve intercambios con ellos porque los edificios de la Unidad Académica seguían en remodelación.

Las autoridades universitarias ordenaron que debíamos contactar a los estudiantes vía *Eminus 3*, localizar sus correos electrónicos y comunicarnos. En la Facultad de Historia nos proporcionaron los

correos y WhatsApp; poco a poco nos pusimos en contacto. Lo primero que hice fue tratar de conocerlos, preguntar por su situación personal, con qué recursos informáticos contaban, las dificultades que tenían para tomar las clases en línea y de forma sincrónica, y al principio solo pude relacionarme con unos pocos. *Mea culpa*, no pude utilizar el *Eminus 3* y mucho menos el *Eminus 4* para las sesiones en línea. Lo más que logré fue organizar las actividades, las lecturas que tenían que hacer los estudiantes. Organicé mis listas, el programa, los trabajos y las actividades, y los estudiantes empezaron a comunicarse; eso sí, las reseñas, los ensayos, los mapas mentales y conceptuales, y los cuadros sinópticos elaborados eran revisados y regresados con retroalimentación y sugerencias.

El primer semestre del 2020 resultó agotador, en lo profesional estuve angustiado y más porque sabía que no era suficiente, tenía que utilizar las redes sociales y las plataformas; varios de mis compañeros académicos utilizaban el *Facebook*, yo sigo sin utilizarlo hasta hoy día, es la única red social que me niego a utilizar. Empecé a conocer plataformas como *Classroom*, *Meet*, y me quedé con la primera de estas. La consideré la más adecuada en su momento; hoy puedo ya utilizar otras, pero esto fue parte de un proceso más largo. Cuando terminé este primer semestre lo hice apesadumbrado y acongojado por mis estudiantes, ¿qué podía yo haberles enseñado? Apenas pudimos utilizar el cine como una estrategia, les encargaba reseñas de películas, pero parte de ellas eran copiadas de Internet, y mejoraron sus estrategias para seguir cortando y pegando; aun cuando los descubría en el intento, seguían utilizándolas, y más los estudiantes de nuevo ingreso.

Me dije a mí mismo, esto no volverá a sucederme. Entramos nuevamente a clases en agosto, mi situación familiar tampoco era la más adecuada, aun cuando mis hijos tenían acceso al Internet con cierta facilidad; tuve que contratar otra empresa porque una sola no me ofrecía la cobertura necesaria, además de que éramos cuatro personas utilizándolas al mismo tiempo. Por otra parte, las quejas de mis hijos con sus maestros me hicieron reflexionar, pues varios de estos habían trabajado de la misma manera que yo lo hice, solo nos restaba a mí y a mi esposa, también académica

universitaria y de Enseñanza Media Superior, apoyarlos en lo que podíamos, pero no fue suficiente porque uno de ellos estaba en una carrera diametralmente diferente a la mía, una ingeniería.

Empezamos el semestre agosto 2020-enero 2021 y comenzó la aventura en las redes y plataformas, ahora como reproductores en su dimensión de la educación en línea. En un primer momento utilicé la plataforma Zoom para las sesiones en línea, junto con Classroom para la organización de los materiales y evaluación de las actividades, WhatsApp para tener contacto más directo y no formal con mis estudiantes. Los organicé en grupos; sin embargo, me sentía un neófito, nervioso por aparecer en pantalla, porque no me fallara el Internet, lo cual siempre fue un hecho cotidiano; unas dos o hasta tres veces me sacaba de la clase, por uno u otro motivo, la mayoría de las veces no supe la razón.

Los estudiantes que empezaron a asistir lo hacían con las cámaras cerradas, yo me di a la tarea y me convencí de que en mis clases nunca tendría la cámara apagada, que utilizaría lo menos posible diapositivas, más que las necesarias -y especialmente imágenes llamativas o mapas conceptuales y mentales-, nunca textos largos ni diapositivas llenas de información y, mucho menos, leerlas. Trataría de dialogar con ellos y convencerlos de participar.

A partir de estas primeras experiencias me quedó claro que la educación virtual como forma de trabajo llegó para instalarse, pero si se pretende con ello que se convierta en la norma y no en algo complementario, creo que no funcionará; aunque si el maestro sigue siendo un mero reproductor de contenidos sin pasión ni tener la idea central de que un aula es y debe ser una extensión de la experiencia social de quienes participan al interior de ella, y que esta es un espacio de sociabilidad, no podrá competir con la educación en línea, sea sincrónica o asincrónica.

Mi primera tarea fue lograr que prendieran sus cámaras y lo fui logrando; después, que participaran y comentaran los temas expuestos, pero también sobre las emociones que teníamos, empezando por la mía. Traté de decir que los niveles de nerviosismo

eran normales o de conocer qué y cómo percibíamos lo que estaba pasando allá afuera. Les platicaba de mis incursiones a muy temprana hora por la ciudad, caminando por las calles vacías, solo con mi perro, les decía lo que observaba, los cambios que veía, de la gente que transitaba y de los muchos que tenían que trabajar porque no les quedaba otra; les contaba de mi incursión en las tiendas para abastecerme, del miedo que se percibía, pero siempre pensando y diciéndoles a los estudiantes que tal vez pasaría pronto; esto no fue así, como todos sabemos.

Esto motivó a que pudieran charlar de lo que a ellos les pasaba también y se generaron estados de confianza que nos llevaban a entrar en clases poco a poco, y, más o menos, retomar los temas de los cursos, pero sin olvidar en qué momento estábamos, y esto lo logramos relacionando el curso y sus temas con la realidad que se vivía. Me di cuenta de lo privilegiado que era de poder trabajar en mi casa, con las comodidades que tenía, sin exponerme al virus. Regresaba a mi hogar, no sin antes mojarme con una lluvia de desinfectante en todo el cuerpo.

Al ir conociendo a los estudiantes, me fui dando cuenta de sus problemas familiares, algunos de ellos de salud, porque habían sido infectados algunos miembros de su familia, y tristemente algunos de sus familiares cercanos habían fallecido.

Varios tuvieron que darse de baja definitiva y, en el mejor de los casos, temporal. Sin embargo, teníamos que seguir y traté de ser sensible a sus problemas. Terminamos este semestre utilizando mejor la tecnología, y en el siguiente semestre mejoré mis habilidades, tanto en las sesiones en línea y de comunicación. También empecé a participar en actividades con mis compañeros académicos y organizamos eventos en línea, lo que me permitió contactar con colegas de otras partes de México y del mundo, y, principalmente, con amigos entrañables para platicar sobre cómo percibían los problemas de la pandemia en sus espacios, en su quehacer cotidiano, con sus compañeros universitarios y con sus estudiantes.

Yo aprendí mucho de ellos, de mis alumnos. Los impulsaba por atraerlos al conocimiento utilizando lecturas, estrategias audiovisuales como el cine y la música, pero también materiales que circulaban en *YouTube*, en los noticiarios alternativos, con los nuevos protagonistas de las redes sociales: youtubers e influencers, para conocer el impacto que tenían en los jóvenes, y llegué a decir más de una vez, como alguien dijo hace un poco más de cuatro años, benditas redes sociales.

A partir de entonces también se convirtió en una estrategia de comunicación la utilización de videos y materiales creados y puestos en *YouTube* y demás plataformas para informar. Empecé a trabajar con mis estudiantes como un material más, que merecía su análisis, más que nada, porque muchos de ellos tenían como finalidad cuestionar los aparatos de dominación de la información. En fin, ese segundo semestre de 2020 terminó mucho mejor que el anterior, y así fue en los del 2021.

Nuevas experiencias a través del uso de la tecnología me llevaron a mejor utilizarla; sin embargo, un cansancio empezaba a ser más constante, pero este no tenía que ver con lo físico sino con lo emocional. Ya nos habíamos contagiado dos veces en mi familia y habíamos “sobrevivido”. El miedo desapareció, pero ahora le siguieron las crisis emocionales en cada uno de nosotros, y también este tipo de problemas los percibía en mis estudiantes.

La información que circulaba al principio de la pandemia ya no era la idealizada, de ver imágenes de peces, ballenas y narvales que rondaban los puertos y ciudades marítimas, de ver a los animales acercarse a las ciudades, de la disminución de la contaminación; las informaciones idealizadas fueron desapareciendo y comenzaron las noticias sobre los problemas económicos que atravesaba la gente en todas partes. Empecé a dejar de ver a Europa y mirar a África, a Asia, a América, y traté de que mis estudiantes también miraran otras latitudes. Teníamos que reaprender a mirarnos, a mirar a los nuestros cercanos, a los nuestros lejanos, a la gente desconocida de otras partes del mundo, a los privilegiados y a los no privilegiados. A ver con una mirada crítica qué consecuencias

se estaban dando a partir de la desnudez de la sociedad y de las problemáticas que no resolvía el liberalismo, el libre mercado y los estados nacionales.

El cambio indispensable o la transición que no termina: las clases en las aulas híbridas

A finales del 2021 se avizoraban mejores tiempos. Ya habíamos salido a mediados del 2021, cuando bajaron los índices de contagios, y parecía que esta pesadilla terminaba; sin embargo, como una marejada, el virus se volvió a expandir ahora bajo nuevas versiones, menos letales, pero más contagiosas y el miedo rondaba, como sigue hasta nuestros días. La población adulta ya estaba vacunada y podíamos empezar a convivir, a tener un mayor contacto humano, pero el temor seguía estando presente y también debido al *confort* proporcionado por los nuevos hábitos, tal vez no muy buenos en varios actores del quehacer educativo.

Nos acostumbramos muchos de nosotros a utilizar o mal utilizar las tecnologías educativas, las consideraciones éticas fueron dejadas a un lado. Maestros que no querían regresar a las aulas y que presionaban a través de sus organizaciones sindicales para que así sucediera, y circulación de información falsa para incentivar el miedo. Entre los padres de Medio Superior pasaba algo parecido, sin embargo, muchos de los jóvenes cuestionaban a los padres: si no podemos salir a las aulas, al menos a la calle. Cada vez había una mayor presión sobre las instituciones educativas de parte del gobierno, y de algunos sectores de la población, pero especialmente de los jóvenes; aunque faltaba algo que es privativo en amplios sectores de nuestro país: la cultura de la confianza. En este contexto, la Universidad Veracruzana, a través de las autoridades, intentó promover la creación de aulas híbridas e iniciar las sesiones bajo esta nueva modalidad, que en el contexto actual le llamaría de transición.

En mi caso, un profesor de tiempo completo de la Facultad de Historia, con cinco experiencias educativas impartidas en cada semestre necesitaba, a como diera, lugar las clases presenciales,

y lo más cercano a ellas eran las que se podían impartir en esas mencionadas aulas. En lo personal, considero que para llevar a cabo una educación crítica es fundamental que lo pedagógico se convierta en algo político. Reconociendo, antes que nada, el contexto social, político, económico y cultural de cada momento y de los actores participantes. En el contexto de la pandemia no podemos seguir creyendo en la ciencia que sirvió a los intereses y legitimó a los consorcios de la medicina; cómo dejar nuestros sueños y esperanza de una buena vida en una ciencia que funcionó bajo los estándares empresariales. Necesitamos de una nueva forma de historiar y de transmitir la Historia, pero siempre a partir de una educación crítica, empezando por nuestras propias prácticas y hábitos como docentes, como académicos.

Para comenzar el semestre febrero-agosto 2021 se organizó una serie de reuniones para facilitar el regreso, además de reglamentar el uso de las aulas. En mi caso, las emociones eran encontradas; por un lado, ya quería regresar, pero conforme se realizaban las reuniones en línea con las autoridades, se incrementaba cierto conformismo de mi parte. Me di cuenta de que había una resistencia al regreso por diversos motivos, pero aun con ello, escogí volver de manera inmediata. Eso me llevó a cursar unas pocas sesiones de instrucción para utilizar los nuevos aparatos instalados en las dos aulas de la Facultad de Historia adaptadas.

Muy pocos iniciamos esa nueva aventura de volver a la “nueva normalidad”. Por momentos me quería echar para atrás, pero tenía que ser congruente, y más si consideraba que para lograr los cambios en la base y en la estructura de la sociedad, una de las formas de incentivar el espíritu crítico era haciendo más partícipes a los jóvenes en su cambio. Para revalorizar la pedagogía crítica no solo es importante capacitar a los estudiantes para trabajar, sino educarlos para cuestionar de manera crítica a las instituciones, las prácticas y valores que envuelven a sus vidas, como propone Henry Giroux (2003).

Ahora más que nunca, en una sociedad controlada cada vez más por los consorcios empresariales y mediáticos, aun en situación de

desventaja, tenemos que promover el pensamiento crítico entre los estudiantes; no basta con exigir mejores estudiantes que vienen de la Educación Media Superior, o que la educación está fragmentada y separada entre los distintos niveles como algunos mencionan. La pandemia del Covid-19 nos tomó por sorpresa a todas y todos, así como a las instituciones, e incluso corporaciones empresariales, al grado de que en este sistema capitalista dominante en su vertiente neoliberal, las grandes y medianas empresas en todo el mundo, que tanto luchan por empequeñecer y desaparecer al Estado, ahora le exigían subsidios, más ventajas fiscales para poder “sobrevivir”.

En particular considero que las acciones educativas son acciones de socialización. No solo son actos de aprendizaje para saber trabajar, sino para reconocernos como lo que somos: seres humanos con emociones, sentimientos, habilidades y actitudes que nos permitan seguir siendo nosotros y nosotras. La educación en línea es una mera estrategia que nos puede permitir resolver problemas frente a situaciones como la pandemia que nos tocó vivir, pero no puede ser la esencia de la educación. La educación híbrida, tal y como se vislumbró por nuestras autoridades, no ha resultado del todo bien. En el semestre febrero-agosto 2021, se contó con la tecnología necesaria, pero como docentes apenas pudimos utilizarla. Una capacitación pobre, en un laboratorio de medios, con personas capacitadas en la utilización de la tecnología, pero alejada de la realidad.

Cuando regresamos a nuestras aulas, en las primeras semanas apenas pudimos utilizarlas. Sin embargo, con algunos estudiantes pudimos poco a poco desentrañar su utilización y realizamos manuales; sin embargo, poco se podía lograr, las fallas continuas en la red, la descoordinación o desprogramación de los aparatos -así como el mal uso que hacíamos de ellos por la poca capacitación que teníamos-, nos llevó a decidir por la educación presencial, aun cuando esta requiriera de esfuerzos mayores.

¿Qué hicimos?, convencer a los estudiantes a que asistieran a clases presenciales. ¿Cómo logramos que en las cuatro primeras primera semanas pasaran de un 35% de estudiantes que asistían

presencialmente a un 93%, y en algunos grupos a un 100%?, fue a base de convencerlos de las bondades de la socialización cara a cara; aquellos que estaban en línea y que observaban lo que hacíamos en el aula empezaron a darse cuenta de que sus compañeros en el salón se notaban más contentos, relajados y, sobre todo, conviviendo e intercambiando ideas. Se fomentó y se fortaleció el diálogo, los temas se debatían y se discutían, se partía de los problemas actuales aun cuando fueran experiencias educativas como “Siglo XVI y XVII en Nueva España”, “Formación del Estado Nacional en México”, “México contemporáneo”, “Línea de investigación II” o “Historia social del cine”, esta última que imparto en la Facultad de Artes.

De las buenas intenciones a la frustración. La esperanza de que las películas impacten en las conciencias de los jóvenes

En el contexto de la pandemia me quedó claro que a los estudiantes había que alfabetizarlos visualmente, y esta fue una experiencia que se siguió utilizando desde las aulas de la Licenciatura en Historia de la Universidad Veracruzana, donde participo desde hace varios años como titular de la Experiencia Educativa “México contemporáneo”, donde actúo como un facilitador de experiencias destinadas a formar la conciencia histórica de los estudiantes. Desde hace unos años utilizo las herramientas audiovisuales en las cinco experiencias educativas que imparto por semestre; sin embargo, me enfoqué en el México contemporáneo con la finalidad de centrarme en dar a conocer cómo el cine, en particular, entre otros medios de comunicación, ayudó a reproducir, al igual que las políticas educativas creadas a partir de 1921, una estructura de pensamiento que se orientó a crear una estructura social basada en invisibilizar y naturalizar el racismo, lo que permite hasta nuestros días un sistema de dominación y control sobre la mayoría de la población.

Según Grosfoguel (2012), a través del racismo se introducen las desigualdades en amplios sectores de la población, en espacios de lucha y conflictos, donde conviven y se enfrentan grupos sociales con cuotas desiguales de poder, en los que unos acceden

inmediatamente al reconocimiento social, económico y cultural, y a otros se les niega por las características físicas y somáticas con que se les identifica.

Mediante el cine, en especial en el de los años treinta hasta los cincuenta del siglo XX, se reforzó una idea y una construcción visual que reprodujo una forma colonial de ver nuestro entorno, nuestra "realidad", así como una perspectiva simbólica que funcionó para racializar e inferiorizar a los grupos originarios que se identificaban como tales, y a otros que se convirtieron a mestizos occidentalizándose y reproduciendo prácticas sociales que les permitieran ser reconocidos como mestizos o blancos. Este fenómeno social poco estudiado e investigado para el caso de México, no es tocado en las aulas escolares de formación Básica, Media Superior y Superior, por lo que en el curso se buscó mostrar el papel del cine y tratar de que los estudiantes se reconocieran como individuos que piensan y reflexionan los procesos de colonización visual a los que somos expuestos (Barriandos, 2011).

Así como utilicé películas que representaban problemáticas de índole político, cultural, cotidiano y educativo como: *El rebozo de Soledad*, *El impostor*, *La fuerza inútil*, *Canoa*, *Fe*, *esperanza y caridad*, *El Bulto*, entre otras, para el caso de la situación que estábamos viviendo mundialmente; como parte del programa de la Experiencia Educativa "México contemporáneo", me centré en tratar de entender el problema de la enfermedad en la Historia, por lo que utilicé dos películas que consideré adecuadas para el momento: *Río escondido* (1948) de Emilio Fernández y *Marejada* de Carlos Toussaint, realizada en 1952.

En *Río escondido*, el tema central es la historia de amor entre el médico Felipe Fernández que viene de la capital a realizar su servicio social a un poblado remoto. En la película dirigida por Fernández, entre otros elementos que se analizaron, está la figura del presidente municipal del pueblo, quien es presentado como modelo de lo que el presidente de la República nombra en el planteamiento como "políticos inmorales", como "manzanas podridas que no tienen lugar en la sociedad posrevolucionaria"

ideal, “el tirano irracionalmente maléfico que debe ser vencido por las fuerzas del bien”, por la razón moderna, que es representada por la maestra. Frente a su tiranía, la maestra Rosaura (María Félix), el médico Felipe Fernández (Fernando Fernández) y el señor cura (Domingo Soler), todos ellos mestizos de tipo europeo, ejercen su capacidad de agencia para unir esfuerzos y construir el bien común.

Mientras tanto, los indígenas son representados como seres sin capacidad de agencia para actuar en el mundo y transformarlo, simples receptores pasivos de las acciones emprendidas por los mestizos para protegerlos. Por ejemplo, ante la epidemia de viruela que azota a la población, los indígenas aparecen representados como parte de una masa anónima que los hombres del presidente municipal tratan de llevar a vacunar con violencia, y, ante su resistencia, el cura se vuelve una suerte de flautista de Hamelin porque al tocar la campana de la iglesia logra que los indios dejen de huir y se formen con docilidad para ser vacunados: “ahí los tiene a todos corriendo a formarse como borreguitos” (Fernández, 1948), al escuchar el cencerro, dice uno de los matones del presidente municipal.

En la escena descrita se buscó representar cómo los indígenas, que irracionalmente huyen y acuden a ser vacunados, son guiados por el instinto y se comportan y son tratados como animales. Luego de vacunar a los pobladores de *Río escondido* llega el primer día de clases en la escuela del pueblo. Frente a un salón lleno de niños y un retrato de Benito Juárez a sus espaldas, la maestra se presenta y les habla de su misión: sacarlos de “la ignorancia que pesa sobre ustedes y les pone en los ojos y en el corazón una venda impenetrable”.

En la película de *Marejada*, en la primera escena, con la lectura del juramento de Hipócrates, se hace énfasis en el papel de los médicos como misioneros de la salud. Después de que el médico llega al pueblo, al principio es menospreciado por los lugareños, hasta que poco a poco llega a tener la confianza de todos, a través de un niño y después de haber curado a una niña de meningitis. Es evidente que las formas tradicionales de curar promovidas por la “yerbera”

del pueblo son marginadas; la relación entre lo nuevo y lo externo con lo viejo y lo local, se ve interrumpida constantemente por una serie de eventos, que conducen a esa idea que se gestó desde lo político: la unidad local como reflejo de la unidad nacional.

Conclusiones

Como consecuencia de la pandemia, para resolver el problema de las clases, se pensó que la educación virtual, sincrónica o asincrónica, resolvería los inconvenientes como si, de repente, fuera la única salida ante esta crisis; por eso, creo que este tipo de eventos nos pueden ayudar a reflexionar para conocer los alcances de la educación virtual, pero también de las limitaciones que puede tener. Necesitamos tener claro que la crisis del Covid-19 generó en nuestro país respuestas distintas a la forma en que lo asumieron en otros países, entendiendo que los problemas educativos de cada lugar son expresiones de su realidad, de su cultura política, de sus formas de comunicación y socialización de la cultura y tradiciones, y, por último, de la naturaleza de sus desigualdades; por lo que no podemos inclinarnos y aceptar todo, aunque una de las ventajas de la educación en línea sea el favorecer la comunicación interpersonal y más directa entre el profesor y el estudiante.

La educación en línea, en su justa dimensión, y la llamada educación híbrida, deben asumirse como estrategias complementarias de la educación; si asumimos que la educación es un acto formativo en los niveles de creación del pensamiento crítico, formador de la ciudadanía y de expresiones propias de una cultura, entendiendo también que el aula es un espacio de socialización en donde se reproducen las prácticas de integración entre las personas. Así como sucede en espacios represivos, en la educación en línea, aun cuando esta se utilice de manera más abierta y libre, el diálogo tiende a ser menos exitoso en grupo. El lenguaje corporal es imposible de ser observado a través de una cámara, y es fácil romper la comunicación ignorando un mensaje o apagando la cámara.

La educación en línea no sustituye el acto de socialización y el proceso social de la escuela, entendiendo que esta no debe reducirse al espacio físico sino como un espacio de confluencia que se extiende a las calles, las bibliotecas, los pasillos, las cafeterías, los campos deportivos, las calles, los parques e incluso los antros; es decir, a cualquier espacio donde se geste la comunicación física entre las personas. En el caso particular de nuestro país, las condiciones económicas, sociales y políticas se convierten en un impedimento o reducen la efectividad y la cobertura de la educación en línea. La pandemia nos obligó a voltear y, en muchos casos, ver la realidad de nuestros estudiantes.

En el caso de la Facultad de Historia, según los estudios socioeconómicos que se realizan en el examen de ingreso, los estudiantes presentan más problemas económicos en contraste con estudiantes de otras facultades que pertenecen a la unidad de humanidades. Esto nos permitió conocer las problemáticas que atravesaban las familias de nuestros estudiantes, lo cual nos llevó entender las causas de su rezago y de la exclusión a la que se enfrentaron amplios sectores de la población en México.

La educación híbrida debe entenderse también como un elemento complementario y, como sucede con la educación en línea, como herramienta que nos ayuda a mejorar el proceso social de la educación, pero no como un sustituto. La educación virtual llegó para quedarse, pero en su justa posición; tampoco debemos desdeñarla, sino aprovechar sus posibilidades para potenciar el aspecto social del conocimiento.

Para finalizar, como vehículo de la pedagogía del poder (Möller, 2002), en *Río escondido y Marejada*, se reproduce la ideología mestizante en la representación que se hace de la escuela rural y la práctica de la medicina, y en sus actores protagónicos: los campesinos, los pescadores, los educandos indígenas ignorantes, la docente y los médicos mestizo y blanco; los iluminados que tienen como misión salvarlos “de las tinieblas del analfabetismo y de la charlatanería de las viejas prácticas indígenas para la curación”, y así sacar a México del “letargo de siglos” del que son responsables.

Desde la perspectiva de la Historia de la educación en México, el abordaje de las películas como evidencia etnográfica e histórica facilita estudiar la política educativa y de salud que implementó el Estado revolucionario. Hace evidente la concepción colonial de lo indígena y de lo agrario como objeto de intervención estatal, para favorecer un progreso de enfoque positivista desde las escuelas normales y de medicina.

ENTRETEJIENDO MIS LUCES Y SOMBRAS

María Antonia Martínez Déctor ¹

Introducción

Definir mi vocación no fue tarea fácil pues incursioné en los estudios de contabilidad porque el área económico administrativa me parecía fácil aun cuando mi test vocacional perfilaba hacia el área biológica y de ciencias de la salud (solía pensar que “era buena para los números” y me gustaba “hacer ciencia”). Esto ahora me favorece, ya que me desempeño preparando diversas disciplinas en mi centro de trabajo, aunque también pude haber ganado tiempo estudiando algo referente a la docencia, pues mi mamá me platica que cuando era niña decía que iba a ser maestra, profesión que afortunadamente ejerzo.

Me enamoré de la docencia y creía con certeza que podía aportar a mejorar la vida de quienes estuvieran en mi espacio donde “yo tenía el control” porque podía ofrecer no solo formación educativa sino “felicidad”; claro que me he ido reconfigurando y entendiendo que eso no siempre es posible pues no todo depende de mí ¡y está bien que así sea! Me gusta aprender y aunque la formación profesional se ha dado con grandes espacios de tiempo entre un grado y otro, reconozco que ha sido en los tiempos propicios para actualizarme y mantener vigente mi vocación. Esto ya que siete años después de la licenciatura, obtuve el grado de maestra y diez años después de la maestría, me encuentro estudiando el doctorado.

Un regalo especial que nos hace la docencia es hermanarnos con quienes compartimos la profesión aun cuando recién los conoces, pues usualmente surge la confianza y el “tender la mano” para

¹ Profesora de Telesecundaria “Francisco I Madero”.

apoyarte en el inicio del servicio docente, o en un curso al compartir materiales. También, en la estancia en un lugar que desconoces, se te orienta o acompaña, estos son por mencionar algunos detalles entre los muchos que hay y personalmente agradezco enormemente por haber gozado de ellos y aprender tanto de los noveles como de los mayores.

Las competencias para el aprendizaje permanente se favorecen con el pensamiento reflexivo que cultiva y fortalece la autoestima, salud mental, voluntad e inteligencia, con cada situación específica que le significa y exhorta a actuar, lo cual se evidencia en la vida y se refleja en el quehacer docente.

Desarrollo

Se dice que todo ser humano experimenta la crisis vivencial, la crisis existencial y en el caso de la mujer la crisis maternal, pero yo no tuve ese problema, ya que fueron subsanadas esas necesidades con la temporalidad del nivel en que me encontraba. Pues cuando tenía 23 años, disfruté por cuatro ciclos el nivel preescolar; a los 28 incursioné durante dos años en el nivel primaria donde las experiencias “subían de tono”. A los 30, me encontré con la paradoja del desafío y acogida del nivel medio superior, pues por un interinato conocí el telebachillerato, que me dio la oportunidad de contactar con jóvenes bien intencionados queriendo comerse el mundo, receptivos y dispuestos a pesar de las limitantes que la localidad marcaba.

Allí atendía a los de primer semestre. Sin embargo, al ir avanzando había como un “toque de realidad” que parecía cambiarles las intenciones cuando llegaban al sexto semestre. A los 31 ingresé al sistema de telesecundaria y ha sido realmente gratificante acompañar a los adolescentes; recibir no solo enseñanzas de su parte, sino energía, entusiasmo, socio-actualización, de tal manera que el tiempo “se va volando” y aunque envejecemos físicamente, el ánimo se mantiene fuerte y firme gracias a ellos.

Conociendo los diferentes niveles

En un inicio mi objetivo original eran los parvulitos, ya que, el haber iniciado en un preescolar particular donde cada día recibía una dosis enorme de ternura, sueños, buen humor, afecto, anhelos, ojitos expresivos con ganas de comerse el mundo de las profesiones con el famoso “cuando sea grande” contrastaba con la realidad de ser directora comisionada en el telebachillerato. Allí era tratar con los de quinto semestre, próximos a egresar. Para ellos era importante dar en lugar de recibir, pues en ocasiones los jovencitos ya desanimados por la situación económica principalmente empezaban a soltar esos sueños y miraban hacia el “tengo que casarme porque ya estoy grande”, “mejor voy a trabajar para ganar dinero y ayudar en casa”, entre otras frases y “problemas” propios de la edad que definían más su inserción laboral que la continuidad académica. Razón por la que me era más atractivo el primer nivel que el último en cuestión.

Ahora bien, tener la oportunidad de asistir a un director muy humano en el nivel primaria (próximo a jubilarse que quería dejar todo en orden y sabiendo que estaba estudiando, me propuso hacer ahí algunas prácticas), me permitió conocer el área administrativa, identificar materiales de antaño, aprender el llenado de algunos documentos y por una doctora amiga, aprendí sobre el registro adecuado de la ficha individual acumulativa. Los compañeros me apoyaban para entrar a los grupos como asistente y realmente aprendía de los maestros que me daban la oportunidad de acompañarlos.

Cuando ingresé al sistema educativo en el nivel de telesecundaria, mi mayor miedo era no saber algo que me pudieran preguntar pues el currículo a impartir era vasto y darles de manera errónea una contestación me conflictuaba. Mientras que mi derrotero era entregar el cien por ciento de mis habilidades desarrolladas hasta ese momento al servicio de los estudiantes para que todos los días aprendieran algo, me decía a mí misma “de mí dirán lo que quieran, menos que no trabajo o peor aún...que no sé”, ya que tengo la plena convicción de que estoy para aportar y requiero aprovechar

los tres o cinco minutos de atención que te brindan los estudiantes para así permear su vida a largo plazo y para bien.

Las experiencias que trastocaron mi ser una vez que me dieron mi orden de presentación, fueron desde recorrer “la tierra de nadie” hasta sentirse nadie. Por ejemplo, experimenté el temor por recorrer largas distancias en lugares desconocidos sola, sujeta a personas impulsivas y tratarlas con paciencia hasta que en ambas partes la tolerancia abriera paso al diálogo y la discusión madura, comer con novedad y riesgo alimentos a los que no se está acostumbrado, también el no conocer a todos y aun así confiar y poner la integridad en manos desconocidas (a pesar de ser testigo de la falta de apoyo para con una compañera que fue abusada y no pasó nada porque “más valía quedarse callado” según aconsejaban). En fin, todo, absolutamente todo lo que vas viviendo a lo largo de la vida son pasos anticipados a tu caminar actual, ya que realmente el pasado forja el presente y permea el futuro, no cabe duda de que todo y todos influyen.

Algunas ventajas de vivir en la comunidad desde mi punto de vista es contar con el tiempo para dedicarte “en cuerpo y alma” a tu profesión, a tu ser y hacer en la escuela, a disponer de horarios de atención por las tardes para avanzar en forma personalizada con quienes requieren apoyo extra, proponer acciones y participar en las faenas con los padres de familia, lo cual te acerca no solo desde el papel profesional sino forja amistad. Con ello, es más sencillo y pronto observar avances, reportar resultados y cuantificar promedios mejores, así como sentirse satisfecho con la labor realizada y obtener notas laudatorias (antes).

Aunque la contraparte de estar lejos de tu familia y amistades es que “te favorece para experimentar ciertas vivencias como -enfiestarte- ingerir alcohol o fumar para pasar el tiempo”. Por lo que afianzarte en tus principios y valores es clave para evitar desarrollar vicios en lugar de virtudes; así aprendí que la suave firmeza existe porque puedes ser firme y lograr objetivos sin forzar, solo encaminando u orientando la consecución de metas ya sean personales o colectivas.

Es menester reconocer que el parteaguas en mi labor docente fue la maternidad, pues hubo un despertar de la conciencia en el reconocimiento de la vulnerabilidad, la inherente visión afectiva me llevó de ser exigente, pronta, organizada y radical a observar conscientemente cómo llegó la sensibilidad, la comprensión, la empatía, la proyección del trato y cuidado no solo de cada cerebritito, sino del corazón latente de cada adolescente. Empezó a ser prioridad aprender a escuchar a los adolescentes, mirarlos con ternura objetiva, hablarles de manera directa y respetuosa, saber pedirles disculpas cuando ves en sus ojos el hilo fino con el que están al borde del llanto vivenciando lo que sucede en el espacio áulico y su trasposición a la realidad familiar-social; el poder tratarlos con suave firmeza, catapultarlos a la búsqueda de sus metas, impulsarlos creyendo en ellos cuando ni ellos mismos lo hacen y enfocar el “tírale a 100 para que asegures el 80”. Hace tiempo era más fácil acercarte y tocar el hombro o la cabeza mostrándoles cercanía e interés, pero en la actualidad esas manifestaciones de afecto “son de cuidado para evitar malos entendidos” marcando cierta distancia entre docentes y estudiantes.

He aprendido que los padres de familia responden en la medida de sus capacidades, no de las mías o mis exigencias, toman compromisos dependiendo de su apertura y organización, no solo por el amor o mi concepto de responsabilidad; aprendí que no es prudente juzgar o señalar a la ligera su presencia o ausencia en una reunión, y, entonces hay que diversificarse y hacer espacios, abrir tiempos para atenderlos cuando ellos pueden, organizar y entregar por escrito de preferencia los avances y necesidades de sus hijos, tomar acuerdos y sobre todo no cansarse de pedir el apoyo recordándoles de manera continua que son ellos los principales responsables del desempeño del estudiante como persona y en conjunto con el docente como aprendiente. No es agradable como papá escuchar situaciones negativas, por lo que dominar la técnica del sándwich o cualquier otra con el mismo efecto ayuda a negociar ciertas acciones que benefician el rendimiento personal y académico, aunque cumplirlas es una tarea delicada y usualmente hay que estar modificando y aportando nuevas opciones, pero el profesional es el docente y desistir no es la opción cuando el enfoque del objetivo a lograr está claro.

Tener los pies sobre la tierra y soñar con tocar el cielo es atender con cuidado el efecto Pigmalión para detectar posibilidades y construir sueños en quienes nos rodean; inspirar no es fácil, ser optimista o tener sentido del humor no es suficiente cuando la realidad del rezago, la apatía, el desinterés, el ausentismo, las emociones o hasta las enfermedades frenan, limitan o exigen un tratamiento diferente y personalizado.

Además, no siempre hay tiempo en la jornada y confiar en que de manera extraescolar se hará el trabajo o actividad es enfrentar desaliento por “tener que hacerlo tú para que funcione”. Y en esta vorágine, hay que encontrar el justo medio para que no te endioses, creyendo que lo que haces es lo máximo o lo único, pero que tampoco te frustres porque “por más que organizas, planeas, te acercas” no logras el cometido o simplemente no ves los resultados en el momento presente o en un tiempo cercano. En este vaivén, existen ocasiones en las que sorpresivamente recibes mensajes o visitas de quienes han logrado sus metas gracias a tu insistencia y te lo reconocen, por ello, aunque aparecen a largo plazo, ese simple “gracias” alberga el esfuerzo conjunto y sueños atesorados por fin concretados que te llenan de satisfacción y energía.

El ¡dos-dos-dos y para terminar dos!

Este espacio ha sido llamado así porque relata solo dos situaciones específicas de cada nivel educativo en el que he tenido la oportunidad de laborar ya que en su momento “te ponen contra la pared” y es de esas veces en las que aprendes o aprendes porque no tienes otra opción.

En el preescolar hubo dos eventos específicos que marcaron mi presencia entre los pequeños. El primero surgió durante las representaciones en Halloween cuando por maquillarme y vestirme de catrina, al llegar cantando fuertemente asusté a un pequeñito que me amaba y admiraba según lo expresaba la mamá. Después de haber cantado cerca de él cambió su cara, lloró, dejó de participar y al otro día no quería ir. Su sentimiento empezó a

desvanecerse hasta que hablé con él y lo cargué paseándolo por el jardín.

El segundo momento fue mientras jugaba en los recreos con los niños. El más grande de todos que estaba casi de mi estatura rompió mi blusa por querer atraparme después de pasar bajo el pasamanos y gritar con entusiasmo “te atrapé maestra” pues a decir del papá le gustaba jugar conmigo y solo por eso iba a la escuela porque él decía que no quería estudiar y prefería pescar, pero iba para jugar con la maestra porque era a la única que corría rápido.

Con estos sucesos me di cuenta por primera vez que puedes ser “princesa - villana”; un dechado de virtudes y amor, pero al mismo tiempo, en un breve instante eres el monstruo más poderoso con una sola carcajada. También puedes encontrar el hilo negro con un juego o espacio de entretenimiento que propicie el interés para asistir. Por eso es importante considerar lo que logras con “pequeñas cucharaditas de miel y/o algunas gotas de hiel” como son las palabras fuertes, gestos de desaprobación o peor aún gritos y/o castigos o sentencias que los estudiantes “deben cumplir porque eres la autoridad”. Con ello se marcan aciertos o desaciertos en lo sucedido en el aula muchas ocasiones sin pensar en la repercusión y todo el progreso de casi un ciclo queda pasmado o empieza a mermar; no puedo ser un día el docente dedicado y al otro despreocupado. La tarea es continua y como el adulto soy yo, procuro tratar como me gusta que me traten ya que la amabilidad no pasa de moda, además ¡el de la vocación soy yo!

En la primaria, mis dos artífices fueron quienes me ayudaron a pensar en la fragilidad del alma y los temas importantes para ellos en los que, sí les gusta pensar o conocer, aunque desconocidos o indiferentes para mí. Uno era “G” quien veía el aura en las piedras y en los compañeros; él me confrontó con siete años y me dijo que veía mi aura (cuando mi escepticismo y desconocimiento impedía dar cabida a esos comentarios). Otro caso inquietante surgió al cuestionarme sobre qué responder a “F” quien estaba realmente triste porque sus papás no le querían dar un hermanito. Además, le

habían sentenciado que no lo pidiera a los reyes magos. Él pensaba que nadie de sus familiares lo apoyaba y se sentía solo por lo que empezaba a considerar que no lo querían.

Cabe mencionar que de estos pequeños uno tenía problemas de aprendizaje y el otro destacaba tanto en lo académico como en lo deportivo, siendo para ambos que lo emocional era más importante. Ahí aprendí a “mirar las miradas”, observar si hay sonrisas, escuchar el interés principal, proponer un abanico de posibilidades rescatando lo positivo en lo negativo; aprendí como docente que recurrir a la oportunidad de conocer y aprender temas de ellos es mi aula invertida no planeada, y en la que requiero prepararme para entrar en sintonía cada día.

En la experiencia durante el bachillerato me encontré, por un lado, con el excelente deportista despreocupado por lo académico, por el otro, con el aplicado en el estudio sin recursos para continuar su vida profesional, por lo que se convirtieron en mi foco de atención. Entonces aprendí a ir más allá de lo académico, investigar sobre becas, identificar y establecer los contactos sociales que pudieran tender los puentes necesarios para transitar hacia la posibilidad de concretar resultados fiables, generar los recursos materiales básicos y su adecuada administración.

También busqué despertar el interés en personas cercanas que se involucraran con el proyecto para darle seguimiento y generar opciones ya fuera en el ámbito académico o laboral, ya que la edad de los estudiantes en este nivel perfilaba para decisiones reflexionadas. Ahí “un consejito puede salir caro” o volverte a ti mismo caro por la valía que te empiezan a otorgar las suscitadas oportunidades presentes muchas veces pero que no eran vistas por ellos mismos y en las que ser ecuánime es la verdadera valía.

En la telesecundaria que es el último y actual nivel en el que me desempeño, existen dos constantes que han ido disminuyendo poco a poco con la labor y compromiso del colectivo docente. La primera es atender el lado humano los estudiantes que están solos y se ocupan en una relación de noviazgo; muchas veces tienen

comunicación ineficaz con los padres de familia o tutores lo que conlleva a embarazos adolescentes. Para esto, se han tomado medidas en los contenidos académicos abordados con actividades y estrategias de reflexión y elaboración de diversos materiales. También se realizan pláticas con el centro de salud y charlas personalizadas con los tutores de los estudiantes que requieren apoyo específico.

La segunda es respecto al uso de la tecnología, pues ahora que la información circunda cada pensamiento, resulta que el pensamiento ya no acciona. Al contrario, parece que descansa y en ocasiones “evita” hacer su labor de cuestionar. Ya no es fácil encontrar educandos que quieran detenerse a reflexionar sobre lo que se hace o hizo. Mayormente se pretende justificar que no pensar tiene ya una razón que parte de la comodidad que representa tener un dispositivo móvil para algunos o de la emoción y respetar sus derechos es prioridad por lo que, lo demás es lo de menos.

He aprendido a comprender la etapa desde los cambios corporales y mentales hasta la formación y proyección a futuro; a “ser humana con los humanos” ya que es una emotiva tarea continua; mostrarte cerca aun estando lejos, apoyar sin tomar total responsabilidad, insistir constantemente a riesgo de parecer necio con tal de permear mente y corazón, dado que el contacto con otros nos humaniza, permite construir y reconstruir lo que somos y vivimos. Esto a su vez favorece la adaptación y, por tanto, la responsabilidad en lo que se va generando en el día a día. A partir de ello me concientizo en cómo el acto educativo “emerge de y sumerge” a quienes en él intervienen, por lo que tener presente la consigna de que un gran poder conlleva una gran responsabilidad posibilita tener claridad en los límites y limitantes.

El quehacer docente

Ahora bien, he de mencionar que me gusta hacer con ellos las pausas activas y retarlos con algunos ejercicios de gimnasia cerebral (claro que para ello primero me ejercito hasta que logro dominarlo), me gusta escucharlos y hacerles preguntas sobre temas novedosos o controversiales. Antes jugaba con ellos, pero mientras más pasa el tiempo la dinámica cambia porque ya no es la misma energía. Todo influye de un maestro, no solo su didáctica, sino su fe, su entusiasmo, su animosidad, su cultura nata, aprendida y aprehendida durante sus experiencias; y no pretendo frustrarlos, pues los mismos adolescentes expresan que se desalientan cuando se es rutinario, cuando no aprenden (porque sí se dan cuenta), cuando no lees lo que escriben. Sin embargo, desde su perspectiva un buen maestro es un buen ejemplo cuando tiene “una vida exitosa”; también es responsable porque planea para evitar improvisar (se dan cuenta porque no hay ideas claras, repite las cosas, no tiene materiales).

En fin, personalmente no quiero escribir palabras en la arena. Me interesa que sean los estudiantes quienes participen y se expresen, pero ¿qué sucede cuando “aunque te pares de pestañas” el estudiante “no entiende ni la O por lo redondo”? Y no solo es porque “en todos lados se cuecen habas”. Pues seguramente tiene problemas que le mantienen ensimismado, ya que muchas veces la apatía o desinterés que presentan por aprender.

La falta de hábitos responsables y la carencia de disciplina se ven mermadas al despertar su curiosidad y más que motivarlos, hay que retarlos pues parece que se cumple el dicho “dime que no y te digo como sí”. Pero ¿cuántas veces “calificas-juzgas” al estudiante sin ver más allá su realidad, sus vivencias, necesidades y aspiraciones? Por ello, la educación humanista (que propone la NEM) no es fallida. Pues reconoce a la personita que se está formando como “producto de mi hacer”; rescata de mi sensibilidad el mayor y mejor esfuerzo, sin olvidar que es con la carga de valores que se forman seres humanos más comprometidos con ellos mismos y con quienes les rodean.

Perder de vista esta línea es irse al otro extremo y permitir lo que de manera egoísta se vive actualmente y lastima a la sociedad como las situaciones de inseguridad, solo por poner un ejemplo. La necesidad de controlar y saber todo lo que sucede del otro lado del escritorio ¡no es sano! Hay que dejar vivir al estudiante su etapa, experimentar, “probar”, ya que, aprender del error es un mal necesario, por ello estar cerca y pendiente abre la posibilidad de influir siendo escuchado porque vistos estamos todo el tiempo. A raíz de lo anteriormente mencionado cabe cuestionar, realmente ¿es provechoso para el adolescente quedarse a trabajar durante el receso para terminar actividades, externar dudas y reforzar temas?, pero ¿y su momento de socialización? Cuando el adolescente se queda a repetir un ciclo, ¿verdaderamente es productivo, existe garantía de mejora, de prestar mayor atención, de madurez, de aprender del error y disponerse a mejorar? Las prácticas de antaño hacían visible y/o señalaban a quienes no adquirían un contenido, pero en la actualidad ¿Qué tanto se han disimulado?

Al dejar “que haga lo que puede” para no forzar, pero no esforzarme, al no exigirle ni exigirme, es válido el ir hacia adelante con los que sí quieren aprender e igualmente valioso regresarme con quien no puede adelantar, pero si no hay tiempo para ambas acciones, ¿cuál priorizas? Porque “el gran problema que enfrenta la educación es cómo generar estrategias para que la inteligencia del ser humano genere conocimiento con valor y que la investigación promueva la generación del conocimiento” (Terrazas Pastor, 2013) de tal manera que quien provee dichos avances no sea rebasado por los mismos, sino que a la par se vaya progresando.

Por otro lado, aplicar la tecnología en el aula es una tarea bastante complicada y compleja pues representa la puerta al mundo moderno para el cual los adolescentes requieren prepararse. Y al mismo tiempo, deben poseer la necesaria criticidad para dirigirse y accionar. Sin embargo, no se cuenta con los recursos disponibles para el total de la matrícula y como docente responsable, uno debe buscar la manera de ofrecerles, aunque sea el contacto mínimo con algo tecnológico. El hecho de informarse y formarse de manera personal para poder conocer, manipular y enseñar con

TIC y TAC, considero que es una incansable y ardua tarea. Esto porqué esta requisición diaria para disfrutar y disponer en su uso permite reconocer y beneficiarse de sus bondades.

Actualmente la tarea educativa está inmersa en una “vorágine de información” ante la que es importante reconocer algunas limitaciones como la falta de comprensión y empatía, la burocratización, superposición de tareas, pérdida de tiempo, la falta de sentido. Lo anterior, muchas veces provoca frustración personal cuando te sientes incapaz de abarcar y/o asimilar-aprovechar dichas ventajas. Por ejemplo, la gamificación que si bien influye en el comportamiento de los estudiantes para que por medio del juego realicen actividades de aprendizaje y creen sus propias experiencias, sentimientos y autonomía, también precisa de apropiación y dominio o al menos el manejo básico de la tecnología por parte del docente.

Ahora bien, las reformas educativas que últimamente se han vivenciado pretenden proyectar la educación competente y eficaz en diferentes aspectos. De hecho, las TEP posiblemente con las redes sociales también tienen que tomar tinte educativo, por lo que el docente requiere desarrollar habilidades diferentes para la enseñanza, pues en este mundo tan cambiante, rezagarse sería sinónimo de marginarse. También hay que mantener a los educandos con los que uno trata, pues existe la posibilidad de que, al desconocer las tecnologías del aprendizaje y conocimiento, se evite su uso y hasta las “prohíba” en el aula, provocando un sesgo para quienes están no solo en edad de aprender, sino de enfrentar este mundo tecnologizado y un futuro tecnócrata.

Ahora una analogía: “Si el pez cae en las redes se muere, pero si el docente lo hace se vivifica”

Una alegoría un tanto inocente, pero con un gran trasfondo, pues actualmente los docentes no requieren solamente conocer las TIC sino manipularlas y sacarles todo el provecho posible, no solo de manera personal, sino comunitaria. Al involucrar a los estudiantes, sus familias, y otros docentes se repercute en la actualización y

progreso de la sociedad en general, dado que: “la red que se construye alrededor del aprendizaje desde la perspectiva de educadores” (Bonilla Olaya, 2014) tiene una intencionalidad clara y planificada, en la que es menester fomentar la valoración de la cultura propia y ajena mediante el diálogo, con una intencionalidad educativa que logre un significado más profundo y propicie en los estudiantes la intención de aprender.

Hay que promover esa fuerza de voluntad y despertar el interés que los lleve a cuestionar la información que tienen al alcance de un clic, por lo tanto, la acción educativa no puede estar desprovista de este proceso digitalizador que lleve al estudiante a la razón y al docente a la profesionalización.

Considerando a conciencia algunos desafíos; he procurado mantenerme ocupada y adaptada. Por ejemplo, en matemáticas me inscribí al curso del canguro matemático; en otro momento por el costo que tenía no pude tomar el curso LEO, pero empecé a buscar ejercicios de lectura hábil y consultar las páginas de lectura ágil, por ejemplo; en otra ocasión tampoco pude pagar el curso VEO que llamó mi atención y que también atrae a los estudiantes. Entonces revisé la literatura de Jacobo Grinberg y estudios para comentar con mis chicos. Afortunadamente por una amistad pude hacer pagos para tomar el curso TRAM con la intención de aportar no solo en lo académico sino también para identificar y subsanar algunas deficiencias cognitivas.

También he participado en algunos talleres psicológicos para conocer técnicas asertivas con las cuales reforzar la autoestima y aplicar test de orientación vocacional con respeto y cuidado adecuado. Para inglés, me inscribí al centro de idiomas de la universidad veracruzana y a Planet E; en el área de química, derecho y psicología tengo apoyo de mis hermanos y con mis amistades de diferentes niveles de educación básica y media superior identifico otras áreas y sus requisiciones, no solo desde una lectura del documento sino de la realidad; todo con tal de actualizarme, de responder a los desafíos en forma adecuada, de ofrecer responsablemente un proceso valioso y acorde, pero

el progreso continuo hace parecer que nada es suficiente, la formación continua es real y urgente.

Después de todo las reformas no están del todo mal, pues mueven, cimbran, retan de alguna manera a quienes no se adaptan ya sea a libre voluntad o bajo presión. Así, me tocó ver cómo algunos experimentados se fueron con todo y sus métodos exitosos por el temor a un examen o a usar la tecnología y no quiero que me pase lo mismo. Así que, he aprendido que puedo mejorar porque como en todo: “la práctica hace al maestro”.

Reflexión final

Ahora me conozco y reconozco que no basta con producir en el aula, sino reproducir en casa por parte del estudiante. El mensaje de cada docente llega a la sociedad desde sus palabras y acciones en la institución educativa. Afirmo y reafirmo que la pureza de intenciones encuentra cabida en el cerebro dispuesto gracias al diálogo fraterno; también tengo claro que no es lo mismo conocer que saber y sabiamente reconocer. Por ejemplo, las áreas de oportunidad implican reflexión y acción. Con ellas, surge el querer hacer algo al respecto y actuar en consecuencia, por ello, en humildad y verdad reconozco quien soy, lo que ofrezco, lo que tengo para dar, así como lo que quiero y requiero aprender.

Una persona que asume la responsabilidad que le corresponde en el proceso de aprendizaje desarrolla la capacidad para cuestionarse de manera pertinente y formarse más consciente de lo que sabe o no sabe. De esta manera se va reinventando, formulando objetivos propios y redefiniendo metas; por lo tanto, se puede decir que para aprender se requiere sentido y enfoque. Por ello, al no ser experta he buscado la manera de subsanar esas áreas, aunque a veces el recurso económico y en otras el factor tiempo definen el rango de la actualización, es realmente la actitud lo que determina el alcance de esta, pues “Me gustan más los sueños del futuro, que la historia del pasado” (Thomas Jefferson, 1743-1826), y transitar la vida al lado de los adolescentes es mantenerse a la conquista del futuro.

Mi compromiso parte de la responsabilidad de que “quien se atreve a enseñar nunca debe dejar de aprender” (John Cotton Dana). Además, la práctica docente tiene como centro al educando y pone atención en su logro educativo, lo que implica no sólo observar o conocer las deficiencias sino desarrollar en el estudiante competencias que “permitan la autonomía en el aprendizaje” y como docente “crear oportunidades de aprendizaje” para ofrecer la posibilidad de pensar como persona, vivir como persona y humanizar a la persona a partir de su propia valía: “el raciocinio”.

MIS INICIOS, MIS PROCESOS Y MI SITUACIÓN HOY

Blanca Margarita de la Cruz Domínguez ¹

Introducción

Este texto es una narrativa sobre como inicié en la docencia, mi formación académica en la escuela normal, la cual cursé con muchas carencias, pero con mucho ánimo para llegar a ser profa. de Educación Primaria. Comenzaré con el primer lugar en el que empecé a laborar en 1987, las peripecias que pasé en un lugar marginado y el cómo me adapté a las condiciones de este. Abordaré las experiencias vividas en el tiempo en que fui maestra de grupo por 24 años y mi preparación académica. Al mismo tiempo, los logros y las dificultades que tuve para poder ejercer mi función; también mencionaré cómo fue mi trabajo como directivo por 10 años, en el que experimenté miedos, fracasos y satisfacciones. Por último, hablaré sobre mi escasa experiencia de 2 años como supervisora escolar para lo cual me preparé para poder estar a la altura de las necesidades de mis compañeros directivos y docentes y así lograr un impacto en la formación integral de los niños como lo demandan los principios de la Nueva Escuela Mexicana.

Mi formación docente comenzó en 1983 cuando presenté el examen en Centro Regional de Educación Normal (CREN) de Tuxpan, Ver., y conseguí ingresar a esta escuela. Aunque en la lista de aceptados era de las últimas en puntaje, mi papá decía que lo importante era pasar; que ya estando ahí, le pusiera mucho empeño para mejorar esa posición. Por ello, me propuse ser de las diez primeras y con mucho trabajo lo logré. Ahí pase 4 años difíciles; no por el trabajo

¹ Supervisora escolar 250, Tempoal, Veracruz. Sector Educativo 03 de Tantoyuca, y Doctorante en Educación por el CEVECP.

académico sino por las carencias económicas, pues en tiempos de frío, no contaba con la ropa adecuada y por lo tanto sufría mucho de frío, y a eso le agrego que mis zapatos se humedecían por el agua de la lluvia; tampoco comía bien pues solo me alcanzaba para desayunar unas galletitas y eso era todo lo que comía de 7:00 a 14:00 h. Fueron tiempos difíciles, pero también hermosos ya que mis compañeros eran de la misma edad que yo, de entre 14 a 16 años; tal vez por eso teníamos una relación de hermandad y todos nos apoyábamos mucho. Por mencionar un ejemplo: en matemáticas teníamos un maestro que tenía poca didáctica para enseñar, pero en mi grupo, contábamos con compañeros muy buenos en esta área y nos poníamos de acuerdo para practicar los problemas que se planteaban en clase. El bueno se llamaba Tomás y a los primeros que le entendíamos nos asignaba una fila de compañeros para apoyar y revisar el correcto procedimiento y como resultado, en mi grupo nadie reprobó matemáticas. En cambio, en los demás grupos reprobaban más de la mitad del salón e incluso muchos alumnos de la normal se dieron de baja por este motivo.

Por eso digo que éramos muy unidos; eso me hacía sentir seguridad porque sabía que contaba con ellos y teníamos ratos de juego que aportaban a mi bienestar emocional muy a pesar de las deficiencias económicas.

Al término de la Normal Básica, fui a la ceremonia oficial pero no a los convivios porque no tuve para cooperar y no quise comentarles a mis compañeros pues no quería que cooperaran por mí, ya que todos teníamos muchos gastos. Lo importante fue que pasé mi examen profesional por unanimidad y con felicitaciones; ya con eso era más que suficiente.

En el año 1987 egresé como profesora normalista de educación básica; me trasladé a la ciudad capital del estado: Xalapa. Ahí nos tuvieron dos semanas porque teníamos que hacer los trámites en la Secretaría de Educación en Veracruz (SEV); recibí mi nombramiento para ejercer la profesión y, en septiembre del mismo año comencé a trabajar en una escuela primaria rural marginada llamada “Pensador Mexicano” en donde se hablaba el náhuatl.

Aclaro que, durante mi estancia en la normal, jamás nos mencionaron sobre la posibilidad de encontrarnos con estas características de la comunidad. Por esta razón para mí fue muy desalentador encontrarme en esta escuela donde no había luz ni agua para beber, además de que no podía hablar con la gente. En ese momento, me sentí muy mal y me puse a llorar y me regresé a casa, cabe mencionar que tan solo tenía 19 años. Llegué con mi papá a decirle que yo ya no iba a ir al rancho. Mi padre era docente y director de una escuela primaria; además, contaba con mucha paciencia y me dijo: “¿Qué piensas hacer, mamita? ¿A qué te vas a dedicar? ¿Quieres estar en casa? ¿Te dedicarás a las labores del hogar? Entonces, ¿para qué estudiaste? Contesté: “es que este feo; no le entiendo a los niños y ellos tampoco a mí, no hablamos el mismo idioma; la gente no habla conmigo y me caí porque las veredas son muy estrechas y con mucha inclinación pues están en los cerros”.

Mi padre me abrazó y me dijo: “mira, mamita, todos hemos sufrido en los primeros años de trabajo. En poco tiempo, te podrás cambiar a un lugar mejor pero ahora tienes que irte allá para ir haciendo tu historia; verás que después te va a gustar mucho la comunidad; los niños te van a querer mucho y tú a ellos.” Tuve la noche para reflexionar sobre lo que iba hacer con mi vida y pensaba que no me iba gustar jamás el rancho; pero que a los niños sí los iba a querer pues ya había visto sus caritas y sabía que necesitaban a su maestra. Y me regresé a la comunidad un poco triste pero ya decidida a quedarme y en la mente las palabras de mi padre: “ve a hacer tu historia”.

El director de la escuela y su esposa me apoyaron mucho, ya que ellos sí podían hablar en náhuatl; se comunicaban muy bien con los padres de familia y con los estudiantes. Ellos, al comenzar la primaria solo hablaban su lengua materna y aprendían el español entre el segundo y el tercer grado de primaria. Pues bien, como me asignaron tercero, comenzó mi trabajo para entender y darme a entender con los niños. Por suerte, descubrí que había uno llamado Isaac cuya madre trabajaba en la Cd. de México y le había enseñado el español, así que sí podía comunicarme con él. Pronto

este niño se convirtió en mi traductor; yo le decía lo que quería que les dijera a sus compañeros y él se los comunicaba. Por ejemplo, les decía: *chimosegui conemetl ne Maestra* = siéntense niños, dice la maestra.

En ese tiempo se hablaba de la necesidad de cambiar el modelo educativo tradicional por la Reforma Educativa; pero ¿cómo podía haber modernización en esas comunidades tan olvidadas si los niños ni cuaderno llevaban? A duras penas un pedazo de lápiz (los más cumplidos). Lo que yo hacía era llevar hojas revolución que eran más económicas. Las doblaba a la mitad y les hacía un pequeño cuaderno para trabajar. Sin embargo, puedo decir que los alumnos no aprendían mucho, aunque le dedicábamos todo el día de clase pues el horario era de 8:00 a 13:00 h.

Nosotros los docentes citábamos a los alumnos en la tarde porque no teníamos nada que hacer puesto que no había televisión ni otras distracciones; solo el director tenía un radio con baterías y un quinqué. Yo daba luz a mi cuarto con veladoras para que los murciélagos no me mordieran. A pesar de todo esto, disfrutaba de estar con los niños, los cuales me enseñaban algunas palabras como el saludo de la mañana: *piali* = buenos días, *yeyetzi* = bonita. Poco a poco fui adaptándome a la comunidad. Sin embargo, había mucho rezago educativo ya que los niños reprobaban los cursos completos. Había casos de niños que hacían tres o cuatro años en el mismo grado. Por ejemplo, en sexto grado había jóvenes de 15 y 16 años; como existía una extrema pobreza, solo se alimentaban de chile y tortillas, solo una vez al mes comían frijoles y eso con mucho caldo con pemuches, nopales o *jacubes* (en algunos lugares les llaman crucetas) para que rindieran y alcanzara para todos los miembros de la familia.

Cuando salía de la congregación para cobrar mi pago (cada mes), tenía que caminar dos horas por unos cerros donde solo había veredas, esto en Xochimilco, Ixhuatlán de Madero, Ver. Una vez, me sucedió algo muy triste: un señor quiso abusar de mí, pero tuve la fuerza para defenderme y lo empujé. Como había tierra suelta, se cayó al barranco y yo aproveché para correr. Esta mala

experiencia marcó mi vida. Aunque solo tocó parte de mi cuerpo, para mí fue una tragedia muy grande que no podía superar e incluso pasaron por mi mente sentimientos de venganza...Por supuesto que no regresé a la comunidad pues recibí apoyo de mi supervisor cambiándome a una escuela más accesible donde solo caminaba media hora, pero ahora, acompañada de un maestro y dos maestras que trabajaban por el mismo rumbo. Ahí ejercí mejor mi profesión.

Ya que mi idea era trabajar en nivel secundaria, me puse a estudiar en la Normal Superior en la Cd. y Puerto de Veracruz en cursos de verano y en la UPN (Universidad Pedagógica Nacional) los sábados en Poza Rica, pues los docentes que habíamos egresado como profesores debíamos tener el perfil de licenciatura. Por esta razón, consideré pertinente cumplir con las exigencias del sistema. Además, a mí me gustaba estudiar, ya que tuve el buen ejemplo de mi padre que se la pasaba estudiando a pesar de que tenía que mantener a ocho hijos (mis hermanos: 5 mujeres y 3 hombres).

Así, concluí mis estudios de licenciatura en español y licenciatura en educación. Sin embargo, no pude ejercer en nivel medio porque cuando me ofrecieron unas horas en una secundaria técnica, la compatibilidad no se ajustaba a la plaza matutina que tenía y no pude trabajar en ambos lados. No obstante, me sirvió mucho para mejorar mi trabajo docente en la atención a los grados de quinto y sexto grado, ya que para 1994 yo estaba en una escuela completa en zona urbana donde los grados superiores eran atendidos por áreas. A mí me correspondía dar español y ciencias naturales en esos grupos. Esta era una escuela completa llamada "Ignacio Manuel Altamirano" ubicada en el municipio de Tepetzintla, Ver., contaba con 17 profesores de grupo, el maestro de Educación Física, el apoyo de (USAER) Unidad de Servicio y Apoyo a la Escuela Regular, intendencia y directivo efectivo.

Mi práctica docente era apegada al ANMEB (Acuerdo Nacional para la Modernización Educativa), recibía cursos de manera presencial y recuerdo que en este tiempo nos reunían a los profesores del sistema estatal y federal para actualizarnos. Y así, poder abatir

el rezago educativo con programas como el PARE (Programa para Abatir el Rezago Educativo). Me parecía enriquecedor para fortalecer mi trabajo todo lo que ahí se compartía como las estrategias, materiales, metodología, etc. Recuerdo que había unos cuadernillos muy buenos para fortalecer la lecto-escritura y los usé con los niños en segundo grado, con 31 alumnos, que aún no habían consolidado la lectura y escritura. Con eso logré que de los 6 casos que tenía, todos pudieran leer y escribir al final del curso y entregué a tercero, un grupo que escribía y leía, pero sobre todo lo comprendía.

Tuve la fortuna de tener a estos niños en quinto y sexto grado, lo que me permitió darme cuenta de que eran niños que comprendían lo que leían. Ya en la olimpiada de conocimiento infantil mis dos alumnas participantes obtuvieron el primero y segundo lugar a nivel zona y aunque un examen no define todo el aprendizaje de un alumno, este aspecto fue un dato que me causó, en ese momento, mucha satisfacción y me motivaba para seguir mejorando mi trabajo. Y así transcurrieron varias generaciones en las que daba todo mi tiempo y amor a mis alumnos pues, como no había podido tener hijos, ellos eran como mis hijos; sus triunfos eran mío. Así lo sentía y esto me motivaba a seguir buscando estrategias novedosas para mis queridos alumnos.

Para el año 2000, el director de la escuela murió a causa de un cáncer y algunos profesores se jubilaron. Y ahí empezó una etapa difícil; pues el director nuevo tenía muchas áreas de oportunidad; tenía malos hábitos, era prepotente y autoritario. Sin embargo, con sus amigas sí era complaciente y se la pasaban en el café perdiendo el tiempo. Eso me hacía sentir muy incómoda, pero no quería tener problemas con nadie. Por eso opte por aislarme. Cumplía con lo solicitado por el director en cuanto a lo administrativo y, en cuanto a lo pedagógico me preparaba para mis clases apoyándome de herramientas como la Enciclomedia en quinto y sexto grado que se habían instalado durante el gobierno de Vicente Fox. Para mí era de gran apoyo; además pedí que me instalaran el encarta en la computadora. Era muy novedoso trabajar con esta herramienta pues me apoyaba de videos, para ejemplificar los

contenidos planteados en el programa de estudio y contábamos con un pizarrón interactivo donde los alumnos pasaban a resolver problemas matemáticos o ejercicios de las diferentes materias; incluso teníamos inglés. Cabe mencionar que en esta asignatura aprendía junto con los alumnos y contábamos con un libro de texto de inglés. Mi gran sorpresa era que todos los niños tenían 10 en el examen de inglés, tal vez porque les gustaba mucho o por el sistema didáctico como se planteaba.

También tuve en lo personal buenas noticias, pues en 2001 nació mi hija que llegó por sorpresa cuando ya pensaba que no sucedería, pero tuve muchos problemas de salud. Esto hizo que dejara la escuela casi por 5 meses porque permanecí internada en el hospital. A mi regreso le dediqué mi tiempo a la escuela y mi hija; esperé que creciera para seguir preparándome ya que era necesario pues los tiempos cambiaban y las necesidades aún más. En 2010, comencé mi maestría. Me llevaba a mi hija conmigo; ella permanecía dentro del aula, pero se la pasaba dibujando y coloreando; la verdad no causaba ningún problema. Mis compañeros y facilitadoras decían “ni parece que este una niña con nosotros”. A veces la hacían participar leyendo las diapositivas; así transcurrió mi paso por la maestría y la terminé en 2012.

Después, se presentó la oportunidad de recibir una clave efectiva para dirección de una escuela primaria cerca de la cabecera de zona, para ser exacta a 5 minutos la escuela de nombre “Cuauhtémoc” Tecomate, Tepetzintla, Ver. Allí tuve la fortuna de tener un gran equipo de trabajo: profesores comprometidos con su formación y actualización docente; en él correspondía implementar el plan y programa 2011.

Aquí pretendí ser la directora que me hubiera gustado tener; primero que nada me puse a buscar cuáles eran las funciones de un director; lo cual me sirvió para ubicarme en lo que necesitaba la escuela; en lo pedagógico el acompañamiento que debía dar a mis compañeros docentes; en la comunidad las orientaciones a los padres de familia para que apoyaran a sus hijos en las actividades promovidas por la escuela y que se diera un cambio

en la comunidad; en cuanto a infraestructura derivar las ruinas que había como aulas y que representaban un peligro para los niños.

No fue fácil pues me encontré con padres apáticos; me pasé noches sin dormir pues tenía madres de familia de carácter muy fuerte que estaban predispuestas en contra de la escuela por múltiples decepciones y abusos recibidos; es por eso por lo que ya no creían en mí, ni en nadie. Confieso que llegué a tenerle miedo a una señora que era la líder de la comunidad y lo que ella decía, las demás lo aprobaban. Eso me provocaba estrés y ganas de regresarme a mi trabajo como docente donde mis niños me daban mucho cariño.

Pero ¿cómo podía lograr que los padres de familia participaran y colaboraran con la escuela? Primero, debía demostrar el trabajo con sus hijos (alumnos de la escuela), mejorar la puntualidad y asistencia de los docentes y directivos, proyectar actividades novedosas en la que participaran los alumnos tanto en la escuela como en la comunidad y hablar con personas claves para que apoyaran.

Así, poco a poco se dio un cambio radical. Se mejoró la infraestructura de la escuela gestionando apoyos del ayuntamiento y faenas de los padres. Lo mejor fue que nuestra escuela empezó a obtener los primeros lugares en todos los eventos promovidos por la zona escolar, por ejemplo: el concurso de escolta, cuentacuentos, oratoria, olimpiada del conocimiento infantil de sexto grado, e incluso, llegando nuestra alumna hasta los pinos a saludar al presidente de la república mexicana. Si bien esto no lo es todo, sí nos ayudó a que los padres creyeran en nosotros, y gracias al trabajo de equipo lo logramos.

Cuando llegó la pandemia por COVID-19, fue una etapa de muchas emociones. Primero pensé que sería por corto tiempo; después al ver que no era pasajero y que personas cercanas morían y no podía salir para despedirles por última vez; sentí miedo ante lo desconocido. Más aun porque no había vacunas y porque podíamos morir si se daba el contagio en nosotros. Tuve que aprender a usar Meet, Teams y Zoom para reunirme con mis compañeros y planear

cómo llegaríamos a los niños que no contaban con celular, que por cierto era la gran mayoría.

Pero yo disponía de tiempo, hacía las actividades de la casa y la escuela: se dejaba material impreso en una sede para los niños que no tenían dispositivo; se grababan audios o videos de las clases y se enviaban por Whatsapp. A pesar de todo, tenía mucho tiempo libre, lo que me ocasionaba ansiedad y estrés por tanto encierro. Por eso decidí ponerme a estudiar y a presentar un examen para promocionarme de manera vertical, solo para mantenerme ocupada y ¡oh, sorpresa! Lo aprobé obteniendo el número 1 en la lista de prelación y en enero 2022, recibo mi orden de presentación para Supervisión Escolar. Me enviaron a la zona del Totonacapan, Espinal, Ver. Zona Escolar 224, donde comencé con una nueva función parecida a la de directivo, pero con una responsabilidad mayor. Ahí tuve un jefe de sector bastante exigente, pero del que aprendí mucho respecto a la función. En cuanto a los compañeros de la zona escolar, me encontré con docentes muy comprometidos con su trabajo, considero que, en su mayoría, había casos aislados de compañeros con áreas de oportunidad, pero dispuestos a mejorar.

Con relación al equipo de asesores técnico-pedagógicos, tuve la fortuna de contar con dos compañeras y un compañero con los que hice un excelente cuarteto. Tan es así que cuando había que sacar un trabajo no nos importaba el tiempo; debo aclarar que se hacía de manera voluntaria por el compromiso y la responsabilidad.

Actualmente me encuentro en la Zona Escolar 250 de Tempoal, Ver., y la razón porque entré al doctorado en educación es para poder dar un acompañamiento eficiente y pertinente a mis compañeros que más lo necesiten. Pues en estos tiempos, el supervisor debe ser un líder pedagógico, asesorando y dando acompañamiento al docente como lo propone la NEM (Nueva Escuela Mexicana) para la mejora de las prácticas docentes, que impacten en el aprendizaje de los alumnos.

Está costando un poco que los docentes implementen al 100% el plan de estudios 2022 ya que existe un poco de resistencia de los que cuentan con más años de servicio porque se aferran a la metodología que consideran que les ha dado resultado por años, pero no me desanimo porque la gran mayoría de los docentes son jóvenes que están dispuestos a imprimir el trabajo por proyectos.

Como conclusión puedo decir que, durante 36 años de servicio, 24 los realicé frente a grupo; 10 como directivo y 2 como supervisora escolar como trabajadora perteneciente a la SEP y SEV. Debo reconocer que siempre he implementado los modelos educativos vigentes que sugiere la dependencia por lo que considero que solo he transmitido lo que el sistema ha considerado que es lo mejor para mi país.

MI HISTORIA DE VIDA EN LA DOCENCIA: PASADO Y PRESENTE

Itayetzi Cortés Díaz ¹

Introducción

Escribir sobre mi camino en la docencia me ha llevado a recordar momentos importantes y trascendentales en el andar educativo. En este camino, la educación conforma la vida misma de mi persona y de todo ser humano, porque de una u otra manera estamos vinculados a un proceso educativo al formar parte de una sociedad, pues como lo define la UNESCO: «La realidad social está constituida por grupos humanos con todo aquello que puedan aportar de historia, cultura, ritos y tradiciones». De esta manera, cada experiencia vivida se convierte en un momento de aprendizaje, donde mujeres y hombres vamos bordando nuestra propia colcha de vida, que es similar a una colcha confeccionada con retazos conformados de errores, aciertos y oportunidades de aprendizaje.

Los inicios en la docencia

Crecí en una familia de maestros, por lo que desde pequeña estuve rodeada de libros, trabajos, tareas por revisar y hojas de trabajo para realizar actividades en la escuela primaria. Uno de mis juegos favoritos en la infancia era jugar a la maestra: colocaba todas mis muñecas, les repartía sus hojas de trabajo y yo estaba parada enfrente del pizarrón dando la clase; pienso que es un juego clásico de los hijos de maestros.

¹ Docente del Centro Regional de Educación Normal CREN de Iguala, Guerrero.

Durante mis años de primaria y secundaria acompañaba a mi madre a su centro de trabajo, una escuela enorme donde los jóvenes se formaban para ser maestros. La lógica indicaba que yo estudiaría para ser maestra, pero en aquel entonces fueron más los miedos que la tradición familiar, y cuando tuve que decidir sobre el destino de mi vida, la primera opción de estudio fue ser contador público; carrera que terminé y con la que me gané la vida algunos años trabajando en la iniciativa privada. Pero, al cabo de un tiempo, comprendí que ese no era mi destino; a esa vida de números le hacía falta la parte humana, la parte educativa de aprendizaje, llena de anécdotas que solo se viven en el ambiente educativo.

En el año 2000 tuve la oportunidad de irme a vivir a otro país, fue entonces cuando aprendí otro idioma y al mismo tiempo inicié con una de las tareas y responsabilidades más hermosas e importantes que una mujer puede tener en su vida, que fue convertirme en mamá. Cuando un mexicano vive en Estados Unidos extraña todo: la comida, las costumbres, las tradiciones, la familia, pero, sobre todo, su tierra. Uno vive en otro país, pero no olvidas tu México lindo y querido; y es ese cariño por la patria lo que lleva a las minorías que viven en Estados Unidos a gestionar para que en las escuelas se enseñe en español a sus hijos, y ello origina oportunidades para quienes tienen ese conocimiento.

Llegué a ser profesora por una necesidad en la escuela de uno de mis hijos, por lo que tuve que hacer algunos trámites y conseguir una autorización estatal para poder trabajar en las escuelas públicas del estado de Illinois. Cuando observé que tenía la oportunidad de incursionar en la docencia inicié una maestría en educación, lo que me permitió fortalecer y acercarme de manera formal a esos conocimientos que rondaban desde la infancia. Me inicié en la docencia atendiendo la función de maestro sustituto, esto me permitió desempeñarme como docente responsable de grupo, como asistente en grupos bilingües, y como asistente en un grupo de niños con necesidades educativas especiales; todo esto, cuando el o la responsable del grupo no podía atender a los niños por cuestiones personales o alguna actividad oficial.

En mis inicios como docente desarrollaba actividades que la maestra de grupo tenía plasmadas en su planeación, de esta manera yo era responsable de seguir paso a paso cada una de las indicaciones para realizar la jornada de trabajo con los niños; la mayoría de los días trabajaba con un grupo diferente de niños que estaban en edad preescolar, cada día se convertía en una experiencia de aprendizaje y de crecimiento al palpar la realidad que se vive en el aula de clase con los niños. Recuerdo que los primeros días de trabajo al regresar a casa después de la jornada, al cerrar los ojos escuchaba los gritos de los pequeños, que se quedaban en mi cabeza después del recreo.

Cuando estaba estudiando la maestría en educación comprendí que en algunas ocasiones las teorías educativas poco tienen que ver con lo que se vive en el aula. Con los niños viví momentos impactantes, alucinantes; momentos que no te enseñan en ningún lado. Por lo que decidí dejarme llevar por el día a día dando solución a las situaciones educativas a través de la reflexión y la sensibilidad pedagógica, comprendiendo que debía tener en claro lo que se debe saber, lo que se debe ser capaz de hacer y el tipo de persona que se debe ser para orientar y tratar a los niños en situaciones pedagógicas específicas.

En mi paso como maestra sustituta coincidí con grupos de trabajo en repetidas ocasiones, lo que me permitió desarrollar un vínculo afectivo con los niños, algo que considero importante dentro de la labor docente en todos los niveles, pero particularmente en el nivel preescolar; pues si bien los niños no eligen a sus padres, mucho menos sucede con el docente.

Cada momento en el aula es diferente, pues como dice Martin Buber «Cuando el profesor entra a su clase por primera vez los ve a todos allí, sentados, ve a niños que son grandes o pequeños, de facciones finas o toscas, ve rostros huraños y apariencias nobles. Y la mirada del educador los abraza a todos y los acoge», siendo cada uno de estos momentos los que fueron consolidando mi vocación docente.

Una de las experiencias más significativas fue cuando me tocó trabajar con un grupo de niños con necesidades educativas especiales; todos ellos eran hijos de padres hispanos y, aunque ellos habían nacido en Estados Unidos, sus raíces estaban ahí, intactas, siendo esta una ventaja para mi desempeño, debido a que coincidíamos en costumbres, tradiciones y folclor. Al principio fue difícil acostumbrarme al grupo, hubo algunos días en los que regresaba a casa triste al ver las diferentes necesidades de cada uno de ellos, pero con el tiempo descubrí que los docentes tenemos sensibilidad pedagógica y que somos responsables de los saberes y aprendizajes de cada uno de nuestros alumnos.

Parte de la educación consiste en enseñar y apoyar al niño para el logro de su independencia, y, sin duda, son diferentes los aprendizajes y logros que tiene un niño con necesidades educativas especiales. En ese tiempo comprendí que la función como docente no solamente es educar al niño, sino también tocar la historia personal de cada uno, a la familia y a sus seres cercanos, porque todos somos responsables de la educación de nuestros niños.

Dentro del grupo de alumnos se encontraba José, él era un caso muy especial, al ser un niño ciego con discapacidad motriz y discapacidad intelectual. José disfrutaba las mañanas de trabajo en la escuela, pero lo que más disfrutaba era la música. El grupo era atendido por tres docentes, la docente responsable de grupo hablaba solo inglés y las dos asistentes hablábamos español; mi compañera era originaria de Guatemala y yo de México, y, casualmente, a José le gustaba la música mexicana, más las canciones de Joan Sebastian, intérprete mexicano originario del estado de Guerrero.

Recuerdo que en una ocasión tuvimos un simulacro dentro de la escuela. Cuando la alarma se activaba, teníamos que protegernos en un área segura dentro del salón, pero a José le causaba mucha desesperación el ruido de la alarma, por lo que la mejor estrategia que optamos fue cantar y me tocó interpretar las canciones del cantautor mexicano.

La docencia nos exige reflexionar sobre la vida de los niños que tocamos. En aquellos años me convertí en bailarina de ballet, cantante, cuenta cuentos y presentador de circo, dejando en esos años un granito de arena en cada niño con quien conviví; lo cual me permitió reflexionar sobre la importancia de la labor docente.

Y de pronto mi vida laboral y personal tuvieron un giro que me dio la oportunidad de trabajar como docente de nivel superior dentro de la Licenciatura en Educación Preescolar, en el Centro Regional de Educación Normal de Iguala, en el estado de Guerrero, México. Después de muchos años, regresé a la ciudad que me vio nacer para trabajar en la escuela donde mi madre dejó los mejores años de su vida como docente. Tenía que adaptarme a un estilo de trabajo diferente, pero fue ahí comprendí que la docencia se lleva en las venas y que cualquier trabajo que se disfrute te lleva a la felicidad.

Durante 13 años trabajando en el nivel superior he tenido experiencias agradables que me han permitido reflexionar acerca de la práctica docente y mejorar mi desempeño cada día. He aprendido que el trabajo colaborativo fortalece la actividad docente y logra que los estudiantes puedan crear sinergias al aprovechar el conocimiento y la experiencia de cada uno de los involucrados.

En algunos momentos de reflexión docente me he percatado de cómo a través de los años he sido formada dentro de la escuela pública, lo que me lleva a analizar que, independientemente de los gobiernos y la política pública, ha existido una política educativa que me ha permitido crecer y formarme, y me ha dado las bases, competencias y aptitudes para estar hoy frente a grupo en una escuela formadora de docentes.

Mi perfil docente en la educación dentro de la Escuela Normal

El desempeño docente es fundamental en la formación y logros académicos de los futuros docentes. Shulman (2001) afirma que la importancia del docente en la calidad educativa radica en su dedicación hacia la preparación de sus clases y en la capacidad de

este para convertir en acciones pedagógicas los conocimientos, habilidades y actitudes, de manera tal que todos aprendan.

Desde esta perspectiva y como una responsabilidad ante y para la docencia, me matriculé en la Maestría en Ciencias de la Educación en el Instituto de Estudios Universitarios de Puebla, la cual cursé en línea; con ella fortalecí mis habilidades en los procesos de enseñanza-aprendizaje de una manera profunda. Es vital entender que el docente permanece en formación constante, y la maestría en educación me permitió mejorar la comprensión de la teoría académica, planificar y utilizar material educativo adecuado de acuerdo con las necesidades de los estudiantes de las escuelas formadoras; ampliar mi conocimiento sobre la evaluación desde una perspectiva crítica; y emplear herramientas teórico-prácticas dentro del área de la investigación educativa.

Mi vida como docente dentro de la normal transcurría feliz, con un ánimo positivo que se incrementaba con el paso de los días, hasta que llegó a mis oídos que los maestros universitarios no tenemos una formación completa, por lo que decidí inscribirme como estudiante en la Licenciatura en Educación (área específica Preescolar) en la Universidad Pedagógica Nacional, que cursé en un periodo de 4 años, durante los que cada sábado tuve la oportunidad de adquirir las bases de la formación docente.

Y en el entendido de que el docente nunca termina con su proceso de formación, y teniendo como base el conocimiento de una lengua extranjera, realicé mi examen de ubicación dentro del programa de inglés logrando obtener la certificación CENNI A1, en un primero momento, y posteriormente una certificación CENNI B1 en el mismo idioma. También me di tiempo para realizar un par de certificaciones en el Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y el Caribe, famoso ya en todo el continente bajo las siglas CREFAL.

La práctica docente y los principios éticos y valores

En la actualidad somos parte de una sociedad que vive cambios de manera constante. Hoy vivimos en una era donde la tecnología avanza a marchas irreconocibles y somos sobrevivientes a una pandemia; esto implica que como docente de una escuela formadora debo permanecer en una reflexión constante que me permita transformar la enseñanza teniendo como base valores y principios éticos. De esta manera la honestidad, sinceridad, responsabilidad, lealtad, respeto de los derechos humanos, y empatía entre otros son valores que forman parte de mi quehacer docente.

Los principios éticos y valores que he desarrollado dentro de la Escuela Normal se han fortalecido a través del trabajo comprometido de cada uno de los miembros de la comunidad académica, construyendo a través del trabajo colaborativo desde las academias de cada semestre; con lo anterior puedo rescatar lo que señala Silva Camarena (2002) que en la profesión más allá de la eficiencia se requiere de un carácter ético; así la ética implica entrega vocacional, responsabilidad, honestidad intelectual y práctica.

Con el paso de los años he construido mi quehacer docente con experiencias que han cambiado mi propia práctica pero que de alguna manera han dejado una huella en los estudiantes con los que he tenido la oportunidad de compartir, enseñar es una responsabilidad, es un acto que se queda no solo en el pensamiento de nuestros estudiantes se queda en su corazón, he trabajado con docentes en formación de la licenciatura en educación preescolar, de esta manera mis estudiantes aprenden en cada una de sus sesiones experiencias que las van a formar para llevarlas primero a sus escuelas de práctica y posteriormente a sus comunidades de trabajo.

Cada acción que realizo dentro del aula tendrá una consecuencia en un futuro próximo, desde esta perspectiva mi pensamiento como docente busca crear ambientes de aprendizaje que los propios

alumnos puedan recrear en su trabajo con los niños con la idea de construir espacios de cambio positivos dentro de la sociedad.

Pedagogía y metodología de la enseñanza

Cada una de las acciones contempladas dentro de la planeación de trabajo han sido fundamentadas bajo una teoría pedagógica, la cual nos brinda a docentes y alumnos herramientas para construir el propio conocimiento, y a través del constructivismo las experiencias anteriores se van tomando como base para que, con ellas, se puedan reconstruir o fortalecer conocimientos, vivencias y aprendizajes.

Recuerdo que en un cuarto semestre yo coordinaba la materia de Observación y Práctica Docente y mis alumnas preparaban sus planeaciones para ir a los jardines de niños en una primera jornada de práctica; al momento de revisar las planeaciones de mis alumnas observé que había confusión respecto a la implementación de acciones con los campos formativos y aprendizajes esperados, y al ver que esta situación se repetía con varias alumnas reflexioné sobre mi práctica docente y me percaté de la necesidad de reorganizar el trabajo del aula para que las estudiantes pudieran construir y crear activamente su propio conocimiento. Todo esto, a través de espacios de reflexión y de trabajo colaborativo donde las propias estudiantes se apoyaron mutuamente para una construcción en comunidad.

Planear para una clase es llevar a la práctica una teoría pedagógica, haciendo uso de elementos éticos, políticos, científicos y tecnológicos, además de que en cada momento de la planeación, siempre he considerado las necesidades de los alumnos y el contexto en donde nos desenvolvemos. Para Díaz Barriga (1990), la planeación busca prever diversos futuros en relación con los procesos educativos; especifica fines, objetivos y metas, permite la definición de acciones y, a partir de estas, determina los recursos y las estrategias más apropiadas para lograr relaciones favorables. En esas tardes y noches de planeación estos procesos me llevan a la reflexión sobre varias dimensiones.

La dimensión más amplia consiste en el conocimiento del contexto político, la cual permite comprender e interpretar si las acciones educativas tienen un compromiso para el desarrollo humano actual y para el futuro de los estudiantes. De igual forma, he reflexionado sobre el plano económico y social, que se ocupa de identificar desde dónde se fomentan las relaciones entre cada uno de los participantes del grupo.

Por otra parte, la dimensión cultural me ha permitido reflexionar y proponer transformaciones en las prácticas y saberes sociales y personales. Y la dimensión institucional me ha permitido reflexionar sobre el conocimiento del contexto propio del centro escolar, las condiciones y necesidades de infraestructura y de servicios educativos, sus intenciones educativas y el interés para lograrlas a través del fomento de relaciones sociales entre administrativos y profesores.

En cada etapa de mi labor docente he vivido el momento de planear como una actividad profesional, siempre consiente de que es un espacio privilegiado que me ha permitido valorar y transformar mi propio actuar dentro del aula. Recuerdo una experiencia que viví hace algunos años cuando tenía poco tiempo de haber llegado a la escuela Normal: la jefa del área de psicopedagogía de la licenciatura en educación preescolar me ofreció coordinar el curso de Conocimiento del mundo natural y social en el cuarto semestre; en ese entonces había ocurrido una jubilación masiva, los recursos no llegaban y por tal motivo no había docentes suficientes para atender algunos cursos.

Como coordinadora del curso preparé mi plan semestral con entusiasmo y dedicación; yo coordinaría el mismo curso en los tres grupos y en algún momento una gran maestra me dijo que trabajar con tres grupos era una estrategia muy buena porque con el primer grupo uno desarrolla lo planeado, con el segundo grupo fortalece y mejora la práctica, y con el tercer grupo tiene que salir una práctica de excelencia. Sin duda fue un gran consejo, mismo que apliqué y seguí durante muchos años y que me permitió realizar actividades dentro de los grupos que fortalecieron el logro de las

competencias, generaron ambientes de trabajo colaborativo y me permitieron crecer en la labor docente.

Los recursos con los que como docente he trabajado han sido variados, pero cada uno de ellos ha permitido que los docentes en formación desarrollen sus propias habilidades de observación y exploración del entorno, sus habilidades de narración y lectura con los niños, así como el planteamiento y resolución de problemas sin dejar de lado el juego, que es una estrategia fundamental para trabajar en los jardines de niños.

Siempre he pensado que aprendemos algo con mayor facilidad si lo llevamos a la práctica y lo realizamos nosotros mismos, así que en su momento llevamos a cabo actividades que les permitían a los alumnos vivir la experiencia dentro de la Escuela Normal pero fuera del aula, y fueron experiencias que los propios alumnos llevaron a sus jardines de niños. Recuerdo que realizamos una actividad que le llamamos el zoológico, la cual consistía en que cada alumno llevaba una imagen de un animal del zoológico y salíamos a las áreas verdes de la Escuela Normal a colocar nuestras imágenes con animales y cada uno explicaba el suyo.

Al paso de unas semanas fue muy agradable observar cómo los alumnos recrearon esta actividad dentro de su jardín de niños durante las jornadas de práctica, demostrando con ello que las actividades realizadas dentro de la clase eran útiles para sus jornadas de práctica y fortalecían el trabajo colaborativo, ya que cada uno de los integrantes del jardín de niños era responsable de realizar tres o cuatro animales y después todos eran colocados en el jardín de niños como parte del zoológico que fue visitado por cada uno de los grupos preescolares.

El aprendizaje y su evaluación

Durante el desarrollo de mi práctica dentro de la Escuela Normal, la comunicación con los integrantes de cada grupo ha sido fundamental; desde el inicio de cada uno de los semestres, establezco los criterios de evaluación y los productos que se van a

considerar dentro de los cursos impartidos; además, he trabajado para propiciar la participación durante todo el proceso, generando espacios de aprendizaje que promueven la responsabilidad y formación profesional.

La evaluación es sin duda un tema importante en el ámbito educativo. Como docente soy consciente de las implicaciones de evaluar y ser evaluado dentro de un proceso educativo. La evaluación me ha ayudado a verificar lo que los alumnos aprenden, cómo lo aprenden, cómo enseño y cuánta utilidad tiene cada contenido. De acuerdo con la SEP (2013), evaluar mediante el enfoque formativo implica reconocer que existe una cultura de evaluación que no se limita a la escuela.

Tradicionalmente la evaluación se aplicaba para conocer el desempeño escolar de los alumnos en un nivel cognitivo; es decir, referir conceptos, hechos, principios, etcétera, adquiridos por ellos en los procesos de enseñanza y aprendizaje. Hoy en día la evaluación se ha extendido a otros elementos del proceso educativo como lo es la práctica docente, el funcionamiento de los programas de apoyo al currículum y los componentes del sistema educativo.

En el principio pedagógico «evaluar para aprender», señalado en el plan de estudios 2011 de educación básica, se menciona que los alumnos son responsables directos de la evaluación de los alumnos independientemente de su momento. En este contexto, como docente he considerado a la evaluación con enfoque formativo como un insumo importante para mejorar los procesos de aprendizaje durante todo el trayecto formativo.

Evaluar desde el enfoque formativo ha favorecido en mi persona la reflexión constante acerca de los aprendizajes esperados; dentro de este aspecto no puedo dejar de lado las estrategias e instrumentos de evaluación utilizados en el desempeño de mi labor. Para Díaz Barriga y Hernández (2006), las estrategias de evaluación son el conjunto de métodos, técnicas y recursos que utiliza el docente para valorar el aprendizaje del alumno. Los métodos son los procesos

que orientan el diseño y aplicación de estrategias, las técnicas son las actividades específicas que llevan a cabo los alumnos cuando aprenden, y los recursos son los instrumentos o las herramientas que permiten tanto a docentes como alumnos tener información específica acerca del proceso de enseñanza y de aprendizaje.

Los instrumentos utilizados para este proceso de evaluación dentro del aula y a través de mis años como docente han sido la guía de observación, el diario de clases, el cuaderno de los alumnos, el cual es el reflejo del trabajo que hacemos en cada sesión; además, usamos organizadores gráficos, portafolio de evidencias, rúbrica y textos escritos. Desde la docencia me ha quedado claro que el desarrollo del ser humano es uno de los objetos de estudio más difíciles de evaluar, debido a que tienen la capacidad permanente de aprender, evolucionar, adaptarse y cambiar.

Evaluar en el aula ha sido un proceso que me proporciona información para tomar decisiones, que sin duda me ha demandado el uso de técnicas e instrumentos para recolectar información de corte cualitativo con el objeto de obtener evidencias y dar seguimiento a los aprendizajes de los alumnos durante cada uno de los semestres de su formación.

Gestión del aula y responsabilidad

La gestión del aula y el manejo de la responsabilidad no han sido problema a lo largo de mi desempeño docente, debido a que en todos los grupos he buscado generar un ambiente de respeto, apoyo y trabajo colaborativo. Los autores García Rojas y Brenes (1994) señalan que el clima adecuado del aula es aquel en el que las personas son capaces de escucharse y decirse cosas positivas o felicitaciones. Y coincido con este pensamiento, porque al trabajar en una escuela formadora de docentes es necesario establecer una comunicación asertiva, respetuosa y responsable, donde mis alumnos aprenden desde el ejemplo y cumplen en los diferentes compromisos por amor a su formación y responsabilidad con los niños.

En este sentido me queda claro como docente que es desde el aula donde se aprende a respetar la diversidad, donde ponemos en práctica los valores, conocimientos y responsabilidades dentro de la sociedad. Me ha quedado muy claro que cada uno de los estudiantes es importante y tiene un ritmo de aprendizaje diferente incluso en el nivel superior, por lo que considero que una característica primordial en los docentes de cualquier nivel educativo es la paciencia y el amor con el que nos desempeñamos día a día.

Planificación docente y herramientas digitales

Cada momento que dedico a la planeación educativa me da la oportunidad de vivir un proceso de reflexión y toma de decisiones; de esta manera, al planear siempre busco implementar contenidos y actividades que contribuyan a una mejora en la organización del trabajo áulico. Sin duda utilizo mi experiencia para preparar propuestas pedagógicas que permitan obtener mayores beneficios para los estudiantes y para mi propia práctica.

Me queda claro que formamos parte de una sociedad con muchas carencias, que nuestras aulas se pueden convertir en foros para analizar y reflexionar sobre las múltiples necesidades que tiene la escuela mexicana; sin embargo, considero que como docente tengo una responsabilidad mayor y esa es concientizar en el bien educativo; mi compromiso es compartir con los estudiantes no solamente los contenidos establecidos en un currículum, sino despertar ese sentido de reflexión y hacerles ver la importancia de estos en su vida, en la sociedad y en sus espacios de práctica.

Transcurría el año 2020 y en el CREN de Iguala, Guerrero, la tecnología era una noble herramienta en el desarrollo de los contenidos, yo había tomado cursos para el uso y manejo de Power Point, Excel y Word, y también hacía uso de grupos en Facebook y WhatsApp. A veces tenía algunos problemas para hacer uso correcto del cañón al momento de dar mis clases, pero de repente todo cambió; llegamos a marzo del 2020 y nos indicaron que teníamos que realizar el trabajo desde la distancia; el miedo se

apoderó de mí, sin embargo, yo tenía que mostrarme segura para mis estudiantes.

Y la pandemia fue el punto de partida para desarrollar mi competencia en el uso y manejo de la tecnología, pues en poco tiempo me volví casi experta en el manejo de Classroom, Meet, Canva, y Zoom. Hoy la pandemia ha terminado, pero con mis alumnos sigo haciendo uso de Classroom y todos los beneficios a los que tenemos acceso con la G-suite. Sin duda la docencia vivió una etapa difícil durante la pandemia, pero algo positivo que nos dejó fue la construcción de redes de colaboración y comunidades de aprendizaje para fortalecer el trabajo entre las escuelas formadoras.

Una experiencia muy agradable que nació en tiempo de pandemia y de la cual el CREN fue pionera, es un programa de Movilidad Académica que inició con alumnos y docentes de 6 normales del país, y que hoy se ha transformado en un programa de Vinculación Interinstitucional con actividades que tienen validez en el catálogo de cursos extracurriculares de USICAMM y donde participan docentes y estudiantes de 25 escuelas Formadoras del país.

Conclusiones

La formación continua forma parte de la vida cotidiana del docente, con lo que mi compromiso ha permanecido firme, no solo con los contenidos relacionados con los cursos de las mallas curriculares, sino que también he fortalecido mi formación en el aspecto social y en lo relacionado con los valores, la ética y lo humano.

Para Imbernón (2007), el desarrollo profesional necesita nuevos sistemas laborales y nuevos aprendizajes vinculados al ejercicio de la profesión y también aquellos aspectos laborales asociados a las instituciones educativas como organizaciones en donde trabaja un colectivo de personas; dado lo anterior, considero importante el compromiso docente para andar de una manera constante en el camino de la formación continua, ya sea por iniciativa y recursos propios, o atendiendo a las invitaciones o actividades convocadas por la autoridad educativa.

Esta no es una historia que concluye, al contrario, estoy consciente de que las necesidades educativas cambian de acuerdo con los avances de la tecnología y la sociedad; por lo anterior, me queda claro que la formación continua se convierte en un recurso invaluable para mantenerme a la vanguardia en las diferentes esferas de la práctica educativa obteniendo con ello una mejora constante en el logro de competencias pedagógicas y de la investigación educativa.

Como maestra soy modelo y mediadora de estos aprendizajes buscando siempre contribuir por una sociedad incluyente que permita y promueva la participación de los estudiantes y de los ciudadanos. Esta es solo una parte de mi vida, quedan muchas historias en el tintero, anécdotas, vivencias de aprendizaje y felicidad, momentos que se quedan en la mente y en el corazón, sin duda hay muchos años por venir y muchas historias por escribir.

DOCENCIA Y VIDA: CONTRAPESOS DE UNA PRÁCTICA COMPLEJA

Silvia Ivette Grappin Navarro*

Yadira Rivera Ortiz*

Frankcis Maryna Gallardo Romagnoli¹

Introducción

Cada actividad laboral se dota de una valía en la medida en que le es útil a los demás. Así, todos los servicios prestados al entorno social, natural, económico, tecnológico, etc., son importantes y requieren de saberes específicos, que no siempre resultan ser conocimientos académicos. Por ello, los saberes y las prácticas deben tener diversos ángulos y criterios de valoración; en el caso de las profesiones, se requiere complementar las evaluaciones centradas en el academicismo o la productividad con campos que den cuenta del ser integral de los profesionales, donde la parte emocional, la salud y la vida familiar sean igual de importantes para reconocer el equilibrio, pues sin él ninguna actividad será plena.

La docencia como profesión y actividad laboral ha tenido una historia en la que se pueden identificar no solo los indicadores propios de una práctica fundamentada en alguna teoría educativa, estrategia metodológica, reforma o conjunto normativo, en el “deber ser” o mediante los recursos implementados, sino también a través de la valoración que socialmente se le ha otorgado. Y es que el papel de la escuela, la enseñanza, el aprendizaje y la figura misma de profesor no han significado siempre lo mismo ni para la sociedad ni para el propio docente.

Entre lo que actualmente encontramos como un inmenso mar de información formal de corte histórico y conceptual sobre la

¹ Profesoras de la Facultad de Pedagogía en la Universidad Veracruzana.

docencia, lo que se plantea como indicadores de calidad en los organismos internacionales, las reformas y normatividad nacionales, y toda aquella información informal expresada en medios digitales a través de imágenes, videos y textos cortos a modo de bromas, reclamos, analogías y sarcasmos -entre otros-, es sumamente necesario que cada docente se reconozca; que conforme una identidad a partir de la reflexión de su propia práctica, pero a la luz de la mayor cantidad de ámbitos, principalmente, de aquellos asociados a sus emociones e intereses, a su salud y a su vida familiar. Porque en las trayectorias de los docentes cada devenir es único, valioso, y es la semilla de saberes que permitirá realmente fortalecer el conocimiento y el reconocimiento social.

Desde un sentido pedagógico, nos gustaría recuperar una de las tantas nociones de práctica docente, por reflejar lo anteriormente expresado; es un concepto de Fierro, Fortoul & Rosas (1999) que la señala como “como una praxis social, objetiva e intencional en la que intervienen los significados, las percepciones y las acciones de los agentes implicados en el proceso” (p. 21).

Así expresada, se nota claramente la doble dimensión -por hacer una división muy somera- a la que nos referimos: praxis social y objetiva, como profesión y acción laboral, con principios, metodologías y fundamentos en instituciones formales, pero intencionada, donde cada profesor ejecuta la toma de decisiones; todas ellas, recargadas más en sus propias experiencias, intereses, saberes y posibilidades, expresados en esas percepciones y significados, pero al final solo está la acción. Una acción o un cúmulo de acciones que pueden ayudar a vislumbrar hacia dónde transitan el ser y el quehacer de la docencia.

Es por lo que, en el presente escrito, nos hemos aventurado a intercalar tres perspectivas y experiencias de docencia que tienen como punto de encuentro una misma institución de educación superior, una misma licenciatura, un mismo colegiado y una intención formativa, pero a la vez una gran cantidad de diversidades en la visión, las experiencias y la estructura de vida. Somos tres académicas de la Facultad de Pedagogía-escolarizado, Xalapa,

de la Universidad Veracruzana, hermanadas en sexo, profesión, práctica laboral y académica, pero con circunstancias de vida diferentes, con retos diversos y aspiraciones complejas.

Nuestro ideal de buen vivir implica en todo sentido la profesión y actividad laboral que desempeñamos, pero hemos descubierto que, como seres humanos, nuestros intereses y emociones nos impulsan a intentar separar cada ámbito, y que la importancia de lo familiar y de la salud no podemos continuar postergándola. De ahí la idea de los contrapesos, pues la actividad docente universitaria cada vez demanda más roles y funciones, cada vez exige mayor rendición de cuentas y el trabajo parece inagotable, pero ¿dónde queda la persona?, ¿desde nuestro sexo qué se nos demanda?, ¿hacia dónde reconstruimos las prácticas y cómo las entrelazamos? ¿Qué preocupaciones nos agobian?, ¿qué nos da felicidad?

De ninguna manera queremos dar un giro catártico a nuestro compartir, sino a modo de acercamiento y panorama, presentar tres historias, tres discursos, tres maneras de afrontar el reto docente desde circunstancias específicas que expresan lo intelectual, lo emocional, lo heurístico, y con ello develar un camino a nuevas pedagogías que acojan saberes diversos, intimidades que impulsen el fortalecimiento de una práctica que, per se, es compleja y que ha de reconocerse como tal para revalorarse.

Entretejidos en la búsqueda del buen vivir siendo docente: Tres experiencias

Comenzaremos exponiendo que, para nosotras, el encuentro con la noción del buen vivir ha permitido deconstruir nuestras nociones de educación, de pedagogía y, por supuesto, de docencia. Se identifica su comienzo en pueblos originarios de Latinoamérica, y en lo que respecta a México, se considera necesario recuperar la forma en que las comunidades totonacas de Huehuetla, en Puebla, la refieren: “Tapaxuwan Latamat” (Chan y Castillo, 2022, p. 8), que alude a una existencia que solo tiene sentido en el servir, trabajar desde y para lo colectivo, que es, en esencia, la dirección de la docencia.

Coincidimos, asimismo, con Gudynas (2011), quien expone que se pueden señalar algunas características principales que han de considerarse ante la adopción de la perspectiva del buen vivir:

1) otra ética para reconocer que todo lo que nos rodea es objeto de valor, 2) la descolonización de saberes que implica reconocer, respetar y aprovechar la diversidad, 3) dejar atrás la racionalidad de manipulación e instrumentalización dando lugar a la integración y cooperación, 4) incluir una vocación orientada al encuentro, diálogo o interacciones entre los diferentes saberes, 5) concepciones alternas de la naturaleza donde el ser humano es un integrante más de la trama de la vida, 6) dar lugar a lo no-humano como seres o espíritus dependiendo de la cosmovisión, así como 7) otorgar un espacio para la expresión de los sentimientos o afectos. (p. 4).

Todos estos posicionamientos no son posibles si no acudimos a reaprender qué es la vida y, en este caso, qué es la docencia, pues la información académica que poseemos regularmente viene de una formación que aún es colonialista; entendida esta de la forma en que la conciben Arguello y Anctil (2019) cuando señalan que se trata de “una colonialidad camaleónica que se va reinventando a sí misma desde las dinámicas contemporáneas y se hace patente en los apremiantes desafíos humanitarios, las crecientes inequidades, la amenaza bélica mundial, la pérdida de la primacía ética, la degradación medioambiental, entre otras muchas manifestaciones” (p. 1); cuyo mayor triunfo consiste en hacernos pensar en ella solo de modo histórico, como un suceso pasado, cuando las ideologías de los países dominantes siguen plasmadas en las propuestas formativas, simplemente, desde el sesgo de fuentes bibliográficas que debemos leer para profesionalizarnos.

Y, en contraparte, asumimos también su posicionamiento sobre la decolonización cuando la plantean como “un horizonte particularmente amplio, diverso y fecundo para afectar las prácticas de enseñanza convencionales o las estructuras escolares repetitivas, y promueve, a su vez, espacios de autorreflexión para el cuerpo profesoral en su ejercicio pedagógico cotidiano.” (Arguello y Anctil, 2019, p. 3).

Expresado lo anterior, compartiremos un breve panorama de nuestro ser docentes desde nuestro quehacer profesional, en vínculo con algún otro aspecto de nuestra vida, de nuestro ser integral y de nuestra identidad.

Contrapesos: Responsabilidades académicas Vs cuidado de la salud

Existen muchos estudios y fuentes que he leído, que hablan de docencia y salud, tanto física como mental -incluso ha formado parte de los tópicos interdisciplinarios con los que he trabajado y hasta tesis he dirigido-, pero si debo ser honesta, mi salud ha sido una y mil veces sacrificada en el proceso de formación y consolidación docente.

Expresar esto pareciera fácil, pero no lo es, porque es sumamente difícil tomar conciencia de ello debido a que, en realidad, “todos andamos igual”; es decir, en el gremio docente hemos normalizado el descuido de la salud.

Siempre comparto con mis estudiantes que “nadie da lo que no tiene”, y luego, al pensar que la docencia -aun cuando es una actividad altamente demandante- requiere de un profesor equilibrado, caigo en cuenta de que cada profesor debería modelar esa formación integral plena, y veo que ese es, en primer lugar, mi reto personal. Chan (2022) dice que “hay autores que señalan al Buen Vivir en correspondencia con perspectivas espirituales (no físicas o materiales) que puede contribuir a la reconstrucción del Buen Vivir fomentando relaciones armoniosas con todo lo existente”. (p. 9); y, en los últimos años, he caminado hacia la búsqueda de la armonía con mi entorno, reconociendo esa parte espiritual de mi ser que debe ser también educada y compartida

Como docente, tuve la fortuna de ser formada en una época donde no se nos encasilló en una sola forma de ver y hacer docencia, sino que aprendí a tener una perspectiva crítica y ser flexible, ajustando mi práctica al entorno; lo cual fue un elemento significativo, porque los primeros diez años de mi andar docente tuve un transitar

interinstitucional en muchas escuelas de educación superior de corte privado y en una pública. Aunque debo reconocer que sí mantuve todo ese tiempo una concepción de docencia muy específica, que me condujo a ser altamente comprometida con mi práctica, al punto tal de sacrificar muchas otras áreas, principalmente el descanso.

Inicié mi labor docente en nivel medio superior a los pocos días de haber egresado de la licenciatura en pedagogía, con apenas 23 años y cumpliendo ya el rol de esposa y madre de tres hijos muy pequeños. En pocos meses me postulé para una maestría en la misma universidad pública en la que estudié, pero era autofinanciable, así que conseguí trabajo como docente de educación superior en cinco universidades privadas diferentes para completar, con los sueldos obtenidos, el pago de mis estudios de posgrado. La carga de trabajo de planeación, revisión de tareas y construcción y calificación de exámenes era igual de pesada que el desplazamiento por toda la ciudad de lunes a domingo. Mi perfil y gusto por la investigación hicieron que tuviera trabajo en muchas licenciaturas, pues enseñaba principalmente estadística aplicada a la investigación o metodologías de la investigación.

De este modo conviví con múltiples y diversas áreas del conocimiento, enfoques y formas de trabajo; desde ahí me causaron siempre inquietud las distintas formas de entender y vivir la docencia y se fue fortaleciendo en mí la idea de un docente que siempre tenía que dar más de sí mismo, quizá como compensando a veces las vivencias y observaciones de prácticas deficientes. Aunque hoy recuerdo voces de profesoras con mayor edad que yo aconsejándome, muchas cosas -el cuidado de la salud, la fuerza y motivación de la juventud, los intereses y el enfoque en metas claras, y, sobre todo, la necesidad- me hicieron ignorar esos consejos.

La salud física y, principalmente, la salud mental de cada ser humano es una de las áreas más valiosas de la vida, y en el caso de la docencia es un aspecto que incluso puede llegar a afectar a terceros.

De la Guardia y Ruvalcava (2020) recuperan el concepto de salud de Milton Terris (2003), que señala que se trata de un “estado de bienestar físico, mental y social con capacidad de funcionamiento y no solamente ausencia de enfermedades o invalidez” (P. 82).

No reparé, hasta hace poco, en que este “buen funcionamiento” está vinculado a esta noción de salud. La lucha por conseguir una consolidación profesional, una seguridad laboral y un ingreso que cubra las necesidades de mi familia, me han hecho pasar por muchos picos emocionales que van desde experiencias de inmensa alegría hasta otras de profunda decepción; aunado a lo anterior, el cansancio extremo, la falta de sueño, los malos hábitos alimenticios y la inexperiencia en el manejo de emociones fueron mermando mi salud.

Sin embargo, al hacer conciencia, al buscar otros fundamentos y formas de ser docente, y al poner en una misma valía otras áreas de mi vida, he aprendido a construir mis entornos y a negociar conmigo misma, escuchando a mi cuerpo y a mis sentimientos.

No hay una docencia de calidad si el profesor no tiene salud; es una premisa que me atrevo a garantizar, y es necesario que en los procesos de formación de formadores y en los procesos de selección de personal docente, se incorporen criterios no sólo académicos, porque la credencialización de los saberes no es garantía de una práctica docente que sea pertinente, ética y profesional.

Eliminemos de a poco, y de modo conjunto, aquellos indicadores sociales que nos orillan a las mujeres a cumplir con deberes que van en contra de la naturaleza humana, con roles designados y participaciones dirigidas, solo por la idea de sacrificio asignada al sexo o por la violación de derechos a los que sumisamente nos resignamos, pues estas siguen siendo ideas y prácticas en las que, desde una perspectiva decolonial, nos corresponde incidir.

Sin embargo, la idea de formar un vínculo entre docencia y salud del docente, no tiene -desde mi opinión en esta narrativa- perspectiva de género, pues cualquier docente está actualmente sometido a

una serie de exigencias y requerimientos que los empuja al límite de sus capacidades, pero dado que social y físicamente las mujeres tenemos más responsabilidades y menos oportunidades -sobre todo, por procesos de maternidad-, sí es necesario recalcarlo.

Docentes, nos invito a escuchar nuestro cuerpo; es sabio. Nos invito a acercarnos a la naturaleza en busca de salud o equilibrio; a mí, el camino de la espiritualidad y de la sustentabilidad me han hecho deconstruir mi percepción y concepto de docencia, para vivirla con armonía y respeto por mí misma y los que me rodean. No lo planteo como un único camino o una metodología rígida, pero sí como una posibilidad desde una práctica flexible y heurística en la educación, como reflejo de un cúmulo de experiencias personales y las de muchos amigos y amigas docentes.

Contrapesos: Consolidación profesional Vs emociones e intereses

Como docente de la Facultad de Pedagogía ha sido muy satisfactorio apuntalar en la formación de los estudiantes de varias generaciones, con una antigüedad de trece años, ya que me gusta la docencia y apoyar a estudiantes en el ámbito académico y profesional. He de compartir que la docencia formó parte de mis ideales e intereses desde muchos años atrás de conseguirlo; yo me visualicé como profesora y la lucha de mi situación formativa y laboral siempre se encaminó a lograrlo.

La docencia es un quehacer profesional que exige formación continua, profesionalización y, en el caso de la institución en la que yo me desempeño, se deben cubrir los lineamientos de la universidad para lograr llegar a una consolidación como docente de tiempo completo. Este proceso se redacta de forma tan sencilla en unas líneas, pero el camino para conseguirlo es arduo; las horas y esfuerzo para estudiar, sobre todo, de forma alterna a ejercer un empleo académico, se sostiene de un interés firme y de un control de emociones.

Soy una persona sencilla en mi actuar, recatada en mis expresiones y diálogo, porque he aprendido a manejar mis emociones, y considero que ello me ha permitido el logro de muchas de mis metas; mi encuentro con la línea de formar lo socioemocional como responsabilidad primera del propio docente, nace de mis experiencias iniciales en el área de la orientación educativa de nivel medio superior.

La autora Pacheco-Salazar (2017) recupera los postulados de Vaello (2009), quien habla de competencias socioemocionales y las refiere como un "conjunto de habilidades que permiten interactuar con los demás o con uno mismo de forma satisfactoria" (p. 19), a partir de lo cual dice que los docentes deben entrenar estas competencias, no solo en sus estudiantes, sino consigo mismos, "pues no está exento de carencias que puede subsanar en campos tan decisivos como la autoestima, resiliencia, automotivación, respeto, persistencia, autocontrol, responsabilidad, fuerza de voluntad o empatía" (p.106).

Todo ello para mi es una realidad muy sentida cuando pienso y vivo la docencia, porque como docente de nivel superior tengo la responsabilidad social de guiar a jóvenes, y considero la parte emocional un eje para el movimiento de todos los elementos que convergen en un proceso de enseñanza-aprendizaje. En este sentido, y con los actuales trabajos académicos que desarrollo al interior de un colegiado (Cuerpo Académico) al que pertenezco, la noción del buen vivir ha venido a complementar mi perspectiva, mi práctica y la dirección formativa de estos jóvenes. Esta noción, si bien no es nueva, sí representa un campo emergente para lo educativo, para la docencia; Piedrahita (2020) señala que "se han ido creando discusiones epistemológicas hacia la valoración de conocimientos diversos y de las formas distintas en que han ido surgiendo. En un concepto como el Buen Vivir es importante conocer en qué contexto, desde dónde y para qué se produce el conocimiento. (Pp. 9-10).

Creo que este tipo de disertaciones son responsabilidad del docente frente a grupo, para consigo mismo, con sus estudiantes,

su institución educativa y la sociedad. Y es que en estos procesos y en algunos periodos, se tiene diversa carga de trabajo y largas jornadas, lo cual en ocasiones genera estrés, ansiedad, depresión, tristeza, nostalgia, y, ante esto, no se duerme las horas necesarias, se descuida la alimentación, no se ejercita el cuerpo y las relaciones familiares se minimizan.

Frente a lo anterior, ser docente tiene retos, como alcanzar la estabilidad emocional y ejercitar de forma productiva la docencia; de modo personal, para lograr un equilibrio he tenido que reconocer lo importante que es la gestión de las emociones, o como se le conoce en ciertos entornos, la inteligencia emocional. Esta gestión consciente favorece las relaciones afectivas con los estudiantes, compañeros de trabajo y la familia; además, permite crear ambientes armoniosos, favorece la comunicación efectiva, incrementa la motivación y productividad, y, en consecuencia, se genera el crecimiento personal y profesional.

Otro de los ámbitos recomendables para equilibrar las emociones y los retos profesionalizantes es procurar elegir temáticas de actualización que sean realmente del interés del profesor y de su necesidad en el ejercicio de su trabajo, porque el interés se convierte en un factor intrínseco de motivación y los logros, generalmente, otorgan felicidad.

Es difícil encontrar textos formales de felicidad y docencia, pero a modo de experiencia personal, este sería mi compartir; procuremos ser felices desde la docencia y para la docencia. Yo actualmente he optado por realizar ejercicio físico, lo cual me ha beneficiado en la disminución del estrés, ha mejorado mis estados de ánimo y con mucho entusiasmo realizo mis actividades académicas.

Contrapesos: Profesionalización, estabilidad laboral vs vida familiar

Primeramente, es importante considerar que, en México, específicamente en el caso de las mujeres, el nivel de profesionalización en correspondencia con la estabilidad laboral son dos indicadores que fluctúan cuando un tercer criterio aparece; por ejemplo, cuando se habla de vida laboral y la maternidad. Aunque la visibilización de la mujer en espacios académicos y científicos ha crecido actualmente, el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) muestra que la presencia de investigadoras decrece a medida que el nivel sube; lo anterior puede suponer que la producción académica y productiva intelectualmente de las académicas mexicanas se concentra en edades en las que no impacta la vida familiar o maternidad.



Ilustración 1. Las mujeres académicas y científicas en el Sistema Nacional de Investigadores. Colegio de México (s.f). Elaborado a partir de datos de CONACyT

Desde una experiencia personal, mi carrera académica y profesional tuvo su auge entre mis 26 y 30 años, cuando, a pesar de que me había casado, pude dedicar horas de mi día a la docencia y planeación de actividades académicas, a la producción y divulgación de conocimiento, a realizar estancias académicas fuera del país y a continuar mis estudios de posgrado; sin embargo, a los 30 años decidí convertirme en mamá y aunque me encontré

en una de las etapas más felices de mi vida, también fue la más inestable emocionalmente, pues mi vida académica y profesional decreció enormemente. No tenía tiempo ni energía de planear mis actividades laborales y mucho menos de generar investigaciones a fin de divulgarlas. Mi trayectoria en el posgrado se vio afectada y tuvo que ser detenida sin un periodo posible de determinar para retomarla.

He vivido y comprobado que la maternidad, desde el embarazo, constituye un proceso y etapa de vida que demanda de la mujer y su familia una responsabilidad muy grande, y que ello indiscutiblemente tiene consecuencias en su trayectoria profesional y laboral. Debo reconocer que tuve la fortuna de vivir esta experiencia dentro de un matrimonio donde recibí el apoyo total de mi esposo y de nuestras familias de origen, con una estabilidad y buen estado de salud, y que mi hija nació saludable y es una niña feliz. Pero desde un inicio sabía que cualquiera de estas situaciones podía haber faltado, y puedo ser empática con quienes no han tenido estos privilegios, porque una vez que se tiene un hijo, la incertidumbre es un elemento permanente que te acompaña.

Mi visión como docente y el reconocimiento de mis estudiantes, se tornó diferente después de experimentar la maternidad, y la necesidad de consolidarme profesionalmente, de obtener una estabilidad laboral, hoy día, es mayor que cuando mi hija no estaba en mi vida. La familia ahora representa para mí un motor que me impulsa, porque las circunstancias de la vida académica en el nivel superior son altamente demandantes y estoy en constante riesgo de descuidar o sacrificar el tiempo y atención en mi hogar.

La encrucijada es contante, permanente, diaria; la lucha por cumplir con todos los estándares sociales y académicos, y los que yo misma como mujer me impongo, me han llevado en ocasiones a sentirme frustrada, cansada y emocionalmente desgastada; y otras ocasiones veo todo lo que tengo, lo que he logrado y todas mis posibilidades de continuar y consolidarme. Veo a otras mujeres, siento el apoyo y el cariño, y me motivo demasiado para luchar por mis aspiraciones. Con todo lo anterior, que es una mínima y muy

general parte de mi vida y experiencia, he replanteado mi docencia y la visión de mi profesión, la pedagogía.

El relacionarme con mis colegiados y la actualización de saberes, me hacen coincidir con los postulados del buen vivir como un elemento que debe transversalizar el currículo y las prácticas formativas, no solo en el nivel superior, sino en todo el sistema educativo. Y es que tal como lo plantea Rivera Cusicanqui (2015), citada por Macarena (2020, p. 63), es la comunidad a quien, desde esta perspectiva, se considera como el sujeto, porque se requiere de miradas y acciones comunitarias, y es que no habrá manera de decolonizar el papel de la mujer en la docencia si continuamos con la perspectiva individualista y competitiva de la globalización.

Mientras sigamos considerando las experiencias de cada persona de forma aislada, demeritando situaciones y experiencias solo porque no nos interese comprender, no podremos avanzar en la renovación de la práctica docente ni en la consolidación de lo humanitario.

Quizá mi propia experiencia parece común en la vida de muchas docentes y eso hace que muchos no le otorguen la valía que amerita, eso es un hecho solo con la revisión objetiva de leyes y oportunidades laborales, pero justo por ello quiero comunicarla y plasmarla como reflexión desde un ámbito académico; la docencia y la maternidad deben reivindicarse desde las experiencias de vida de sus actores. Tampoco podría generalizar que todas las profesoras experimentan lo que comparto, y en ello radica la riqueza, en el reconocimiento y el diálogo de la diversidad.

Finalizo exponiendo que la estabilidad laboral en el campo de la docencia, en nuestro país, cada vez se diluye más, haciendo que la perspectiva social de la docencia como formación y acción laboral se demerite. Se requiere que las autoridades educativas replanten este quehacer profesional desde el reconocimiento de su impacto social. Si la estabilidad laboral de la práctica docente estuviera realmente correlacionada con la profesionalización, se obtendrían resultados en la estabilidad emocional, intelectual, física y social del trabajador y trabajadora de la educación.

Reflexiones finales: a quienes buscan recorrer este camino

Existen muchos retos para repensar la docencia, las experiencias de los y las docentes son un campo fértil, y son una sentida necesidad; por ello, estos espacios de expresión se convierten en semilleros para el análisis y la nueva producción de saberes.

Afortunadamente, vemos que el interés por la práctica docente persiste, a pesar de las condiciones laborales actuales y la influencia de las redes en las representaciones sociales sobre docencia.

Desde esta triada de compartires que retomaron una perspectiva humano-académica, que le apuesta al buen vivir como la nueva perspectiva para el ejercicio docente y como un hábito de vida, se invita a quienes ya ejercen o quienes buscan trabajar en este ámbito, a que adopten posicionamientos críticos, pero que comiencen por el análisis de su propia persona.

Reconocerse como persona cuando se habla de sí mismo como docente, no es algo común; los indicadores de rendimiento académico son lo que se prioriza cuando se hacen análisis e incluso autoanálisis de las prácticas formativas. Reflexionar de esta manera, hace que se deconstruyan y reconstruyan las nociones, las valoraciones y, por tanto, las acciones.

Igual que los padres, los profesores olvidan su juventud y sus propias experiencias estudiantiles cuando son docentes; la connotación del “nombramiento” pesa, más aún si en el entorno más cercano le empiezan a tratar y a comunicarse anteponiendo solo el “maestro/a” y le tratan con más “respeto” o “consideraciones”, estas trampas sociales hacen que a veces se pierda distancia. Un profesor no debe ignorar el motivo de su llegada a la docencia y el sentimiento que le genera enseñar.

La docencia es parte de las humanidades, y un requisito básico vocacional de esta profesión es que te agraden o toleres muy bien a otros seres humanos (quisiéramos que el criterio fuera el amor, la comprensión y la empatía, pero al menos la tolerancia funcionaría);

entonces, a todos esos profesores que no toleran a otros seres humanos ya sea por su edad, su condición económica, de salud o sus preferencias ideológicas, religiosas, políticas o sexo-genéricas, les invitamos a replantear y evaluar su salud mental, sus intereses y emociones, sus aspiraciones laborales y de formación-actualización docente.

Se necesitan maestros más humanos. Con ello no descartamos los indicadores formales de calidad, pero lo cierto es que estos últimos se logran de manera natural cuando existe vocación, interacción personal, comunicación empática, compromiso institucional y responsabilidad social.

La rendición de cuentas del quehacer docente debe reconsiderarse al punto tal que se renueven los criterios de perfil y selección del profesional de la docencia, no basta con los títulos, los conocimientos teóricos o un manejo rígido de metodologías educacionales -pero sí son sumamente necesarios-; hacen mucha falta los valores y el reconocimiento de las multidimensiones en el ser y el quehacer docente, de la complejidad y la integralidad. Cada docente es un mundo, cada práctica dentro de un aula es una situación diversa; aprendamos a compartir, colaborar, expresarnos y comprendernos.

Aprendamos a leer y valorar experiencias como saberes que guiarán las nuevas concepciones, los nuevos posicionamientos, las nuevas prácticas. La docencia está en evolución, la docencia está en reconstrucción; seamos los actores de su nueva conformación.

LA SOLEDAD TRANSFORMADA EN PROCESOS DE ACOMPAÑAMIENTO DE LA PRÁCTICA DOCENTE

Ma. Lourdes Santana Salgado ¹

Introducción

Pensar y analizar la emoción trascendental de mi vida me ha llevado a recordar etapas desde hija, esposa, madre, docente, compañera; lo que implicó mirar atrás para construir, desde la historia, el sentido y conformar el deseo por conocerme mediante un diálogo interno, para ir recuperando marcas que permitan crear las condiciones para reconocer que todos son diferentes con sus niveles de complejidad que ello implica, según la historia de vida y posibilidades que cada uno ha tenido. Una construcción capaz de comprender la compleja realidad actual, recuperando primero la historia personal, reconociendo las huellas y frustraciones que marcan la trayectoria del ser, y que, al mismo tiempo, dejan miedos y angustias, para abrirse a un mundo de posibilidades en el que se le encuentre sentido a lo que se hace, asumiendo una posición ética desde una perspectiva que pueda transformar la realidad.

Encontrar la edificación de las afectaciones, como punto de partida de su historicidad, en la realidad que se produce y la experiencia de sus relaciones e intercambios con los demás, como puente para que se privilegie la confrontación y el debate, en un constante análisis que incluya tanto elementos teóricos como la aplicación de esta en la práctica docente, no olvidando al sujeto en los aspectos que conforman lo emocional-actitudinal: ¿cómo me siento?, ¿qué elementos perturban u obstaculizan el proceso enseñanza aprendizaje?, ¿cómo se articulan, en el presente, mis afectaciones

¹ Profesora del CA: Investigación para la Innovación en la Formación Docente CAMA-CA-2 en el Centro de Actualización del Magisterio Acapulco.
Profesora en el Centro de Actualización del Magisterio Acapulco.

en la formación de docentes?, ¿cuáles son las circunstancias que hacen posible esta emoción?, ¿cómo, desde mi quehacer cotidiano, le otorgo sentido en la práctica docente?

De ahí nace el deseo por conocer en *un acto deliberado de consciencia* (Zemelman, 1992), lo que implica problematizar tanto la teoría como la realidad en distintas dimensiones, movimientos, espacios, y articularla con mis circunstancias como “un sujeto que siente, vive y actúa cotidianamente capaz de comprender que el conocimiento es la producción de sentidos y significado” (Quintar, 2007, p.16). En este proceso de construcción de mi identidad profesional de ser docente de nivel superior, me he preguntado durante las dos últimas décadas ¿por qué quieren ser maestros? Aproximadamente, el 50% contesta que por estabilidad económica, lo que ha generado semejanzas a lo que yo pensaba cuando elegí dedicarme a ser docente, entonces me lleva a reconfigurar mi práctica docente para acompañar a los estudiantes a descubrir y amar esta profesión; ¿cómo crear las condiciones en los estudiantes en formación para que construyan la identidad profesional? Es parte del objetivo de esta narrativa compartir cómo me doy cuenta y me hago cargo de mi elección como maestra.

En la reconstrucción de relaciones posibles emerge la soledad como afectación principal, expresada en una serie de sentimientos, que depende de la relación espacio y tiempo histórico. La relaciono con enojo, tristeza, desconcierto, frustración, rebeldía, que estrechamente he transitado, y a la vez se busca solucionar en el entorno a través de la participación, solidaridad y cooperación.

Desarrollo

Proceso de dar cuenta de la soledad y cómo se mira desde la colocación del sujeto

El repensar la historia en sucesivos ejercicios de reflexión me ha llevado a la reconstrucción de las afectaciones que he identificado en este caminar de aprender a ser docente, y que presento en breves recortes para comprender la forma en cómo se actúa en la práctica en una institución de Educación Superior del estado de Guerrero. Todo inició al entrar en contacto con otras voces sobre la conciencia histórica y la didáctica de sentido o no-parametral; definida por Estela Quintar (2008,p.10) como el “reconocimiento y re desconstrucción de sentido, el protagonista es el sujeto con su sentir, con su carga afectiva y emotiva, quien, en relación con su realidad lo moviliza en la enseñanza aprendizaje en la construcción del conocimiento”, promovida por Instituto de Pensamiento de América Latina, desde el proceso de construcción de conocimiento de Hugo Zemelman (1992), con el uso crítico de la teoría, sujetos y conocimientos sociales en horizontes de la Razón I y II.

La movilización deviene de la lógica de razonamiento de cómo se lee y se articula con la realidad, en este caso, el sentido de ser docente, desde los campos problemáticos, la relación con la conciencia histórica; a partir de ese momento, nada fue igual. En este camino de vida he tenido desajustes sociohistóricos en diferentes dimensiones, desde familiares, políticos, educativos, que, a la vez, son dispositivos metodológicos que me ayudaron en la construcción de significados como sujeto situado históricamente. ¿Cómo hacerlo? Lo primero fue tener la voluntad del pensamiento como la parte viva del sujeto, comprender las circunstancias sociales, económicas, políticas y culturales, con la finalidad de tener una postura frente a la realidad, lo que permite colocarse.

En ese sentido, el presente potencial expresa la voluntad de dar cuenta como sujeto historizado que siente, piensa y construye una nueva lectura de la realidad, capaz de enfrentar las circunstancias y vislumbrar posibilidades con sentido y significado, repensada

constantemente, incorporándose a dimensiones por las que se pregunta desde el presente de cada sujeto. ¿En qué circunstancias y en qué condiciones históricas y culturales se está pensando la realidad?, ¿cuál fue el proceso?, ¿cómo puedo colocarme frente a aquello que quiero conocer?, ¿cómo saber situarse ante la realidad? Las preguntas sobre el repensar de la historia en sucesivos ejercicios de reflexión han llevado a lo que significa la conciencia histórica, no como un concepto abstracto, sino una actitud del carácter que se desarrolla con preguntas donde la historicidad es “comprender el fenómeno en la complejidad que tiene el momento que se aborda” (Zemelman, 2005, p.30). El encontrarle el sentido a la vida, ¿quién soy?, ¿qué me limita?, como parte del proceso de objetivación de reconocimiento de la historicidad de mis acciones y darme cuenta de las circunstancias que marcaron la formación. ¿En qué momento decidí estudiar para maestra?, ¿qué aspectos intervienen en la elección de la profesión?, ¿por qué me molesta la falta de compromiso ético-político?, ¿por qué luchar a diario con las prácticas de mi institución?

La transformación de la manera de pensar se ha modificado en distintos momentos y circunstancias que marcaron la decisión de ser maestra. En 1994, inicié la licenciatura en Contaduría en una universidad privada de Acapulco y una licenciatura en Educación Media, especialidad de inglés, en el Centro de Actualización del Magisterio Acapulco (CAM Acapulco). Eran dos comunidades distintas y contradictorias en ideología: la primera institución tenía una visión neoliberal y de competencia, mis compañeros eran de mi edad, de 18 a 25 años, con intereses y necesidades de la juventud; en el CAM Acapulco, la edad de mis compañeros oscilaba entre 24 y 45, eran docentes de educación básica y media superior que tenían muchos saberes al tener más de 10 años antigüedad en el servicio, estudiaban porque necesitaban cubrir el requisito de obtener el perfil profesiográfico afín al área de conocimiento, o estudiar otra licenciatura para incrementar sus horas.

La interacción con diferentes compañeros provocó incertidumbre, malestares y desafíos, ¿qué decisiones tomar?, ¿cuáles acciones emprender? Por un lado, ser universitaria con un modelo

político-económico-social del neoliberalismo, se extendía en la forma empresarial en que miraba el conseguir un trabajo con alta remuneración, lo que me condujo a actuar en consecuencia de la influencia que predicaba en el eslogan de la universidad: “Excelencia para el desarrollo”. Mientras los sábados y domingos me relacionaba con maestros que compartían diferente ideología, era un entorno humanista e inclusivo; en ocasiones, no comprendía cómo operaban lo que vivían en su práctica e intentaban transformar la realidad de sus alumnos. He de reconocer que en ese tiempo no asimilaba las diferencias de lo que sucedía en los dos ambientes que se contraponían, y ponía en tensión la forma de relacionarme con mis compañeros, pero también me dejaron aprendizajes y posibilidades de cuáles decisiones y acciones emprender y construir a lo largo de mi vida.

Uno de los momentos y circunstancias de elegir la profesión fue el enfrentarme a la vida laboral en 1998. Trabajaba en un despacho de auditores con una jornada de 40 horas semanales y un salario de practicante, cuestionaba al encargado del despacho el tiempo que tardó para tener su despacho propio y lo que ganaba -más de 15 años y un salario que alcanzaba para ir al día con su familia, pagar a dos contadores y dos practicantes-. Reflexionaba sobre lo complicado de tener una familia por el tiempo dedicado al trabajo por muchos años para tener estabilidad económica, situación que en ese momento no estaba dispuesta a experimentar. En ese mismo año, me ofrecieron un interinato de 20 horas como maestra de inglés en una secundaria a diez kilómetros de donde vivía; cubría el perfil, lo acepté inmediatamente, era una gran oportunidad.

Lo que llevó a cuestionarme ¿estaré haciendo lo correcto?, ¿para qué estudié contaduría?, ¿el salario del maestro me es insuficiente para cubrir mis necesidades básicas?, ¿de dónde tengo esta visión?, ¿acaso estoy mal? Lo llegué a pensar por un momento, al tener la pluralidad de elecciones que se me había presentado, en una serie de habitus, como menciona Covarrubias (2007), que forma parte de la interiorización de los principios de una arbitrariedad cultural capaz de perpetuarse en las prácticas; al ser hija de maestros, establece la influencia familiar al magisterio al mostrar las

bondades de ejercer la profesión, pero en mi interior me generaba angustia, preocupación constante por estar a la altura de las exigencias, por lo que continué mis estudios sábados y domingos, debido a las circunstancias que se presentaban; la consecuencia, el desplazamiento de mi familia y compañeros.

El resignificar mi historia como sujeto que siente y que tiene potencialidades en la producción de conocimiento sobre la realidad social, en un contexto que da sentido y dinamismo a las formas de identificación tanto familiar, política y laboral, me hace reflexionar continuamente en la práctica docente, al asumir una postura hacia la realidad y lo que significó en el ejercicio de la profesión en una institución formadora de docentes que conlleva una responsabilidad social y ética, porque me permite aprender a escuchar a mis alumnos y compañeros, y a la vez tengo la posibilidad de formar y formarme con los otros. Parece sencillo, pero no lo es; la docencia me ha educado y cambiado a lo largo de mi vida, he aprendido a modificar hábitos, a practicar los valores, a controlar mis emociones, a ser empática, a ser más paciente con cada una de las personas que me rodean.

Entonces, ¿el maestro nace o se hace? Si bien sé que muchos nacen con esa vocación, definida como la llamada desde su interior o inspiración por dedicarse a una forma de vida, en otros, como es mi caso, cuesta años descubrir qué es lo que se quiere y nos hace feliz, qué caminos seguir; ser persona y a la vez ser resiliente ante una comunidad de nivel superior que pone obstáculos para mantener un perfil deseable del Programa para el Desarrollo Profesional Docente (PRODEP), ser líder de un Cuerpo Académico en consolidación.

El ejercicio de compartir con otros compañeros lo que va pasando en los distintos momentos históricos, provocó un distanciamiento de los procesos vividos y la realidad, para construir sentidos en un *reconocimiento subjetivo a la configuración de un sujeto histórico*, lo que ha llevado a colocar y colocarse en un “real-dándose” (Zemelman, 2005) desde el presente y del contexto de realidad que se encuentra en movimiento, y que como sujeto

establece relaciones que va resignificando en la medida en que va descubriendo con marcas y afectaciones.

La soledad inherente a la condición humana

Resulta complicado articular las experiencias de un estudio que parte de darme cuenta de que no fui plenamente consciente y que necesita construir el significado que se desea mirar; en este caso, la afectación "soledad" depende de la realidad consciente de construcción de significados personales. Lo que implica que el significado social e individual es atribuido por el que lo vive, las relaciones con uno mismo y con el otro, puede ser de carencia o ausencia de "otros"; mientras que en otros momentos se transforma en un recurso creativo, valioso en el desarrollo del ser humano en la vida (Muchnik y Seidmann, 2004). Por lo anterior, la soledad se puede ubicar en el plano individual y en el social, cuanto más se convive en las redes sociales -amigos, maestros, medios-, más se extravía y genera un sentimiento de soledad, aumenta la superficialidad. En ese proceso se tienen conflictos internos, experiencias personales, familiares y colectivas que va cambiando la mirada; por ende, las ideas y la educación recibida se van resignificando para aportar la marca de cada uno.

La soledad es el proceso articulado de emociones y sentimientos inherente a la condición humana; puede ser involuntario de no estar relacionado con alguien. Se trata de una apreciación subjetiva, donde la persona se siente sola; puede ser un estado emocional involuntario o voluntario de estar relacionado de manera próxima con alguien; se puede disfrutar, al tener la oportunidad de pasar más tiempo para conocernos, y descubrir o redescubrir el sentido y nuevos objetivos en la vida para comprender lo que nos rodea. ¿Cómo se expresa la soledad?, ¿cuáles son las circunstancias que generan soledad?, ¿cómo, desde el quehacer cotidiano, se otorga sentido a la voluntad de aislarse o de sentirse sólo?, ¿cuáles son las implicaciones de relacionarse con el otro a partir de la soledad?, ¿cómo transitar de la soledad al desarrollo del equilibrio afectivo emocional?

La soledad puede ser una ausencia o carencia que provoca emociones ligadas al contexto histórico y social, y puede ayudar en los procesos de adaptación y regular la interacción con los demás. Cada uno vive y enfrenta ante sí mismo la soledad de diferentes maneras, y la forma en que afecta depende de la situación y el contexto social en que se encuentre; en un ambiente de marginación puede quedar excluido o puede excluirse a sí mismo por la influencia o acoso de la colectividad.

El ampliar y enriquecer las relaciones con los demás para desarrollar las emociones, afectos y sentimientos, a partir de las experiencias que me constituyen, cuando definiendo lo que pienso y siento, la relaciono con emociones de enojo, tristeza, desconcierto, frustración, rebeldía, que estrechamente aparecen en la trayectoria personal y profesional; pero cuándo o por qué un ser humano decide estar solo. El estar solo es parte de esa subjetividad e introspección con necesidades, donde cada uno puede decidir desligarse debido al desencuentro, a la incomprensión, al distanciamiento o a la ausencia de alguien al que se estaba apegado. En ese sentido, tener espacios para plantearse la realidad donde aprende a conocerse, se descubre a sí mismo y, al mismo tiempo, se descubre con los otros para pensar-se y afrontar la realidad. Lo que puede generar formas de vincularse con los otros, a partir de una constante necesidad de ser solidario con el otro; sin embargo, frente al impulso de querer acompañar al otro, a veces hay impotencia por no poder modificar las circunstancias, las limitaciones propias de la cultura de ese otro, y puede llegar a sentir frustración por la complejidad que tiene el compartir con los otros.

La soledad como afectación social

En las sociedades actuales, se presentan situaciones familiares que entretejen experiencias que configuran la soledad. Desde el siglo XX a la fecha, se tiene una fragmentación de la vida familiar, desde la inserción de la mujer en el trabajo, y recientemente la precarización laboral, así como el debilitamiento de los lazos personales con la ideología que tiende a exacerbar cada día más el individualismo y el consumismo con su consecuente aumento de una visión cada vez más materialista de la vida. ¿Podría ser el aumento de la tasa de divorcios una consecuencia de esta ideología individualista y consumista?, según datos del INEGI (2019), en México se registró un aumento del 35% de 1980 a 2019; tan sólo durante el 2019 se registraron 159,769 divorcios, es decir, 32 divorcios por cada 100 matrimonios. ¿Qué significa la ruptura de la estructura familiar en una sociedad latinoamericana y altamente conservadora como la mexicana?, ¿qué pasa cuando se tienen hijos?, ¿cómo se acompaña la separación de la pareja?, ¿quién acompaña a las y los hijos en dicho proceso?, ¿cuáles son las consecuencias de dejar solos a los niños a una temprana edad?, ¿cómo se estructura la personalidad de los hijos al crecer, cuando son abandonados por los progenitores?, ¿son la soledad y la depresión en los procesos formativos lo que incide en el desarrollo de las habilidades sociales?

Las personas afectadas por la soledad pueden entender su afectación a partir de descubrir las marcas de vida, como en el caso personal; no obstante, el contexto en el que surgen esas marcas es importante comprenderlo ya que la influencia ideológica que pueden tener filosofías de vida como las que hoy se promueven en el neoliberalismo tiene consecuencias también para el sujeto. Es decir, ¿qué pasa con un sujeto al que constantemente se le vende el discurso de priorizar los aspectos materiales, por lo cual sacrifica el tiempo con la familia, madres, padres, hijos, abuelos, amigos?, ¿cómo busca compensar la falta de tiempo y el descuido?, ¿cuáles son los sentimientos que se transforman o subyacen a conductas y actitudes de sobreprotección, afiliación, apego, apariencia negativa, o en situaciones pesimistas, centradas en fallas personales?

Lo que llaman Muchinik y Seidmann (2004) “soledad universal”, es un fenómeno de la sociedad en masa donde el aislamiento social deriva de la fragmentación de la familia, o los vínculos de comunicación y pertenencia fue sustituida por espacios solitarios y el individualismo. Las consecuencias son personas solas, que se ven reflejadas en menos amigos o compañeros, una red más pequeña; pueden ser comprometidas, responsables, independientes, pero a la vez resentidas, prejuiciosas, rebeldes, y también por sus propias decisiones buscan aislarse, por la necesidad de protección, de no ser dependientes, y tener alguna ausencia de acompañamiento. Esto puede generar procesos de congelamiento como sujetos porque esconden la soledad en ambientes donde los otros priorizan el éxito social, y sus habilidades sociales se reducen a dificultades para relacionarse con otros y al aislamiento emocional.

El aislamiento social es la falta de conexiones con otras personas, y se presenta cuando una persona se aloja de manera voluntaria o involuntaria. La sociedad impulsa a la propia persona a la marginación por ambientes tóxicos en sus trabajos o en su familia, generando críticas, calumnias, agravios, lo que puede causar condiciones para que se alejen o generen estereotipos. También porque pertenece a poblaciones vulnerables con alguna condición de salud que le impide relacionarse con otras personas.

Pero no todo lo que refiere a la soledad es negativo, existe una potencia en el pensamiento que emana de la soledad, es decir, el pensar en soledad es conformar deseo por conocerse entre un diálogo interno para ir recuperando marcas que nos permitan crear la condiciones para reconocerse, como menciona Zemelman en “Horizontes de posibilidades” (1992, p. 9). También pueden vincularse de formas específicas al ser capaces de mirarse en el interior; se aíslan para encontrar un espacio que les posibilite pensar, repensar, explorar, crear, recrear, construir y reconstruir ideas, sentimientos, emociones, conocimientos. Lo anterior implica que el significado social e individual atribuido a la soledad es una construcción de quien padece dicha afectación; las relaciones con uno mismo y con el otro, pueden ser de carencia o ausencia de “otros”, mientras que en otros momentos se transforma en

un recurso creativo valioso en el desarrollo del ser humano en la vida (Muchnik y Seidmann, 2004). Todo depende de la realidad consciente y de la construcción de significados personales.

En cuanto a las dificultades que tienen las personas afectadas por la soledad al relacionarse con los otros, es porque no han desarrollado habilidades sociales como la empatía o saber escuchar, o porque buscan construir proyectos orientados a la transformación de la realidad. Estos proyectos se realizan a partir de desplegarse y contraerse en la soledad, donde se parte de aprender a descubrirse y conocerse a sí mismo para tener la voluntad de hacer.

La construcción de la soledad

En el siguiente gráfico se representa la afectación estructurante de la soledad en la que se entretajan diversas marcas que personalmente fui capaz de resignificar; lo anterior depende de la realidad social que vive cada sujeto. Se eligió simbolizar la propia estructura de la soledad por medio de hilos por los que se entrecruzan los caminos en los que se van tejiendo las diferentes emociones, acciones y decisiones que el sujeto ha configurado. Las ausencias de las relaciones en cada persona pueden producir rebeldía, autoconocimiento, autenticidad, asumir posturas desafiantes; sin embargo, cada sujeto al colocarse frente a las circunstancias y distintas situaciones en un tiempo y espacio determinado configurará un tejido distinto y único.

La soledad está representada en los espacios que se encuentran vacíos, entre ellos se pueden observar los lazos de amor propio, seguridad, confianza, esperanza y compromiso, que considero que fueron construyéndose en mi proceso, mediante procesos de acompañamiento; al inicio con protección, pero que compartiendo espacios de aprendizaje permiten salir de aquellos miedos, frustraciones, tristezas y posibilitan tener aspiraciones e inspirarse para lograr cambiar la realidad y ser mejores.

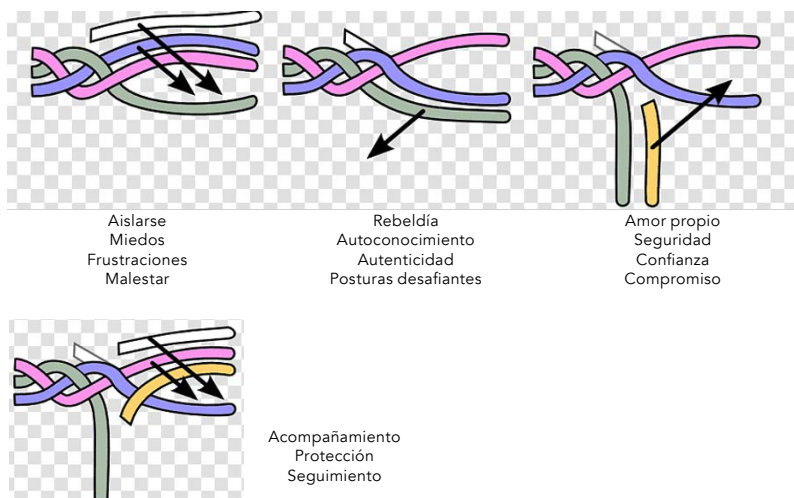


Imagen 1. Hilvanando la soledad. Elaboración propia.

El hilo conductor que va hilvanando es la propia experiencia que cada sujeto construye de acuerdo con la realidad vivida, con lo que se dice, con lo que se hace y con lo que se resignifica otorgando sentido al sujeto. La soledad es parte de las vivencias en diferentes momentos de la vida, en los que se entrecruzan circunstancias como la edad, el estado civil, problemas de salud, inseguridad y la ausencia de conexiones sociales.

En mi caso, la función del maestro es enseñar y aprender con los otros, y aún cuando se está rodeado de muchas personas en la vida, se puede pensar que un maestro no se encuentra en soledad; sin embargo, la docencia puede estar permeada de silencios como el refugio cuando se encuentra en un medio o ambiente hostil, la incomprensión de los pares, la competitividad que priva en el medio, la sordera por la falta de comunicación, lo que tiene como consecuencia el desarraigo o la marginación para quienes se atreven a expresar lo que se siente y piensa, que se promueve no expresar. Por otro lado, el maestro al compartir espacios mediante el acompañamiento genera posibilidades de sueños, esperanza, seguridad y promueve aprendizajes con sentido y significado para comprender la cotidianidad y sus contingencias.

Relacionarse con el otro desde la soledad

La relación con el otro desde la soledad nace en los espacios que habita y que construye cada sujeto consigo mismo y se van transformando en la medida en que este logre reconocer sus habilidades y destrezas, de tal manera que pueda crear y recrear situaciones para interactuar, construir y desarrollar las potencialidades necesarias para aprender con y desde los otros.

Ser conscientes de la afectación es parte de ser conscientes de la colocación, nuestro ser y estar en el mundo; por otro lado, permite relacionarse con el otro de forma libre, sin ataduras para que la persona interiorice y se relacione con su ser, aprender de la afectación para enfrentar la ausencia y aislarse como una opción personal de tomar distancia para poder desarrollar las potencialidades propias.

La soledad como posibilidad de ayudarnos a entender las motivaciones, deseos y angustias del trabajo sobre sí mismo, y que el otro ayude en el proceso de reconocerse en una interacción que, expresada en emociones, repercute al ser y el resultado incide en el sentir como parte de la personalidad. En lo social, es la relación y vínculo con el otro, cultivar lazos mediante los que conviven en las redes sociales -amigos, maestros, medios-; sin embargo, mientras más se extravía y se genera un sentimiento de soledad, aumenta la superficialidad como síntoma del vacío carente de una relación emocional con los otros. El grado de intensidad y satisfacción depende de lo que publiquen para no sentirse solos y ser aceptados, lo que causa dependencia y crisis de adaptación en lo externo que redundará en lo interno.

¿La soledad provoca rebeldía?

La rebeldía es un proceso que presenta muchas dificultades; se define en el comportamiento o manifestaciones de una persona, caracterizada de diferentes maneras: protestas, resistencia o desafíos, desobediencia, incumplimiento de una obligación por causas justas o injustas, lo que puede causar revoluciones, revueltas, resistencias a lo establecido o en contra del sistema, a lo

que Zemelman (2006) define como desafíos posibles.

Se configura la rebeldía como aislarse, lo cual es una manifestación y consecuencia que el ser humano elige debido a la independencia y fortalecimiento personal que se caracteriza por resistencia, desafíos, desobediencia, dureza, fuerza y tenacidad. Cada ser humano puede tomar decisiones y se comporta dependiendo de las experiencias positivas o negativas, tiende a buscar mecanismos cognitivos o emocionales en el comportamiento con manifestaciones de rechazo, lo que puede generar rebeldía expresada en aislamiento con las relaciones interpersonales.

La rebeldía se distingue por dos cualidades: rechaza dejar prescribir las leyes del poder, cualesquiera que sean los medios, y asume la decisión de defenderse ante las injusticias, además de que tiende a la dimensión de posibilidad para cambiar la historia (Jünger, 1938 en Nava, s.f.)

Los comportamientos rebeldes tienden a ser seguros, muestran autosuficiencia consigo mismos, reafirman la autoconfianza, se atreven a decir lo que se sabe, se discute y se critica para mejorar las relaciones de confianza con una red de compañeros o amigos que proporcionen integración y comprensión; pero también pueden provocar ansiedad, intensidad, enojo, aburrimiento, irritabilidad, rechazan la protección y es difícil integrarse con los demás. Tal como lo menciona Maturana (1990, p.35), el ser solitario se dispone por entero a explicar y a escuchar; debe ser celoso de su soledad. “Estoy esencialmente solo, con algunos profesores bien dispuestos hacia mí. Lo que pasa es que nadie nunca ha podido demostrar que estoy equivocado. Yo no tengo problemas con los profesores porque yo sé dónde están. Ya pasé por ahí. Ellos tienen problemas conmigo porque no saben dónde estoy yo”.

La rebeldía en soledad se vive tanto con maestros como con estudiantes cuando se experimentan situaciones donde no se sienten en sintonía con los demás, no se es parte de un grupo o no se encuentran vínculos con los compañeros de clase o de trabajo. Esto forma parte del sentimiento de impotencia por malestares

provocados por problemas; puede ser en las escuelas donde maestros o estudiantes sienten algún abuso de autoridad, falta de respeto, lo que ocasiona rebeldía, el no dejarse, tal como lo dijo Ricardo Flores Magón (1873-1922): “No son los rebeldes los que crean los problemas del mundo; son los problemas del mundo los que crean a los rebeldes”.

¿La soledad genera dependencia y protección?

La soledad puede configurar relaciones de dependencia, a partir del apego que tiene el individuo desde que nace y durante el largo de la vida existen mecanismos emocionales, cognitivos y comportamentales que operan de manera diversa en uno mismo, así como en otros. La dependencia puede ser la respuesta frente a rechazos sociales reales o imaginarios.

Al relacionarse en las diferentes etapas de su vida, las personas buscan esperanzas de protección en los otros, sean compañeros, maestros, familiares, amigos, y sólo expresan sus sentimientos y emociones con ellos. La dependencia con el otro se constituye por miedos, inseguridades y la falta de una base segura.

La subordinación a los otros es parte de los miedos que tiene el sujeto por dejar su comodidad y sus certezas, por lo que, frente al sentimiento de soledad, prefiere aislarse, callarse y subordinarse. No defiende lo que piensa y siente, se encuentra en un estado de opresión —como lo define Freire en la condición del Maestro (1994) —, lucha entre lo que “quieren ser, mas temen ser”, esto puede ser interna o externamente, “entre expulsar o no al opresor, entre desalinearse o mantenerse alineados, entre decir la palabra o no tener voz” para transformar el mundo. La soledad es también el peor enemigo del maestro porque al sentir malestar o vivir injusticias, se desilusiona y deja de intentar mejorar su trabajo, se aísla y no participa por buscar la mejora continua, tanto para él como para la comunidad educativa.

Este vínculo provocado por la soledad puede reemplazarse en otros escenarios como la escuela donde la relación maestro-alumno se basa en dar y recibir, lo que puede o no incidir en las interacciones y el desarrollo de la personalidad. ¿Qué provoca angustia, miedo, protección, rebeldía en los maestros y alumnos?, ¿qué adolecen los maestros y estudiantes que buscan refugio en la soledad?, ¿cómo aprende el maestro y alumno a salir de la soledad?

Las acciones de protección son parte de la cultura centrada en el cuidado, sustento, respaldo y control para subsanar las escasas habilidades sociales. Muchnik y Seidmann (2004) mencionan que las personas solas tienden a rechazar a los demás, retraerse hacia actividades solitarias o buscan a las personas con habilidades más desarrolladas en las interacciones sociales y que les generen confianza. Esto provoca relaciones de protección que aseguran la formación de la personalidad, la aceptación e insertarse en el entorno donde buscan conservación.

Las relaciones de protección pueden ser motivadas por la soledad al adoptar la perspectiva del otro frente al cuidado de sí mismo. Implica que el sujeto se encuentra en la búsqueda de proximidad con el otro para protegerse y sentirse aceptado, le otorga confianza y seguridad; puede evocar el sentimiento de pertenencia a una red de relaciones: amigos, padres e hijos, maestros y estudiantes.

La soledad en los procesos de acompañamiento

La soledad puede generar angustia por una separación o una pérdida, o porque no se encuentra en el otro tiempo para escuchar, interés en lo que comparten o comprender sus necesidades; en ese sentido, ¿cómo romper con la angustia y poder construir una relación horizontal con el otro? La relación de horizontalidad es posible con la reflexión que permita pensar que los vínculos implican el reconocimiento que el otro tiene de mí. Tal como menciona Filloux (1996, p.38), "el retorno sobre sí mismo forma parte del formador-formado, lo que implica un doble movimiento [...] que no me quede en mí mismo y que acepte que el otro pueda ser un

sujeto que pueda hacer lo mismo". Lo que implica abrir caminos, a partir del reconocimiento al otro; significa romper con el propio orden y reconstituirse desde nuestra subjetividad, adentrarnos en un proceso de desmitificación para re-pensar las teorías críticas y hacer un ejercicio de memoria histórica para reconocer aquellas afectaciones que permitieron la reconstrucción del sujeto.

En el caso específico de la soledad, el abandono y el aislamiento fueron parte de la problemática que abre la construcción de la propia historia cuya trascendencia está en la identidad y en múltiples procesos que configuran la manera de solidarizarse con el otro; personalmente, llegué a tener frustraciones por la complejidad que tiene el conocer esa sensación de insatisfacción para no visualizar por temor a cómo fuimos formados, lo que me ha llevado a cuestionarme: ¿quién forma a los formadores de docentes?, ¿cómo permanecer abierto a los procesos de formación como lo es la práctica docente? En ese proceso, me percaté, en la práctica docente, que los compañeros, directivos y estudiantes comparten discursos centrados en conceptos, en la lógica hipotética deductiva con fines utilitarios, irreflexivos, simples, generalizados, que reproducen lo establecido. Entonces, ¿cómo acompañar a los estudiantes de formación inicial a reconocer en la práctica profesional la construcción de sentido?, ¿cuáles son las limitaciones, necesidades y las posibilidades en el proceso de acompañamiento? El acompañamiento en el proceso de la formación en los lugares de observación y práctica retoma preguntas de lo que se mira y cómo se mira desde la práctica o la teoría; el puente se encuentra en la situación con el intercambio y construcción de conocimientos desde la realidad, al relacionarlo con el momento histórico. De ahí la transformación de la soledad como posibilidad de compartir con el otro, y potenciar el ser mejor docente.

Reflexiones finales

Pensar la soledad en los procesos de formación es pensar en el estudiante que se dispone a aprender con el otro, en el sentido que vincula sus sueños, tristeza, anhelos, ilusiones, esperanza y temores hacia lo desconocido. La co-construcción con los otros implica que docentes y estudiantes tengan voluntad por aprender y compartir, jugar, reír y tener procesos de transformación de pensamiento desde la recuperación del sujeto y su historia en un espacio privilegiado llamado “escuela” -valorando lo que significa y representa después de contingencias sanitarias y de huracanes-; lo que implica dar cuenta de la realidad en el día a día, encontrarle el sentido a la vida y a la profesión, fortalecerla y transformarla. Es decir, sentir la satisfacción de mis actos, me lleva a hacerme cargo de cada decisión y acción en la enseñanza aprendizaje, para que los alumnos sean capaces de responder a sus propias circunstancias de vida.

Los campos de posibilidad para hacer de las prácticas profesionales y cotidianas un ámbito para la transformación tanto individual como social, exige desarrollar las capacidades que hacen la construcción de sujetos con conciencia histórica desde distintos planos de la realidad para recuperar y re-actuar en proyectos sociales con autonomía. La relevancia de este trabajo radica en la construcción de sentido desde la soledad, donde se descubren como sujetos para construir espacios de acompañamiento donde expresen el sentir, pensar y actuar de manera independiente, de acuerdo con las particularidades, intereses y necesidades que les permitan seguir aprendiendo de la práctica educativa como un proceso de cíclico de formación.

El docente tiene la posibilidad de compartir con el otro cuando tiene conciencia de sí mismo; retornar sobre sí mismo con la ayuda y reconocimiento de los otros en un diálogo continuo donde acepte que el otro -estudiante- es igual y que juntos se potencian mutuamente hacer mejores.

RETOS DE LA PRÁCTICA DOCENTE UNIVERSITARIA EN EL CONTEXTO DE LA EMERGENCIA DE LA JUSTICIA EPISTÉMICA

Roberto Lara Domínguez ¹

Introducción

La práctica docente en la universidad es un complejo que se afecta por diversos factores, uno de ellos es el contexto que, actualmente, se transforma de manera acelerada e incierta, debido a distintas influencias como el tránsito de información, la vigencia del conocimiento, internet, las tecnologías de la información y el conocimiento (TIC), COVID- 19, entre muchos otros. Lo cierto es que una consecuencia de esto es la emergencia de necesidades y perspectivas en los distintos campos disciplinares, en donde no se puede excluir a la educación.

En este contexto, se considera importante la consciencia de las distintas modalidades de la injusticia epistémica, en donde se pueden enlistar: a) anglo centrismo, b) racismo, c) sexismo y, d) humanismo (Bernal-Ríos, 2021). Esto ha motivado la búsqueda del opuesto: la justicia epistémica y, al mismo tiempo, implica una serie de retos en la práctica docente de la universidad, pues implicaría la necesidad que desde aquí se responda a las lagunas del plan y el programa de estudios en el reconocimiento de la pluridiversidad. Esto es sistematizado por Bernal-Ríos (2021) desde dos dimensiones: 1) con relación a las identidades sociales, que incluye temas como el género, la diversidad sexual, comunidades étnicas y culturales y, 2) respecto a los discursos, que implica a los practicantes y sus contenidos.

¹ Docente de la Facultad de Administración de la Universidad Veracruzana, candidato a doctor por el Doctorado en Investigaciones Económicas y Sociales (DIES) y doctorante del Doctorado en Investigaciones en Educación de la Universidad Veracruzana

Lo anterior permite comprender dos situaciones problemáticas. Por un lado, la posible subrepresentación de estos temas en los planes y programas de estudios y, por otro, las capacidades y habilidades del profesorado para formarse en estos temas y perspectivas emergentes, así como para romper con sus propiocepciones y abrirse a la posibilidad de asumir el reto y poner en prácticas soluciones para aquello que, formalmente, se omite en los documentos oficiales de la universidad.

Al respecto, Martínez (2021) refiere que los problemas complejos de la actualidad requieren de prácticas docentes que promuevan espacios formativos con sentido social. Esto implica consciencia sobre las desigualdades, pero no puede lograrse a menos de que se trascienda la mirada disciplinar, traducido en la implementación de diálogos, acciones y consensos para producir saberes más allá de las comunidades científicas y académicas.

Sin embargo, esto implica todo un reto para las y los docentes que, para comenzar, no fueron formados con este enfoque ni en este contexto, además, las dificultades frente a aprendizajes conceptuales y prácticos complejos, con referentes y aproximaciones diferenciadas; así, el presente documento narra la experiencia del autor frente al reto de la docencia universitaria consciente de las injusticias epistémicas y el reto ante la búsqueda de transformar su práctica docente.

Perspectivas emergentes en la educación y su incidencia en la práctica docente

Las perspectivas emergentes de la educación no solo implican la necesidad de identificar problemas, también refiere al surgimiento de otras formas de abordar la realidad educativa, conceptos para construirla y de posicionamientos teóricos para explicar. Como se podrá pensar, esto se convierte en exigencias y expectativas para la universidad y, en consecuencia, para las prácticas docentes, así que para desarrollar esta se toman como ejemplos a la virtualidad y la sustentabilidad, dos ejemplos de los nuevos retos para la docencia actual.

Para cualquiera que se dedique a la docencia universitaria, no será ajeno que período con período aparezcan nuevas necesidades educativas que, por solicitud de la universidad, requieren ser tratadas en clase. Por supuesto, no cumple a caprichos internos, sino que se trata de los impulsos que generan las políticas educativas nacionales e internacionales, las que responden a las problemáticas globales y las expectativas de los seres humanos que requieren ser formados para responder a ellas.

Un caso que cimbró la práctica docente fue la contingencia por COVID-19, específicamente, el tránsito acelerado de las clases presenciales a las modalidades a distancia y virtuales. Así lo primero que viene a la mente, son los distintos problemas provocados por la carencia de habilidades digitales entre el profesorado y el estudiantado o las limitaciones de las instituciones de educación superior (IES) para implementar los procesos de gestión en estas modalidades.

Sin embargo, Dussel & Pagola (2023) refieren a que este es un fenómeno que trascendió a la urgencia sanitaria y se ha convertido en parte del presente y el futuro de la educación. Así más allá de la necesidad de capacitación, trae consigo las necesidades de repensar la manera en la que se da la comunicación en los procesos de enseñanza y aprendizaje. Y, es que, ante la virtualidad, vale la pena reflexionar sobre lo siguiente: a) la realidad social se constituye por interacción, b) la interacción se da con cierta simetría y en red y, c) en la interacción actual aparece el concepto de actantes.

En este sentido, vale la pena profundizar en el concepto de actantes, pues de acuerdo con las autoras, se trata de un concepto que introduce la idea de que en la interacción intervienen sujetos no humanos, los que se mantienen en constante movimiento.

Así un ejemplo sencillo de comprender está en la inteligencia artificial (IA) aunque, en esquemas menos desarrollados también es un papel que pueden asumir las plataformas por las que se desarrollan los cursos en modalidad virtual o a distancia. En conjunto, esto permite construir infraestructuras de conocimiento,

las que conectan con formas de conocimiento, de conocer y de producir otros conocimientos, lo que influye en aspectos como la digitalización cultural.

En un primer nivel, esto trae a colación los retos de las y los docentes para interactuar con igual o similar agilidad en estos espacios que el que tienen las y los alumnos, pero si se trasciende el tema de las capacidades y habilidades para hacerlo, permite cuestionar sobre nuevas formas de interactuar, relacionar y comunicarse, sobre todo, cuando se asume que en la relación ya no sólo interviene docente-alumno, sino que se tiene a estos otros actantes que afectan la interacción.

Esto no es difícil de comprender, sobre todo cuando se piensa en el reto que implica detectar un texto elaborado por la IA y que se entrega a modo de tarea o en las dificultades que pueden llegar a provocar las limitaciones de una determinada plataforma, simplemente, basta recordar la cantidad de tareas no subidas por culpa del sistema, internet o el equipo, los materiales invisibilizados o las grabaciones no de clase no grabadas por falta de espacio de almacenamiento.

Aunque, esto puede ser llevado a niveles más profundos, pues valdría la pena plantearse las siguientes problemáticas emergentes frente a la virtualización de la educación: a) la democracia del conocimiento, b) la alienación tecnológica, c) efectos ecológicos de la tecnologización, d) la banalización de los problemas sociales, e) la modificación de estructuras lingüísticas y, f) la descolonización, por supuesto, temas que requieren ser abordados por la Universidad y la práctica docente.

Lo interesante, es que estos problemas no se dan de manera aislada, sino que coexisten en diferentes temas emergentes con incidencia en la educación, por ejemplo, los problemas ambientales y las vías para solucionarlos, en donde Leff (2011) refiere que no son de orden natural, sino cultural, resultados de lógicas positivas y la crisis del conocimiento, esto increpa a las prácticas docentes, pues se relaciona con las formas tradicionales, lineales y segmentadas en que se hace la ciencia, tanto como en la que se enseña.

Y es que, esto permite reflexionar sobre el encuentro entre los problemas emergentes, la necesidad de atenderlos desde la educación y los paradigmas de formación de las y los docentes, sobre todo, cuando se considera que es en las aulas en donde se impulsan los cambios paradigmáticos y metodológicos complejos, interdisciplinarios y basados en el diálogo (Guillaumin, 2020), sin embargo, esto no puede ser algo real a menos que la práctica docente atraviese un proceso de transformación, incluso tan radical que active la innovación docente y personal del profesorado.

Esa en la que las y los docentes, rompan con las relaciones hegemónicas, occidentales y el positivismo como contextos para problematizar los temas que importan a la humanidad (Vilches et al., 2020), es decir, prácticas docentes que se transformen a modo de que ubiquen al centro a la vida, dándole significado por medio de la experiencia, la convivencia consigo mismo, los otros y la naturaleza.

Ante lo anterior, expresa Leff (2011) que se está ante un contexto real de injusticia epistémica, en donde el diálogo sería el medio para racionalizar la modernidad, como un esfuerzo para unificar conocimientos con base en métodos interdisciplinarios y el pensamiento complejo a partir de la capacidad comunicativa y de argumentación para llegar a comprender el mundo con perspectiva global.

Pero en el aula, desde la práctica docente, la apertura de diálogo requiere, como un primer paso, reconocer los ejercicios de poder que usualmente invisibilizan la diversidad de experiencias y, en consecuencia, limitando la comprensión de los problemas y provocando estigmas en ciertas dimensiones de los problemas emergentes; ante esto, solo se requiere pensar en la expresión generación de cristal que puede escucharse de las voces de profesoras y profesores con más frecuencia de la que se desearía.

Y es que, el profesorado, cuando no transita por un proceso de transformación permanente y consciente de su práctica docente, así como de los problemas emergentes, corre el riesgo de tomar decisiones en los procesos de enseñanza y aprendizaje que olvidan

que las nuevas generaciones no viven estos fenómenos de la misma forma que ellos, terreno en donde la estética ha generado propuestas como la época de la nostalgia para explicar estas divergencias generacionales (Manu Styling, 2024), por ejemplo, la forma en que una generación y otra valoran el uso de una red social.

Así, se considera que las y los docentes requieren romper con estructuras aprendidas de enseñanza, abrir el diálogo y desarrollar consciencia sobre las problemáticas sociales emergentes y que inciden en la educación, sobre todo, en la forma en que las generaciones con las que trabaja experimentan y viven el presente y comprenden el futuro, esto como una manera de aceptar la diversidad dentro de sus prácticas docentes y abonar al logro de la justicia epistémica.

Justicia epistémica, educación y práctica docente

Construir y validar el conocimiento es una de las fases más importantes de cualquier ciencia, por supuesto, esto no es ajeno a la educación, pues no solo hace referencia a la investigación y especialización profesional, sino que se trata de un proceso que se realiza día con día en las aulas de cualquier centro escolar, de ahí que se considere importante el reconocer el valor de conocimientos y saberes por igual.

En este sentido, Fricker (2017) propone el concepto de justicia epistémica como una forma de comprender la igualdad para acceder al conocimiento, así como la relevancia del valor del conocimiento y su producción en distintos contextos, mirada que ha sido llevada a revalorar los saberes y ubicarlos en igualdad del conocimiento científico, incluso haciendo referencia a la innecesario de su separación.

Al respecto, es importante expresar que, tradicionalmente, el conocimiento científico es aquel que se obtiene por medio de la aplicación del método científico, imponiéndose frente a otros

conocimientos que surgen de la tradición cultural. Estos sobreviven por medio de la oralidad sin que fueran demostrados (en ideas convencionales) por medio de la experimentación, los que eran denominados saberes, permitiendo la emergencia de otros enfoques de abordar la construcción y validación del conocimiento.

Habría que señalar que, quienes actualmente asumen una posición como docentes en las aulas universitarias, probablemente, fueron formados y formadas con este enfoque, lo que obstaculiza asumir e interiorizar la posibilidad de llevar a este espacio de enseñanza y aprendizaje estos otros conocimientos que han sido invisibilizados o, incluso, invisibilizarlos cuando son traídos al proceso educativo por el estudiantado. Lo anterior, cobra más sentido en las diversidades que hoy componen los grupos de las IES.

Con relación a lo anterior, De Sousa (2022) defiende la necesidad de descolonizar el conocimiento como una manera de romper con las ideas hegemónicas occidentales y fomentando la teoría de la justicia cognitiva global. Estas pueden pensarse en paralelo a la justicia epistémica de Fricker, pero pone más atención en la confrontación entre el borrado de los conocimientos del sur global por medio de los procesos de colonización. Un ejemplo sencillo y tangible podría observarse en la educación mayormente en idioma español sobre idiomas de pueblos originarios o basada en sistemas patriarcales en contra de las cosmovisiones sociales que se basan en patriarcados.

A la par, valdría la pena cuestionar por qué el segundo idioma obligatorio en la universidad suele ser el inglés cuando no se cuenta con las condiciones para impartir clases en idiomas de pueblos originarios en caso de contar con estas poblaciones. Tampoco se lleva a cabo un arqueio en las fuentes de consulta sugeridas de los planes y programas de estudios de las licenciaturas respecto al número de obras de autoras y autores que se recomiendan para los distintos cursos y disciplinas.

Así, la justicia cognitiva global es explicada por Rea (2016) como una manera de lograr la inteligibilidad mutua y simétrica

entre los conocimientos que se producen en las diversidades socioculturales y aquellos que se generan con base en el método científico occidentalizado. Así, propone las siguientes premisas para comprender este enfoque epistémico: a) la comprensión del mundo no se limite a la occidental, b) la diversidad es infinita, c) la diversidad requiere activarse teóricamente y con pluralidad y, d) romper con el universalismo y las teorías generales.

Esto permite reflexionar las prácticas docentes y la necesidad de que intervengan en evitar la destrucción, olvido o desplazamiento de los conocimientos producidos en la diversidad sociocultural. Lo anterior, no solo como un ideal, sino con la consciencia de que sus acciones pueden reconocer y validar la diversidad dentro y fuera del aula, así como brindarle la oportunidad al estudiantado de sentirse parte del mundo del que han sido desplazados (as) por las lógicas tradicionales y universalistas.

Al respecto, Gómez (2019) alude a que vale la pena recordar que: a) las diversas epistemologías se construyen en la academia, una epistemicida institucionalizada, b) la necesidad de cuestionar las prácticas de producción del conocimiento, c) se requiere cuestionar a la política educativa limitativa del diálogo de saberes, d) evitar la simplificación de las ideas que critican, e) reflexionar sobre las formas de validación del conocimiento, f) definir los límites de los modos de encuadrar el conocimiento, g) cuestionar y resignificar la epistemología y, h) incluir multi escalas y multi actores a modo de ecología de saberes.

Y es que, la justicia cognitiva o epistémica se ha convertido en un tema de interés para la agenda global como una propuesta crítica frente al eurocentrismo (UQRoo Virtual, 2024). Por ello, baja hasta las universidades y como expectativa de las prácticas docentes, esto hace necesario el diálogo de saberes como forma de buscar el equilibrio entre las diversas cosmovisiones y, con ello construir saberes desde otras concepciones del mundo para responder a la crisis civilizatoria.

Sin embargo, esto no puede convertirse en una realidad si no se asume en las aulas, en las prácticas docentes y en los modos de enseñar. Para ello, habría que romper con las propiocepciones del profesorado, llevarle a cuestionar sus propias formas de aprendizaje, conocimientos y comprensiones de la realidad, para que, posteriormente, tenga la capacidad de guiar, fomentar y construir el diálogo para el aprendizaje del estudiantado.

Así, el diálogo de saberes aterriza en la universidad como una manera de relacionar a las y los estudiantes con el profesorado y la comunidad, constituyéndose como un medio para expresar un saber frente al otro, lo que se recupera en la escuela por medio de hábitos, creencias y saberes populares. Es decir, se trata de una manera para traer lo cotidiano al espacio académico, permitiendo la transversalización de la diversidad cognitiva (Pérez & Alfonso, 2008).

Sin embargo, desde la experiencia personal como estudiante y docente, se puede defender la idea de que estos ideales se han limitado al discurso o, en el mejor de los casos, a espacios dedicados a la inter o multiculturalidad. Este es el caso de las universidades interculturales, pues cuando se observa reflexiva y críticamente la realidad en las aulas, la gran mayoría de los procesos se diseñan para evitar la participación activa del estudiantado; desde la omisión a cuestionar qué se quiere o requiere aprender hasta la imposición de productos educativos o de las estrategias de evaluación que, al final terminan por convertirse en camisas de fuerza que evitan el diálogo de saberes al fomentar una cultura de reproducción colonial del saber.

Sobre esto último y sin generalizar, vale la pena reflexionar sobre las prácticas docentes que se asumen como dueñas de la verdad y la imposición de sus conocimientos; simplemente el pensar en cómo el profesorado dialoga con el estudiantado desde una posición jerárquica superior, diseña la clase a modo de imposición o determina indicadores de evaluación desde lo que él o ella considera aprendizaje, pero sin materializar un verdadero diálogo con el estudiantado o la comunidad.

Conclusiones

En conclusión, se puede afirmar que el mundo y la realidad social se encuentran en constante cambio, provocando transformaciones en la manera en la que los seres humanos comprenden la vida y actúan. Sin embargo, este cambio perpetuo se caracteriza por la lucha constante de poder entre las relaciones e interacciones entre las personas, en donde grupos hegemónicos suelen construir la historia y conducen la conciencia de los colectivos: una de las múltiples causas de la emergencia de problemáticas que impulsan la reflexión y la autocrítica al interior de las ciencias.

En este sentido, dos problemáticas emergentes y que trascienden a la educación son la digitalización y las nuevas interacciones en la virtualidad y, los problemas ambientales, así como las posibles soluciones, dos casos de muchos que se identifican por su carácter global. En consecuencia, implican un cambio de consciencia urgente para responder a los retos y desafíos en el presente y el futuro de la vida social.

Así, el pensamiento epistémico y los enfoques metodológicos para responder a estos problemas emergentes se mantienen en constante desarrollo, incentivando la construcción de diversidad de corrientes y teorías que permiten comprender al mundo. Las anteriores rompen con explicaciones tradicionalistas y modos positivistas de hacer ciencia; esto no solo como formas de indagar los problemas y proponer soluciones, también como cambios de pensamiento y maneras de comunicación, las que requieren poner al centro a la vida y a la persona.

Sin embargo, se considera que la obsesión con estas otras formas de pensar, hacer ciencia y enseñarla, ponen en riesgo de caer en la misma linealidad y sesgo que se critica de los modelos tradicionalistas, lo que evita alcanzar una verdadera completitud del conocimiento. En consecuencia, evita que se supere la crisis de la humanidad, la modernidad y la civilización, así se defiende la necesidad de propiciar el diálogo, visibilizar las diversidades y romper con las opresiones no solo del discurso.

En este contexto, aparece la justicia epistémica como un concepto que defiende la necesidad de ecologizar los saberes, esto como un enfoque epistémico y teórico emergente que dé respuesta a necesidades actuales, cuya intención es visibilizar otras maneras de comprender y vivir el mundo, revalorizando su posición en la construcción y explicación de la realidad, rompiendo con ideas hegemónicas eurocéntricas y occidentales.

Aunque, se defiende la idea de que, hasta el momento, sus aplicaciones y praxis se han limitado a ciertos espacios de la educación pese a su relevancia en los discursos políticos e institucionales, pues se considera que, para que estas puedan provocar cambios reales en las aulas, primero es importante provocar procesos de transformación entre las y los agentes educativos; esto por medio del aprendizaje-desaprendizaje y deconstrucción de las propias ideas, creencias, paradigmas de formación y conocimiento.

Ante esto, las y los profesores tienen un primer reto: romper consigo mismos y con sus paradigmas de formación, pues de no darse este proceso, difícilmente podrían replicarlo entre las y los estudiantes con quienes trabajan. Esto no solo implica innovarse a sí mismos (as), sino a sus propias prácticas docentes y sus modos de enseñar. Por otro lado, también aparece el reto de generar consciencia sobre las diferentes problemáticas emergentes en la vida social, sus implicaciones en la universidad, las necesidades de resolverlas y las distintas perspectivas epistémicas y metodológicas desde las que se conocen y se resuelven. Es decir, es un proceso de desaprender y reaprender, pero esta vez con claridad de que la realidad se mantiene en constante cambio y que no solo el conocimiento científico tradicional puede comprenderla.

DÍALOGO SOBRE LAS EXPERIENCIAS Y LOS RETOS DE APRENDER Y DE ENSEÑAR FÍSICA EN DOS ÉPOCAS TAN DIFERENTES

Adrián Arturo Huerta Hernández¹
Melissa Yaeth Paredes Cabrera²

*“Sr. Sarsi, las cosas no son así. La filosofía está escrita en ese grandísimo libro que tenemos abierto ante los ojos, quiero decir, el universo, pero no se puede entender si antes no se aprende a entender la lengua, a conocer los caracteres en lo que está escrito. Está escrita en lengua matemática y sus caracteres son triángulos, círculos y otras figuras geométricas, sin las cuales es imposible entender ni una palabra; sin ellos es como girar vanamente en un oscuro laberinto.” G. Galilei:
Il Saggiatore*

Introducción

El siglo pasado se caracterizó por el impresionante desarrollo tecnológico y científico que dejó el final de la Segunda Guerra Mundial y las diferentes revoluciones industriales. Siendo, en especial la física y las matemáticas ejes centrales en esos desarrollos, así como los diferentes avances científicos de manera general. Por otra parte, el presente siglo se ha caracterizado por el desarrollo de las comunicaciones, apuntalando así el desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC). Ambas cosas han impactado la manera en que los estudiantes aprenden, para bien o para mal.

En este contexto, el Dr. Adrián Huerta, inicia un diálogo con su estudiante Melissa Paredes platicando acerca del interés que tuvieron para aprender y posteriormente enseñar física en dos contextos tecnológicos tan diferentes. Estos últimos influidos notablemente por la pandemia de COVID-19, que aceleró el uso

¹ Profesor de la Facultad de Física de la Universidad Veracruzana.

² Estudiante de la Licenciatura en Física de la Universidad Veracruzana.

de las tecnologías de la información y la comunicación que ya estaba presente desde finales del siglo pasado. Por una parte, en el caso del Dr. Huerta, su interés por la física nace del uso de las calculadoras programables, un interés y curiosidad legítima para él, y una necesidad para su padre, que articuladas logran un proceso de enseñanza-aprendizaje fuera de las aulas, muy probablemente basado en la cercanía y el interés por la enseñanza del padre y el aprendizaje y curiosidad del hijo. En el caso de Melissa lo relaciona con su curiosidad y su interés, tanto por la clase de ciencias que estudiaba en su libro escrito en inglés y su interés por el canto por su participación en el coro de la escuela. Por lo que actualmente tiene el sueño de poner una escuela de “Ciencias y Artes” combinación muy interesante y que comparte de cierta manera con el Dr. Huerta en tanto uno de sus pasatiempos favoritos es sacar fotos en el microscopio del crecimiento de diferentes sistemas cristalinos, donde también se combinan las ciencias y las artes, así como el trabajo en los talleres de comunicación de la ciencia y la coordinación de la licenciatura en didáctica de la física en línea que lamentablemente se frustró hacia finales de la pandemia.

En ambos casos observando las dificultades para adquirir habilidades prácticas para hacer experimentos, habilidades para la programación y el cómputo, así como las habilidades matemáticas necesarias para poder describir fenómenos físicos, se comenta y se destaca la importancia de una actitud, una motivación o un interés legítimo, el autoaprendizaje, la autoevaluación y el pensamiento crítico, como elementos clave para el aprendizaje en física.

El interés por aprendizaje y la enseñanza de la Física en las épocas que nos tocó vivir

Adrián: Mi primera experiencia en el aprendizaje de la física es la mía propia, de donde reconozco que su principal dificultad, tras el aprendizaje de las matemáticas, apreciada desde la época de Galileo como lo indica la cita al principio de este capítulo, es la familiarización o experiencia de los fenómenos físicos que se van a estudiar. Esto requiere la adquisición de habilidades prácticas

que sin ellas el estudio de las relaciones (leyes) entre las diferentes propiedades físicas hubiera sido prácticamente imposible.

Actualmente estas habilidades requieren también de técnicas y recursos computacionales. Recuerdo que cuando estaba en la primaria empezaron a surgir algunas discusiones entre los profesores y los padres de familia sobre si se podían, o no, usar las calculadoras en clase. Realmente en esa época no eran tan accesibles, no había computadoras en casa y no tenía ni idea de lo que estudiaría y mucho menos que daría clases en física. Era apenas la década de los 70's cuando se iniciaban a comercializar esos productos en México, y muchos de ellos, por cierto, de manera muy informal. Yo vivía en ese entonces en la Ciudad de México. No es difícil imaginar que, tanto profesores como padres de familia, empezaran a considerar injusto usar calculadoras, por ejemplo, para resolver un examen, estudiar o hacer la tarea. Algunos consideraban que ya no aprenderíamos a hacer las cuentas, que para el nivel en que me encontraba podría haber sido quizá de sumas, restas, multiplicaciones o divisiones.

Las matemáticas siempre han sido un problema, una barrera o un reto para muchas personas. Sin embargo, podía darme cuenta de que el que fuera un problema, una barrera o un reto, en mucho dependía de la actitud y de la situación en que nos encontrábamos. Por ejemplo, 1) aprender una lección, 2) realizar una aplicación a la vida diaria y 3) tener una actitud positiva frente a todo ese proceso. Esa siempre ha sido una triada que favorece tanto la enseñanza como el aprendizaje, pero principalmente el autoaprendizaje, la autoevaluación y el pensamiento crítico que son el motor principal de la investigación (y lo cual genera nuestro propio aprendizaje). Si pudiera hacer una analogía podría decir que es como aprender-enseñar a caminar a un niño por la independencia y la autonomía que adquiere el estudiante.

Melissa: Alrededor de segundo de primaria los estudiantes se enfrentan a uno de los primeros desafíos que espanta el gusto por las matemáticas: las tablas de multiplicar. El estigma social hacia ellas genera que el alumno perciba este reto como una carga pesada.

En el año de 2009, tuve la suerte de que la maestra encargada de enseñarnos aquellos temas nos dio la opción de comprar un disco regrabable para que pudiera descargar allí una serie de canciones sobre las tablas de multiplicar. Si bien no me aprendí las tablas solo por las canciones (hasta la fecha solo recuerdo una frase de una de las canciones “las tablas de multiplicar voy a aprender, parecen muy difíciles pero fáciles son”, aunque mis recuerdos podrían haber modificado las palabras literales), el hecho de contar con el contenido que necesitaba estudiar en un formato que podía disfrutar, estimulaba positivamente mis sentidos. No sentía rechazo al pensar en que tenía que aprendérmelas, lo asociaba con un feliz recuerdo de las canciones, ya que, para pesar de mis hermanas mayores, podía escuchar con frecuencia aquel disco mientras salía con mi familia a pasear por la ciudad con el estéreo del coche encendido.

Adrián: Otra de las razones por la que estudié física se la debo a mi padre, que trabajaba en una firma de ingeniería. Él tenía un restirador para dibujar planos, tenía también reglas de cálculo, escuadras, escalímetros, borradores, portaminas. Me encantaba ver cómo se dibujaban las letras sobre los planos y quedaban todas parejitas.

Un día sin esperarlo ¡sorpresa!, llegó a casa una calculadora que empezó a ser **necesaria** para su trabajo. Nos decía que había otras calculadoras más sofisticadas y que los ingenieros las estaban aprendiendo a usar por lo que tomarían algunos cursos. Todo lo que usaba mi padre para el trabajo me parecían como juguetes que no debíamos tocar, pero que aprendíamos poco a poco viéndolo o imitando, con una infinita curiosidad.

Aprender a usar la calculadora fue un periodo que me tocó ver y que disfruté de algún modo viendo cómo se simplificaba su trabajo y avanzaba más rápido, con lo cual tendríamos más tiempo para jugar o viajar. Los cursos que tomó los tenía en un cuaderno azul claro que todavía conservo, tenía marcas amarillas, verdes y rojas, ese código de colores lo usaban mucho para las cosas de su trabajo con objeto de hacer correcciones. Las correcciones son algo muy

importante en el ámbito técnico y científico; son las correcciones lo que hace que la ciencia sea confiable. En realidad, nadie es perfecto, es la necesidad de corregir lo que hace que nos vayamos acercando poco a poco a la perfección. Es el trabajo colectivo y no necesariamente el trabajo individual de una sola persona. Claro, a nadie le gusta equivocarse y mucho menos en público, pero es ese pensamiento crítico lo que nos ayuda a identificar lo que no es correcto o no está funcionando para hacer propuestas de mejora y así paso a paso ser mejores cada día.

Si esto nos lo enseñaran así desde pequeños, en vez de burlarse de un error, nos evitaríamos muchos problemas en nuestras vidas, pero esa es una parte de la cultura difícil de cambiar. Las burlas también son un fenómeno social y en consecuencia colectivo. El cuaderno tenía ejemplos de cómo hacer ajustes de curvas, cómo guardar cosas en la memoria de la calculadora y cómo usarla, cómo hacer estadísticas para sacar promedios, la desviación estándar, cómo usar funciones trigonométricas, entre otras cosas que no entendía, pero que tenía mucha curiosidad por aprender, cosa que con el tiempo se fueron transformando en interés por entender y obtener explicaciones de los problemas y fenómenos físicos con el uso de herramientas como el cómputo científico o la adquisición de datos en el laboratorio.

Melissa: Algún tiempo después, mientras cursaba tercero de primaria, mi hermana recién ingresada al bachillerato se encontraba haciendo una tarea de la asignatura en física. Con la curiosidad propia de una niña pequeña le pedí que me explicara su tarea y qué tenía que hacer. Mi hermana se encontraba pensativa ya que no recordaba el valor de un prefijo. A lo que le contesté lo primero que se cruzó por mi mente: "debes añadir x número de ceros". Ella me felicitó sorprendida, ya que justo había mencionado la cantidad correcta de ceros que debía añadir.

¿Fue azar, una mera coincidencia? ¿Había cierto conocimiento absorbido inconscientemente que había contribuido a dar una respuesta correcta? ¿Qué es la intuición si quiera...? ¿Cómo se forma? Algo innegable es que esa alegría de haber "acertado"

contestar la duda de mi hermana ocho años mayor me motivó para sentirme capaz, si podía contestar aquello correctamente ¿qué habría de impedirme tener un buen desempeño en las clases?

Adrián: Actualmente como profesor aún trato de sacar conclusiones de lo que había en mi cabeza y sucedía en la escuela, en la casa, en la oficina y en todos esos comercios que había alrededor de donde vivíamos. En ese entonces, quizás era aún pequeño, pero me intrigaba entender: cómo es que era **malo** usar las calculadoras en la escuela, pero **bueno y necesario** en el resto de los lugares. Sobre todo, al ver que no era tan fácil comprar y usar una calculadora de manera correcta. Porqué la escuela era un lugar donde se requiere comportarse de algún modo para no hacer “trampa”, mientras que fuera de ahí la gente podía hacer lo que quisiera, claro no teníamos un alto nivel económico, pero suficiente para vivir felices, cosas que agradezco infinitamente a mi Padre y a mi Madre.

En la escuela, por otra parte, para los exámenes no sólo había que guardar las notas, cuadernos y libros, ahora también empezabas a escuchar el “**¡guarden las calculadoras!**”, claro, los que la llevaban, porque no todos la llevábamos. Muchos profesores también empezaron a llevar calculadoras para revisar y calificar. ¡Las calculadoras, que, para entonces, ya se empezaba a usar hasta en los relojes! Se nos decía que muchas cosas la entenderíamos cuando creyéramos, pero la verdad es que yo aún no las entiendo del todo.

Existen comportamientos culturales, colectivos, que mistifican o estigmatizan de algún modo los desarrollos tecnológicos que van apareciendo a lo largo de la historia y que no siempre son compatibles con los procesos educativos. ¿Te has puesto a pensar en cuantos exámenes haces en tu vida pudiendo cambiar eso en algunos casos por experiencias prácticas significativas?

Melissa: En general disfruto mucho aprender, en particular cuando era pequeña me gustaba la clase de “science”, donde el libro de ciencias se encontraba en inglés e incluía contenido como máquinas simples o el nombre de los huesos. Aunque me era

difícil sentirme del todo parte de mis compañeros del salón, una de mis motivaciones para ir cada día a la primaria siempre fue la curiosidad de lo que ese día me contarían. Creo que, para tener esa percepción de la escuela, influyó mucho el apoyo de mi madre y padre, por ello cuando hace un par de años leí el libro de la ahora tan famosa saga “DUNE”, guardé una frase que me parece de vital importancia.

La primera enseñanza que recibió fue la certeza básica de que podía aprender. Es horrible pensar cómo tanta gente cree que no puede aprender, y cómo más gente aún cree que el aprender es difícil. Muad'Dib sabía que cada experiencia lleva en sí misma su lección. (Herbert, 2017, p.110)

Cuando una persona se encuentra en un proceso de aprendizaje, resulta indispensable que posea la certeza de su capacidad por aprender. De otra manera, es muy frecuente rendirse antes de iniciar, sucumbir ante la amenaza de la equivocación y recurrir a prácticas deshonestas. ¿Cuántas veces hiciste tareas con el propósito de ganar experiencia, porque eras consciente que conllevaban en sí mismas una lección?

Adrián: Con el avance de la tecnología aparecieron las calculadoras programables, servían para hacer cálculos independientes y secuencias de cálculos. El resultado sirve para un cálculo posterior, y así sucesivamente, ya controlando desde un programa el manejo y el uso de la memoria, entre otras cosas. En algunos modelos de calculadoras, incluso, los programas se almacenaban en pequeñas tarjetas magnéticas para luego volver a usarlo y así simplificar los cálculos repetitivos, tediosos, que deben repetirse varias veces. Otras podían imprimir gráficas en un papel especial, como el que se usa para las cajas registradoras. Para aprender a manejarlas había manuales que entonces yo veía muy gordos, para lo que fue necesario aprender cosas nuevas, principalmente la programación.

Yo sentado con mi papá, veía, aprendía y a veces entendía lo que estaba estudiando en los manuales y nos veíamos sorprendidos de lo que estábamos aprendiendo. Mirando atrás, podemos ver que

había interés de mi parte motivado por aprender jugando con la calculadora pasando tiempo con mi papá, y por otro también había que hacerlo por necesidad, y mi padre lograba combinar esas dos cosas, nuestro interés y su necesidad de usar la calculadora, para lo que estudiaba. Ahora que lo pienso es muy probable que, al dejarnos experimentar, nos dejara también redescubrir, cosa que es difícil hacer como maestro por el tiempo, pero no como padre por la cercanía.

Quizá gracias a ello aprendí a buscar e investigar por mi cuenta, en revistas o sitios, todo lo relacionado con las computadoras, que simplifican lo difícil, lo tedioso y que poco a poco aparecieron en muchos ámbitos, principalmente en la escuela, comercios y aunque se usaban para hacer cálculos, luego se usaron para hacer trabajos de oficina, con procesadores de texto, hojas de cálculo y hasta presentaciones. ¿Actualmente quién podría vivir sin ellas?

Melissa: Desde que recuerdo, cantar es una de mis actividades favoritas. La primera vez que usé la frase “cuando sea grande quiero ser” fue seguida de “cantante”. Estaba en el coro de la escuela, entré a un par de cursos de verano y a un montaje musical donde me aceptaron. Sin embargo, no pude seguir practicando y aprendiendo canto ya que no había cursos gratuitos a los que pudiera asistir de acuerdo con mi horario. Eso generó un nuevo sueño en mí, no dejar que ocurriera lo mismo con otros niños.

Decidí que crecería, me prepararía y en algún momento fundaría una escuela que enseñara a los estudiantes a leer partituras desde el nivel preescolar, a la par que aprendieran a leer en español y a usar el lenguaje de los números, las matemáticas. Me parece que en cada puerta cerrada surge un abanico de diferentes formas de abrirla, distintas herramientas de acuerdo con lo que nos impida entrar allí. Incluso si no queremos seguir intentando abrir esa puerta, siempre existen otras, que, aunque podrían llevarnos a caminos diferentes, seguirían siendo experiencias contribuyendo a la construcción de una forma distinta de pensar.

Adrián: Conforme pasó el tiempo me interesaban los aspectos relacionados con la tecnología, y aunque la aritmética fue una barrera en la escuela que había que saltar, la geometría, la trigonometría y el álgebra hacían las cosas muy bellas y entendibles.

En las calles había vendedores que hacían las cuentas mentalmente, otros usando los dedos, algunos otros lo anotaban en un papel para después hacer la cuenta, otros más, en los negocios formales, tenían unas cajas registradoras mecánicas que por cierto me intrigaba mucho su funcionamiento.

Cuando ingresé a la Facultad de Ciencias de la UNAM para estudiar Física, nunca imaginé las aventuras por dónde me llevaría la carrera, mucho menos hasta donde llegaría. Ingresé, probablemente por la impresión que me dejaron las clases y el conocimiento de mis profesores del bachillerato, tanto de física, química, pero principalmente la cibernética y computación. Pero más por la costumbre al aprendizaje autónomo e independiente que me dejó mi padre que nos enseñaba, no como en la escuela sino con el ejemplo y se veía que disfrutaba hacerlo tanto en su trabajo como en la casa, cosas que no para todos es así. Me encantaba escuchar a los profesores y aprender, me preguntaba ¿Cómo sería una educación sin exámenes, una educación basada en el ejemplo, en satisfacer la curiosidad y cubrir tus propias necesidades e inquietudes? En mis tiempos mis padres nos decían: “no pueden ir a estudiar sin la barriga llena” y es verdad, no todos tienen las mismas oportunidades.

Melissa: En cuarto grado un compañero donó un libro a la pequeña biblioteca del salón. Hablaba sobre insectos, pertenecía a una colección de libros interactivos, poseían elementos “pop-up”. Del mismo estilo del libro de insectos, compré uno más pequeño sobre animales marinos, otro sobre la historia de Hércules, sobre el cuerpo humano (con un increíble corazón 3D), de radiografías (a un lado tenía una lámpara con baterías y sobre la que podías poner ejemplos de radiografías incluidas con el libro) y otro sobre Galileo Galilei. Ese libro resultó ser un elemento vital para mi futuro, pues detonó la sensación de que la ciencia me llamaba, me invitaba a conocerla.

Mi sueño de poner una escuela de arte se convirtió en el deseo de poner una escuela de Ciencia y Arte, pues consideraba que en mi entorno no había eventos científicos, ni siquiera ferias de ciencias en la escuela, o quizás nunca me enteraba si había algún evento relacionado en mi ciudad.

En secundaria un profesor de inglés nos encargó leer *Radioactive: Marie & Pierre Curie: A Tale of Love and Fallout*. En aquel momento, me cautivó sin igual una frase respecto a que no hay nada que temer, solo que comprender (Redniss, 2010). Para una niña increíblemente asustadiza, miedosa, a quien le costaba muchísimo esfuerzo conciliar el sueño por las noches y tenía pesadillas frecuentes debido a su imaginación hiperactiva, fue una salida, una luz a la cual seguir. Fue gracias a Marie Curie y Galileo Galilei que decidí el camino que deseaba comenzar a trazar.

La docencia y la investigación

El empedrado camino de la educación basada en competencias

Adrián: Una de las primeras actividades que me tocó realizar a mi llegada a la Facultad de Física de la Universidad Veracruzana fue tomar algunos cursos de pedagogía orientados a la educación basada en competencias del Modelo Educativo Integral y Flexible (MEIF) de nuestra universidad. Estos cursos formaban parte de un proyecto llamado proyecto aula. La cual era una estrategia institucional para formar comunidades de académicos orientadas a la innovación de las prácticas docentes en el aula, centradas en el aprendizaje del estudiante y en la construcción colectiva de su conocimiento. Tres de sus objetivos serían: 1) Utilizar el pensamiento complejo, 2) la vinculación con la investigación y 3) el uso de las tecnologías de la información y la comunicación, (Chacon Reyes, J, 2013).

Algo que me motivó mucho en ese entonces era la posibilidad de vincular la docencia con la investigación que realizamos en el área de la materia condensada blanda. Sin embargo, esto no

funcionó del todo y no volví a escuchar sobre dicho proyecto. En perspectiva durante mi vida he visto todos los retos que acarrea el incluir nueva tecnología a los procesos educativos, desde la incorporación de las reglas de cálculo, calculadoras, calculadoras programables, graficadoras, computadoras personales, laptops, teléfonos celulares, usados para grabar o fotografiar el pizarrón y las tabletas electrónicas que poco a poco han ido desplazando a los cuadernos para tomar apuntes, pasando por las TIC hasta llegar al reciente Chat GPT.

Melissa: Ahora me transportaré a agosto de 2019, cursaba mi primer semestre de la licenciatura en física, periodo en el cual se imparte la asignatura de Geometría Analítica. Ya que formaba parte del bloque uno, el profesor a cargo de la experiencia educativa fue el Dr. Adrián Huerta, de quien ya han conocido un poco de su enfoque en la primera parte del capítulo. Sin duda es un profesor que utiliza estrategias que difieren de las tradicionales.

Intentar aplicar nuevos métodos puede resultar muy bien y muy mal al mismo tiempo. En un mundo formado de personas tan complejas y diversas por naturaleza, las necesidades de un alumno serán diferentes a las de otro. Tuve la suerte de que este profesor platicaba y explicaba de una manera con la que me hacía sentir muy motivada.

En las clases que he tomado con el profesor Huerta es evidente su enfoque por proyectos y sus tareas “morales”, que, al ser opcionales, pocos estudiantes realizan. Esas actividades no obligatorias eran propuestas de conceptos de geometría que podían representarse con la aplicación de GeoGebra; cuando nos explicaba cierto contenido nos daba opciones para que pudiéramos visualizarlo. Se sentía casi mágico el ser capaz de ver cómo se modificaban las figuras según uno cambiaba los parámetros móviles. Era emocionante planear la forma de crear ese concepto, de pensar qué parámetros quieres permitir que cambien. Desde mi punto de vista, usar GeoGebra fue de las experiencias más significativas durante ese curso.

Conforme la tecnología avanza, surgen nuevas herramientas para apoyar el aprendizaje. La presencia actual de la inteligencia artificial es innegable, principalmente con el uso de Chat GPT, aunque existen servicios similares con otros nombres. Más de una vez mis padres y profesores de educación básica y media remarcaban lo fácil que actualmente resulta la búsqueda de información. Con la llegada del internet a los hogares dejó de ser necesario ir a una biblioteca, pues mediante cualquier dispositivo electrónico es posible acceder a la información. Ocurre un proceso similar con las IAs, es más sencillo buscar a través de estos programas, en vez de directamente en el buscador web.

Estas tecnologías no deben satanizarse o prohibirse. Al igual que con el uso del internet, deben enseñarse a usar estas herramientas de manera práctica, enfatizando los peligros y riesgos que conllevan. Existen temas relacionados con la ética a la hora de usar la información, se tiene el miedo de que los estudiantes “hagan trampa”, son temas bastante extensos.

Me parece necesario transmitir la importancia de la creatividad, de una buena redacción, demostrar la complejidad intrínseca del lenguaje para describir ideas y conceptos. Cuando se entiende el poder de las palabras y la escritura, cómo incluso el orden puede lograr enfatizar elementos de la oración, o modificar su intención, cómo el lenguaje impacta la cognición (Brooks, 2007), es natural concluir que la redacción no es una tarea que se deba dejar a otra persona o a algún programa.

Adrián: Posiblemente una de las características de los laboratorios de investigación sea la falta de las condiciones necesarias para llevarla a cabo. La falta de equipos ya sea por el deterioro, los elevados costos para adquirirlos, así como para darles el mantenimiento adecuado, todo ello siempre ha sido muy difícil de lograr. Sin mencionar la falta de un lugar apropiado que se mantenga en buenas condiciones de operación, conjuntar todo ello puede desanimar a cualquiera.

Históricamente contar con los equipos para realizar algún estudio puede ser una de las razones por la que los institutos o centros de investigación de los países subdesarrollados tienden a la formación teórica, no necesariamente de interés para el desarrollo en atender una problemática local, y eso es lo que enfrenta en estos momentos a toda ciencia básica. Por otra parte, articular las actividades de investigación con las de enseñanza puede ser un reto, pero una ventaja de la educación por competencias es el uso de diferentes metodologías de aprendizaje como las basadas en la investigación, que, visto desde un enfoque constructivista, podría llevar mucho tiempo realizar, sin embargo, es la única manera que he encontrado para motivar e interesar a los estudiantes en la investigación que realizamos en la Facultad.

Melissa: Durante una sesión el Dr. Adrián nos explicaba propuestas de proyectos “integradores” para ejecutar en el curso. El maestro hablaba de la importancia de una “dimensión histórica”, de la importancia de la filosofía y los enfoques de la enseñanza de la física. En ocasiones, más que una clase, las horas de la asignatura parecían una charla donde el profesor comentaba datos, para la mayoría desconectados, con la intención de propiciar ideas, propuestas originales de los alumnos.

Los métodos de enseñanza para el aprendizaje activo no son tan comunes en la actualidad, para que un alumno aproveche las bondades de estas estrategias debe tener una actitud autoconsciente de sus responsabilidades en el aprendizaje.

Adrián: Recientemente vi un documental que me llamó mucho la atención de tal manera que no me ha dejado de dar vueltas en la cabeza. *Schooling the world* (Black, C, 2010), expone una realidad que, si bien la conocía, no la había vivido y mucho menos como profesor hasta mi llegada a la Universidad Veracruzana. Este aborda los impactos de la escolarización institucional en las sociedades de pequeña escala basadas en la tierra y sus consecuencias por el carácter no-local en el contexto de una globalización monocultural, lo cual me inquieta sobre el papel que la ciencia y la tecnología haya, o no haya, traído a las regiones del estado.

La comunicación de la ciencia

Melissa: Durante la pandemia participé durante tres semestres impartiendo tutorías a niños con “altas capacidades intelectuales”. El primer año, la tutoría que oferté se relacionaba con divulgación de la ciencia, un semestre llevó el nombre “Compartiendo Ciencia” y el siguiente “Luces, Cámara, Ciencia”. Al iniciar impartiendo estos talleres comencé a percatarme de ciertos obstáculos que los profesores de la universidad encaraban día con día en el ambiente de enseñanza en línea debido al aislamiento por COVID-19. Aunque por acuerdo del programa, cada infante inscrito debía prender su cámara durante la sesión, esto no ocurría en las clases sincrónicas de mi licenciatura, ante mis preguntas, con frecuencia el silencio era la única respuesta. Era posible ver sus caras, sus parpadeos y movimientos en sus asientos, pese a ello, la respuesta era silencio. Tenía que insistir en que, por favor participaran, sin miedo a equivocarse, la mayoría de las preguntas eran sobre experiencias que hubieran vivido.

Ahora sé que tanto en línea como en el salón ocurre ese silencio incómodo, en que el profesor pide una señal de vida para saber que su grupo de estudiantes no es producto de su imaginación. ¿Acaso tiene que ver con la forma en que el instructor explica? ¿Será responsabilidad de la actitud de los estudiantes? ¿Se debe a los miedos adquiridos respecto a equivocarse? ¿O será por costumbres que venimos arrastrando por cómo se ha enseñado hasta ahora?

Adrián: Desde antes, durante y aun después de la pandemia y con el particular interés en que los estudiantes puedan desarrollar habilidades prácticas basadas en la investigación, creamos el taller llamado: Laboratorio de Materiales Blandos “Portable”. En el cual hemos aplicado tanto a actividades de didáctica de la física, la docencia y la divulgación de la ciencia, como una educación basada en competencias y con una orientación constructivista, ideario plasmado en el Modelo Educativo Integral y Flexible de la Universidad Veracruzana.

Junto a ello, está la posibilidad de que los estudiantes que realizan actividades de servicio social o prácticas integradoras profesionales participen trabajando con modelos didácticos, planeaciones y/o secuencias didácticas útiles para la docencia y para la divulgación de la ciencia, para que los interesados inicien a investigar desde etapas tempranas. Otra parte importante ha sido el desarrollo de propuestas de tesis emergentes que resultaron de aplicar estas ideas al contexto del aislamiento, impuesto por el COVID-19, (Urieta, V., 2023), realizando la mayor parte del trabajo en casa, (Kolteniuk Mares, 2023).

Destacando el papel que las tecnologías en general y las tecnologías de la información en particular, han tenido al conducir la educación que se hace actualmente en nuestras aulas y laboratorios, (Huerta, A, et al, 2023). La idea de aplicar las actividades del taller en las actividades de divulgación inició meses antes de que empezara el periodo de pandemia. Por lo que pensé en su implementación en las actividades de divulgación de la ciencia, cosa que fue llevada a cabo en las Iniciativas solidarias de CONACYT.

Posteriormente y con el apoyo de los estudiantes de servicio social y tesis, continuamos trabajando en línea con algunos modelos didácticos que se consideraban aplicar en la docencia, razón por la que obtuvimos una mención especial en la entrega de reconocimientos ANUIES TIC. Por lo que pensaba que realizar el proyecto del Laboratorio "Portable" podría incluso ser usado para la licenciatura en línea, cosa que me motivaba mucho para seguir trabajando en esa dirección. Afortunadamente, el regreso a la presencialidad llegó, desafortunadamente, el proyecto poco a poco se fue desdibujando y se perdiendo el interés en ese tipo de actividades.

Melissa: Había una actividad que los alumnos siempre hacían con gran emoción, no era de tarea, sino que se realizaba en los primeros minutos de la clase: consistía en jugar Kahoot! Esta es una plataforma para crear cuestionarios: el creador puede iniciar una sala donde los estudiantes ingresan por algún dispositivo electrónico a la página oficial de Kahoot! y acceden con la clave indicada. Cada

pregunta se considera una ronda, luego de cada ronda se muestra un tablero con los puntajes, cada participante obtiene puntos dependiendo de si acertó la respuesta de la pregunta y la rapidez con la cual lo hizo. Solía ser la primera actividad que hacíamos, ya que de esta forma repasábamos los temas de la sesión previa y se podía apreciar la participación e interacción.

Si bien hubo muchos cambios a como esperaba que fueran las tutorías, fue una actividad muy gratificante. Yo no esperaba tratar con niños tan pequeños, pero esas situaciones inesperadas son sumamente importantes para la generación de experiencia. Todavía me pregunto si hubiera podido presentarles el concepto de calor de una manera distinta. Incluso llamó mi atención una tesis doctoral en la que se explica el impacto del lenguaje en el proceso de cognición, se usa el concepto de calor para abordar la importancia de las palabras usadas para expresar este concepto (Brookes, 2006). ¿Cómo enseñar para transmitir a dónde se quiere llegar?

Conclusiones y reflexiones

En ambas épocas han existido problemas con las matemáticas necesarias para la física. Ya sea desde la complejidad de sus cuentas, la abstracción de sus conceptos o la percepción social sobre ella, las matemáticas suelen presentarse como un muro demasiado alto de trepar. En ambos casos, el ambiente familiar influyó en el gusto por el aprendizaje, permitiendo la creación de momentos significativos relacionados con estas áreas. Sin embargo, no hay que olvidar a quienes no crecen en un entorno que aliente su curiosidad y deseos de aprender. ¿Cómo transmitirles a todas las infancias la certeza sobre su capacidad de entender?

En ambas épocas hay desarrollos tecnológicos que complican las situaciones educativas, como las calculadoras, computadoras, celulares, tabletas, el acceso a internet y probablemente el reciente uso del Chat GPT, entre muchos otros. Probablemente en algunos años los padres y maestros se quejarán de que en sus épocas tenían que buscar la información abriendo Chat GPT, exclamando que *antes no eran tan fáciles las cosas*.

Los desarrollos tecnológicos, al igual que el conocimiento, no son buenos o malos en sí mismos, depende del uso que se les dé. Tan evidente como ejemplificar que el entendimiento de la formación y comportamiento de las radiaciones, los átomos y sus núcleos permitieron la creación de bombas nucleares, aunque también tratamientos a enfermedades, radiografías e incluso la aplicación de la energía nuclear para la generación de energía.

En ambas épocas han existido dificultades para la adquisición de las habilidades prácticas, originando una tendencia hacia la formación teórica y la limitada formación práctica y/o aplicada. ¿En qué momento se dejará de priorizar la teoría a la práctica? ¿Cuándo regionalmente se contará con las condiciones “óptimas” para la generación de aprendizaje a partir de la experimentación? ¿Cuánto tiempo hay que esperar para ese futuro “próspero”? El único tiempo que verdaderamente poseemos es el ahora, en el aquí. Claro que es importante planificar, esperar, idear metas a mediano y largo plazo, pero el futuro siempre comienza por el presente.

Finalmente, los autores de este capítulo comparten algunas de sus estrategias para enseñar y comunicar la ciencia a través de sus canales en la plataforma YouTube: Adrián Huerta (Huerta, 2018) y Diario de una Ardilla (Paredes, 2016). Donde cada video tiene la intención de mostrar nuestros intereses en la ciencia y la forma en que percibimos ciertos fenómenos de la naturaleza.

Bibliografía

- Black, C. (2010). Schooling the World. Recuperado de: <https://carolblack.org/schooling-the-world>
- Brooks, D. (2006). The role of language in learning physics. [Tesis de doctorado, The State University of New Jersey]. Disponible en ResearchGate.
- Chacon Reyes, J. (2013) Una experiencia en la enseñanza de la investigación educativa en el marco de «Proyecto Aula» de la Universidad Veracruzana, RMIE vol.18 no.58 Ciudad de México jul./sep. Recuperado de: https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S_1405-66662013000300004
- Herbert, F. (2017). Dune (Nueva edición) (Las crónicas de Dune 1). Debolsillo. ISBN 8466342664
- Huerta, A. (2018). Canal YouTube. Recuperado de: <https://www.youtube.com/@adrianhuerta4417>
- Paredes, M (2016). Canal YouTube. Recuperado de <https://www.youtube.com/@DiariodeunaArdilla>
- Huerta, A., Hernández, G., Sampieri Cábal, R., (2023) Una propuesta de estrategias ecopedagógicas para incluir en las actividades del Laboratorio de Materiales Blandos „Portable» , Ecopedagogía, Ed. Plaza y Valdés, ISBN: 978-607-8935-19-2.
- Huerta, A. (2023) Los valores y la vida: el camino hacia el equilibrio termodinámica, Ética profesional para docentes e investigadores., Ed. Azul de Samarcanda Ediciones, ISBN: 978-607-69562-0-5.
- Redniss, L. (2010). Radioactive: Marie & Pierre Curie: A Tale of Love and Fallout. It Books.

LA NIÑA Y EL ABUELO DEL HOGAR: NARRATIVA ESCOLAR DE UNA INTEGRANTE DE LA GENERACIÓN Z

Elizabeth Bastián Gómez¹

En los diferentes hitos del mundo contemporáneo, a cada episodio, le corresponde un sistema intrínseco, es decir, la sociedad ha creado un panorama específico, mismo que se ve reflejado en códigos de interacción, forma de vestir, pensamientos dominantes, actividades recreativas, interpretación de eventos, delineamiento de modas, modelos económicos, entre otros; de esta manera, se forja una cultura particular.

Por lo tanto, es posible afirmar que a cada generación humana de los siglos XX y XXI le correspondió desarrollarse bajo preceptos que tal vez se heredaron de sus progenitores, o se modificaron los paradigmas a fin de adaptarlos a su presente. Incluso, cada grupo generacional fue receptor de diversas gestiones, por ejemplo, la administración de un mandatario, la producción artística de personajes famosos, la fundación de instituciones, la creación de elementos tecnológicos, el uso de los medios de comunicación, la forma de traslado a los espacios ajenos al local, por mencionar algunos.

En tal sentido, a partir del siglo XX, se cuenta con una estratificación humana que consiste en cortes en años, los cuales adquieren una nomenclatura; esto se refleja en los siguientes nombramientos generacionales: "interbellum" (1910-1914); "grandiosa" (1915-1925); "silenciosa" (1926-1945); "baby boomers" (1946-1964); "X" (1965-1980); "Y" o "millenials" (1981-1996); "Z" (1997-2012); "Alpha" (2013-).²

¹ Estudiante de la Facultad de Historia en la Universidad Veracruzana y asistente de investigador del sistema SNI

² "Evolución de las generaciones", LinkedIn, acceso el 3 de julio de 2024, <https://es.linkedin.com/pulse/explorando-las-generaciones-humanas-cu%C3%A1l-perteneces-un-daniel-colombo-moroc>

Los anteriores párrafos suscitan la identificación que cada persona puede hacer para aprehender a cuál generación está suscrita. En el presente capítulo, se tienen por objetivos exponer mi trayectoria estudiantil como integrante de la generación Z, en constante correlación con docentes del conjunto *baby boomer* u otros; así como comparar mi experiencia escolar con las reminiscencias que mi estimado abuelo paterno, hombre de la generación silenciosa, me contaba que tuvo en su etapa de alumno. Entonces, en las líneas siguientes, mi testimonio estará acompañado de los comentarios de mi pariente.

Yo nací en el 2001. El año del atentado contra las torres gemelas de Estados Unidos de América, ocurrido durante el periodo de gestión presidencial del ciudadano Vicente Fox Quesada en México. Quedaban atrás dos eventos bélicos de escala mundial, dictaduras latinoamericanas, movimientos estudiantiles; estaba comenzando un nuevo siglo, una nueva época. El siglo XXI era una libreta en blanco, ahora estamos en la hoja número 24, ¿cómo será la página 999? Espero que no sea superflua sino renovada.

“Abuelito, cuéntame algo de tu vida”; “viejo, ¿cómo era vivir en tu época?”; “abuelito, ¿cómo superaste las devaluaciones del peso mexicano?”; “abuelo, ¿por qué le dices pasacanales al control remoto?”; “querido abuelo, ¿cómo decidiste ser camionero?; “ay abuelito, no entiendo por qué le dices “mi niño” a mi padre de ya casi 60 años”. Estas fueron algunas frases recurrentes en mis visitas de fin de semana a la casa de mis abuelos. Durante toda mi niñez, pubertad y adolescencia frecuentaba el hogar de mis queridos ancianos los sábados y me regresaba a la casa de mis padres el domingo por la tarde. Mi abuelo llevó por nombre Martín Bastián de León y mi abuela, su esposa por más de 50 años, es Aurea Castañeda Salas. A los dos los he llevado grabados en mi mente y corazón. Mi abuelo falleció por causa de la COVID-19; no contaré su ascenso a otra dimensión, porque elijo expresar su vida tan interesante.

Cuando mis padres salían de la ciudad, por motivos laborales o sociales, me encomendaban con mis abuelos; ahí me resguardaba

durante el retorno de mis progenitores. Mi amado abuelo se encargaba de llevarme a la escuela; desde que estaba en la guardería hasta la preparatoria tuvo la atención de llevarme y recogerme.

Etapas de guardería

Nací en un hogar de un padre, una madre y un hermano mayor; yo soy la más pequeña. Mi progenitor está en la generación babyboomer, mi madre es del gremio X y mi hermano es millenial. Como es evidente, en mi hogar convivimos cuatro generaciones.

Mis dos padres son contadores y han trabajado desde jóvenes; como matrimonio, los puedo describir como autónomos, honestos y dedicados a su labor. Aproximadamente, a los dos años de llegar a sus vidas, cuando ya estaba en la etapa de conocer mi alrededor, me enviaron a la guardería. En ese lugar, aprendí a levantar mi plato, tener una rutina de dormir, cepillarme los dientes y convivir con otros. Recuerdo que el establecimiento tenía una rampa en la entrada y un patio grande; en la entrada, estaba un pasillo que llevaba al sanitario y a los costados estaban los salones. Cuando hicimos el festival del día de las madres, yo bailé la canción del gusano. Las docentes eran amables y atentas con los niños, nos daban la comida en horario, y de ahí entendí que los sagrados alimentos, regularmente, vienen en porciones; sin embargo, desconozco la generación humana de mis profesoras.

Para el caso de la guardería, mi abuelo me decía que yo lloraba mucho en la hora de entrada y él hablaba conmigo para tranquilizarme: “Mira, Elita, voy a estar acá afuera cuando salgas. ¿Y sabes a dónde me iba? Me sentaba a fuera del edificio y te esperaba, había un árbol que daba buena sombra”.

Etapas del kínder

Mis padres decidieron enviarme a una escuela que está ubicada en la colonia de mis abuelos, porque don Martín se ofreció a atenderme. Una vez llegamos tarde, me dio mucha pena entrar al salón, por lo que me escondí detrás de mi abuelo; el señor traía una playera naranja, él habló con la profesora y le explicó la causa de mi tardanza.

En el kínder aprendí los honores a la bandera, utilizar un uniforme y un calzado escolar, la separación de baños en relación con el sexo, la hora de entrada y salida de una institución, y la realización de tareas en clase y para el hogar. Durante el acto cívico, en el público, además de los docentes y los alumnos, se incluía a un perrito que movía su cola al ritmo del himno.

Ubico con cariño a la directora del plantel, una señora alta, de piel blanca y de cabello negro y rizado; casi siempre traía unos lentes oscuros en la zona de su frente. Me llamaba mucho la atención su forma de vestir, que consistía en una blusa blanca de botones con unos pantalones de vestir negros; a mi parecer de niña, la directora se veía a la moda.

En una ocasión, los docentes organizaron una pijamada estudiantil en las instalaciones del kínder, y asistí. Tengo la imagen de mi padre y sus coetáneos afuera del plantel, con las manos agarradas a los tubos negros de la entrada; eso provocó que las maestras decidieran poner mantas en la pared. Los docentes les dijeron a los representantes de familia que sus hijos estaban en buenas manos, que no se estresaran, ellas ahí se quedarían y nos cuidarían. Mi padre me dijo que yo salí a verlo y le dije “pa, ya vete, yo estoy bien”.

A un evento social por el día del niño no quise asistir, porque un payaso estaría ambientando el convivio, y en ese momento de mi vida le tenía un gran pavor a ese personaje; entraba en pánico, lloraba y quería huir del payaso. Mi madre me llevó al plantel sólo para recoger mis dulces y el platillo.

Es prudente mencionar que no cursé el 2° grado del kínder, porque hubo una especie de prórroga escolar en relación con el mes de nacimiento de los infantes; de esa manera, me fui directo al último grado.

Etapas de primaria

Tuve la grata oportunidad de asistir a una institución privada, en la cual recibí instrucciones de literacidad digital, enseñanza del inglés, un taller de lectura y oportunidades deportivas. A partir de los seis años, asistí a un Centro Kumon y clases de natación. Estoy tan agradecida con mis padres por darme más de lo que merecía; ellos se privaron de adquirir ropa o calzado, para que su hija pudiera tener una mejor educación. Nunca nos faltó el alimento en nuestro hogar, entonces puedo afirmar que mis progenitores son una especie reciente de héroes financieros.

Para esa etapa de mi vida, ya contaba con una rutina mañanera: levantarme, cepillarme los dientes, bañarme, secarme, ponerme el uniforme y dirigirme a la escuela; mi hora de entrada era a las 8 am y salía a las 2 pm. Debido al trabajo de mis padres en un bachillerato, en ocasiones me tenía que levantar más temprano y me quedaba esperando en el automóvil a mi padre, para que me llevara a la institución. Así pasé 6 años de mi vida, eso forjó mi disposición de adaptabilidad.

La matrícula docente estuvo conformada por mujeres, desde primer año hasta el último tuve al frente a profesoras; ellas eran de características homogéneas, y a todas las respeté. A quien más ubico es a la profesora Patricia, ella tenía una templanza y un aura positiva; con ella aprendí a escribir y leer.

Cada cierto mes, se permitía el acceso a un señor que traía libros infantiles en venta, era la costumbre. Obtuve un libro para colorear de personajes animados, me encantó demasiado ese libro.

Tengo muy marcado un comentario de una profesora. Estábamos en primer año, en una clase la profesora nos preguntó si nuestra madre se quedaba en el hogar o salía a trabajar, y yo pensé en que mi madre era una persona abocada a su labor administrativa, que no se quedaba en casa; yo no conocía otro formato de vida. Ahora ya entiendo la pregunta de la docente, porque sé que en el siglo XX hubo movimientos feministas que abogaron por la ruptura del canon tradicional. En el caso de mi padre, él sí vivió que mi abuelita se desarrollara en el hogar, mientras mi abuelo salía a trabajar; lo que es una clara muestra de una coyuntura social.

Otro ejemplo es el siguiente: don Martín me contó que una vez, cuando él cursaba la primaria en una escuela cantonal -dirigida para varones-, un académico lo regañó injustamente y se atrevió a pegarle, a lo que el niño Martín le respondió con términos altisonantes. El profesor lo acusó con el director porque la actitud del alumno era inadmisible. Mi abuelo le explicó a su padre la situación, le dijo que el catedrático se comportó mal con él desde el principio de la escena. En paralelo, en la actualidad es inconcebible que un evento así ocurra, ya que se cuenta con una serie de procedimientos legales a favor del alumnado, en especial de los infantes en México.

A partir del 3° grado, la administración escolar organizaba una excursión a la zona arqueológica "El Tajín"; don Martín me acompañó todos los años siguientes. Recorríamos a pie una gran parte de área verde, por lo regular llegábamos en la parte trasera de las ruinas. Empezábamos el recorrido a las 6am en la zona periférica de la ciudad papanteca, y allí estaba mi abuelito con su botella de agua fría, su sombrero para el sol y sus zapatos deportivos. ¿Cómo no tener gratos recuerdos de él?

Al término del recorrido, nos regresábamos por camión, yo me iba con mi prima, quien fue mi compañera, y don Martín a su casa. Mi prima vivía cerca de la zona donde está la casa de mis abuelos.

En los hechos contemporáneos, nacionales e internacionales, que me correspondieron presenciar durante mi estancia en el

nivel básico, fueron la muerte de Michael Jackson, la creación de la plataforma digital Facebook, la fundación de la banda juvenil británica One Direction, el ascenso musical de Justin Bieber, los retos virales de la década del 2010 en YouTube, la toma presidencial del Lic. Enrique Peña Nieto, las canciones del momento ("*Call me maybe*" de Carly Rae Jepsen y "*Party Rock*" de LMFAO, entre otros) -hasta la actualidad suelo escuchar compilaciones musicales de la década del 2010, me remiten a una época agradable, esa es la magia de la música ¿no? Ella nos permite viajes en el tiempo, podemos estar en la oficina realizando una actividad, en nuestra habitación acomodando la ropa, y con el simple acto de poner una canción de nuestra juventud nos vamos al esplendor de nuestra generación humana-.

También viví el auge del juego virtual Candy Crush Saga, me agradaba ver las series de las empresas americanas de Disney y Nickelodeon. Fui una fiel seguidora de Gabriel Montiel, mejor conocido como *Werewertumorro*.

Etapas de secundaria

De nueva cuenta, mis padres me matricularon en una institución privada. Compartí salón con algunos compañeros de la primaria y mi prima, Katya. Particularmente, fue la mejor etapa que tuve, era muy sociable, tenía un grupo de amistades y casi nunca faltaba a las fiestas; mi padre tenía la atención de dejarme y recogerme en su auto, él tenía un Sentra rojo y después cambió a un Tsuru del mismo color.

Mi amiga más cercana era Thalía, con ella iba a las *tardeadas* de otra secundaria, frecuentábamos el parque y tomábamos un café en las antiguas sucursales "*Volantini*" y "*Bartolo*", cuando estaba la feria participábamos en las actividades o nos divertíamos en los juegos mecánicos, íbamos mutuamente a la casa de la otra, pasábamos tantas horas hablando por medio de aplicaciones de mensajería instantánea; sin lugar a duda, ella fue mi colega de aventuras y diversión.

De las materias vistas durante los tres grados, no fue tanto de mi agrado Física ni Biología, sacaba 6 o 7 de calificación; sino que encontré mi verdadera pasión en Historia, Español, Literatura realmente disfrutaba el tiempo del conocimiento, los temas se me facilitaban en demasía. Por medio de acercamientos más recientes con los modelos pedagógicos del siglo XXI, entiendo que hay inteligencias múltiples y la mía está en las ciencias sociales.

La profesora de Biología nos enseñó sobre sexualidad y reproducción en el último periodo escolar, la académica de Educación Física nos habló de la menstruación. Entablar una conversación de esos temas era un tabú en tiempos de mis padres, en su momento me parecía curioso, más ahora ya capté que ellos se desarrollaron en otra forma de pensar y ver el cuerpo humano.

En los talleres, a las niñas nos mandaban a Creación y Conservación de alimentos, mientras que los niños asistían a Tecnología. En mi taller, aprendí a preparar postres, que después repetí en mi hogar. Llevamos la materia de Artes, en donde aprendimos a tocar la flauta, asimismo teoría musical, como el pentagrama, símbolos de las notas, por muestra. El profesor encargado de la materia también tenía una banda folclórica que tocaba los viernes de Danzón en el parque. Esa banda armonizó en casi todos los festejos de XV años de mis amigas.

Respecto a las generaciones humanas, el subdirector de la institución nos dijo que en su juventud solía escuchar a la banda "Kiss"; a un compañero le gustaba el grupo musical británico "The Beatles", mientras que otros escuchaban a "Nirvana". En la Literatura de mi juventud, se ubican: Bajo la misma estrella, Ciudades de Papel, El Teorema de Katherine, los libros producidos por los creadores de contenido digital -en especial de YouTube-, la saga de Cazadores de Sombras, Hush-Hush y su homología. ¡El director del plantel educativo le dio clases a mi abuelo cuando éste cursaba la primaria!

En lo concerniente a mis preferencias de lectura, estuve muy activa en la plataforma digital "Wattpad", hice mi cuenta en el 2015 y le

dedicaba varias horas a la lectura de las novelas; la mayor parte de ellas trataba sobre la inserción de famosos en situaciones ordinarias. Como Historiadora en formación, me llama la atención la formación de un andamiaje cultural creado por esa aplicación, porque en tiempos recientes esas novelas se consideran clásicas dentro de determinados grupos de seguidores del personaje famoso. Adicionalmente, las creaciones digitales contemporáneas presentan una tipología temática amplia, y suelen presentarse en plataformas de redes sociales o software especializado.

Cuando me quedaba en casas de mis abuelos, don Martin me levantaba a las 5am, porque entraba a las 7am y su morada quedaba lejos del centro. En una ocasión llegamos tan temprano, que ni el sol había salido, y nos quedamos esperando en el parque central a que dieran las 6:45am.

En esos años, me convertí en fiel seguidora de la banda juvenil mexicana, CD9, compré todas las revistas, destinadas a pubertos y adolescentes, donde ellos salieron. Solía comprarlas en la tienda de la esquina, de la misma calle donde se ubicó mi secundaria. Mi rutina era salir del horario escolar, dirigirme a ese local y adquirir esas revistas; mis ahorros se dirigían a ese entretenimiento. En una ocasión, la editorial Tú mostró una edición especial de CD9, el precio se salía de mi presupuesto, por lo que le pedí a mi padre que él lo comprara, lo hizo. Conservo mis revistas en una caja de cartón, son mi registro de pubertad. Los posters adjuntos a las hojas se encuentran tapizando las paredes de mi habitación, en la casa de mis padres.

Ubico que durante los años 2013-2016 recibí la noticia de la salida de Zayn Malik de One Direction y la posterior separación de la banda; me identifico con las canciones de Katy Perry, Taylor Swift, The Black Eyed Peas y Pitbull; WhatsApp tenía otra interfaz -antes no estaba la opción de llamadas o videollamadas, el inciso de borrar mensajes, entre otras actualizaciones-; me suscribí a las redes sociales digitales (Facebook, Instagram, Twitter, Gmail, Snapchat, Ask y Tumblr). Fui admiradora del DJ sueco, Tim Bergling, alias Avicii, por él descubrí mi pasión musical por el género electrónico.

Desde el 2012 veo los premios anuales del “Recording Academy Grammy” y me convertí en el público del comediante político, Chumel Torres, no me pierdo sus píldoras informativas en su canal virtual. Fue la etapa en la que más consumí contenido digital de YouTube. Actualmente, escucho Podcasts sobre temas variados.

Etapas de preparatoria

En ese estadio pretérito, asistí a una institución pública, en el mismo lugar donde han laborado mis padres; solo que, para ese año, ya no esperaba en el carro para ir a la escuela, ahora me tocaba estar en las aulas.

Sentí el cambio de número de compañeros, venía de estar rodeada de máximo 30 personas, en el bachillerato compartí el salón con 60 personas, en algunos casos; solo conocía el salón “A” y “B”, en la prepa llegamos al salón “G”. Estaba inmersa en el sistema anual, me inserté en el período semestral, el cual estoy llevando en mi temporada universitaria.

En ese momento, mi estimada compañera Thalía decidió estudiar en Poza Rica y mi prima Katya se inscribió en otra institución, pero en la misma ciudad. Las amistades de la secundaria las seguí frecuentando. Mis amigas y yo teníamos la costumbre de entregar una banda -de papel blanco- a la próxima cumpleaños.

Cuando cursaba el 3° semestre del bachillerato me volví a quedar con mis abuelos, puesto que mis padres tuvieron un compromiso en la capital estatal. Don Martín me acompañó a mis actividades de ese día: asistencia al gimnasio, evento académico en el H. Ayuntamiento y sepelio del abuelo de un compañero.

En primer semestre llevé las materias conocidas (Español, Matemáticas, Historia, Ciencias Naturales...). La parte novedosa fue la Optativa y la Capacitación para el Trabajo; en la primera, elegí Servicio Social y en la segunda Manualidades. Disfruté más el segundo, aprendí a hacer canastas de periódico, coronas de flores

para Día de Muertos, bolsas ecológicas, decoraciones decembrinas, tejidos y costuras. El profesor hizo proclive un ambiente agradable, la convivencia pacífica era evidente.

No me gustaba tener horas libres, porque sentía que perdíamos tiempo; la inmobiliaria era deficiente, los pizarrones estaban dañados, no tenían buen aspecto los salones y los encargados de la limpieza no realizaban un buen desempeño. Cuando había eventos recreativos, las autoridades no suspendían las sesiones escolares, pero los profesores no daban las clases por atender el evento.

Mis profesores pertenecen a la generación Baby Boomer o X, porque en una ocasión los vi bailando las canciones de Parchis, Menudo, Timbiriche y Luis Miguel. Otra característica evidente fue su vocabulario, en menor medida identifiqué su estilo de vestimenta.

La práctica docente general fue regular y sugerente. Así cómo había profesores con buen desarrollo, había otros que no ejercían un grato rendimiento académico. Aquí es donde interviene ser autodidáctica, no conformarse con la recepción del conocimiento del profesor, sino expandir las opciones de adquisición cognitiva. Es una recomendación que yo ejerzo, he tomado cursos en línea.

En 5° escogí el área de Humanidades. Me sentí muy cómoda con las asignaturas: Filosofía, Derecho, Sociología, Antropología, Historia, Psicología. Percibí que a ese mundo académico pertenecía, allí podía desarrollar mis habilidades de lectura y escritura, las herramientas tecnológicas me permitieron encontrar la licenciatura en Historia, me quedé y el resto se está escribiendo.

Cada etapa de mi trayectoria escolar me permitió conocer una tipología docente heterogénea e interesante. Desde la profesora del kínder que me instruyó a usar las tijeras, hasta el académico de bachillerato que me enseñó las ecuaciones trigonométricas, cada uno representó una imagen muy representativa a mi formación escolar. Un profesor deja una esencia en los alumnos, su puesta en escena va más allá de dar una cátedra, sino que suscita la

interpretación estudiantil, que en la posteridad será recordado como un personaje positivo o no tanto en la vida del adulto, que en algún momento fue joven.

En este momento de mi vida, como estudiante pronta a ingresar al mundo laboral, me gustaría practicar la docencia con simpatía hacia los derechos humanos de los estudiantes, innovar en la manera de enseñar la historia y dejar una huella positiva en los alumnos. Mi inserción en el magisterio empezará con investigar los requisitos para obtener una plaza, el perfil deseable docente y la constante participación en cursos educativos favorables a mi desempeño. Lo anterior es un imperativo a la dedicación de tiempo en asuntos ventajosos a mi persona, en lugar de dedicar lapsos a las actividades superfluas.

Conclusiones

Cabe mencionar que no hay un gremio humano mejor o peor que otro, simplemente son diferentes, puesto que cada uno responde a las articulaciones de sus actores y al uso de los recursos disponibles. Se ejemplifica con lo siguiente, si alguien de la generación *grandiosa* que estuvo cuando se creó el helicóptero, no se debe ponderar positiva o negativamente con un individuo del conjunto *baby boomer* que presenció la invención de la píldora anticonceptiva; o con otro integrante del *estrato X* que vio al hombre en la Luna con un participante de la generación Alpha que está interesado en las criptomonedas.

En una sociedad, los miembros que conviven provienen de diversos contextos históricos; por lo que compartir las experiencias permite la amplificación de la gama cultural. Es importante recuperar y conservar los testimonios estudiantiles, con motivo de preservar las dinámicas.

El ejercicio docente y su interpretación social está en directa relación con los modelos pedagógicos de una época. El alumno y el profesor tienen diferentes percepciones del entorno, pueden

converger en algunos tópicos ya que terminaron coexistiendo en el mismo espacio y tiempo.

En mi caso, conviví con agentes cercanos, mis compañeros y con ajenos, los profesores. Eso me permitió forjar un acervo cultural, escolar y social; debido a que como humanos en sociedad tomamos diferentes roles, un profesor puede presentar su trayectoria y allí yo podría aparecer bajo otra exégesis.

Tuve la excelente vivencia de contar con don Martín, él me acompañó en mi trayectoria escolar, al mismo tiempo compartimos las ópticas generacionales. Una vez platicamos sobre el matrimonio. Mi abuelo nació en 1935, a él lo antecedió una Revolución y Adolf Hitler estaba vivo; mientras que a mí la era de las *boybands* mundiales y el uso de la computadora. Esas distinciones culturales no impidieron que formara un vínculo indisoluble con él, tan es así que los dos formamos el dúo de la niña y el abuelo del hogar.



FONEIA

Fondo
Editorial para la
**Investigación
Académica**

El tiraje digital de esta obra: "Voces de profesores: Principios, trayectorias y recuerdos de un caminar" se realizó posterior a un riguroso proceso de arbitraje doble ciego, llevado a cabo por expertos miembros del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores (SNI) del Consejo Nacional de Humanidades Ciencias y Tecnologías (CONAHCYT) en México y otros expertos internacionales, así como revisión anti plagio y aval del Consejo Editorial del Fondo Editorial para la Investigación Académica (FONEIA). Primera edición digital de distribución gratuita, septiembre de 2024.

El Fondo Editorial para la Investigación Académica es titular de los derechos de esta edición conforme licencia Creative Commons de Reconocimiento – No Comercial – Compartir Igual (by-nc-sa). Las coordinadoras: Griselda Hernández Méndez, Edith Hernández Méndez, Lucrecia Mondragón Sosa, así como cada uno de los autores y autoras son responsables del contenido.

Imagen de portada recuperada de Pixabay: www.freepik.es

Requerimientos técnicos: Windows XP o superior, Mac OS, Adobe Acrobat Reader.

Diseño editorial y portada: Cristina Carreira Sánchez

Editor: José Francisco Báez Corona

Sello editorial: Fondo Editorial para la Investigación Académica (FONEIA). www.foneia.org consejoeditorial@foneia.org, 52 (228)1383728, Paseo de la Reforma Col. Centro, Cuauhtémoc, Ciudad de México.

ISBN: 978-607-5905-15-0



9 786075 905150

Voces de profesores. Principios, trayectorias y recorridos de un caminar se integra por 19 capítulos escritos por docentes universitarios y normalistas, principalmente, aunque también se incluyen de otros niveles educativos. Cada autor, por medio de su narrativa, nos traslada a otra época, a otro lugar, a otra cultura, a otros niños o jóvenes, a otras aventuras y desventuras. Cada capítulo nos sumerge en recuerdos y memorias que marcaron la vida de este grupo docente. Y, sin duda, todos ellos han dejado huella en la vida de muchos estudiantes que han pasado por sus aulas. *Voces de profesores* invita a la reflexión, a la concientización y a la transformación de la docencia. También ofrece material de riqueza excepcional para la investigación sobre la práctica docente al escuchar las voces de aquellos que trabajan para la educación en México.

